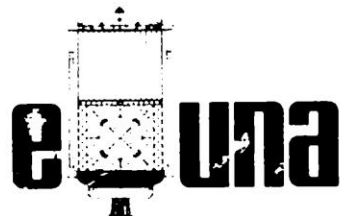


juan durán luzio

A B C D E
F G H I J K
L M N Ñ O
P Q R S T
U V X Y Z

**creación y utopía
letras de hispanoamérica**





**Editorial de la Universidad Nacional
Apartado 86. Heredia, Costa Rica**

**Colección Barva
Serie Pensamiento
Subserie Literatura**

**Primera edición, julio de 1979
Tirada de 1.000 ejemplares
En papel offset 75 gramos y cartulina barnizable calibre 16.**

Portada y falsa portada de Carlos Salazar Ramírez

**Impreso en Costa Rica
Hecho el depósito de ley
Derechos reservados**

creación

ABCDEFGHIJK

LMNÑO

PO R S T

UV X Y Z

utopía

letras de

**juan
durán
luzio**

hispanoamérica

creación

**A B C D E
F G H I J K
L M N Ñ O
P Q R S T
U V X Y Z**

utopía

letras de

Una literatura nace siempre frente a una realidad histórica y, a menudo, contra esa realidad. La literatura hispanoamericana no es una excepción a esa regla. Su carácter singular reside en que la realidad contra la que se levanta es una utopía.

OCTAVIO PAZ

INTRODUCCION

Este libro aspira a delinear uno de los varios temas de la literatura hispanoamericana: aquel que, fundado en las ideas utopistas, en el credo del porvenir, les ha dado una identidad peculiar a nuestras letras. Desde antiguo comienza una corriente ideológica que aparece entre las obras de varios autores principales del continente; tales son las obras que acá se comentan tratando de responder a una pregunta acerca de cómo es la literatura hispanoamericana.

Los escritos colombinos ofrecen la primera descripción del Nuevo Mundo. El relato del navegante tiene una particularidad especial: junto con detallar la esplendorosa realidad de las tierras halladas, pone de manifiesto el rico legado de tradiciones y leyendas que, en cierto modo, las habían prefigurado. Colón sabía bien de un buen número de referencias librescas alusivas a territorios sospechados más allá de los mares conocidos. Así, los datos literarios, la calidad óptima del insólito paisaje y de sus habitantes, la imprecisión de la geografía, en fin, todo tiende a dominar la veracidad del cronista. Por el ambiente de rasgos tan positivos, evocadores de pasajes bíblicos admirados por el Almirante, éste llegó a creerse en las cercanías del Paraíso Terrenal. Los sueños de Europa habían modelado un cosmos que desde el principio se impuso a la realidad del acá porque su encuentro era producto de ese anhelo colectivo. Proyectos y aspiraciones de índole varia encontrarían escenario en América; mencionando los viajes de Vespucio, Tomás Moro escribe su famosa *Utopía* y sugiere allí un rol para el Nuevo Mundo, tal como en ese mismo año lo proponía Bartolomé de Las Casas. Aparecía la región en la cual realizar la repú-

blica ejemplar añorada por el Renacimiento, en la cual revivirían ideales agotados por los resquebrajamientos de una sociedad que padecía crisis, íntima y pública, hacia fines del siglo XV; una tierra en la cual el cristianismo podría volver a sus prácticas originales. En medio de este clima comienza a desarrollarse la literatura de Hispanoamérica.

Por las letras, desde un comienzo, América fue confirmando su parentesco con la tierra deseada; se la concibe como una región de lo posible. No por nada algunos vienen a buscar la Fuente de Juvencia, la Ciudad de los Césares, El Dorado y hasta las minas del rey Salomón. Obras apologéticas, sitas entre la historia y el mito, plenas de adhesión por el acá son las de Ercilla, Balbuena, el Inca Garcilaso. Escritas en las postrimerías del siglo XVI, representan el primer momento de la literatura hispanoamericana.

Más tarde la Ilustración aporta contenidos ideológicos y preocupaciones novedosas: en ellos germinaba la simiente de un quehacer literario distinto. Ahora emancipados de España, los escritores intentan definir lo propio, aspiran a trazar los rasgos de la identidad nacional —y continental—. Un par de generaciones se entrega a la misión que pretende, en general, negar el pasado colonial y crear vías hacia un futuro definitivamente libre. Nadie como Sarmiento se distinguió en esos empeños. En los años que siguen a la Independencia se espera todo del futuro; las aspiraciones desbordan las posibilidades ciertas: reaparece la imagen utopista en el deseo de llegar a ser repúblicas perfectas, superando los vicios que se dejaban ver en las de Europa y en la de Norteamérica. José Martí, en su desconfianza visionaria, señala los peligros de la imitación y del ensueño desmedido; aspira a la hermandad supranacional, a la libertad creadora sin perder su fe en el porvenir.

Mediado el siglo XIX la cultura francesa se convierte en una presencia avasalladora para el creador hispanoamericano. Pronto su influencia se hace notoria y prolífica.

Entonces, coincidentes el compromiso y la evasión, las mejores plumas mantienen dolorosamente la causa del destino continental amenazado. Rodó y Darío se destacaron en los propósitos por recuperar para el continente su olvidada promesa: en el grito de protesta y desprecio que formularon se divisa la Tierra del Futuro situada entre los herederos de la latinidad, aunque se respondiera con esperanzas a la verdad de nuestra postración.

Vasconcelos recoge el llamado de los dos maestros multiplicando anhelos y acusaciones, y señala para esta raza excepcional —la indoamericana—, un tránsito seguro hacia el progreso. Toda una legión de jóvenes arielistas contribuyó a la salvación de la fe en lo propio, instados por voces como la del maestro mexicano. Más entrado el siglo, las letras de Hispanoamérica aceptan tendencias y modos de creación en boga en la Europa de posguerra; acaso porque el Viejo Mundo decaía, los creadores del acá impregnan de un espíritu autóctono su arte —sin desprecio por los modelos que venían de ultramar—. Se genera una narrativa vigorosa y se presencia el nacimiento de una lírica esencialmente americana. El porvenir, más que programa de acción, se hace entonces asunto de reflexiones; así se deja ver en la obra de Alejo Carpentier, en la cual el rol de América en la Historia continúa siendo el de la esperanza.

La llamada "nueva narrativa" parece haberse asignado una tarea diferente: la de desvirtuar lo legendario, la de terminar con los mitos de nuestra cultura. Julio Cortázar desarrolla en su novela la imagen que autoriza a pensar en el fin de la leyenda utopista. La obra de García Márquez, del mismo modo, recuenta toda la historia continental para corroborar lo anterior; la devastada Hispanoamérica se ha convertido en la región de la soledad. Tal vez en las letras del futuro el tema reaparezca, levantando parecidas esperanzas a las que dan sentido y unidad a las obras aquí comentadas, cuando se vislumbre el porvenir superior que nuestros países se merecen.

La forma final de este libro se debe a las interesantes observaciones y sugerencias formuladas por Francisco Rico, de la Universidad de Barcelona, quien leyó críticamente el manuscrito; le expreso mis agradecimientos. Igualmente, le agradezco a mi colega Zoraida Ugarte la generosa y efectiva invitación que me hizo para que estas páginas fueran publicadas por las prensas de la Universidad Nacional de Costa Rica.

1. NUEVO MUNDO Y REALIDAD REALIDAD Y FANTASIA

*"E plugo a Nuestro Señor Todopoderoso que el año de noventa y dos descubriese la sierra firme de las Indias y muchas islas..." (29:203)**

Según se verá en las páginas acerca de Colón, el origen de la leyenda que sostiene la posibilidad de la existencia de tierras lejanas, desconocidas y mejores, viene de antiguo. Alfonso Reyes señala una fecha tan vieja como la Historia misma.⁽¹⁾ En todo caso, es el navegante italiano quien hace realidad ese "raro presentimiento". El mismo se sentía mensajero de un poder superior —como más de alguna vez declara—, que lo impulsaba a ir hacia Occidente. Luego de concluida la hazaña se abre la pregunta y se inicia la discusión sobre el destino y misión del Nuevo Mundo. ¿Cuál sería su lugar en la Historia? ¿Qué función estaba llamado a desempeñar? ¿Qué podía hacer el europeo con estos nuevos territorios?⁽²⁾

* Cada uno de los epígrafes, al inicio de capítulo, proviene de escritos colombinos. El primer número entre paréntesis indica la posición de la obra en la bibliografía; el segundo, la página en la misma obra.

(1) Desde que el hombre ha dejado constancia de sus sueños, aparece en forma de raro presentimiento la probabilidad de un mundo nuevo. Ya la fantasía andaba prefigurándolo desde unos tres mil años antes de Cristo, cuando el mitológico Anubis presidía a los muertos en alguna misteriosa parte del Occidente. La idea de que al Occidente quedaba cierta región por descubrir —la cual adoptara unas veces la fisonomía de un mar tenebroso— viene desde los remotos documentos egipcios, y ahonda sus raíces antropológicas en el misticismo del crepúsculo vespertino. (127:12)

(2) El mismo Reyes formula la pregunta original y sugiere una respuesta probable: "Ya tenemos descubierta a América. ¿Qué haremos con América? Comienza la inserción del espíritu: a la Cruzada Medieval sucede la Cruzada de América. A partir de este instante, el destino de América —cualesquiera sean las contingencias y los errores de la historia— comienza a definirse a los ojos de la humanidad como posible campo donde realizar una justicia más igual, una libertad mejor entendida, una felicidad más completa y mejor repartida entre los hombres, una soñada república, una Utopía". (122:58)

La parte recién encontrada se prestaba como un campo para experimento de los más altos ideales de la humanidad como nunca antes se había ofrecido. Su presencia física vino a alentar las más audaces de las quimeras ya que su encuentro era producto de una cultura que, añorándola, la había prefigurado.

La existencia de un otro mundo en este de la tierra se documenta abundantemente en la Europa renacentista, especialmente en Italia. Jacob Burckhardt —entre los primeros— mostró el profundo cambio de valores que el movimiento impuso, junto a una concepción bastante más fiel del universo y sus cosas. Los humanistas italianos, impulsados por esa renovada sed de saber y ver, comienzan a cuestionar las dimensiones del orbe conocido y no tardan en señalar la existencia de una Cuarta Parte, de la que se había oído, pero es sólo entonces cuando se siente la necesidad de su encuentro. En esa época de intensa preparación científica, de revolución interior y de confianza en el hacer del hombre, que estuvo lejos de limitarse a lo artístico, cambiaron las perspectivas existentes y todo possibilitó la "invención" de América, el *in venire*, como sostiene O'Gorman.⁽³⁾

Alfonso Reyes y Julio Imbelloni han precisado los documentos donde había señas de tal intuición.⁽⁴⁾ Según Burckhardt, "las cruzadas habían abierto a todos los europeos las rutas de remotos países, despertando por doquiera el afán de viaje y la aventura" (20:209). El mundo quedaba, pues, a disposición de semejantes impulsos. Se genera así un grupo de insignes navegantes y trotamundos que, como afirma Leonard, van a dejar su rastro permanente en las crónicas y, en especial, en el cosmos de las maravillosas y nunca vistas —pero sospechadas— comarcas de los libros de caballería. Debido inicialmente a los portugueses se abre la ruta de los mares y el Mediterráneo deja de ser teatro único de las grandes hazañas. Cristóbal Colón sitúa un nuevo escenario histórico

(3) Fundamental para nuestro ensayo resulta el pensamiento de Edmundo O'Gorman. No se hablará aquí tampoco de "descubrimiento" del Nuevo Mundo sino de "encuentro", excluyendo connotaciones casuales. (107) y (108)

(4) Reyes anota: "Luigi Pulci, poeta italiano del Renacimiento, en el relato del viaje aéreo que realizan sus personajes Rinaldo y Ricciardoto, gracias a los demonios Astarotte y Farfarello... puso en boca de Astarotte, nuevo espíritu del siglo, motejador irónico y también librepensador, la revelación de que existe otra nueva parte del mundo, en el otro hemisferio, habitada como la antigua y situada más allá de las columnas de Hércules, que el error tradicional suponía innavegables y funestos para los hombres. (*Il Morgante*, XXV) ¿Esta profecía, ha de considerarse como una mera ocurrencia poética, al igual del conocido pasaje de la *Medea* de Séneca? ¿O debe más bien considerársele eco de una opinión ya general, fruto de la cultura humanística?" (122:35). Imbelloni analiza con detalle más fuentes que las mencionadas por Reyes (71). El efecto posterior al viaje colombino en la conciencia italiana ha sido analizado por Rosario Romeo. (128)

al dar cima a la primera y acaso la más grande de las aspiraciones de la época.⁽⁵⁾ La tradición que avalaba el encuentro de América se actualiza. Era el momento oportuno para que fuera encontrada. Varios influjos y circunstancias históricas coincidentes se dan cita para hacerla aparecer en la Historia.⁽⁶⁾ Y en los momentos que el Nuevo Mundo se dejaba ver, y aún sin identidad propia, fue cubierto de inmediato por gran cantidad de contenidos mitológicos y literarios que en Europa esperaban el encuentro para pasar a investir a la novel tierra: tal fue su acto de bautizo. Lo mejor de la imaginación del Viejo Continente se puso al servicio de una tarea sin precedentes.

Esa voluntad y disposición que mostraron los europeos por revestir lo nuevo con buena parte de sus leyendas y tradiciones, para ejecutar el traspaso de toda fantasía que ya tenía una forma en la literatura y en la geografía, ¿no confirma el ansia de que el encuentro tuviera lugar? ¿Se trataba de una región deseada antes de ser encontrada? ¿Era la tierra que se buscaba desde tiempos bíblicos? Como quiera que sea, es claro que un anhelo de Europa cobraba realidad.⁽⁷⁾ El "descubrimiento" de América propició la resurrección de las utopías, olvidadas desde los tiempos de Platón. Las inquietudes renacentistas comienzan a definir cuál podría ser la misión de las tierras recién halladas. Por causa de esa confianza —también contribución de la época— muchos proyectos rozan lo quimérico. Bartolomé de Las Casas denuncia temprano

(5) Colón no es un solitario en este tipo de empresas, como bien se sabe. Los portugueses habían sentado ya una clara primacía que no terminó dando los frutos que recogieron sus vecinos. "Colón es sólo el más grande de toda una serie de navegantes italianos que surcaron mares lejanos e incógnitos al servicio de los pueblos de Occidente", dice Burckhardt (20:210). John Parry estudia con detalle esa "edad de reconocimiento" que culmina hacia mediados del XVII. Someramente relaciona los viajes con el Renacimiento cultural. (114)

(6) "Entre los impulsos que determinan la aparición histórica de América, unos son terrenos y prácticos, otros fantásticos e ideales. No sólo la verdad, la misma mentira cuaja de repente en comprobaciones teóricamente inesperadas. El misticismo geográfico, las aventuras de los colonos desconocidos e involuntarios, los nuevos ensanches de la tierra, todo ello desemboca en el Nuevo Mundo. No son ajenos al descubrimiento los sueños de Ofir y Catay. La Atlántida, resucitada por los humanistas, trabajó por América. El Cipango y la Antilla representan aquí el paso de la quimera a la realidad, del presagio al hecho. Y todavía después, la mentira —que tantas veces ha guiado oscuramente a los exploradores— seguía haciendo de las suyas, cuando se buscaban en nuestro continente la Fuente de Juventud, el País del Oro y el Reino de las Amazonas". (122:18)

(7) Silvio Zavala escribe sobre el punto: "La mentalidad renacentista anheló un mundo libre de impurezas. Eco de los exponentes filosóficos y literarios de esta actitud fueron, en el orden de la doctrina política, la *Utopía*, de Moro y *La Citta del Sole*, de Campanella; podríamos añadir el *Mundus Alter* de Joseph Hall, la *Nova Atlantis*, de Bacon, y la *Oceana*, de Harrington. La escuela se caracteriza por su disconformidad con el mundo histórico y la adhesión a fórmulas de vida política racionalmente perfectas". (162:3)

las debilidades que hacían fracasar el plan apenas comenzado; junto con las denuncias, sin embargo, hay muestras de que la fe original seguía en pie: un prelado español, don Vasco de Quiroga, pasa a Indias para convertir en verdades tangibles las ideas que Moro proponía en su célebre libro. El mismo humanista inglés menciona el nuevo continente cuando sugiere la localización de su tan perfecta república.⁽⁸⁾ Cristóbal Colón, bajo el impulso de esa cultura renacentista —de la que no era nada ajeno como suele creerse—, que aspiraba mundos más puros, delinea en su prosa el lugar posible. Bastante conmoción causó su famosa carta de 1493 entre un público incrédulo y maravillado que la leyó en diecisiete diferentes ediciones —castellanas, latinas, italianas y alemana— todas anteriores a 1498. Américo Vespucio, pocos años después, tiende a corroborar las descripciones y las intuiciones colombinas. Admiration por Platón y su Atlántida que el Renacimiento vivifica, cristianizándola en el recuerdo del Paraíso Terrenal, en llamados por retomar a las prácticas originales de la Iglesia; estos fundamentos quedan señalados con cierta nitidez cuando las primeras versiones sobre el mundo nuevo. Y así, porque venía a satisfacer una necesidad europea, la geografía sospechada era bienvenida. América apareció como la prolongación real de un deseo europeo: "El descubrimiento de América no es obra del azar; tiene su origen en una necesidad inaplazable. Europa la descubre porque la necesita".⁽⁹⁾ Anhelantes de ver sólo lo que querían ver, de describir sólo lo que pareciera acorde con un universo buscado por

(8) "Los descubrimientos geográficos proporcionaron a la tendencia naturalista y depuradora del Renacimiento una ocasión propicia de ejercicio: Europa, por su vejez, se estimaba difícilmente corregible; pero la humanidad descubierta, desnuda, sencilla, ingenua, podría vivir de acuerdo a la anhelada perfección. Moro menciona en su *Utopía* los viajes de Américo Vespucio y los pueblos del Nuevo Mundo. Entre los españoles fue acogida fervorosamente esta orientación, germen de la doctrina del buen salvaje, que habla de lograr su expresión última en Rousseau. Ello explica por qué en relación estrecha con las premisas culturales esbozadas, un magistrado español concibió el proyecto de ajustar la vida de los indios al esquema ideal de la *Utopía* de Moro" (162:4). Cierta correspondencia entre Moro y Erasmo sugiere que tal vez el primero sabía algo de las intenciones de Zumárraga y de Quiroga de pasar al Nuevo Mundo para hacerse cargo de posiciones en la iglesia de la Nueva España. (163:146-52)

(9) "Se ha anticipado que América es una creación de Europa, que América es hija de la cultura europea. ¿Qué fundamento tiene esto? América surge a la vida cultural de Europa en una de las grandes crisis de ésta... Su descubrimiento no se debe a que un europeo, Colón, se haya tropezado con ella. Sino a que el europeo había salido en su busca. Europa buscaba esta tierra, necesitaba de ella. Antes de esta época América, aunque existía como continente, no había preocupado a Europa... Antes de este momento histórico el europeo había mostrado un gran respeto por lo desconocido; no tenía necesidad de comprobar nada. Sin embargo, en un momento que semeja mucho al nuestro, dicha fe no le bastó ya. Un buen día se encontró flotando en el vacío. Falto de fe todo su mundo se derrumbaba, entraba en crisis. El ideal situado en lo alto se desvanecía, se aleja tanto que se

años y por fin encontrado, comienza a autorizarse una literatura de suyo particular. Como señala Octavio Paz, una literatura que tuvo que levantarse contra una realidad que era una utopía; he ahí uno de los fundamentos que es preciso considerar cuando se trata de interpretar sus producciones.⁽¹⁰⁾ Este rasgo de ser "creación premeditada", bosquejo de quimeras forjado a fuerza de leyendas y mitos, y desventuras del Viejo Continente en crisis, dejó una notoria particularidad en nuestra literatura.

Se ha dicho que por abundancia de tantas leyendas se perdió un rasgo de veracidad que hubiera otorgado una visión más nítida de lo que fueron, por ejemplo, las culturas precolombinas y el intramundo de esos pueblos. Pero las fantasías del *allá* colmaron las medidas más realistas. La función del cronista de Indias se debate entre la fidelidad al medio o a la tradición. Las más de las producciones coloniales llevan algo de esas dos fuentes. De ese encuentro nace la literatura hispanoamericana.⁽¹¹⁾

hacia inalcanzable. Había que buscar nuevos ideales, nuevas creencias. Había que rehacer el mundo. Pero había que buscar nuevos ideales y nuevos lugares donde colocarlos. Ya no podían ser colocados en el cielo. Gracias a la nueva física, el cielo dejaba de alojar ideales para convertirse en algo frío e ilimitado, en un infinito muerto, mecánico. Ahora había que situar los ideales en otro lugar. Y ese otro lugar no iba a ser otro que la tierra, el mundo. Así, en tierras antes desconocidas, en tierras por las cuales el hombre occidental no había sentido interés, se colocaron los nuevos ideales. Todo lo que el europeo necesitaba, todo lo que anhelaba, todo aquello de que carecía, fue colocado en estas tierras desconocidas. El europeo se lanzó a la busca de estas tierras de promisión. Viajeros y navegantes daban fe de su existencia. Y es que éstos, como europeos, no veían ahora sino aquello que querían ver'. (164:9)

(10) Ha dicho Paz: "No se nos puede entender si se olvida que somos un capítulo de la historia de las utopías europeas. No es necesario remontarse hasta Tomás Moro o Campanella para comprobar el carácter utópico de América. Basta con recordar que Europa es el punto, involuntario en cierto modo, de la historia europea, mientras que nosotros somos una creación premeditada". (118:13)

(11) "La imaginación del europeo colocó en estas tierras ciudades fantásticas, diseñadas conforme al ideal de un solo ingeniero. Legislaciones, estados, costumbres y religiones ideales fueron colocados en este continente, todo a la medida de sus no menos fantásticos moradores. América no era otra cosa que el ideal de Europa. En ella se veía lo que el europeo quería que fuese Europa. Fue el modelo conforme al cual había que rehacer el mundo occidental.

América surgió así como la suma de todas las perfecciones. Tierra de Promisión. Pero tales perfecciones no eran suyas; no eran sino dones que la imaginación europea le había otorgado. La realidad americana era otra muy distinta. El europeo, atraído a estas tierras por la leyenda, iba pronto a saber esto. La decepción habría de surgir pronto, y con ella la inadaptación del americano; sin embargo, para Europa, esta América siguió siendo tierra de promisión, tierra nueva. La fantasía europea siguió bordando sobre América. América no era así otra cosa que una creación utópica de Europa". (164:48-9)

Esta gestación utopista que se relaciona a la fundación del Nuevo Mundo crea, juntamente, con lo que Zea llama "inadaptación", una actitud literaria que siguió considerando estos territorios como el Lugar Prometido, como un remanso en el transcurso de los siglos en el cual se habría refugiado la perdida Edad de Oro. Y actitud literaria que correspondía a las inquietudes del pensamiento europeo, no tardó en transformarse en preocupación similar entre los escritores que, nacidos ya en América, comparten y prolongan a través de sus obras todo cuanto recién heredan.

Puede decirse que, en cualquier caso, hubo un desborde de la imaginación que ocurre por igual en los de aquel y en los de este lado del océano. Hay varias razones para entenderlo así. Todo el acervo cultural que se puso de manifiesto y cobró vida, luego del primer viaje estimuló las plumas de receptores que se ocuparon de magnificar las primeras noticias; entre ellos Pedro Mártir de Angleria. No es extraño que éste sea citado entre las fuentes de Tomás Moro. No es raro, tampoco, que los escritores criollos sintieran un compromiso con las riquezas, con el pasado y con el porvenir del Nuevo Mundo. De tales supuestos arranca un cierto espíritu presente en la mayor parte de la literatura colonial, renovado más tarde con nuevos visajes, pero siempre presente en las letras de Hispanoamérica.

Que los hombres que pasaron a animar la vida de Indias eran lectores creyentes de un tipo de ficción relacionada principalmente con las aventuras, es sabido. Funcionarios reales, pícaros y soldados, cuya imaginación, cuyo margen de capacidad imaginativa estaba moldeado por los contenidos de libros caballerescos y sus milagros, continúan buscando la adecuación de América con el universo fantástico que esas lecturas les habían enseñado. Se piensa que es dable encontrar todo o casi todo cuanto la inspiración del Viejo Mundo había creado. Así, fue inevitable el enfrentamiento y la comparación entre realidad y fantasía, entre la leyenda y los nuevos territorios.⁽¹²⁾ Célebre es el momento cuando Bernal DÍaz se detiene ante la presencia de la cercana Tenoch-

(12) Irving Leonard que ha estudiado en detalle esa relación escribe: "Se han dado ya algunas indicaciones acerca del poderoso ascendiente que tenían los libros de caballería sobre la mente popular en la primera mitad del siglo XVI. La influencia de esta literatura sobre el pensamiento y la acción de los lectores es incuestionable... El conquistador como elemento aventurero y dinámico de la sociedad española, mal podía escapar a la incitación de semejantes fantasías... Otros individuos semejantes, especialmente en España, animados más por el honor que por la curiosidad estaban convencidos de que, al participar en viajes a ultramar, palparían en realidad las maravillas, las riquezas y las aventuras que se contaban en los libros populares tan seductoramente. Gigantes, sabios, enanos, islas encantadas, Amazonas, fuentes de juventud, las Siete Ciudades míticas, El Dorado, seguramente existían en alguna parte de las inmensas y extrañas tierras que la Providencia había deparado al pueblo escogido de Castilla". (81:37)

titlán y dice que ésta es superior a aquellas de que habla el *Amadís*. Pero muchas veces lo circundante no fue ni maravilloso ni sugestivo y una realidad más modesta que lo esperado causó desengaño; ¿por qué, sin embargo, varios de los que tomaron la pluma persistieron en crear El Dorado, Amazonas y lugares y seres de ese tipo? Acaso, comprobando la imposibilidad de dar con tales parajes, dejaron en la literatura lo que no pudo quedar en la historia. De esa paradoja provino la sorpresa y la esperanza: "Si Menfis o Babilonia hubieran permanecido ignoradas, vivas e intactas, y hombres de otras edades hubieran podido sorprenderlas en plena vida, su asombro sería comparable al de los soldados de Cortés o de Pizarro al penetrar en Tenochtitlán o en el Cuzco".⁽¹³⁾ El legado mitológico y legendario siguió viviendo en el terreno de las letras. La Crónica de América, como ha dicho Carpentier, se tornó en la crónica de lo real-maravilloso. Desde ese momento la leyenda del Nuevo Mundo —cronológicamente "nuevo"— comenzó a tomar cuerpo y a desarrollarse. La palabra dicha por la tradición cobraba sus ecos.

El conflicto entre realidad y fantasía consolida los testimonios de la empresa sin exigir resolución en favor de la realidad; así se daba explicación de magnitudes que de otra manera hubieran quedado sin ella; modo algo contradictorio de satisfacer la curiosidad renacentista. El trasfondo mítico fabuloso se adecua a la realidad. ¿No es acaso buena parte de la literatura colonial —y en especial la poesía épica— catálogo de ese encuentro único? En la proyección legendaria de América que tendía a solidificarse sobresale la imagen de la Edad de Oro, el sueño de la Utopía.

La carencia de deslinde entre la ficción y la nueva geografía tampoco significó mayor confusión entre los lectores. Era lo que se esperaba. El pueblo español —sostiene Leonard— ebrio de triunfos y en posesión de la idea de pueblo escogido vivía llano a aceptar todos

(13) Agrega Esteve Barba: "Estos hombres, que han asistido a tanta maravilla, no dudan de que cualquier día puedan descubrir otro imperio. Refiriéndose al continente del Sur, cuyos confines fueron pronto conocidos gracias a los navegantes, Acosta recordaba la desorientación que respecto a su interior existía. 'Se ignora —dice— qué es lo que hay entre el Perú y Brasil, y hay diversas opiniones de unos que dicen que es toda tierra anegadiza, llena de lagunas y pantanos, y de otros que afirman haber allí grandes y gloriosos reinos, y fabrican allí el Payití, y El Dorado, y los Césares, y dicen haber cosas maravillosas'. Al Norte, cuyo contorno tardó mucho en conocerse, se buscaban, en cambio, la Fuente de la Juventud, las Siete Ciudades Encantadas y el Estrecho de Anián... Esta desorientación, este no saber dónde están —el nombre de Indias dado al continente es la primera de sus consecuencias— les induce a recurrir a los mitos clásicos: los bosques se pueblan de amazonas, y no falta quien haya visto sirenas en los mares. Toda la Edad Media está tras ellos, con su fantasía; y, por su parte, los geógrafos y naturalistas antiguos contribuyen en pleno Renacimiento a llenar el mundo de seres extraños". (30:16)

los relatos de grandes hazañas y portentosos encuentros que sus hijos estaban llamados a realizar. Ese sentimiento posibilita el tono heroico de las letras coloniales y de la tradición que legaron.⁽¹⁴⁾

Contactos entre ficción e historia permiten afirmar que un criterio interpretativo de la temprana literatura hispanoamericana como el de "lo visto y lo vivido", se hace bastante insuficiente debido, precisamente, al carácter tan singular de su nacimiento. "Lo visto y lo vivido", se ha dicho, es un modo de manifestar "esto es verdad, yo lo vi, no es parte de la leyenda"; pero, ¿qué sucede cuando se afirman como "vistos y vividos" milagros que dejan pequeños a los de las Escrituras? El grado de delimitación se anula: lo que no hay de "real" en la literatura de la época no se debe a que el autor no lo viera o viviera, se debe a que toda una concepción del mundo es todavía parte del reino de la ficción. La imaginación tiene el dominio entonces sobre la mitad del saber humano. Fantasía y realidad se fueron mezclando —y no podía ser de otra manera— para dar como resultado toda una historia cuyos límites eran bastante imprecisos: estaban al borde de la ficción. Tampoco importaba mucho señalar tales límites; a pesar de las retóricas y de su origen, poco en cuenta se tuvo la distancia entre historia y poesía. Contó bien poco cuando se trató del Nuevo Mundo. Hay un punto en que no es posible, incluso, determinar si las leyendas todas vinieron de Europa o se fueron haciendo como producto original de América. Existe también una superposición y mezcla de fábulas que, coincidentes, llegan acá a nueva madurez. La mitología que pasó de Europa se cruzó con la precolombina y de este maridaje único quedaron los mitos más depurados, las creencias más bellas. Son el trasfondo de nuestra literatura.

Sin embargo, el Nuevo Mundo no ofrecía, de hecho, un edén a los ilusos que, cualquiera fuese su bagaje cultural, cruzaban el océano por llegar a encontrarlo. Si varias páginas colaboran a documentar lo mítico, otras se prestan para negar los sueños que tenían que ver con aspiraciones paradisiacas. La empresa deparaba también, y ampliamente, sinsabores. Mucho de lo peor que poseía el hombre occidental también alcanzó al Nuevo Mundo y no dejó de jugar rol importante. Las Casas lega un patético testimonio de tal herencia. Pero la literatura prefirió

(14) "De una manera inconsciente, Vasco da Gama, Colón y otros navegantes y exploradores, llevaron a las regiones que habían descubierto, las creencias de la Edad Media, por las cuales estaban dominados; de ahí que estos argonautas regresasen con noticias de islas misteriosas habitadas por Amazonas y de positivas indicaciones de la proximidad del Paraíso Terrenal. Y los nuevos mapas del engrandecido mundo estaban ornados de signos cartográficos que revelaban curiosas anomalías; figuras de extrañas bestias y de hombres cuya existencia era presumible, aparecían regadas en los anchuros espacios inexplorados de mar y tierra... Era natural que los inexactos y exagerados informes de los descubridores se armonizaran con las descripciones que presentaba la literatura popular". (81:38)

el territorio de lo legendario, de lo heroico. No hay más que mirar —sólo para citar coloniales— las producciones de Cortés, de Ercilla, de Bernal, de Balbuena, del Inca Garcilaso, de Huamán Poma, de Ovalle, para darse cuenta de lo efectivo de la afirmación. El aspecto brutal, anti-poético, es visible también con frecuencia, y vigoroso. Acaso por mantener la imagen original creada en la prosa del Almirante, o por adhesión a la causa renacentista, los escritores que le continúan conciben al Nuevo Mundo desde una perspectiva edénica. El rasgo utópico que distinguió a las nuevas tierras continuó vigente, pese a todo, amoldándose a cada futura exigencia.⁽¹⁵⁾ Si las descripciones primeras resultaban en muchos desengaños ahí estaba la tarea enorme de reconstruir para el lector de Europa un medio óptimo que comenzaba a desvanecerse; y esa era misión de los escritores; habla en varios de ellos, además, buena dosis de interés personal; querían mostrar a las Autoridades cómo venían a servir a la Corona sacrificándose en terreno que era mitad ficción, mitad infierno. Edmundo O'Gorman sostiene que el prestigio político y religioso de la Corona ya estaba comprometido en punto avanzado, y por eso no se retrocedió ni en la conquista ni en la colonización. ¿Por qué tampoco retrocedió en su empresa el hombre de letras que siguió a las primeras descripciones? ¿Había también comprometido su prestigio en pos del símil Nuevo Mundo, Nuevo Paraíso —creación del Almirante y su época— que iba a prosperar en nuestras letras?

En el principio mismo del continente, Colón escribe las palabras que iban a crear una leyenda y una literatura. En el momento en que se buscaban nuevos territorios para viejos sueños, en que el Paraíso era intuido por los cartógrafos, el Almirante, según se lo indica su carta de marear amén de sus varias lecturas, da los primeros avisos ciertos.

(15) Sobre los primeros desengaños de Indias, escribe O'Gorman: "Las promesas de Colón habían sido un falso señuelo. Las esperanzas de oro cosechable como fruta madura se reducían al aleatorio futuro de unas minas que requerían trabajo y privaciones. El suave clima y la perfumada templanza de los aires cobraron vidas de cristianos con su pestífero engaño. Huracanes diabólicos sembraron naufragios; la soñada concordia que iba a presidir en la fundación y vida de la nueva colonia se tradujo en odio, prevaricato y disidencia, y los mansos e inocentes pobladores naturales de aquel ficticio paraíso, supuestos amigos de cristianos y amantísimos vasallos, mostraron su índole bestial: gente perezosa y proterva, buena para asesinar cuando la ocasión se ofrecía; mala para laborar y cubrir tributos. Adoradores encubiertos del diablo, o al menos dóciles instrumentos de sus aviesos designios; la beata imagen de la edad de oro rediviva se trasmutó, al conjuro del desengaño, en edad de hierro que dominaba la creciente convicción de que esos desnudos hijos del océano formaban parte del vasto imperio de la barbarie, el señorío, confesado o no, del Príncipe de las Tinieblas. Un profundo escepticismo invadía a la empresa que a muchos pareció un loco y peligroso sueño que no podía conducir sino al desastre y a la ruina de España". (108:44)

Comentaremos adelante sobre algunas obras de las mayores figuras de las letras hispanoamericanas. Se verá en ellas el compromiso con la promesa antigua, con Utopía, con la Tierra Prometida del Nuevo Mundo.

2. LA PROSA DE CRISTOBAL COLON Y LAS PRIMERAS DESCRIPCIONES DEL NUEVO MUNDO

"...que más mejor gente ni tierra puede ser, y la gente y la tierra en tanta cantidad que yo no sé ya cómo lo escriba..." (29:106)

El mismo doce de octubre de 1492 se inaugura también la literatura hispanoamericana; o sobre esa nueva parte del mundo que con el tiempo llegaría a ser Hispanoamérica. La pluma de Colón empieza a describir los territorios recién encontrados con tonos invariablemente positivos. A medida que transcurren sus viajes las imágenes se perfeccionan, y en 1498, durante el tercero de ellos, llega a la convicción de que no se halla lejos de la situación del Paraíso Terrenal. Sus escritos condensan el sentido legendario del continente y, por lo mismo, el origen de nuestra literatura.

Tan impresionantes resultaron las tierras y los hombres del acá para ojos europeos que el modo en que fueron descritos se hizo necesariamente hiperbólico. El *Diario de navegación* del primer viaje es reiterativo en tres particularidades que, abundantes en las novísimas islas, imponen en Colón la sospecha de enfrentar una realidad especial, cargada con todas las notas que distinguan el ambiente arcádico, edénico: la belleza de la tierra, la suavidad del clima y la perfección física y hasta moral de los hombres que encuentra. Tan a menudo y con tanto encomio escribe sobre esos aspectos que se transforman en motivos centrales de su descripción y en un desafío a la imaginación de la época.

Al día siguiente del desembarco, Colón sitúa una actitud descriptiva que no iba a variar: "Esta isla es bien grande y muy llana, y de árboles muy verdes y muchas aguas y una laguna en medio muy grande, sin ninguna montaña, y toda ella verde, que es de placer mirarla..." (29:32). El día catorce y mientras prosigue sus observaciones, comienza a recurrir a los matices superlativos que inclinaban su relato hacia la tradición de los tópicos literarios. Anotó entonces en su *Diario*: "Y después junto con la dicha isleta están huertas de árboles las más hermosas que yo vide, tan verdes y con sus hojas como las de Castilla

en el mes de abril y de mayo, y mucha agua" (29:33). La primavera inmortal de las poéticas se apoyaba en este caso en la referencia a la primavera europea, pero más allá de una circunstancia como ésta, todo pertenecía a la imaginación. El mismo Bartolomé de Las Casas, copista y redactor de extensos pasajes de lo que conocemos del *Diario*, advierte bien la admiración del Almirante y resume pasajes como el siguiente:

"Dice el Almirante que nunca tan hermosa cosa vido, lleno de árboles, todo cercado el río, fermosos y verdes y diversos de los nuestros, con flores y con su fruto, cada uno de su manera. Aves muchas y pajaritos que cantaban muy dulcemente..." (29:45)

Así, tanto para el autor como para el copista las fórmulas literarias se van precisando, dirigiéndose siempre hacia la excelencia: "Y diz que era gran placer ver..."; "dice que aquella isla era la más hermosa...". Y Colón a menudo dirá que "hallé un muy maravilloso puerto..."; o bien que "era la cosa más fermosa de ver que otra se haya visto...". El sobrepajamiento domina el estilo de ambos. Para ellos no hay en el universo hasta entonces conocido nada comparable con lo recién encontrado; por ello Colón no demora en asegurarlo así a los Reyes de un modo fehaciente:

Y certifico a Vuestras Altezas que debajo del sol no me parece que las pueda haber mejores [tierras] en fertilidad, en temperancia de frío y calor, en abundancia de aguas buenas y sanas... (29:73)

La descripción no es puramente subjetiva; detrás de los empeños por enriquecer esas regiones se lee una considerable voluntad de beneficio personal. Son años en que van aparejadas las nociones de servicio y recompensa. Como observador atento advierte lo grandioso del medio, el contorno inusual que no calzaba con su experiencia; su relato es también reflejo de ese sentimiento. Y aclara, con la misma firmeza, que no se trata de alucinación individual.⁽¹⁾ Declara ser veraz. Su posición no es retórica ni mucho menos; su prosa, un intento, al parecer bien fiel, de trasladar al papel la maravillosa realidad de unas islas que tanto sorprenden a él como a sus acompañantes. Quienes asisten al encuentro del continente —sospechado entonces como una desconocida región del Asia—

(1) El 21 de diciembre cuenta Las Casas que el Almirante "...fue con las barcas de los navíos a ver aquel puerto; el cual vido ser tal que afirmó que ninguno se le iguala de cuantos haya jamás visto, y excúsase diciendo que ha loado los pasados tanto que no sabe cómo lo encarecer, y que teme que sea juzgado por magnificador excesivo más de que es verdad. A esto satisface diciendo: que él trae consigo marineros antiguos, y estos dicen y dirán lo mismo, y todos cuantos andan en la mar; conviene a saber, todas las alabanzas que ha dicho de los puertos pasados ser verdad". (29:98)

se transforman en testigos de sus excelencias. Y desde bien temprano sabe Colón que resultará insuperable: "crean Vuestras Altezas que es esta tierra la mejor e más fértil y temperada y llana y buena que haya en el mundo" (29:40). Así escribió el 17 de octubre. Alabanzas de tonos igualmente positivos se encuentran por todos sus escritos. Hasta en la penosa *Lettera rarissima* —de julio de 1503— hay reconocimiento por la calidad y belleza de la tierra.⁽²⁾ Igualmente consistentes son las menciones relativas al clima. Todo cuanto le rodea le parece estar siempre "...como en mayo en Sevilla...". De modo que el paisaje de las nuevas regiones aparece fijo en una especie de primavera inmortal, recuerdo de los meses del entretiempo mediterráneo, pero también relación verídica de un ambiente donde los árboles y las plantas permanecen siempre verdes, como un año arcádico sin principio ni fin. Ni siquiera las lluvias perturban la bondad de los aires:

*Y llovió ayer mucho sin ningún frío; antes el día
hace calor y las noches temperadas como en mayo en
España, en el Andalucía. (29:45)*

La generosidad de la naturaleza, más allá del innegable ojo comercial con el que mira el navegante, semeja también imágenes adánicas: "...que veo mil maneras de árboles que tienen cada uno su manera de fruta y verde agora como en España en el mes de mayo y junio y mil maneras de hierba..." (29:45). La clara aproximación entre el paisaje tradicional de las obras bucólicas y el de las islas, es resultado más de lo que el Almirante contempla que de cuanto había leído. Si esta cercanía entre retórica y verdad vuelve a aparecer una y otra vez, se debe a la necesidad de Colón por comparar con otros elementos positivos y consagrados de la cultura europea el portentoso medio al que había llegado. También el modo de referirse al clima se mantendrá invariable porque no desentona la belleza del paisaje con la calidad de los aires; esta unión es otra de sus técnicas descriptivas más recurridas. Tal rasgo literario de mostrar ambos elementos como interdependientes se transformó en un legado para las letras hispanoamericanas. Cronistas e historiadores posteriores con pocas excepciones se apartaron del paradigma que, con seguridad, aprendieron antes de Colón que de Virgilio o Luciano o Petrarca. Gran cantidad de cartas de relación sobrarían para confirmar el juicio. El futuro Almirante de la Mar Océano daba los primeros pasos en la creación de la leyenda.

(2) El 21 de octubre escribió Colón un rasgo novedoso, que situaba a esa tierra como una futura morada: "...que si las otras ya vistas son muy fermosas y verdes y fértiles, ésta es mucho más y de grandes arboledos y muy verdes... y aquí en toda la isla son todos verdes y las hierbas como en el abril en el Andalucía; y el cantar de los pajaritos que parece que el hombre nunca se querría partir de aquí..." (29:43)

Colón tampoco olvida el carácter apostólico de su empresa. Así, el encontrar lugares o gentes siempre superiores a las ya vistas, refleja en sus páginas cierto sentido religioso que, alejando la descripción del peligro de la reiteración retórica le concede al mismo tiempo una magnitud de tremenda importancia: el don divino que se le ha hecho a la Corona de Castilla por medio del navegante no agota con facilidad su esplendor por ser precisamente un regalo de Dios. Dice Las Casas que el Almirante,

Afirma no encarecello la centésima parte de lo que es y que plugo a Nuestro Señor de le mostrar siempre una cosa mejor que otra, y siempre en lo que hasta allí había descubierto iba de bien en mejor, así en las tierras y arboledas y hierbas y frutos y flores como en las gentes, y siempre de diversa manera y así en un lugar como en otro lo mismo en los puertos y en las aguas. Y finalmente dice que cuando el que lo ve le es tanta la admiración cuanto más será a quien lo oyere, y que nadie lo podrá creer si no lo viere. (29:68)

No menos poderosa puede ser esta razón para determinar los matices de su prosa, pero cuando llega el momento de presentar el paisaje óptimo se aproxima mucho al *locus amoenus* de las retóricas clásicas; aunque sabemos que no dista demasiado el relato colombino —y en su favor vuelve a interceder la realidad— de lo que son y fueron los lugares que visitó durante sus viajes.⁽³⁾ Hay un pasaje en el *Diario* que, por razón de su clara proximidad con el tópico poético autoriza a pensar en el uso consciente de la fórmula literaria tradicional como otro de los recursos de Colón. El día 13 de diciembre, cuenta Las Casas que escribió lo que resume:

por medio de aquel valle pasaba un río muy ancho y grande que podía regar todas las tierras. Estaban todos los árboles verdes y llenos de fruta y las hierbas todas floridas muy altas... Los aires eran como en abril en Castilla, cantaba el ruiseñor y otros pajaritos... que dicen que era la mayor dulzura del mundo.⁽⁴⁾ (29:88)

(3) Thacher sostiene el "realismo" de Colón y la mesura de su prosa frente al paisaje. Cfr. (144:332). Vespucio en su primer encuentro con tierras americanas no está lejos de las imágenes colombinas: "...y con dieciséis hombres fuimos a tierra, y la encontramos tan llena de árboles, que era maravillosa no sólo su tamaño, sino su verdor, porque nunca pierden las hojas, y por el olor suave que salía de ellos, que son todos aromáticos daban tanto deleite al olfato que nos producía gran placer" (156:97). Morison y Obregón han registrado en un libro con amplio material fotográfico los paisajes primeramente vistos por el Almirante. Su parecer concuerda con el anterior y con el de la mayoría de los historiadores. Cfr. (100)

(4) Para uso del término nos apoyamos en Curtius, quien lo define así: "El *locus amoenus* es un paraje hermoso y umbrío; sus elementos esenciales son un árbol, o varios, un prado y una fuente o arroyo; a ellos puede añadirse

Por la pluma de Colón se expresan los sentimientos poéticos de la época. Y aunque el ruisenior es el ave ideal para este tipo de paisaje, se le menciona aquí además de las razones literarias porque el europeo no disponía sino de los nombres de cosas y animales que manejaba, y así los aplicó en el Nuevo Mundo. El espíritu científico que habría de redescubrirse en Plinio llegó más tarde a Indias. Ejemplos del traspaso ingenuo de nombres son frecuentes por toda la flora y fauna americanas.⁽⁵⁾ Indudablemente que, en este sentido, la descripción del Almirante se atiene bastante a la tradición literaria venida de Teócrito y Virgilio. O por otro lado, esa tradición encontró una realidad que aparecía en poca disparidad con aquellas de la poesía. Morison, por ejemplo, está en enfático desacuerdo con aquellos que consideran extravagante la pluma de Colón, reconociendo sí, que éste quiere enaltecer la importancia de su descubrimiento y ganarse la voluntad de los reyes.⁽⁶⁾

A las visiones altamente positivas que se entregan de la tierra y del clima, se añade la del hombre de estas partes. Los "naturales", es claro, aparecen ante los ojos del Almirante como hermanos del habitante de la Edad de Oro que los humanistas comenzaban a recrear, dando forma a un tema literario y a una idea favoritos del Renacimiento. Los navegantes quedan sorprendidos frente a un ser que, fuera de lo físico, en

un canto de aves, unas flores y aún más, el soplo de la brisa" (35:280). Olschki, en un rico análisis de pasajes de este tipo señala a Colón como un hombre de una época situada intelectualmente entre la realidad y la fábula, con una escritura de "analogías latentes" con la tradición literaria. Cfr. (111:2-21)

- (5) A. Ciornescu, que se ha ocupado del modus descriptivo de Colón, dice al respecto: "Esta continuación de los hábitos medievales puede representar una solución, mientras se siga tratando de observaciones no esenciales y de notas tomadas de paso, sin insistir; pero nunca para dar una imagen de la realidad y evocar sus rasgos característicos. Es una forma de anexionarse los objetos y de poseerlos, pero no vale para conocerlos. Debido a esta escasez de medios descriptivos, Colón resulta ser un extraño poeta del paisaje americano, que nunca describe en sí y por sí, sino que lo evoca y lo vuelve a crear por medio de la oposición y de la comparación (28:64). Olschki se inclina por creer que este tipo de homonimia confirma el fondo de la cultura literaria de Colón. Cfr. (111:11-21)
- (6) Según su parecer el Almirante es más bien objetivo, y su prosa busca eludir lo legendario: "Fuera de esta exagerada historia (describe un árbol con hojas de diferentes especies) sus informes acerca de fenómenos naturales son objetivos y exactos. Y que lo fueran merece comentarios, puesto que Marco Polo, Sir John Mandeville y sus imitadores habían hecho esperar a los europeos, de cualquier viajero que retornara de regiones desconocidas, que informara acerca de las maravillas y monstruos, tales como peces que crecen en árboles, hombres con rabo y peces sin cabeza y con ojos en sus vientres. Colón sabía perfectamente bien lo que esperaban de él, y puede incluso que aguardara ver tales cosas; mas no inventó nada, y sólo raras veces fue tentado por la tergiversación o exageró un poco para satisfacer la sed de sus reyes por lo maravilloso". (99:310)

nada se parecía al hombre de Europa; era, otra vez, algo así como la encarnación de un ideal pagano y bíblico semifantástico, arcádico, pleno de reminiscencias paradisiacas. Desde el primer enfrentamiento hay muestras del asombro que los nativos suscitan por el solo hecho de estar allí desnudos y mansos contemplando a los que llegan. La pluma del Almirante se detuvo ese doce de octubre, sobre todo, en los hombres, y de sus primeras observaciones anotó:

Ellos andaban todos desnudos, como su madre los parió, y también las mujeres, aunque no vide más de una farto moza. Y todos los que yo vi eran todos mancebos, que ninguno vide de edad de más de treinta años: muy bien hechos, de muy fermosos cuerpos y muy buenas caras... (29:30)

Desnudos, de aspecto juvenil, de grato físico, no podían sino incitar pensamientos similares a los motivados por la tierra y el clima. Ese mismo día comienza a delinear la riqueza interior de la gente: "En fin, todo tomaban y daban de aquello que tenían de buena voluntad. Mas me pareció que era gente muy pobre de todo". Y luego agrega unas líneas que mucha sorpresa debieron haber causado en la Europa de esos días: "Ellos no traen armas ni las conocen, porque les amostré espadas y las tomaban por el filo y se cortaban con ignorancia" (29:30). Como en los casos anteriores, la fascinación del primer momento no varía y se convierte en otro de sus rasgos descriptivos. Producto de una gran época antropocéntrica, Colón se detiene en la descripción de los hombres con el detalle que era dable también observar en la plástica; al día siguiente del desembarco confirma con entusiasmo las observaciones del primero:

Luego que amaneció vinieron a la playa muchos de estos hombres, todos mancebos, como dicho tengo y todos de buena estatura, gente muy fermosa: los cabellos no crespos, salvo corredíos y gruesos, como sedas de caballo, y todos de la frente y cabeza muy ancha más que otra generación que fasta aquí haya visto, y los ojos muy fermosos y no pequeños, y ellos ninguno prieto, salvo de la color de los canarios... Las piernas muy derechas, todos a una mano, y no barriga, salvo muy bien hecha. (29:31)

La adhesión con que se refiere a estos seres encuentra también variadas justificaciones en la tradición, pero su proximidad con el Génesis (sobre todo 2:25) es particularmente interesante por la cantidad de sentimientos religiosos que comienzan a aflorar en este decisivo momento del viaje. La relación con tal fuente, más o menos explícita, resultará definitiva para Las Casas quien más tarde la amplía y la enriquece, pero la intuición original es del Almirante. Por ello, poco más adelante y a pesar que los naturales se lo dicen varias veces, duda de que haya

islas habitadas por caníbales, y muestra mayor credibilidad cuando le cuentan acerca de los hombres con cola o de las islas de mujeres solas. Se le hace una necesidad poética y moral, desconfiar de semejantes afirmaciones. No tardará en perfeccionar la calidad ética que les ha atribuido. Sobre el día seis de noviembre escribió Las Casas: "Son gente, dice el Almirante, muy sin mal ni de guerra: desnudos todos, hombres y mujeres, como sus madres los parió" (29:56). La bondad de los nativos desconociendo las armas ofensivas, que tomaban las espadas por el filo "y se cortaban con ignorancia", su pasividad, eran buenos alicientes para llevar a Colón y los suyos a reflexionar con respecto al lugar en que se hallaban. Tendía a superar cuanto contaron los viajeros anteriores, aunque no se vieran por ahí los palacios con techados de oro de los que había hablado Marco Polo. El tipo humano recién encontrado era el que deparaba la mayor sorpresa ya que las menciones previas a esta región del Asia aludían más bien a la riqueza de ciudades, metales y tesoros.⁽⁷⁾ El día 25 de diciembre Colón hace unas anotaciones que ilustran bien la impresión que ese hombre pacífico y generoso, portador ingenuo de todos los grandes valores de un cristianismo original, dejaba en su ánimo:

son gente de amor y sin codicia y convenientes para toda cosa, que certifico a Vuestras Altezas que en el mundo creo que no hay mejor gente ni mejor tierra: ellos aman a sus prójimos como a sí mismos, y tienen un habla la más dulce del mundo y mansa, y siempre con risa. Ellos andan desnudos, hombres y mujeres, como sus madres los parieron, mas crean Vuestras Altezas que entre sí tienen costumbres muy buenas... (29:109)

Presentados ahora con giros provenientes de la liturgia, practicantes de una vida tan vecina al ideal del catolicismo, van a despertar admiración mayor aún en el Viejo Mundo, revitalizando esperanzas en las cabezas más ilustres de la época. Así, todo se congregaba para dar lugar a la primera descripción de América: paisajes, climas, hombres; y en concordancia con el hallazgo, las aspiraciones, la tradición y la imaginación europeas. Era imposible que no comenzaran a germinar en el pecho del Almirante sensaciones de aproximarse al Paraíso Terrenal. Y a medida que transcurren los días y las leguas navegadas, se advierte una ansiedad creciente que va a satisfacerse sólo en el tercer viaje, en las aguas del golfo de Paria. Son numerosas las apostillas que Colón dejó en los márgenes de sus libros alusivas a la situación geográfica del

(7) Recuérdese, por ejemplo, que entre la correspondencia intercambiada con Toscanelli, tan decisiva para Colón, éste habla leído frases como "...y estad seguro de ver reinos poderosos, cantidad de ciudades pobladas y ricas provincias que abundan en toda suerte de pedrerías...". De este tipo, con la excepción de las que habla aprendido en la Biblia, son las informaciones que ha ido recogiendo previas al viaje. (30:19)

Paraiso Terrenal. Ninguna más atrayente que las manuscritas en su ejemplar del *Imago Mundi*.⁽⁸⁾ Predispuesto, pues, ya en el primer viaje —el 14 de noviembre de 1492—, y de acuerdo a lo que sus cálculos de navegación indicaban, cuenta Las Casas que el Almirante,

Maravillóse en gran manera de ver tantas islas y tan altas, y certifica a los Reyes que las montañas que desde antier ha visto por estas costas y las de estas islas que le parece que no las hay más altas en el mundo ni tan hermosas y claras, sin niebla ni nieve, y al pie de ellas grandísimo fondo; y dice que cree que estas islas son aquellas innumerables que en los mapas en fin de Oriente se ponen. (29:61)

Estaba intuyendo la posición geográfica consagrada como cercana a la región óptima: lo insólito y bello del lugar imponían conclusiones que la imaginación europea debió aceptar como prudentes. Colón tuvo que recurrir a un lugar supremo de la tradición para establecerlo como el otro término de su símil. Cuando la imagen del Paraiso quedó grande, fue reemplazada por otras instancias legendarias no menos atrayentes; más tarde la mentalidad renacentista que tan bien se expresó en la obra de Tomás Moro, agregaría una de esas óptimas regiones al suelo de América, colaborando en una tendencia naciente que se perpetuó en nuestras letras.

Intuiciones provenientes de algo más que la pura imaginación del Almirante, porque son los cálculos de sus desplazamientos marítimos los que le llevarán a pensar —durante el tercer viaje— que asciende, que las aguas por las que boga se van levantando hacia un punto superior —“alzándose hacia el cielo suavemente”—, donde según los tratadistas geógrafos que él conocía —especialmente Tolomeo— señalaban el fin de Oriente. La cosmografía y la tradición concurrían por igual en el nacimiento de la leyenda. Convencido de la precisión de su ciencia, el Almirante tampoco abandonará ese parecer.⁽⁹⁾ Y no es el único entre los primeros navegantes en sentir que lo recién encontrado correspondía a una imagen deseada que se hacía realidad. En América Vespucio, aunque con menos urgencia, se repite la experiencia vivida

(8) Morison reproduce un pasaje del *Imago Mundi*, de Pierre D'Ailly, muy similar al del *Genesis*, que había atraído la atención de Colón; se refiere a la ubicación del Paraiso Terrenal y a los grandes ríos que desde allí descienden. Cfr. (99:133)

(9) El quince de diciembre, casi un mes después de esas primeras impresiones, bautiza un lugar con el nombre de Valle del Paraiso: “Puso nombre al Valle. Valle del Paraiso, y al río Guadalquivir, porque diz que así viene tan grande como Guadalquivir por Córdoba, y las veras o riberas de él, playa de piedras muy hermosas...” (29:90). Si nombres fundados en las semejanza, es una lástima que el copista no dé razón del porqué ese nombre al valle.

por Colón.⁽¹⁰⁾ Fue durante el día veintiuno de febrero cuando el Almirante escribió el más revelador pasaje acerca del resultado que podría tener su primera travesía; anotó sin mayor comentario Bartolomé de Las Casas:

Concluyendo, dice el Almirante que bien dijeron los sacros teólogos y los sabios filósofos que el Paraíso Terrenal está en el fin de Oriente, porque es lugar temperadísimo. Así que agora aquellas tierras que él había descubierto es —dice él— el fin de Oriente. (29:90)

La convicción no hace sino crecer y entrado el mil quinientos aún no aparecen dudas sobre la posibilidad del hallazgo, porque no era sólo la calidad de los aires, ni lo atrayente del paisaje, ni aun la bondad de los naturales cuanto llevaba a tales conclusiones. Hay una redescubierta tradición cultural que apoya semejantes aspiraciones. Colón, como Vespucio, estaba bien al tanto de ese legado; sucede que él —al igual que otros después— tiende a confirmar el saber libresco en su experiencia inmediata.⁽¹¹⁾ Si el contenido fantástico de las leyendas escapa a la

(10) En carta a Lorenzo de Médici (Sevilla, 18 de julio de 1500), cuenta así de su recorrido inicial por costas del Nuevo Mundo: "Sus árboles son de tanta belleza y de tanta suavidad que pensamos estar en el Paraíso Terrenal...". Y aunque se trata ya de una expresión metafórica lexicalizada no se agota solamente en eso; en otra carta a Médici, su famosa *Novo Mondo*, escribe Vespucio: "Y ciertamente si el Paraíso Terrenal en alguna parte de la tierra está, estimo que no estará lejos de aquellos países". (156:101)

(11) Alfonso Reyes ha detallado la formación cultural de Colón; señalando elementos tradicionales que llegaron a esta primera descripción de América, nos dice: "La Utopía clásica de la Edad de Oro poco a poco se había convertido en el sueño del Paraíso Terrestre. La idea de que existe un reino de la felicidad donde los hombres son naturalmente buenos... cunde por todas partes. Si para unos era el Catay vivero de criaturas satánicas, para otros era el asiento del propio Edén. Mandeville, Marco Polo, Cristina de Pisán popularizan esta creencia... Brunetto Latini, el maestro de Dante, contribuye a la proliferación de supuestas tierras incógnitas. Y el Aliaco, suma autoridad de Colón, cree en la existencia de gente beatísima... de que algunos suelen suicidarse hartos ya de felicidad y de vida... Educado en estas lecturas, Colón emprende el viaje, y no es extraño que, en su espíritu, las visiones fabulosas ocupen muchas veces el lugar de las realidades, como se ve por sus mismas relaciones y por todo el discurso de sus andanzas... Esta transposición mítica parece que se va acentuando del primero al cuarto viaje, como si, al principio, la grandeza del hecho mismo lo tuviera en actitud algo humilde y expectante, y la audacia subjetiva se fuera desatando más y más con las ulteriores interpretaciones teóricas a que se entrega, desliziándose con menos reserva a atribuir a los lugares encontrados los nombres que había aprendido en los libros... Colón durante los tres primeros meses que dura su recorrido por las Antillas, duda entre aquellos árboles y aquellos hombres desnudos, si habrá encontrado el Edén bíblico, si más adelante quedarán los países de inmensas riquezas que Marco Polo le tiene prometedos..." (122:42). Con más detalle ha revisado la formación colombina Vignaud en un subcapítulo de su libro. Cfr. (157:95-105). En los *Studi Colombiani* se incluye una serie de conferencias sobre la cultura de Colón las que, en todo caso, amplían lo sintetizado por Alfonso Reyes. Cfr. (142)

quilla de las naves colombinas, el Almirante no tiene necesidad de suscitar el asombro europeo con creaciones de invención propia. El Nuevo Mundo le va desplegando otra y amplia variedad de maravillas que lo encandilará, como luego sucedió con decenas de hombres que al igual suyo, dejaron testimonio de ese asombro. De esos encuentros comenzó a nacer la literatura hispanoamericana: al borde de una mitología que rebasaba toda realidad y en el límite de una realidad que pulverizó todas las leyendas comunes, depurándolas, para guardarse la más apta a su porvenir: América, el Paraíso Terrenal; América, la Tierra de Promisión.

La cultura clásica —con buena dosis de vigencias medievales— aportó los contenidos que llegaron a dar identidad al mundo nuevo, como un acto de bautizo. No era, pues, nada insólito ponerse a buscar el Paraíso en la tierra, y menos aún hacia el fin de Oriente.⁽¹²⁾ El mito que se les otorgó a las nuevas tierras provenía de un saber que imaginaba el objeto al cual calzarle las leyendas. Continente deseado, se le explicó descifrando las tradiciones: Edad de Oro, Arcadia, Paraíso Terrenal, Ophir; todas se hacen sinónimo autorizadas por la geografía.⁽¹³⁾

A las intuiciones continúan más tarde las comprobaciones "científicas".⁽¹⁴⁾ Colón había renovado entre los europeos las latentes posibilidades de la imaginación situando un espacio para que se ejercitaran. Pero, como se sabe, el Renacimiento no fue sólo una aventura de la mente; y de ahí una de las dos raíces que definen la dialéctica confusa de las empresas que continuaron al encuentro: una alimentó gene-

(12) Howard Rollin Patch afirma que: "Además de las visiones sobre la vida de ultratumba, la literatura medieval ofrece varias descripciones de viajes al Otro Mundo, algunas de las cuales pretenden ser experiencias reales. Estos viajes se relacionan frecuentemente con el Paraíso Terrenal o con alguna isla apartada, probablemente porque en aquella época sin aviación eran los sitios más apropiados para un relato que por fuerza debía parecer verosímil. La creencia en la realidad del Jardín del Edén era universal y se suponía que aunque no fuera fácil descubrirlo aún estaba sobre la tierra, sirviendo de lugar de paso a los santos antes de que subieran al cielo. Era frecuente que los mapas de la época señalaran su situación... como algunas otras maravillas de que solían hablar los viajeros al regresar de Oriente". (115:142)

(13) Ya entrados por México, los hombres de Cortés son atraídos por las mismas visiones; hacia 1519 cuentan al Rey que: "A nuestro parecer se debe creer que hay en esta tierra tanto (oro) cuanto en aquella donde se dice haber llevado Salomón el oro para el templo, mas como ha tan poco tiempo que en ella entramos, no hemos podido ver más..." (32:21)

(14) El estudio de León Pinelo es uno de los varios textos que se aproximaron al tema con pretensiones algo más científicas. Escribe Porrás Barrenechea: "El licenciado don Antonio de León Pinelo nos asegura desde la cumbre de su observatorio erudito, sostenido con los tomos de geógrafos medievales, padres de la Iglesia y exegetas ortodoxos de la Biblia, que el idílico paraíso estuvo, sin lugar a duda, en las márgenes del Amazonas o Marañón del Perú, en la Ibérica Meridional". (80:3)

rosamente la literatura; la otra, el oro, el "interese", anticipando la sociedad futura. Junto con ofrecer a sus reyes las posibilidades paradisiacas que expone en sus escritos, promete esclavos, especias, oro. Quiere hacer fortuna y con ella cambiar la vida presente y venidera de los suyos y prepararse para la otra. Desde el Nuevo Mundo, en su cuarto viaje, escribe francamente a la Corona:

Genoveses, venecianos y toda gente que tenga perlas, piedras preciosas y otras cosas de valor todas las llevan hasta el cabo del mundo para las trocar, convertir en oro: el oro es excelentísimo; del oro se hace tesoro, y con él, quien lo tiene, hace cuanto quiere en el mundo, y llega a que echa las ánimas al paraiso. (29:200-201)

El oro constituía un fin meritorio de la vida; Marco Polo había dado lugar a un atrayente derrotero: el Oriente, Catay, Cipango. Hacia allá parte el Almirante, va en demanda de los tesoros que el veneciano afirmaba haber visto. Tan pronto como repara en el metal, apenas llegado a Guanahani, comienza la obsesión; no debe tardar en navegar hacia China, hacia el rico Japón, si hasta lleva carta real para el Gran Khan.⁽¹⁵⁾ Las motivaciones evangélicas que Colón declara como razón e impulso inicial de su empresa, los llamados que sintió provenientes de sus lecturas están más acordes con la imagen primera que estas nuevas regiones sugirieron al hombre del Viejo Continente. Profecías bíblicas y paganas encerraban mandatos de desplazarse en busca de otras regiones, de otra tierra prometida.⁽¹⁶⁾ En esas otras vertientes que, además del oro, crearon el empuje para cruzar una mar todavía de tinieblas, están las raíces que modelaron luego la literatura hispanoamericana. La primera de ellas es religiosa: las Escrituras aportaron la imagen del Paraíso, del hombre adánico,

(15) El día 21 anota el Almirante: "... luego me partiré a rodear esta isla fasta que yo haya lengua con este rey y ver si puedo haber de él oro que oyo que trae y después partir para otra isla grande mucho que creo que debe de ser Cipango..." (29:44). Sobre los documentos y la carta de presentación que llevaba el navegante, Cfr. (99:216).

(16) En la relación que hace a los reyes, en su tercer viaje, precisando los motivos que lo llevaron a la empresa, anota: "Yo bien que llevase fatiga, estaba bien seguro de que esto no venía a menos, y estoy de continuo, porque es verdad que todo pasará, y no la palabra de Dios, y se cumplirá todo lo que dijo; el cual tan claro habló de estas tierras por la boca de Isaias en tantos lugares de su Escripura, afirmando que de España les sería divulgado su santo nombre. E partí en nombre de la Santa Trinidad, y volví muy presto con la experiencia de todo cuanto yo habla dicho a la mano..." (29:169). Fernando, al referirse a los motivos de su padre, señala tres principales: "... los fundamentos naturales, la autoridad de los escritores y los indicios de los navegantes". En el primero se refiere a la concepción esférica que Colón tenía del mundo; en el segundo hace mención de los escritores, geógrafos e historiadores, poniendo en primer lugar los versos de Séneca. No menciona Fernando las profecías de la Biblia. Cfr. (30:32-43)

de la infancia del mundo. La segunda, una vertiente popular, preñada de leyendas y creencias que señalaban la existencia posible de regiones en las cuales habían de habitar todas las criaturas fantásticas que poblaban la imaginación europea de entonces, tiene que ver con El Dorado, con la Fuente de la eterna juventud y con el tono mitológico de nuestras letras. La última, algo literaria, que germinó en una clase de obras como *Il Morgante*, la *Medea*, determinó un tipo de creación profética, futurista. Todo esto que había predisposto la mente de Colón, colabora a distorsionar la mirada original, desfigura la realidad contemplada, y al quedar en sus páginas anuncia la forma de páginas futuras. No había escapatoria para que la visión inicial no resultara única: la tierra era una verdad que ofrecía el aspecto de muchas cosas. Varias de las leyendas que vinieron a buscar confirmación, volvieron con rostro nuevo, redivivas. En tal ambiente cultural la literatura de Hispanoamérica producirá sus primeras muestras. Y si Colón hubiese adornado con poco la impresión primera, el hombre del Viejo Mundo habría hecho lo posible por adornar con las galas apropiadas el hallazgo.

3. LA ARAUCANA, HISTORIA Y TRADICION ARCADICA

"Yo no les dejé tocar nada, salvo que me sall con estos capitanes y gente a ver la isla; que si las otras ya vistas son muy hermosas y verdes y fértiles, ésta es mucho más y de grandes arboledos y muy verdes". (29:43)

Alonso de Ercilla y Zúñiga, cortesano criado cerca del príncipe Felipe, por imprevistos sucesos en la administración de la lejana provincia de Chile, decide pasar a Indias en compañía del recién nombrado Gobernador.⁽¹⁾ Debido a su formación, los escritos por él frecuentados corresponden a ciertos títulos previsibles: La Biblia, Homero, Virgilio, los grandes poetas italianos.⁽²⁾ Sin negar *La Araucana* las lecturas de su autor al mismo tiempo que su fidelidad a los sucesos históricos, sobresale en el poema el reacondicionamiento de la tradición europea para contribuir a forjar una imagen edénica del Nuevo Mundo.

Menéndez Pelayo resalta la factura homérica de la obra debida no a la imitación directa, sino "en parte a la novedad de las costumbres bárbaras que él describe y que no podían menos de tener intrínseco parentesco con las edades heroicas" (93:228). Coincidencias entre hechos

(1) Fue éste Jerónimo de Alderete, a quien el poeta conoció en Inglaterra, mientras acompañaba a Felipe, que contrajo matrimonio allí en 1554. Todos los detalles biográficos necesarios, que tanto han fatigado la interpretación del poema mismo, encuéntranse en Medina. (91)

(2) "El estudio de *La Araucana* prueba que sus lecturas clásicas debieron ser bien pocas, tanto que en la Primera Parte apenas si tropezamos con media docena de referencias mitológicas o de la historia romana... Conocía de seguro a Virgilio... sin que ello implique que lo leyera en su original latino... a Lucano debemos contar entre los poetas latinos que Ercilla también leyó... Muestra también haber leído la Biblia, y tampoco le eran extrañas algunas nociones de filosofía natural en la cual se comprendía en aquellos tiempos la astrología y la astronomía, de que se hallan no pocas reminiscencias en su poema... De los autores italianos... se sabía de memoria el Ariosto... Es indudable que tuvo noticias del *Infierno* del Dante... Y del *Laberinto de amor* de Boccaccio... y *La Arcadia* de Sannazaro, que se conocía en España desde 1547..." (91:23-40). Agrega Medina que todas estas obras circulaban ya en buenas traducciones castellanas.

del Nuevo Mundo y tradiciones del Viejo. Así, cuestionar la veracidad del poema es de rigor: ¿Se atuvo el poeta a lo que en efecto vio y vivió en Arauco, o lo modificó al punto de ponerlo más cerca de la gran literatura clásica? Curiosamente, hay argumentos valederos para mantener ambas posiciones.⁽³⁾ Los nombres de Dante, Ariosto, Virgilio, Lucano, Petrarca, restan veracidad al poema por la insistencia con que la crítica los menciona durante el análisis de la obra. Pero fechas, lugares, batallas, nombres, coinciden con la crónica. La historiografía positivista encontró en lo último, por otra parte, un venero inagotable. Ampliando la significación del poema, Alegría concluye que "Ercilla creó mitos, no personajes" (3:18). Esta función poética de haber creado mitos relativos a la edificación de una conciencia nacional ilustra ese carácter universal que tanto se le ha reconocido. La fundación de un pueblo por el poder de la palabra es el valor por excelencia que le atribuye Neruda, para quien "Ercilla no sólo vio las estrellas, los montes y las aguas, sino que descubrió, separó y nombró a los hombres. Al nombrarlos les dio existencia. El silencio de las razas había terminado. La tierra adquirió la palabra de los dioses". (105:12)

Junto a este acto de revelación se yergue un nivel legendario, si propiamente araucano, sobre todo continental porque el poeta concluye aseverando que el límite austral del Nuevo Mundo guardaba aún en sus tierras, paisajes, principios y hombres como los que existieron durante la lejana Edad Dorada. El tortuoso camino del héroe-poeta se cierra con la visión de lo arcádico. *La Araucana* es más que acto de probanza, más que crónica porque no todas las octavas hacen relación de la guerra o sus pormenores. Lo amoroso, lo sobrenatural, los actos heroicos, los desplazamientos físicos lo sitúan en la tradición épica. Y el viaje final a los confines del Sur lo señalan como un portador de la gran imagen: encerradas en los límites de una isla, las maravillas de un microcosmos superior utópico. Apología, pues, tanto del suelo de Arauco como del valor de las armas españolas; pero en cuanto justificación de una guerra, mucho más la tienen aquellos que defienden su propia tierra y su derecho natural.

(3) Como muestra de la divergencia que aún existe al respecto van aquí dos ejemplos, uno de cada posición. "Y obra tan verista, que a veces sus estrofas son más exactas que las respuestas en prosa que alguna vez se vio obligado Ercilla a dar... a veces la obra parece un diario de campaña. Suele ser más verídica que los cronistas". (49:42)

La otra versión: "Ercilla llegó a España con una mente ya formada por la literatura renacentista, por la teología y por las discusiones jurídicas sobre la conquista del Nuevo Mundo. Mientras peleaba escribía. Pero los hechos no eran los que dictaban la poesía. La prueba está en que los veintidós cantos que relatan lo que vivió no son mejores a los quince que se refieren a acontecimientos anteriores a su llegada. La poesía manaba de su alma de español del Renacimiento, lector de Virgilio y de Ariosto... Las Indias pertenecen al ingenio de Ercilla, no Ercilla a la realidad de las Indias. Las Indias son un fenómeno mental, ideal, del escritor". (5:65-66)

Transgresión voluntaria e involuntaria de los precisos marcos de la realidad física; voluntaria cuando el poeta recurre a técnicas venidas de la tradición retórica; pero, involuntaria, cuando ese legado se modifica por el impulso de la grandeza americana.⁽⁴⁾ El hecho de enfrentar narrativamente una realidad elusiva para aprehender sus aspectos superiores era —y lo sería aún más después de Ercilla— una especie de lugar común de un amplio sector de producciones coloniales. La dificultad en precisar límites impuso sobre tales creaciones un sello místico. Los acontecimientos del primer plano se levantan por sobre sus correlatos diseñando un cosmos cuya interpretación tiene que, necesariamente, rebasar lo puramente anecdótico y buscar otros derroteros.⁽⁵⁾ En tales sentimientos superiores se ve insito todo el rico conjunto de variantes utópicas, de sentimientos erasmistas, de anhelos por recobrar ese caro cristianismo primitivo demasiado raro ya en la España que Ercilla encuentra después de sus años en Indias. El poema despliega un universo pleno de los valores que lo mejor de Europa admiraba más. La motivación inicial de Ercilla no provenía de la necesidad que el Nuevo

(4) Verdugo no duda de la intención del poeta por ajustarse a los hechos, pero tal voluntad se diluye por el factor peculiar inherente a la descripción del Nuevo Mundo: "Ercilla compone su *Araucana* con declarada intención de ajustarse a los hechos. Se ha determinado a no caer en lo fabuloso y novelesco. Pero el poema se va desprendiendo poco a poco de la medida real de las cosas y adquiriendo materiales y formas propias de fantasía. No nos referimos a los episodios históricos y de tradición literaria que se injertan extrañamente en la acción narrada... Sino a los episodios directamente vinculados con los hechos que narra, la guerra, las costumbres de los indios y los conflictos que les crea la conquista". Niega este crítico demasiado valor a las influencias literarias que se han reconocido en el poema, y agrega: "...esos episodios y caracteres novelescos no proceden puramente de concesiones a los requerimientos de la moda o de la interferencia de formas librescas. Son el modo con que la realidad vierte sus contenidos en la intención cognoscitiva y aprehensiva del poeta, quien, en su propósito de entender las cosas, queda subyugado por lo desconocido y lo grandioso. De manera que la magnitud de la realidad le va presionando con tanta intensidad las formas de la pretendida crónica que sin quererlo, el escritor se encuentra soñando. Lo fantástico nace de la excitación épica y de la presencia desmesurada e impenetrable de la realidad y del esfuerzo por penetrarla". (155:261-2)

(5) Este carácter universal, marcado en *La Araucana* ya lo percibió Andrés Bello, señalando una intención que supera la mera función de loa de España y mencionando su rol crítico: "Ercilla no se propuso, como Virgilio, halagar el orgullo nacional de sus compatriotas. El sentimiento dominante en *La Araucana* es de una especie más noble: el amor a la humanidad, el culto de la justicia, una admiración generosa al patriotismo y denuedo de los vencidos. Sin escatarse las alabanzas a la intrepidez y constancia de los españoles, censura su codicia y crueldad... *La Araucana* tiene, entre todos los poemas épicos, la particularidad de ser en ella actor el poeta; pero un actor que no hace alarde de sí mismo, y que, revelándonos, como sin designio, lo que pasa en su alma en medio de los hechos de que es testigo, nos pone a la vista junto con el pundonor militar y caballeresco de su nación, sentimientos rectos y puros que no eran ni de la milicia, ni de la España, ni de su siglo". (17:360)

Mundo hizo sentir más tarde en autores como el Inca Garcilaso o Alonso de Ovalle; debe encontrarse en una dimensión sita más allá de lo que algo retóricamente confiesa el poeta mismo.⁽⁶⁾ Rescatar del olvido hazañas dignas de fama, todas verdaderas, testificables, acaecidas en zonas remotas, desconocidas, insistiendo en que su escritura no falta un punto a la verdad es también —y sobre todo— la forma de autorizar sus muchas alabanzas al pueblo de Arauco, "digno de mayor loor del que yo lo podré dar en mis versos". La inclinación por los araucanos va en ascenso durante el desarrollo del poema, aumenta con el transcurso del tiempo; enunciada en el prólogo, alcanza en los cantos finales, impresos dos décadas más tarde, el tono exaltado del panegírico. Finalmente, la lucha de estos naturales americanos no sólo será más justa, sino que moralmente superarán con mucho a los españoles. Los indios aparecen más cercanos a Dios por caritativos, por leales, por justos, que los portavoces de un imperio tan católico.⁽⁷⁾ Hallaba otra vez cuerpo la atracción ética ejercida por el buen natural, por el habitante de la Edad de Oro, especialmente apreciado durante el Renacimiento. La cautela, sin embargo, le indica buscar el equilibrio:

Y si a alguno le pareciere que me muestro algo inclinado a la parte de los araucanos, tratando sus cosas y valentías más extendidamente de lo que para bárbaros se requiere; si queremos mirar su crianza, costumbres, modos de guerra y ejercicio dellos, veremos que muchos no les han becho ventaja, y que son pocos los que con tan gran constancia y firmeza han defendido sus tierras contra tan fieros enemigos como son los españoles.
(46:11)

(6) En el prólogo Ercilla no supera lo que era de esperar; insiste sin embargo, en su respeto por lo verdadero: "pero considerando ser la historia verdadera de cosas de guerra, a las cuales hay tantos aficionados, me he resuelto en imprimirla... ayudando a ello las importunaciones de muchos testigos que en lo más de ellos se hallaron, y el agravio que algunos españoles recibirán quedando sus hazañas en perpetuo silencio faltando quien las escriba; por no ser ellas pequeñas, pero porque la tierra es tan remota y apartada y la postrera que los españoles han pisado por la parte del Perú, que no se puede tener de ella casi noticias, y por el mal aparejo y poco tiempo que para escribir hay con la ocupación de la guerra, que no da lugar a ello, así el que pude hurtar, le gasté en este libro, el cual porque fuese más cierto y verdadero, se hizo en la misma guerra y en los mismos pasos y sitios, escribiendo muchas veces en cuero por falta de papel" (46:25). Es necesario recordar, sin embargo, que Ercilla publicó la primera parte de su obra seis años después de salir de América.

(7) Pérez Bustamante se inclina a denominar como "lascasismo" el permanente juicio crítico de Ercilla para con los suyos. A lo largo de los tres cantos hay, en efecto, variadas menciones antimilitares algunas de las cuales este historiador comenta. Cfr. (119). Parece indiscutible, por otra parte, la filiación lascasista del poeta.

Así nace una de las tensiones más claras del poema; Ercilla busca equidad, pero termina resolviéndose en favor del Nuevo Mundo. La confrontación de preferencias deja bien en claro el conflicto ideológico del poeta, común entre los creadores de entonces cuyo objeto literario era América.⁽⁸⁾

Se inicia el poema, luego del exordio, con una presentación del sitio en la cual ya tomaba lugar la guerra en que Ercilla va a participar. La provincia chilena, escenario de los acontecimientos, es presentada con todos los matices de una geografía ultrapositiva. Excelencia que aparece nuevamente en relación con la galanura y valentía de los hombres que la pueblan. La conocida octava que abre la descripción señala el tono que domina en el poema:

*Chile, fértil provincia y señalada
en la región antártica famosa,
de remotas naciones respetada
por fuerte, principal y poderosa:
la gente que produce es tan granada,
tan soberbia, gallarda y belicosa,
que no ha sido por rey jamás regida
ni a extranjero dominio sometida. (46:16)*

A partir de este momento el matiz de la adjetivación es principalmente laudatorio. Escasísimos son los reclamos contra las condiciones de un medio que, por las inconveniencias de la guerra debía resultar inhóspito y difícil. Tampoco varía su concepto de los indios, si bien la elaboración de situaciones le exigirá a veces pintar traidores o cobardes, los que, en todo caso, constituyen una excepción; sus faltas son menos graves si se las compara con las que a menudo denuncian la impiedad de algunos españoles. Cuando hace advertencias con respecto a la bravura y ferocidad de los araucanos, es porque éstos realizan esfuerzos heroicos de defensa, mientras los conquistadores caen en la práctica gratuita de la crueldad. De tal modo se ve que el compromiso de Ercilla es más con una doctrina ética que con una campaña militar. Luego de testificada la grandiosidad del paisaje y la calidad de sus habitantes, entra el poeta a decir de su organización social. Evidentemente, subraya primero la condición de sociedad igualitaria de un Arauco que, visto a la luz de la situación política de la Europa de entonces, aparecía como bastante superior:

*Los cargos de la guerra y preeminencia
no son por flacos medios provectos,
ni van por calidad, ni por herencia,*

(8) Más allá de lo americano, el problema está presente también en España donde lo pastoril, según Bataillon, "gracias a su afán de descubrir la bondad nativa del hombre en el contacto con la naturaleza, satisface cierto optimismo moral, cierto naturalismo secreto que hace que el Renacimiento se compare con la época de Rousseau". (16:771)

*ni por hacienda y ser mejor nacidos;
mas la virtud del brazo y la excelencia,
ésta hace los hombres preferidos
ésta ilustra, habilita, perficiona
y quilata el valor de la persona. (46:18)*

Antes que nada, paridad democrática, reconocimiento individual, y si la excelencia del indio es guerrera, se debe a la urgencia del combate, necesidad imperiosa por defender la residencia natural. La magnificencia araucana crece ante los ojos del poeta por su valentía, por su sentido comunal. Las resoluciones que conducen la acción defensiva de los araucanos nacen del consenso de todo un pueblo que, al estilo ateniense, acuerda en el ágora sus determinaciones. Así, conlleva la lucha el honor de ser voluntad popular. Voltaire llamó la atención sobre ese aspecto del poema, pareando el discurso lleno de saber y prudencia de Cocolocolo con el de Néstor.⁽⁹⁾ ¿Qué inferior a la de los indios manifestábase la acción de los españoles, y mucho más en una época todavía llena de lascarismo!

El énfasis en la educación y formación guerrera del pueblo araucano no aparece en ningún caso como fuerza negativa; al contrario, por ser el suyo un enfrentamiento justo, es necesario. Aquí el poema se separa de lo que era —y sería aún más tarde— nota común entre varios autores que describieron al indio y su modo de vida: el nativo americano es hombre de paz, de congénita mansedumbre interior y física. Visto en un estado óptimo para recibir la mejor doctrina cristiana por haber sido guiados a Dios por la luz natural. El Inca Garcilaso marca la cumbre de tal tendencia descriptiva. Doctrina emanada principalmente de Erasmo y consagrada en las páginas de Moro sirve a la medida para situar al hombre americano ante sus semejantes europeos; Ercilla aparece, pues, entre los que pugnaban por reivindicar para el indio su imagen primera.

Sólo debido a la posición peculiar de Arauco su gobernante no será un príncipe de paz, sino un guerrero destacado. Al frente estaba el ejército de mayor poderío por entonces, y Ercilla no desea restar méritos a las campañas europeas de su país.⁽¹⁰⁾ Aunque dichas ante el turco, las

(9) Juicios de Voltaire sobre el poema aparecen comentados por Alegria. (3:17)

(10) En la segunda parte (canto XXIV), escrito después de Lepanto, pone Ercilla en boca de don Juan de Austria palabras que muestran bien la concepción que de sí mismo alcanzaba el español después de 1571:

*"Hoy con su perdición establecemos
en todo el mundo el crédito cristiano,
que quiere nuestro Dios que quebrantemos
el orgullo y furor mahometano.
¿Qué peligro, job varones! temeremos
militando debajo de tal mano?
¿Y quién resistirá vuestras espadas
por la divina mano gobernadas?" (46:335)*

palabras del hermano del rey tienen sus ecos en América; pero no logran aquí el alcance glorioso que ganan en el Mediterráneo porque el enemigo de España es presentado ahora como uno que tiene a la justicia de su lado:

*El estado araucano, acostumbrado
a dar leyes, mandar, y ser temido,
viéndose de su trono derribado
y de mortales hombres oprimido,
de adquirir libertad determinado,
reprobando el subsidio padecido,
acude al ejercicio de la espada,
ya por la paz ociosa desusada. (46:26)*

Iniciada la guerra, los papeles protagónicos del poema se entregarán a los dos bandos a través de un narrador cuya intención declarada es la imparcialidad: distribuye victorias y derrotas más o menos por igual y no desmerece a los suyos cuando pierden, "pues no es el vencedor más estimado de aquello en que el vencido es reputado". Lo bélico en el Nuevo Mundo y en la Europa de su siglo, cuando no la tradición literaria, van llenando las octavas y los cantos. Si el poema se dilata perdiendo a menudo un cierto hilo organizativo, ello se debe a su clara intención totalizadora: abarcar la España del mil seiscientos en sus diversos frentes. Dos magnitudes, básicamente, configuran la obra: la amplia, más allá de la vida del poeta, y la que él protagoniza. La última traza un círculo, cumple un ciclo que se ha iniciado en Europa y llega a término en la lejanía austral del Nuevo Mundo. La situación del viaje legendario se repite. Se esclarece el sugerido paralelo con Homero. Todo el poema ha sido un desplazarse hacia el sur; movimiento de un hablante lírico que viene desde otras regiones y va dando paso a sueños, sucesos lejanos y legendarios, actos de magia, pero que continúa en su calidad de actor combatiente, sin retroceso hasta un punto meridional, último, donde encuentra una intocada Arcadia, paraiso isleño al modo de los edenes que se venían relacionando con el Nuevo Mundo. Tiempo brevísimo le permite el espacio semisimbólico al poeta para su visita, pero suficiente para que su canto sobre América y España se cierre con la mayor nota de admiración y alabanza que suscitaban estas tierras.⁽¹¹⁾

El recurso de la travesía de un protagonista hacia territorios desconocidos, procedimiento fecundo en las páginas de la época, es bien dilecto en Ercilla, que de seguro lo ha aprendido en cuidadas lecturas de Dante;

(11) Concentrado sobre todo en los cantos XXXV y XXXVI —la expedición a Chiloé— cabo, por entonces, de la ruta de los conquistadores, el esquema del viaje sirve aquí más o menos apropiadamente al motivo de este análisis. El "ir" concentra las peripecias principales; el regreso es menos relevante. En los cantos arriba mencionados el autor dedica 78 octavas al viaje de ida; otorga sólo 6 al regreso.

lo emplea más de una vez en el poema con rasgos parecidos; en el canto XXIII, por ejemplo, el encuentro del hablante lírico con el hechicero Fitón presenta claramente la estructura de un viaje arquetípico.⁽¹²⁾

Durante ese episodio el poeta se pierde en la selva; lo auxilia un guala anciano, con el cual cruza "el umbral"; enfrenta "la prueba"; visita "la morada" y cierra el ciclo con el rápido regreso. El mismo procedimiento, de modo más dilatado, se pone en ejercicio en los cantos finales mencionados. Pero entonces cobrará implicaciones que tienen que ver con la imagen que el Nuevo Mundo, con su persistente identificación paradisíaca, proyectaba sobre la convulsionada Europa.

La jornada emprendida por el protagonista hacia el encuentro de inesperadas maravillas coincide con la de Rafael Hytlodeo, el personaje creado por Tomás Moro. Es igualmente una travesía llena de vicisitudes hacia un punto austral del nuevo continente para encontrar por allí una organización social superior. Por arquetípicas, ambas empresas registran para sus personajes las mismas clases de rigores y trabajos. Además, no se olvide que *La Araucana*, por su necesidad de probanza, puede muy bien exagerar tales padecimientos, magnificar el cometido en espera de buena recompensa. Moro no está urgido por esos requisitos, pero su creación insiste en apartarse de la mera ficción: pretende coincidir con la historia. Busca lo específico al modo como lo hace Ercilla. Menciona los viajes de Vespucio, en especial el cuarto, una ubicación más o menos determinada: hacia el sur del Ecuador; la meta, imprevista: Utopía. Su intención narrativa es inversa a la del poeta. Quiere hacer creíble una ficción.⁽¹³⁾

Las experiencias de ambos héroes se hacen comunes y es necesario describirlas con el lenguaje del arquetipo. Por el carácter poemático de su obra, Ercilla se aparta de Moro y se aproxima a Ulises, a Eneas, a Dante. No por ello abandona la crónica, confirmando su voluntad por escribir una obra producto de un poeta e historiador. Así, se produce un encuentro entre el diseño lineal del texto de Moro y el de Ercilla. Es el viaje de tono mítico el que los aproxima. En el caso del poema, claro, por su pertenencia a la tradición épica, el esquema del viaje se advierte más claramente; por él *La Araucana* confirma su factura artística. Motiva la

(12) El concepto del viaje arquetípico procede, en este caso, de la tesis de Joseph Campbell (21:35-229). El héroe cumple un periplo que el autor denomina "monomito", de acuerdo al cual "el héroe inicia su aventura desde el mundo de todos los días hacia una región de prodigios sobrenaturales, se enfrenta con fuerzas fabulosas y gana una victoria decisiva; el héroe regresa de su misteriosa aventura con la fuerza de otorgar dones a sus hermanos". (21:35)

(13) En la relación de los viajes de Vespucio, publicada en 1507, se cuenta que luego del último, permanecieron en el Nuevo Mundo algunos de sus hombres, los que se relacionaron amigablemente con los naturales. Cfr. (156:216). Situación a la que se refiere Hytlodeo, contándose entre uno de ese grupo.

necesidad de la partida la llamada a la aventura.⁽¹⁴⁾ Tal función la asume en los cantos finales García Hurtado de Mendoza con una arenga que alude al rasgo del pueblo elegido capaz de llegar a limitar el globo:

*"Nación cuyos pechos invencibles
no pudieron poner impedimentos
peligros y trabajos insufribles,
ni airados mares, ni contrarios vientos,
ni otros mil contrapuestos imposibles,
ni la fuerza de estrellas, ni elementos,
que rompiendo por todo habéis llegado
al término del orbe limitado". (46:481-2)*

La misión militar española en el Nuevo Mundo llega a un punto culminante: comienza a diseñarse un mundo de contornos precisos. La fortuna guarda provincias ricas y aún no vistas por ojos foráneos para satisfacer el afán imperial del pueblo castellano. A punto de ingresar a esta última zona —terreno más bien del mito— don García finaliza su discurso:

*"Y pues es la sazón tan oportuna
y pocas necesarias las razones,
no quiero detener vuestra fortuna,
ni gastar más el tiempo en oraciones.
Sus, tomad posesión todos a una
desas nuevas provincias y regiones,
donde os tienen los hados a la entrada
tanta gloria y riqueza aparejada". (46:482)*

La intención individual de don García es también voluntad de un pueblo, voluntad del poeta.⁽¹⁵⁾ La omisión de lo accidental confirma la envergadura de la empresa. Luego van internándose hacia el sur, en nueva tierra "jamás del extranjero pie abatida / por una angosta senda mal seguida". Todo tiende a ceñirse a la tradición: desde ahora las acciones se hacen previsibles; así, piérdense pronto extraviados en lo desconocido:

(14) Siempre en el lenguaje de Campbell, "la llamada a la aventura significa que el destino ha llamado al héroe y ha transferido su centro de gravedad espiritual del seno de su sociedad a una zona desconocida. Esta fatal región de tesoro y peligro puede ser representada en varias formas: como una tierra distante, un bosque, un reino subterráneo, o bajo las aguas, en el cielo, una isla secreta, la áspera cresta de una montaña; o un profundo estado de sueño; pero siempre es un lugar de fluidos extraños y seres polimorfos, tormentos inimaginables, hechos sobrehumanos y deleites imposibles". (21:60)

(15) Continúa Campbell con respecto a las incitaciones a la aventura: "El héroe puede obedecer su propia voluntad para llevar a cabo la aventura, como hizo Teseo cuando llegó a la ciudad de su padre, Atenas, y escuchó la horrible historia del Minotauro; o bien puede ser empujado o llevado al extranjero por un agente benigno o maligno, como Odiseo, que fue transportado por el Mediterráneo en los vientos del encolerizado dios Poseidón". (21:61)

*Caminamos sin rastro algunos días
de sólo el tino por el sol guiados,
abriendo pasos y cerradas vías
rematadas en riscos despeñados;
las mentirosas fugitivas gulas
nos llevaron por partes engañados,
que parecía imposible al más gigante
poder volver atrás ni ir adelante. (46:482)*

La dificultad del camino se confunde entonces con la oscuridad del bosque. Lo ignoto se transforma en desconcierto.⁽¹⁶⁾ Los españoles necesitan de una ayuda para escapar de esa inclemente situación. El parentesco de este pasaje con el comienzo del *Infierno* es claro; el Virgilio que socorre poco tarda en aparecer. El lenguaje del monomito le llama "la ayuda sobrenatural": "ya sea sueño o mito, hay en estas aventuras una atmósfera de irresistible fascinación en la figura que aparece repentinamente como una guía, para marcar un nuevo período, una nueva etapa en la biografía" (21:58). El anciano saliendo de entre unos arbustos, Tunconabal, cumple esa función en el canto XXXV:

*Venta un robusto viejo el delantero,
al cual el medio cuerpo le cubría
un roto manto de sayal grosero,
que mísera pobreza prometa.
Este, pues, como dije allá primero,
era Tunconabal, que pretendía
mudar nuestros designios y opiniones
con fingidos consejos y razones. (46:483)*

El extraño y previsible personaje desvía a los españoles de su tierra y les indica un camino que, si doloroso al principio, luego de las pruebas, los llevará a las puertas de una región que semeja el Paraíso.⁽¹⁷⁾

Tunconabal trata de disuadir a los soldados de su cometido; pero viendo el empeño que ponían los castellanos, les hace presente la dificultad de cruzar el primer umbral, aunque les ha dado las indicaciones necesarias para la jornada, advirtiéndoles:

*"que cuando encontréis gente de guerra
que os ponga en el pasaje impedimento,*

(16) El bosque oscuro, aunque también tan cercano al Dante, pertenece igualmente al ámbito del monomito: "Son típicos de la circunstancia de la llamada el bosque oscuro, el gran árbol, la fuente que murmura..." (21:55)

(17) En términos de lo arquetípico esta figura se describe así: "Para aquellos que no han rechazado la llamada, el primer encuentro de la jornada del héroe es con una figura protectora (a menudo una viejecita o un anciano), que proporciona al viajero amuletos contra las fuerzas del dragón que debe aniquilar". (21:70)

*hallaréis una sierra y otra sierra,
y una espesura y otras, ciento,
tanto que la aspereza de la tierra,
por la falta de yerba y nutrimento
y contagión del aire, no consiente
en su esterilidad cosa viviente". (46:484)*

El paisaje se escenifica negativamente, pero los españoles no retroceden. Ha comenzado la aventura: "la aventura es siempre y en todas partes un pasar más allá del velo de lo conocido a lo desconocido; las fuerzas que cuidan la frontera son peligrosas; tratar con ellas es arriesgado, pero el peligro desaparece para aquel que es capaz y valeroso" (21:81). Atravesar el paisaje desolador para ingresar en aquel más allá, semeja el tránsito necesario por el Infierno para llegar al Paraíso.⁽¹⁸⁾ El acto de valor que conlleva la voluntad de continuar siempre lo propuesto —de "morir en la demanda" como decía Hernán Cortés— resulta especialmente atractivo para un poeta cuyo fin es destacar, cada vez que la oportunidad se ofrece, la valentía desplegada en las hazañas por ganar tierras y gloria:

*No sabré encarecer nuestra altiveza,
los ánimos briosos y lozanos,
la esperanza de bienes y riqueza,
las vanas trazas y discursos vanos:
el cerro, el monte, el risco y la aspereza
eran caminos fáciles y llanos,
y el peligro y trabajo exorbitante
no osaban ya ponérsenos delante. (46:485)*

Y así, a pesar del hambre y la fatiga, de la dificultad de un camino que "Nunca con tanto estorbo a los humanos / quiso impedir el paso la natura", pero imbuidos de una confianza absoluta, confianza de quienes se sienten elegidos, los acompañantes del poeta prosiguen por una ruta que aumenta su tipicidad y, para completar los matices propios de la situación, Ercilla agrega una tempestad que colma el carácter simbólico del momento:

*También el cielo en contra conjurado,
la escasa y turbia luz nos escubría
de espesas nubes lóbregas cerrado,*

(18) Una naturaleza igualmente hostil a la presentada en la octava ercillana aparece en la prosa de Moro, en el mismo momento: "Bajo el Ecuador, y a ambos lados del mismo, en casi todo el espacio que abarca la órbita del sol, hállanse vastas soledades tostadas por un constante calor. Allí todas las cosas tienen aspecto triste y desolado y son horribas y desagradables; ocupanlas fieras y serpientes y algunos hombres no menos salvajes y crueles que aquéllas". (101:22)

*volviendo en tenebrosa noche el día,
y de granizo y tempestad cargado
con tal furor el paso defendía,
que era mayor del cielo ya la guerra,
que el trabajo y peligros de la tierra. (46:486)*

La persistencia de la tempestad, la dureza del bosque, la dificultad por superar la barrera y, finalmente, los gritos de dolor —“Era lástima oír los alaridos/ ... Unos presto socorro demandaban;/ Otros, ¡ayuda!, ¡ayuda!, vocaban/” (46:487)— reúnen en este pasaje memorias de variadas y prestigiosas fuentes. Ercilla va mucho más allá de poetizar situaciones recurrentes de la crónica; se trata del ingreso al vientre de la ballena, porque esta muerte es para renacer.⁽¹⁹⁾ Próximos más al fin que a la supervivencia, es el compromiso contraído lo que los mantiene en la búsqueda. El poeta mismo va convirtiéndose en un héroe. Por siete días se extiende esta peregrinación dolorosa; al cabo de la semana aparece el descanso.⁽²⁰⁾ Se evade el peligro de la muerte y se deja ver el territorio salvador:

*Siete días perdidos anduvimos
abriendo a hieiro el impedido paso,
que en todo aquel discurso no tuvimos
do poder reclinar el cuerpo laso;
al fin una mañana descubrimos
de Ancud el espacioso y fértil raso,
y al pie del monte y áspera ladera
un extendido lago y gran ribera. (46:487)*

Los guardianes del umbral han depuesto su fuerza y permiten el ingreso de los castellanos a Tierras de Promisión. Comienza la etapa definitiva, la que va a quedar señalada indeleblemente en la memoria de quien tuvo la valentía de acometerla. Comienza su renacer. Al aparecer “islas deleitosas”, la geografía cambia bruscamente:

(19) Llama Campbell a este momento “El vientre de la ballena”. “La idea de que el paso por el umbral mágico es un tránsito a una esfera de renacimiento queda simbolizada en la imagen mundial del vientre, el vientre de la ballena. El héroe en vez de conquistar o conciliar la fuerza del umbral es tragado por lo desconocido, y parecería que hubiera muerto”. Es como el ingreso en un templo, dice el autor, en “que el devoto en el momento de su entrada al templo sufre una metamorfosis. Su carácter secular queda fuera... Una vez adentro, puede decirse que muere para el tiempo y regresa al vientre del Mundo, al Ombligo del Mundo, al Paraíso Terrenal”. (21:90)

(20) Está demás insistir en el alcance simbólico del pasaje. En *La Eneida*, por ejemplo, Eneas vaga por siete años antes de entrar en tierras de Dido (I, 37). Y cuenta Ulises que “más así que Zeus nos trajo el séptimo día, cesó la violencia del vendaval que causaba la tempestad y nos embarcamos lanzando la nave al vasto mar”. (69:233)

*Era un ancho archipiélago, poblado
de innumerables islas deleitosas,
cruzando por el uno y otro lado
góndolas y piraguas presurosas:
marinero jamás desesperado
en medio de las olas fluctuosas
con tanto gozo vio el vecino puerto,
como nosotros el camino abierto. (46:488)*

"El camino abierto" conducirá hacia un reino oculto del Nuevo Mundo que es síntesis y símbolo de las posibilidades del continente y lugar óptimo para habitar. Ese "marinero jamás desesperado", sea Odiseo o Eneas, alude claramente a la tradición de la cual proceden estas islas maravillosas; maravillosas porque luego de agradecer a Dios por el encuentro —motivo frecuente de las crónicas— el espacio vuelve a la poesía:

*El enfermo, el herido, el estropeado,
el cojo, el manco, el débil, el tullido,
el desnudo, el descalzo, el desgarrado,
el desmayado, el flaco, el desahambrido
quedó sano, gallardo y alentado,
de nuevo esfuerzos y de valor vestido,
pareciéndole poco todo el suelo,
y fácil cosa conquistar el cielo. (46:488)*

América alcanza la dimensión de tierra milagrosa.⁽²¹⁾ Desaparecidas las "dolencias aborrecibles", Ercilla, en un esfuerzo por mantenerse dentro de la concepción poética renacentista, convierte a los griegos en conquistadores españoles y se coloca él mismo como actor del pasaje para otorgar credibilidad a sus octavas. De acuerdo al lenguaje del monomito se vuelve a nacer; el héroe pierde su carácter secular, deja el mundo ordinario y una revelación importante aparece en su camino. Territorios prodigiosos pertenecientes al legado literario tienen aquí el rostro de viva realidad. Aparece, luego, la fruta al alcance de la mano, la abundancia edénica. Alusiones a las Escrituras, al "celestes maná y ollas de Egipto", como dice Ercilla, para no apartarse de la dimensión cristiana, con la que alternan los asuntos poéticos paganos. Pero el bienestar no es más que una victoria preliminar en el viaje, aunque lo circundante corresponde a la

(21) Hablando de "el paisaje ideal", Curtius menciona entre los griegos a Homero, cuyos paisajes presentan magnitudes absolutas, paradisíacas (35:263-8). En *La Odisea*, por ejemplo, se menciona una isla libre de hambres y dolores: "Hay una isla que se llama Siria... sobre Ortigia, donde Helios vuelve su giro: no está muy poblada, pero es fértil y abundosa en bueyes, en ovejas, en vino y en trigales. Jamás se padece de hambre en aquel pueblo y ninguna dolencia aborrecible les sobreviene a los míseros mortales; cuando envejecen los hombres de una generación, preséntase Apolo, que lleva arco de plata, y Artemisa, y los van matando con suaves flechas". (69:287)

imagen paradisiaca; es únicamente "reflejo momentáneo de la tierra maravillosa".⁽²²⁾

El poeta no sólo modifica el paisaje de una isla del sur chileno: la convierte en una nueva Siria, le atribuye también la capacidad del milagro. Son momentos en que el hablante lírico se hace partícipe de una idea que concernía tanto al Nuevo Mundo como a las poéticas renacentistas: algún rastro del Paraíso, de la Edad Dorada, debía encontrarse aún sito en un margen ignorado de América. Creencia antigua, cada día de más difícil comprobación, demandaba todavía puesto en una geografía que se limitaba sin revelarla; y es entonces la poesía la que se encarga de concederle un espacio. El poeta manda a Europa una respuesta estrictamente literaria a la vieja pregunta: La Arcadia vive aún; puede encontrarse sus señas inconfundibles en un rincón meridional del Nuevo Mundo. Costumbres, paisajes y gentes lo demostraban.⁽²³⁾ Es el canto siguiente (XXXVI) el que se abre con un tono exclamativo a través del cual el poeta, pleno ya de experiencia, confiesa haber encontrado en la tierra lo que se cree propiedad única del cielo:

*Quien muchas tierras ve, ve muchas cosas
que las juzga por fábula la gente;
y tanto cuanto son maravillosas,
el que menos las cuenta es más prudente;
y aunque es bien que se callen las dudosas
y no ponerme en riesgo así evidente,
digo que la verdad hallé en el suelo,
por más que afirmen que es subida al cielo. (46:491)*

América como dominio celestial es aquí más que una comparación afortunada: la figura tiende a corroborar la naturaleza superior del Nuevo Mundo. Más allá de la dimensión formal de ser tema propio y definitivo de las letras hispanoamericanas, tiene base ideológica en el humanismo del dieciséis, coincidiendo con el pensamiento esencial de Tomás Moro: la creación de una sociedad superior —de un Estado igualitario— es dable

(22) "La partida original a la tierra de las pruebas representa solamente el principio del sendero largo y verdaderamente peligroso de las conquistas iniciadoras y los momentos de iluminación. Habrá que matar los dragones y traspasar sorprendentes barreras, una y otra vez. Mientras tanto se registrará una multitud de victorias preliminares, de éxtasis pasajeros y reflejos momentáneos de la tierra maravillosa". (21:104)

(23) Sólo excepcionalmente registra la épica un tipo de paisaje como éstos para el desarrollo de sus acciones bélicas. Curtius (35:286-289). La Arcadia es para el universo de los pastores y sus zagalas; pero en este caso se introduce necesariamente en lo épico revestida del matiz que ya le diera Colón en sus cartas. La pervivencia de un motivo típico de lo pastoril tuvo aquí que adecuarse a otros géneros para mantener viva la imagen que acompañó al Nuevo Mundo desde su descubrimiento.

en la tierra, y del todo en ese mundo nuevo. El reino de Dios, con las notas del cristianismo original, presente en un rincón olvidado del universo conocido.⁽²⁴⁾ La doctrina erasmista impregna con su inconfundible calidad las octavas del poema. Veladamente, claro, sugiere la enorme superioridad de aquello que todavía no ha sido alcanzado por los conquistadores.

Calmada el hambre, los viajeros se entregan al reposo en la amena ribera cuando aparece de pronto, y en ligera góndola con quince remeros, un hermoso joven que hace de capitán y cuyo aspecto "bien dispuesto... crespo de pelo negro y blanco gesto... nos saludó cortés y alegremente...", y entonces dirigiéndoles la palabra, de manera inusual para pueblos en guerra y por sobre las barreras de una lengua diferente, les propone:

*"Y si queréis morar en esta tierra,
tierra donde moréis aquí os daremos;
si os place y os agrada más la sierra,
allá seguramente os llevaremos;
si queréis amistad, si queréis guerra,
todo con ley igual os lo ofrecemos:
escoged lo mejor, que, a elección mía,
la paz y la amistad escogerla". (46:492)*

Hombres bienhechores, tierra abierta para cualquiera y, según el mensajero, caritativa y pacífica. Se suspende la violencia, se regresa a una relación natural y el hombre vuelve a ser miembro de la familia de sus semejantes.⁽²⁵⁾ Espontáneamente el joven auxilia con todo cuanto tiene a los aún necesitados españoles, "repartiéndolo todo francamente". La caridad no se queda en los labios y a esa donación primera, voluntaria y generosa, sigue el regalo abundante:

(24) "Los dos mundos, el divino y el humano, sólo pueden ser descritos como distintos uno del otro: distintos como la vida y la muerte, como el día de la noche. El héroe se aventura lejos de la tierra que conocemos para internarse en la oscuridad: allí realiza su aventura o simplemente se nos pierde, o es aprisionado, o pasa peligros; y su regreso es descrito como un regreso de esa zona alejada. Sin embargo, y ésta es la gran clave para la comprensión del mito y del símbolo, los dos reinados son en realidad uno. El reino de los dioses es una dimensión olvidada del mundo que conocemos". (21:200)

(25) Parece claro que Ercilla fue partidario de la evangelización pacífica predicada por Bartolomé de Las Casas. No de otro modo hubiera querido el dominico el encuentro entre indios y españoles. Por lo mismo, las implicaciones erasmistas abundan en esta parte del poema. Comenta Erasmo, por ejemplo, la *Epístola I* de San Juan (4:7-11) señalando la verdadera caridad de Dios como fraternal y necesaria (45:121). Espigando estos versos encontrará el lector variadas alusiones de este tipo que precisan la ideología ercillana.

*No estaba nuestro campo aún asentado,
ni puestas en lugar las demás cosas,
cuando de aquella parte y deste lado
bendiendo por las aguas espumosas,
cargadas de maíz, fruta y pescado
arribaron piraguas presurosas,
refrescando la gente desvalida,
sin rescate, sin cuenta ni medida. (48:493)*

La dimensión primera del hombre americano que venía olvidándose gana otra vez vida en estos cantos de Ercilla. El indio recobra su superioridad ética sobre el europeo y la idea que se vislumbra en Colón, que enfatizó Las Casas, que se polemizaba en España, sigue vigente.⁽²⁶⁾ La muy repetida adhesión de Ercilla por los naturales alcanza matices más significativos que la alabanza y admiración de su coraje. Torna el poeta cierto lo que era aspiración de aquellos cristianos que aún pugnaban por dar a la conquista un sentido humanitario. Paradójicamente son los indios los que dan sin provecho ni interés, sin medida; la abundancia, recuerdo de la cornucopia divina, pasaba a las manos de los necesitados. Así, se llega al momento apoteósico: "termina el héroe su jornada en el momento en que la muralla del Paraíso se diluye, se encuentra y se recuerda la forma divina; y se recobra la sabiduría" (21:143). América despliega su Edad Dorada: está allí en pleno dominio la muy preciada ley natural que rigió a los hombres al Principio, y que la época veía tan cercana a Dios:

*La sincera bondad y la caricia
de la sencilla gente de estas tierras
daban bien a entender que la codicia
aún no había penetrado aquellas sierras;
ni la maldad, el robo, la injusticia
(alimento ordinario de las guerras)
entrada en esta parte habían ballado
ni la ley natural inficionado. (46:493)*

Alabanza del Nuevo Mundo, puntualizando que es el español quien trae las normas de la Edad de Hierro a las pristinas tierras de Arauco; su pureza original dura hasta la llegada de la guerra extranjera. El poeta coincide definitivamente con Las Casas porque advierte la tragedia del conquistador buen cristiano: admirando una vida natural a la que aspiran,

(26) Categórica resulta esa octava si se lee a la luz del pensamiento erasmista. Escribió el humanista: "No pienses tú luego que está la caridad en venir muy contino a la Iglesia, en hincar las rodillas delante las imágenes de los santos, en encender ante ellos muchas candelas, ni trasdoblar las oraciones muy bien contadas. No digo que es malo esto, mas digo que no tiene Dios tanta necesidad de estas cosas. ¿Sabes qué llama San Pablo caridad?... levantar y aliviar al que está abatido; consolar al desfavorecido; ayudar al que trabaja; socorrer al necesitado". (45:276)

no pueden evitar su destrucción. Ese pareciera ser el dilema de Alonso de Ercilla. Pero, en fin, ninguna Arcadia es permanente. No acepta al foráneo por mucho tiempo. El regreso se transforma en imperativo porque el hombre de una edad es incompatible con el otro: algo mayor los separa.⁽²⁷⁾ En Ercilla el factor destructivo no es otro que la codicia de los soldados peninsulares. Conocedor, sin duda, de la polémica de Valladolid, donde se encontraba durante los años 51 y 52, su inclinación, si bastante mesurada, es por la posición de Las Casas. Lo hispánico, por vicios engendrados en un medio que desdeña las auténticas prácticas cristianas, viene a descalabrar el orden natural de estos hombres:

*Pero luego nosotros, destruyendo
todo lo que tocamos de pasada,
con la usada insolencia el paso abriendo
les* dimos lugar ancho y ancha entrada;
y la antigua costumbre corrompiendo,
de los nuevos insultos estragada,
plantó aquí la codicia su estandarte
con más seguridad que en otra parte. (46:493)*

Esta octava, que viene como reflexión final del viaje ercillano, no es aislada en el poema: de tono semejante las hay en la primera parte de 1569 como en la tercera, veinte años después. Indica sinceramente la decepción que ha producido la guerra. El encono del poeta contra la conquista debe aceptarse sin reservas porque son varios los que entonces lo expresaban.⁽²⁸⁾ Ha sido el paso del guerrero, que debió traer la fe, el que rompe el immaculado paraíso real, cierto, localizable. Y en excelente muestra de lo que son las raíces mismas del poema: confluencia de verdad y ficción, de realidad y tradición poética, el autor se interna, antes del viaje de regreso hasta el punto más austral de la Nueva Arcadia para dejar seña de su visita:

(* el interés y la codicia).

(27) Según Campbell se trata de esferas incompatibles: "Es siempre una pequeña falta, un síntoma ligero pero crítico de la fragilidad humana, lo que hace imposible una relación abierta entre los dos mundos; de manera que se siente la tentación de creer que si se pudiera evitar ese pequeño y malogrado incidente, todo marcharía bien". (21:190-1)

(28) Octavas con quejas similares encuéntrase en (46:52-56); es al fin del Canto I, donde la guerra del Arauco se ve como castigo divino para los españoles. Mucho más fuertes todavía, en (46:510) por estar en boca de Galbarino. Otras en (46:85), (46:209). El 4 de junio de 1559, apenas un año después del simbólico viaje ercillano, el licenciado Fernando Santillán, oidor de la Real Audiencia de Lima, proveyó "para el buen gobierno pacificación y defensa del Reino de Chile", una serie de instrucciones que comienzan describiendo algo de lo mucho que pudo servir como causa de enojo al poeta. Santillán dice: "...porque los capitanes que van a nuevos

*Aquí llegó, donde otro no ha llegado,
don Alonso de Ercilla, que el primero
en un pequeño barco deslastrado,
con solo diez pasó el desaguadero:
el año de cincuenta y ocho entrado,
sobre mil quinientos, por hebrero,
a las dos de la tarde, el postrer día,
volviendo a la dejada compañía. (46:496)*

En un árbol y con un puñal graba Ercilla noticia de su estadía en un sitio que, nuevamente, y por ese acto, se transforma en una magnitud dual: el inconfundible territorio del cronista y el ámbito arcádico del poeta.⁽²⁹⁾ Ese ha sido su último contacto con el hombre del Nuevo Mundo. Singular acto de despedida del medio americano, colmado de admiración, en la soledad. Después vuelve a los suyos, a la compañía, e incluso antes del regreso a España, le quedan algunas correrías, otras "escaramuzas sanguinosas". Pero la visión única de la isla, una de entre las muchas que los había cobijado, no volverá a repetirse.

*Vi los indios, y casas fabricadas
de paredes humildes y techumbres,
los árboles y plantas cultivadas,
las frutas, las semillas y legumbres;
noté dellos las cosas señaladas,
los ritos, ceremonias y costumbres,
el trato y ejercicio que tenían,
y la ley y obediencia en que vivían. (46:494)*

Se detiene la crónica de América en un instante eterno que bien podría corresponder a tiempos legendarios. El viaje arquetípico no concluyó en tierra baldía. Finalizan los cantos de Arauco con el encuentro del ser íntimo y prometido del Nuevo Mundo, con su imagen original. Pero los defectos de hombre ya trajinado por el siglo separan al poeta, sol-

descubrimientos o pacificaciones de naturales hacen cada día tantos excesos y crueldades y estragos en ellos, y no quieren guardar las instrucciones que por mandato de S. M. se les dan, antes las tienen por disparate... y unos de los que en esto más escándalo tienen concebido son los de las provincias de Chile, por haberse usado con ellos más crueldad y exceso que con otros ningunos... matando mucha suma de ellos debajo de paz, e sin darles a entender lo que S. M. manda se les aperciba, aperrando muchos, y otros quemando y encalándolos, cortando pies y manos e narices y tetas, robándoles sus haciendas, estrupándose sus mujeres y hijas, poniéndoles en cadenas con cargas, quemándoles todos los pueblos y casas..." (74:14)

(29) Lo histórico-geográfico de esta expedición, confrontada con la narración de otros historiadores, resulta nada ficticia; queda descrita en detalle por Errázuriz. (47)

dado y descubridor de este recinto natural ahistórico, que él deja en la Edad Dorada en que lo había encontrado. Ercilla se retira aceptando las consecuencias de la empresa colectiva que representa; pero antes denuncia lo que era una actitud común en la Europa de sus días:

*Veo toda la España alborotada
envuelta entre sus armas vitoriosas,
y la inquieta Francia ocasionada
descoger sus banderas sospechosas;
en la Italia y Germania desviada
siento tocar las cajas sonoras,
allegándose en todas las naciones,
gentes, pertrechos, armas, municiones. (46:498)*

Esta estrofa y la recién citada —comienzan ambas con el mismo verbo— contribuyen a fundamentar el rol testimonial del poeta. Si Ercilla es el protagonista de su propio poema, no es el personaje que lucha, es el que ve. El es el Testigo.⁽³⁰⁾ Después de tantos trabajos llegan a una lejana ínsula arcádica para aprender que allí la vida era más plena... ¡más cristiana! Con la obra el poeta se redime ante su fe y —con todo— ante su patria. La poesía que nació de la empresa tendía a superarla. Con el retorno del poeta a España se cierra también el proceso del monomito. Entonces adquiere la capacidad de juzgar. Terminado el periplo sabe la verdad.⁽³¹⁾

El Canto XXXVII y último se refiere a la guerra de Felipe contra Portugal y “como la guerra es derecho de gentes...”. Aparentemente, un canto del cual podría prescindir sin mayor daño el poema. Pero es —y no podría ser de otra manera— una soslayada excusa por haber llevado las armas al Nuevo Mundo. Luego de tantas acusaciones la justificación va al final. Dedicado a Felipe, después y a pesar de todo, en un acto de lealtad, termina excusando a su rey. En la dedicatoria se refleja su entusiasmo por Felipe: aunque no deja de esconderse una intención didác-

(30) Afirma Avalle Arce que “... el episodio culminante de la vida del Testigo, que ahora se identifica explícitamente con Ercilla (quien vive fuera del poema, mientras que el poeta vive solo en el poema), ese episodio culminante fue, seguramente, su expedición a los confines australes del continente, a Chiloé” (12:163-4). En efecto, habría que agregar que se trata de un Ercilla-Testigo-Poeta-Héroe, en los cantos XXXV y XXXVI, que son el espacio poético del viaje.

(31) “Ya sea rescatado desde el mundo exterior o impulsado por el mundo interior, o dirigido gentilmente por las divinidades guías, el elegido tiene que volver a entrar con su don a la hace tiempo olvidada atmósfera de los hombres que son fracciones e imaginan ser completos. Todavía debe enfrentarse a la sociedad con su elixir que destroza el ego y redime la vida y soporta el golpe de respuesta de las dudas razonables, de los duros resentimientos y de la incapacidad de las buenas gentes para comprender”. (21:200)

tica correctiva y crítica. Hasta irónica tal vez, según puede deducirse de esta octava inicial:

*Quiero a señor tan alto dedicarlo,
porque este atrevimiento lo sostenga,
tomando esta manera de ilustrarlo,
para que quien lo viere en más lo tenga:
y si esto no bastare a no tacharlo,
a lo menos confuso se detenga
pensando que, pues va a Vos dirigido
que debe de llevar algo escondido. (46:15) (32)*

Evidentemente el poema trasciende lo histórico. Se adscribe a esa poesía heroica que admiraba Cervantes.⁽³²⁾ Como tradición literaria inherente a la imagen misma del Nuevo Mundo, Ercilla termina afirmando que "la verdad hallé en el suelo / por más que afirmen que es subida al cielo". Y ciertamente no era el primero en comparar su viaje al interior de América con un ascenso celestial; no iba a ser tampoco el último. Su adhesión por las nuevas regiones origina el canto y la síntesis austral que describe se engarza a las raíces mismas de tan propia tradición narrativa hispanoamericana.

(32) Se sabe la intención que puede llevar la fórmula de "la doctrina che s'asconde/ sotto il velamo de li versi strani". Cfr. (83). Amén de las varias fuentes que proporciona Raimundo Lida para el caso, resulta particularmente interesante aquí, el ver la idea en el mismo Erasmo: "Digo también que así como la lición de la Santa Escritura no te traerá algunas veces mucho fruto, si en sola la letra muerta te paras, y con aquella te contentas; así por el contrario no te traerá poco provecho la poesía de Homero y de Virgilio, si tienes aviso que lo que dicen es figurativo, porque tienen otra doctrina y ejemplos dentro, que no así tan ligeramente se muestran afuera". (45:134)

(33) Las aproximaciones al poema desde posiciones históricas son abundantes. En una dirección más literaria se encuentran los trabajos de Albarracín (1), Avallé Arce (12), y Goic (60) y (61). Este último, analizando los exordios del poema, apunta a una conclusión similar a la desarrollada aquí: "El viaje del poeta a lo largo del territorio remata en la zona austral en el hallazgo de lo maravilloso en el mundo, poniendo un signo super-real en la verdad narrativa del poema. Con ello se completa la varia imagen de los indígenas que pueblan el territorio de Chile, al lado de y además de los araucanos, y se acentúa el carácter espacial del poema. A los araucanos se habla sumado la lista de los promaucas y de los mapochés y en el extremo sur la de los 'salvajes' del cacique Tunconsbala, las greñudas figuras que radican en lo fabuloso demoníaco en el mundo, y al fin, los cándidos hombres naturales de Chiló que renuevan lo maravilloso de la Edad de Oro en la realidad de América". (61:22)

4. GRANDEZA MEXICANA, GRANDEZA DEL NUEVO MUNDO

"... y las casas y lugares tan hermosos..." (29:49)

Al parecer escrita para satisfacer la curiosidad de una dama próxima al poeta, *Grandeza Mexicana* sirvió también para adelantar algo del esplendor de la capital virreinal a un par de esperados e ilustres visitantes.⁽¹⁾ El lenguaje ponderativo, la voluntad laudatoria de la ciudad, se hacen elementos centrales de la obra que, finalmente, resulta en una descripción ultrapositiva de lo novohispano.

Varios matices provenientes del poema se insertan propiamente en el tema de este ensayo. Aunque ahora de modo distinto, continúa la tendencia a poner de manifiesto las excelencias —si no la superioridad— de las cosas y gentes del Nuevo Mundo. Acaso forma secreta e inconsciente, por mediación de la obra escrita, de demandar que el destino utópico de América vaya cobrando lugar. Balbuena se propone poetizar la entonces ciudad principal de Indias. El tema al hacerse urbano no perderá en nada su vigor original; al contrario, se renueva, se amplía. El poeta pormenorizará sobre el lugar sin decaer en su intensidad laudatoria, siguiendo el orden de la octava inicial:

*De la famosa México el asiento,
origen y grandeza de edificios,
caballos, calles, trato, cumplimiento,
letras, virtudes, variedad de oficios,
regalos, ocasiones de contento,
primavera inmortal y sus indicios,
gobierno ilustre, religión y Estado,
todo en este discurso está cifrado. (15:59)*

(1) Hay dos ediciones de 1604 que presentan diferentes dedicatorias. Una a García de Mendoza y Zúñiga, nuevo arzobispo de México (la Impresa por Ocharte); otra, al conde de Lemos, presidente del Consejo de Indias (impresa por López Dávalos). Ambas mexicanas. Las dos a su vez, y ya en el texto, dirigidas a doña Isabel de Tovar. El asunto de las dedicatorias lo estudian con detalle Van Horne (148:46) y García Icazbalceta. (55:187-215)

Así, el capítulo I, "De la famosa México el asiento", concluido el exordio, se despliega como prolija presentación del medio sobre el cual se alza la ciudad. Invariablemente la relación se va aproximando, en lo menor y en lo general, al modelo utópico, a superar la realidad. Todos los capítulos continúan en el mismo tono diseñando un ambiente que, aunque urbano, contiene todos los rasgos armónicos que la época encontraba en el campo.

En Balbuena la imagen original de América recibe, con igual fuerza que en Ercilla, el impulso inspirador del humanismo europeo que la revitaliza. Pensamientos de Erasmo, Vives, Moro, no son nada ajenos al nacimiento y desarrollo de las letras en Nueva España; el humanismo católico, "una de nuestras más hondas y fecundas raíces", dice Méndez Plancarte.⁽²⁾ No anticipamos que el cosmos total del poema provenga exclusivamente de las fuentes anteriores. La tradición literaria, clásica, que Balbuena conoce muy bien, aporta rasgos formales; en el plan general coinciden Moro y Balbuena en descubrir como *optimas republicas* Amaurota, capital de Utopía y México, capital de Nueva España. En ese pasado de formas poéticas comunes, vienen al caso los panegíricos de ciudades, tópico que provee uno de los vínculos más notorios entre uno y otro autor.⁽³⁾ Pero lo que alumbra mejor la relación entre Balbuena y Moro será la presencia de ideas que, exaltadas por Erasmo y desarrolladas por Moro, reaparecen en Balbuena: así el poema cantará al buen gobierno, al cultivo de las artes, a la paz, a la vida piadosa, en fin, a todo aquello que contribuía a concebir en el Nuevo Mundo un Paraíso, una polis arcádica.

Balbuena recibe de Menéndez Pelayo un privilegio de prioridad en el Nuevo Mundo: "el primer poeta genuinamente americano, el primero en quien se siente la exuberante y desatada fecundidad genial de aquella prodigiosa naturaleza" (92:46). Aunque respuesta al prodigio de una naturaleza peculiar, no debe olvidarse que Balbuena está, como autor,

(2) En documentada introducción, este crítico evidencia los rasgos de tal corriente en el Virreinato. Cfr. (92:7-37). Bataillon ha dado su contribución ya clásica sobre el erasmismo en la Nueva España. Cfr. (16:807-831)

(3) El tópico "alabanza de ciudades y países", descrito por Curtius, enmarca muy bien el contenido general de ambas obras: "En los panegíricos de ciudades y países, hay un contacto entre la *epideixis* antigua y la poesía medieval. Conocida es la popularidad que ya en la poesía romana tenían las *laudes Italiae* y las *laudes Romae*. La teoría literaria de la tardía antigüedad precisó minuciosamente los preceptos del panegírico de ciudades; habla que alabar primero la situación de la ciudad y enumerar luego todas sus demás ventajas, sin descuidar su cultivo del arte y de la ciencia. En un *rhythmus* longobardo sobre Milán se elogian: 1.- la fértil llanura en que se sienta; 2.- sus muros, torres y puertas; 3.- su foro, sus calles pavimentadas, sus baños; 4.- sus templos; 5.- la piedad de sus moradores; 6.- los sepulcros de santos; 7.- los obispos que lo han gobernado; 8.- el esplendor que allí tienen las ciencias, las artes y la liturgia; 9.- la riqueza y caridad de sus habitantes...". (33:228-9)

más cerca del género pastoril que de la crónica o de la historia; sus otras dos creaciones mayores caen de lleno en la tendencia que tanta relevancia ganó luego de *La Diana*.⁽⁴⁾ Así, la principal parte de su vida creativa se desarrolla en un ámbito de vigencias pastoriles, constituyéndose la *Grandeza Mexicana* una suerte de excepción en su obra total. *El Bernardo o victoria de Roncosvalles*, iniciado en los años de juventud, pero recién impreso en 1624, es el primer trabajo extenso de Balbuena; poema épico al estilo de Lucano, es también copioso en contenidos bucólicos. *Siglo de Oro en las selvas de Erifile*, como su título mejor no podía explicarlo, representa lo típico arcádico. Apareció en Madrid en 1608, si bien al igual que el anterior, comenzando antes de la *Grandeza*.⁽⁵⁾ Como puede verse, el poema a México se escribe y se publica en medio de un clima temporal e interior del autor que es predominantemente pastoril. En pleno desarrollo de tal formación, sus lecturas no serían otras que Virgilio, ("soberano poeta"), Petrarca, Sannazaro y Garcilaso; ciertamente Montemayor y Gil Polo. Echada su imaginación literaria por ese puente, ciertas esencias del género pasaron a su canto a México quedando fijas más allá de los detalles: la literatura pastoril que Balbuena componía se muestra en *Grandeza Mexicana* al recrear una aspiración; sin tonos nostálgicos, el poeta se esfuerza por alcanzar narrativamente un medio deseado, independiente de correlatos que le impidan alcanzar la autonomía total que el género requiere. Arranca de ciertos datos de lo inmediato para reubicarlos en un cosmos que, sin embargo, le permite una nueva y total identidad. Concebido como óptimo, el espacio literario se transforma en lo soñado, en lo paradisiaco, en región de la libertad absoluta.⁽⁶⁾

(4) Avalle Arce proporciona amplia información sobre la abundante vigencia del cultivo de la pastoril en el XVI español; cultivo que fue bastante intenso después de 1559, año de aparición de la famosa obra de Jorge Montemayor. Cfr. (14:1-21). De modo más dilatado y refiriéndose a la presencia del género y del tema que nos interesa durante el Renacimiento, escribe Levin. Cfr. (82)

(5) "El asunto de la obra es de una extremada simplicidad: en un hermoso valle, regado por un fresco manantial en donde habita la ninfa Erifile, discurren muchos pastores que en conversaciones y hasta en monólogos cuentan de sus amores, los celos, las penas y las alegrías, la belleza de las pastoras a quienes aman, sus favores, esperanzas o desdenes y a veces ocasionalmente, narran o muestran los trabajos de las propias tareas, los cuidados de sus respectivos oficios y hasta las diversiones y juegos de su rústica vida. No hay conflicto central ni más plan que la pura sucesión de los cantos y las narraciones de los pastores". (127:91)

(6) Köchler relaciona las motivaciones de lo pastoril con la aspiración de una Edad Dorada: "La literatura bucólica desde sus orígenes habla intentado casi exclusivamente la realización, al menos al nivel del arte, del viejo sueño de la Edad de Oro y su libertad. Los pastores arcadianos de un Sannazaro vivían todavía en un mundo cuya única ley era la falta de ley... La libertad completa en materia de amor y la ausencia de todo sentimiento de culpabilidad (ya que éste no puede existir si no hay leyes) son los rasgos que caracterizan la Edad de Oro". (77:129)

El bucolismo de *Grandeza Mexicana* es católico: el mundo de la Nueva España no se concibe como el escenario de asuntos amorosos. Es presentado como asiento de una comunidad regida, sin presiones, por los principios cristianos. Para Balbuena resulta imperioso dejar testimonio de tales bondades. Sugestiva resulta la admiración que profesa por el autor de *La Araucana*, a quien llama "el gran don Alonso de Ercilla y Zúñiga, más célebre y conocido en el mundo por la excelencia de su poesía que por la notoria y antigua nobleza de su casa y linaje" (13:141). Aquél, idealizador del Nuevo Mundo: Arauco, arcadía en una isla del sur chileno. Es idealizador de México, Arcadía en la capital del virreinato.

Pero, ¿cómo era la ciudad en época contemporánea al poema? ¿En qué medida se realiza en la obra esa función alegórica, tan pronunciada en lo pastoril?⁽⁷⁾ Si hay distancia con los contenidos del poema, se ve, al mismo tiempo, que el autor ha puesto en ejercicio un riguroso proceso selectivo de rasgos óptimos, luego recreación y exaltación de lo escogido. ¿Por qué, entonces, su olvido premeditado de la basura amontonada, de los "barrios atestados", "perenne amenaza para la salud pública"? Ciertamente no era de esa cara del Nuevo Mundo de la que se deseaba consagrar testimonio; queríase mostrar la mejor; coincide aquí con el rasgo pastoral de presentar sus escenarios en grado sólo de excelencia. El paisaje deja en su obra de ser funcional. Balbuena advierte que el universo de amorosas ninfas y amenos prados puede llenarse de otros contenidos: la "prodigiosa naturaleza" del Nuevo Mundo. El escritor, en el momento más alto de su poesía, cambia los mitos de la literatura europea para sumirse en el mito de América. Resultado de ese afortunado traspaso es *Grandeza Mexicana*. Desde esta perspectiva, la geografía propuesta por el poeta es un ideal.⁽⁸⁾

(7) En un pasaje de *Los libros del conquistador*, Leonard cuenta sobre el México de mil seiscientos: "La ciudad de México aún se expandía y cambiaba paulatinamente de aspecto externo. Desde hacía tiempo se habían demolido las casas de sólida estructura, semejantes a fuertes, que se levantaron a raíz de la conquista y en su lugar se ergulan las mansiones de los ricos, con sus fachadas donde el tezontle, los azulejos y los bronces se entretejan en exuberantes ornamentaciones. La primitiva iglesia que se edificara frente a la gran plaza había cedido su lugar a la soberbia masa de la nueva catedral, y por todas partes los monasterios estaban erigiendo magníficos templos que reflejaban las tendencias antirrenacentistas... Estas estructuras hacían más visible la suciedad y la miseria que databan de la época de la primera ciudad y que iban en aumento conforme crecía la población. En la multitud de canales que circundaban la municipalidad se amontonaban las basuras, dificultando la navegación de las canoas que tralan las subsistencias diarias de la ciudad. También los barrios de los alrededores estaban atestados, constituyendo una perenne amenaza para la salud pública... Pero ni las decrepitas covachas de los indios que se veían no lejos de los palacios de los aristócratas, empañaban a los ojos de los visitantes el esplendor de la ciudad, y excelentes poetas cantaban himnos en su honor, como Bernardo de Balbuena en su *Grandeza Mexicana*". (81:203)

(8) "La tradición clásica es lo que mueve a Balbuena, pero su vitalidad está en la filigrana. Lo atrae lo irreal, lo inventado, lo artificioso. Describió

No interesa aquí dirimir la polémica acerca de la veracidad del poema. Exigirle fidelidad con un medio físico resulta atentar —doblemente en este caso— contra su peculiar autonomía. De cualquier modo, parece estar más cerca de una configuración idealizada de la capital del virreinato, por bella que fuera. Y esa metrópoli idealizada se asienta en América; se sitúa en lo alto de unos lagos mexicanos y desde allí renueva el esplendor que antes hiciera escribir a Bernal Díaz:

... que parecía a las cosas de encantamiento, que cuentan en el libro de Amadís, por las grandes torres y cúes y edificios que tenían dentro en el agua, y todos de cal y canto y aun algunos de nuestros soldados decían que si aquello que veían si era entre sueños, y no es de maravillar que yo escriba aquí de esta manera... (40:159)

En nada se aparta Balbuena, pues, de una tradición americana. Hernán Cortés también había dejado en sus cartas similares muestras de admiración: desde entonces la pugna entre la realidad y el ideal.⁽⁹⁾ Balbuena sobrepasa lo antes dicho y asume la corriente utopista, ubicando su ciudad entre las primeras del mundo, signo absoluto, en segura paz, en "inmortal primavera". El *locus amoenus* de la tradición hecho realidad por la pluma de un poeta pastoril que, de pronto, acaso por la incidencia menor de una señora que le solicita noticias, asume todo el especial contenido que se ceñía ya sobre el modo de describir América, aproximándose a Colón, a Las Casas, a Ercilla, a Acosta, al Inca Garcilaso —que ya estaba por finalizar su famosa historia—. Engarza en la corriente de sus predecesores siendo ahora el humanismo cristiano cercana fuente revi-

la ciudad de México, pero dentro de un sueño y conducido mágicamente por una ninfa. Praderas, colinas, bosques, cuevas y ríos pertenecen a una geografía ideal. Es una fuga en que el verso persigue la prosa y lo sobrenatural la naturaleza" (5:103). El concepto de "geografía ideal" parece explicar adecuadamente lo que tenga intención descriptiva en el poema. Mucho más lejos llega Lafaye, al concluir, citando a León Pinelo (*El Paraíso en el Nuevo Mundo*), que México aparecía como una nueva Jerusalem, no lejos de la ubicación del Paraíso Terrenal. Cfr. (78:18-37)

- (9) Con esta obra Balbuena aparece además como culminación de una corriente poética que cultiva el panegírico a la ciudad de México; acaso nuestro primer tópico poético ya tradicional a comienzos del 1600. Dice Monterde: "La descripción de Balbuena tiene precedentes en los diálogos latinos de Francisco Cervantes de Salazar... (*México en 1554*) probablemente olvidados por los coetáneos de Balbuena, por el hecho de tratarse de una obra didáctica en la cual se describen las calles de México, la universidad abierta un año antes y los alrededores... Aparte de Cervantes de Salazar —que en cierto modo continúa las descripciones de la ciudad de México hechas por los conquistadores cronistas: Cortés, Bernal Díaz del Castillo y los misioneros—, otros hispanos, los poetas del siglo XVI que estuvieron en la Nueva España, como Eugenio de Salazar de Alarcón y Juan de la Cueva, habían trazado alguna descripción incidental". (97:6)

talizadora del tema original. Se está en presencia de un poema que en cuanto descripción supera ampliamente su correlato objetivo.⁽¹⁰⁾ A pesar de cierta voluntad por entregar una imagen convencional de la ciudad que sirva de noticia y responda bien al deseo de la dama que se la pide, hay en Balbuena un triunfo de la "intencionalidad inconsciente", que en este caso es todo el acervo cultural utopista que ya venían arrastrando como un légamo fecundo y peculiar las letras de Hispanoamérica. De manera que la visión del mundo concreto va superada por un rasgo que era, en clara proporción, profundo y singular del hacer literario que sobre el Nuevo Mundo tomaba lugar.

El contexto histórico del poeta concede enlaces que aproximan al autor con el pensamiento de Moro, tan vigente en los primeros días de la Nueva España. Tal vez, y sobre todo por ser clérigo, estaba Balbuena en conocimiento de la obra, escrita y cierta, de Vasco de Quiroga, obispo de Michoacán, que hizo realidad en suelo mexicano mucho de lo que el canciller inglés había expuesto en su famoso libro. No pocos pasajes textuales de Moro copia Quiroga en su *Información en Derecho*, de 1535, dejando bien en evidencia la fuente original.⁽¹¹⁾ Revelador y emocionante resulta leer que el mismo Tomás Moro intuyera el paso a América o tuviera alguna noticia de la venida de varones tan ilustres como Zumárraga o el mismo Quiroga a ocupar obispados. Y todas las aspiraciones concurren a encontrar un asidero, pues los pueblos-hospitales proyectaban una imagen viva de añoranzas europeas. En Michoacán, por esfuerzo de aquel sacerdote reformado, humanista, había logrado resucitar cierto espíritu del cristianismo primitivo y ponerlo en práctica.⁽¹²⁾ De

(10) Goldman ofrece una sugerente posibilidad aproximativa al respecto: "La obra literaria es... la expresión de una *visión del mundo*, de un modo de ver y sentir un universo *concreto* de seres y cosas, y el escritor es un hombre que encuentra la forma adecuada para crear y expresar ese universo. Puede darse, sin embargo, un desajuste —mayor o menor— entre las *intenciones conscientes*, las ideas filosóficas, literarias o políticas del escritor y el modo *como él ve y siente* el universo que ha creado. En este caso toda la victoria de las intenciones conscientes sería fatal para la obra, ya que su valor estético depende del grado en que ella exprese, a despecho de y contra las intenciones y convicciones conscientes de su autor, el modo como éste ve y siente realmente sus personajes". (62:286)

(11) La presencia de Tomás Moro en la Nueva España ha sido bien documentada por Silvio Zavala (160), (161) y (162); este último, el trabajo más completo al respecto; por Reyes (123) y por O'Gorman (110). José Miranda se ha referido a la vigencia del tema en la iglesia mexicana (95). Maravall disputa la influencia de Moro en el sentimiento utopista de la iglesia mexicana durante el dieciséis, proponiendo una corriente que provendría, principalmente, de Savonarola. (86)

(12) Zavala (163) e Inaz (71) han examinado el pasaje de una carta de Moro a Pedro Egidio en el cual le habla de dos varones religiosos que quieren pasar allá —al Nuevo Mundo, a Utopía—, para ocupar un obispado, acaso Zumárraga y Quiroga.

origen italiano, como se ha mencionado, o por efecto de lecturas latinas de Moro, Erasmo, Vives, o por razón de fuentes más hispánicas como Alfonso de Valdés o Las Casas, el humanismo alcanza vigencia en la cultura del naciente virreinato. Aun en los mismos años productivos de Balbuena lo sabemos fuerte en la Península como en las colonias.⁽¹³⁾ Sólo en menor medida, pues, no coincide *Grandeza Mexicana* con su tradición literaria y con su contexto ideológico: es una *laudes civitatis*, que olvidando el campo, agrega a lo urbano los valores positivos de una existencia natural. El contraste entre abundancia y riqueza de la ciudad y desconocimiento del campo modifican otro tópico tradicional, el de "menosprecio de corte y alabanza de aldea"; pero esto no manifiesta rasgos antirrenacentistas; la razón inmediata de esta inversión no es generada por reacción contra la obra de Antonio de Guevara o sus ideas, sino porque una dama —al decir del mismo autor— le ha solicitado una descripción de la ciudad y de sus sitios, amén de otros intereses adulatorios que lo obligan. La ciudad era ya asunto de particular interés para el escritor. En la égloga VI del *Siglo de Oro*, hay pasajes que ofrecen descripciones similares a los versos que años después dedicará a la misma capital, cuando la llegada de nuevas autoridades da a México la vitalidad y el contento que el poeta recoge en sus versos: "Así, viendo yo este nuevo mundo de México tan lleno de regocijo y placer con la venida de su Señoría Reverendísima, y que las tapicerías de las calles, los jeroglíficos del arco, el concurso de la gente...". (15:13)

Las motivaciones son múltiples. Así lo inmediato, el momento histórico-cultural, las lecturas, generan la visión del mundo que emana del poema. *Grandeza Mexicana* se desarrolla en dos direcciones, pero la vertiente americana culmina en él una tradición propia que se hace nítida, y coloca a Balbuena oscilando entre lo pastoril europeo y lo arcádico novomondista, con preferencia por lo último.

Debido a una escuela crítica que ha enmarcado muchas producciones de las letras hispanoamericanas coloniales como repeticiones más o menos intrascendentes de las creaciones europeas, quedan oscurecidas las raíces de un proceso algo más vital y original que ser pura repetición de las grandes voces del *allá*. Tal influencia es innegable, pero necesario es también observar las notas peculiares que hacen a esas obras propiamente americanas antes que europeas: Balbuena es algo más que un Góngora indiano. Las relaciones propuestas entre el poema mexicano y sus posibles fuentes europeas no deben sustraerse de una comparación formal. El paralelo pretende ilustrar esas afinidades ideológicas de las que se ha hablado. El texto de Balbuena, por decirlo así, se encuentra a menudo rozando al texto de Moro; cuando se acerca a Góngora no es más allá

(13) Cfr. el apéndice de la obra de Bataillon para el caso de Nueva España (16); y el capítulo sobre erasmismo en "tiempos de Cervantes", para el caso de la Península. (27)

de ciertas figuras literarias. Comenzando por el asiento de los dos lugares, Utopía, una isla, encuentra en el México de entonces su contraparte en otra isla, la ciudad:

*Sobre una delicada costra blanda,
que en dos claras lagunas se sustenta,
cercado de olas por cualquiera banda,

labrada en grande proporción y cuenta
de torres capitales, ventanajes,
su máquina soberbia se presenta. (15:63)*

Además de estar físicamente aislada como postula el poeta, la idea de una ciudad autosuficiente, con sus propios huertos y recursos, semeja la imagen de Moro, en donde también el hecho de estar aparte impulsa al cultivo pleno de sus excelencias; además, ratifica la dificultad del acceso. Comienza así la descripción de un medio peculiar que el poeta o narrador conoce pero que su interlocutor, ansioso de noticias sólo sabe de oídas. Y el orden descriptivo según el cual procederá el poeta se dispone, principalmente, para ese interlocutor curioso: Doña Isabel de Tovar, en el caso de Balbuena; Pedro Egidio y Moro mismo escuchan a Rafael Hytlo-deo y hacia ellos va el relato. La primera como los humanistas solicitan información y la obra es la respuesta, se torna discurso informativo, que no puede ser rectificado. El medio que el hablante dará a conocer es para él carísimo; su relación, entonces, es positiva y plena de admiración.⁽¹⁴⁾ Frecuente postura narrativa en las letras coloniales es esta de enfrentar el cosmos por describir desde un punto de vista que trata de mejorarlo o magnificarlo, a menudo haciendo omisión de sus aspectos negativos. En ese rasgo coinciden igualmente Moro y Balbuena.

Si la capital del verreinato ofrece una "máquina soberbia", Amaurota, capital de Utopía, presenta un rostro más sobrio aunque no menos rico. Hay variedad de templos, amplias residencias, grandes calles, "de veinte pies de ancho", a lo largo de las cuales "extiéndense vastos jardines", —cuyo uso ya recomendaba Virgilio—: "Los utópicos ocúpanse mucho de sus jardines —insiste Rafael—, y en ellos tienen vides, árboles frutales, plantas y flores, con tanta hermosura y cuidado que nunca vi otros que dieran mejor rendimiento ni que fueran más bellos" (101:66).

(14) El canto de Balbuena se inicia con aquella estrofa ya citada "De la famosa México el asiento", que señala el plan de acuerdo al cual se va a desarrollar el poema; es así una sucesión de los títulos de cada capítulo. En la obra de Moro tal pasaje corresponde a un momento del diálogo de los amigos en el jardín de Egidio cuando Moro se dirige a Rafael, el navegante: "Entonces amigo Rafael, le dije, os pido y ruego que nos describáis la isla. No os preocupéis de ser breve, antes mostradnos sucesivamente campos, ríos, ciudades, hombres, costumbres, instituciones, leyes y todo aquello que creéis que pueda interesarnos y debéis creer que nos interesa lo que ignoramos". (101:57)

En los versos de Balbuena los jardines son algo de lo mejor de la ciudad, confirmando ese refinamiento de la época que también alcanzaba al Nuevo Mundo:

*Con bellisimos lejos y paisajes,
salidas, recreaciones y holguras,
huertas, granjas, molinos y boscajes,
alamedas, jardines, espesuras
de varias plantas y de frutas bellas
en flor, en cierne, en leche, ya maduras. (15:63)*

Urbes profusas en vegetación, distingúense igualmente por la simetría de sus diseños. Un cierto *sprit de géometrie*, tan estimado por la mentalidad renacentista, no falta ni en Moro ni en Balbuena. En un par de tercetos el mexicano nos dice:

*De sus soberbias calles la realeza,
a las del ajedrez bien comparadas,
cuadra a cuadra, y aun pieza a pieza;
porque si al juego fuesen entabladas
tanto negros habría como blancos
sin las otras colores destlavadas. (15:70)*

Moro, sin la inclinación hiperbólica del poeta, se aproxima a una relación más "realista", y aunque carece de datos inmediatos que serían finalmente los puntos desde los cuales arranque la prosa, su tendencia es hacia una descripción que se haga materia creíble en vez de lenguaje poético.⁽¹⁵⁾ La capital mexicana no se queda atrás ante lo mejor de Europa ni de los otros orbes conocidos, presentes ni pasados. Todo en el Nuevo Mundo tiende a superar cuanto le precede. El problema no comenzaba con los versos de Balbuena. Estaba en germen en la prosa del Almirante, habiendo recibido enorme impulso en la de Mártir de Anglería. Moro pareciera introducirse en el debate y deja la respuesta en boca del prudente Rafael Hytlodeo.⁽¹⁶⁾ En tercetos distribuidos a lo largo de todo

(15) "Amaurota se halla situada en el suave declive de un monte y tiene forma casi cuadrada, porque su anchura comienza casi debajo de la cima de aquél y se extiende por espacio de dos millas hasta el río Anhidro, cuya orilla sigue en el mismo sentido de la longitud a lo largo de un trecho un poco mayor" (101:64-5). La conveniencia de una ciudad cuadrada puede provenir de Platón (*La República* 8.3); Levin, refiriéndose a las notas que acompañan una vida utópica se detiene en el *sprit de géometrie*. Cfr. (82:92-3)

(16) "...si hubiéseis contemplado sus costumbres e instituciones, como yo lo hice, viviendo allí más de cinco años... reconoceríais sin duda que no se encuentra en parte alguna pueblo tan bien administrado como aquél... en actividad e industria nos llevan larga ventaja". (101:55)

el poema, el autor está recordando la industriosisidad del hombre de América y la calidad de sus creaciones:

*y al fin refiera el mundo de uno en uno
sus bellos edificios, mausoleos
de mayor fama que éstos, si hay alguno. (15:71)*

Más adelante, encara un problema urgente para el criollo: la necesidad de reconocimiento; exclama:

*Alndase el mundo, ofrézcale la palma,
confiese que es la flor de las ciudades,
golfo de bienes y de males calma. (15:85)*

Ante un desconocimiento que tendía a prolongarse y que más tarde se transformó en menosprecio y antipatía, el Nuevo Mundo comienza a responder con igual voluntaria ignorancia:

*¡Oh pueblo ilustre y rico, en quien se pierde
el deseo de más mundo, que es muy justo
que el que éste goza de otro no se acuerde! (15:76)*

Y, sin embargo, ¡cuánto tiene el Viejo Mundo que aprender del Nuevo! Tal como clama Moro, fustigando los males que cunden por Europa: "¡Cuán lejos estáis de la felicidad de la república de Utopía!"

Al hablar de los oficios, cuenta Rafael Hytlodeo que son de libre elección, "siguiendo la inclinación natural" de quien los va a ejercer. "Inclinación natural", sinónimo de inclinación divina —aspiración carlsima en esos primeros decenios del dieciséis, años que buscaban a Dios fuera de Roma—. No es tarde para que Balbuena insista en lo mismo, aun cuando a él le interesa hacer resaltar la paz social. Así se toma o se cambia de oficio por propia voluntad.⁽¹⁷⁾ El gran número de aventajados artesanos da a la metrópoli una actividad y un tráfico digno de las más grandes del globo. Como otra capital del comercio internacional, México "con todos se contrata". Simpatía por el trato entre naciones que puede provenir de Erasmo (*Querella de la Paz*), donde sostiene que el intercambio de productos es actividad conducente a la fraternidad e igualdad humanas. Sugestivamente a la estrofa que canta al comercio, sigue una que menciona la paz:

(17) Escribe Moro: "La mayoría se inicia en los oficios de sus padres, siguiendo la inclinación natural, pero si alguien se siente atraído por otro oficio, pasa por adopción a alguna de las familias que lo ejercen, y su progenitor y también los magistrados velan porque tenga como maestro a un grave y honrado padre de familia" (101:69). Balbuena, con la amenidad de su verso, sintetiza lo anterior: "Todos en gusto y en quietud dichosa siguen pasos y oficios voluntarios, haciendo mil para cualquier cosa". (15:81)

*Con todos se contrata y se cartea;
y a sus tiendas, bodegas y almacenes
lo mejor destos mundos acarrea.*

*Libre del fiero Marte y sus vaivenes,
en vida de regalo y paz dichosa,
hecha está un cielo de mortales bienes
ciudad ilustre, rica y populosa. (15:79)*

Pero tal riqueza y prosperidad no llevan, sin embargo, a que el poeta muestre ninguna adhesión por el dinero; antes, lo contrario —y no podía ser de otra manera—, adopta una actitud satírica contra el oro y ridiculiza el atesoramiento:

*Allá goce su plata el avariento
si el cielo se la dio, a poder de ayunos,
y ponga en adorarla su contento;*

*abóguese en cuidados importunos,
con que a todos a risa nos provoque,
sin fiar ni fiarse de ningunos;*

*guarde el dinero, mire no se apoque,
pues no ese gravamen se le dieron,
que aunque de hambre muera no le toque. (15:84-85)*

Frecuentes e intensas son las diatribas en Moro contra el apego por los bienes materiales, contra el oro y su usos. La primera parte de la *Utopía* está dedicada, principalmente, a denunciar los excesos de una concepción económica que, básicamente, situaba al capital por sobre la virtud. Moro hace escarnio de aquellos que se dejan guiar por apetencias económicas, en abierto perjuicio de los principios cristianos, contraviniendo la palabra de un Evangelio que era comentado entonces con más rigor. Muchos más sarcasmos lanza Erasmo por toda su abundante obra contra el rol que el oro empezaba a desempeñar con tal éxito en la época.⁽¹⁸⁾ Pareciera que la escritura surge de un anhelo por una sociedad liberada de impurezas, como desprecio hacia el mercantilismo que se imponía, creando la distancia que atormentaba a los humanistas entre palabra y práctica de

(18) Hay un pasaje en Moro que guarda cercana relación con el de Balbuena por el tono irónico que ambos comparten y que muy bien puede proceder del Erasmo de *Elogio a la locura*: "Otros hay que con el vicio contrario entierran el oro, dejando para siempre de usarlo y quizás de verlo: y tanto temen perderlo, que en realidad está perdido para ellos, pues devolverlo a la tierra, ¿qué es sino substraerlo a tu utilidad y quizás de todos los mortales? Enterrado el tesoro, vuelve la alegría a tu corazón como si así se tranquilizase. Si te roban la bolsa sin que te enteres y mueres diez años más tarde sin haberlo sabido, ¿qué importa que durante los diez años que sobreviviste a su pérdida el tesoro estuviste intacto o robado? En ambos casos el oro te sirvió de lo mismo". (101:98)

su religión. Es sospechable que a esa situación se deban las preocupaciones de Balbuena, quien debía estar al tanto, además del juicio de Valladolid y de los trajines del padre Las Casas; como americano, el asunto le significa algo más: ser actor de la temprana fractura de la Iglesia en el Nuevo Mundo. En su obra se hace partícipe del anhelo reformado: despliega con orgullo la riqueza de su ciudad, pero desprecia el metal, la avaricia y el atesoramiento. Sus aspiraciones están por lo simple; y cuando le corresponde hablar de los placeres, llega a una conclusión que pareciera enunciada por algún habitante de Utopía. La salud, valor fundamental —porque, faltando no permite ningún otro—, aparece como primerísimo bien. El poeta, que se ha mostrado sensual y voluptuoso en las descripciones de cuanto ofrece la vida capitalina relativo a "regalos" y "contentos", tratándose de buscar la dicha, coincide con el parecer del humanista inglés:

*Parézcales sus aires saludables,
ameno el sitio, la quietud a cuento,
buena el agua, las frutas agradables;*

*que yo en México estoy a mi contento,
adonde si hay salud en cuerpo y alma,
ninguna cosa falta al pensamiento. (15:85)*

La salud se presenta como estado perfecto del cuerpo y del alma, como placer mayor.⁽¹⁹⁾ El aprecio por las cosas esenciales, rasgo que mucho caracteriza a los ciudadanos de la isla Utopía, tanto como la alta estimación que tienen por los valores del espíritu, nada lejos anda de la pluma de Balbuena, sólo que en este último cobra un giro revelador: son los sacerdotes los mejores portadores de tales matices, presentando así una Iglesia esencialmente crasmista, reformada y virtuosa. Hay entusiasta exaltación por lo material en el poema, pero, al tocar al clero, sitúa su grandeza no en los bienes exteriores, sino en los del espíritu:

*religiosos, gravísimos doctores,
sacerdotes honestos, ejemplares,
monjas llenas de Dios y sus favores;*

*virtud profunda, santidad cumplida,
obras heroicas, trato soberano,
almas devotas, gente corregida;*

(19) Moro escribe al respecto: "Otra especie de placer consiste, según ellos, en un sosegado estado de equilibrio corporal, es decir, en una salud no hostigada por ningún malestar... y casi todos los utópicos consideran la buena salud como la base y fundamento de toda felicidad, como que la salud es lo único que hace accesible y deseable la vida y sin ella no haya lugar a ningún otro placer". (101:94)

*limosnas grandes, corazón cristiano,
caridad viva, devoción perfecta,
celo de Dios, favores de su mano;*

*ejemplo de virtud, vida quieta,
ayunos santos, ásperos rigores,
públicos bienes, oración secreta; (15:87)*

De más está reparar en esos "públicos bienes" y en "oración secreta", porque se sabe cuánto significaba todavía entonces. La calidad de estos sacerdotes mexicanos —"gente corregida"— es ciertamente comparable a la que muestran los religiosos de Utopía que, si paganos, son excelsos en la administración de su oficio. En ambos casos, religión internalizada —"virtud profunda"— con comunidad de bienes. "No el ruido de los labios, mas el deseo ardiente de las entrañas es el que toca las orejas de Dios...", enseñaba Erasmo. (45:129)

Todo es óptimo en la Nueva España; cada cosa, cada hombre comparable a su correspondiente en Utopía. Y la excelencia de la Iglesia puesta como modelo que unifica, consolida el parentesco que va de Moro a Balbuena y que pasa, sobre todo, por la palabra de Erasmo. Igualmente intachable es la calidad de quien gobierna lo civil, cercana también al modelo erasmista del príncipe cristiano. En Utopía, una noción superior del Estado enunciada por el fundador fue concretada por esfuerzo comunal. Pero en otras repúblicas, de la calidad individual del príncipe dependerá la bondad del Estado. Siguiendo tal pensamiento, describe Balbuena al gobernante de la Nueva España.

*Es un príncipe heroico a quien fortuna,
si usara de razón, hiciera dueño
de cuanto abraza el cerco de la luna,*

*majestad grave, altivo pensamiento,
trato suave, discreción, memoria,
saber, prudencia, seso, entendimiento. (15:101)*

Príncipe digno del Virreinato, puede serlo, por tanto, de cualquier trono: México alcanza en el poema la condición de otro gran Estado. Los ciudadanos bajo la protección de tan buen gobernante, no desentonan individualmente con el príncipe —como, en general, ningún componente debe en estas sociedades discordar con el todo—. Ciertamente que los dones atribuidos por el poeta al gobernante corresponden a los que Moro otorga a los dirigentes de la ínsula. Los atributos de unos y otros son aquellos que exalta Erasmo en sus páginas acerca del guía ideal: el Príncipe Cristiano.

Ambos autores se precian de las muchas inteligencias que abundan en Amaurota y en México; las dos destácanse como comunidades de hombres ansiosos de estudio, de verdad. Balbuena sostiene al respecto:

*aquí hallarás más hombres eminentes
en toda ciencia y en todas facultades,
que arenas lleva el Gange en sus corrientes;*

*monstruos en perfección de habilidades,
y en letras humanas y divinas
eternos rastreadores de verdades. (15:86)*

La inclinación por el saber no es cosa que en Moro se manifieste solamente en la escala de las aficiones personales: el Senado regula y ordena la vida cultural.⁽²⁰⁾ El estudio es un hacer preponderante que en la ciudad de México está a cargo de las órdenes religiosas, especialmente agustinos y jesuitas:

*Del famoso agustino la gran prenda,
en santidad y letras rico erario,
del libre mundo concertada rienda;*

*la Compañía y santo relicario
del nombre de Jesús, su gran concierto
de profesos, colegio y seminario. (15:107-8)*

Utopía y México asumen selectivamente el legado de la humanidad.⁽²¹⁾ Si incomparables en capacidad para aprender, mexicanos y utópicos poseen otra capacidad aún mayor: la de la creatividad, a pesar de su "aislamiento"; esta situación es similar a la vivida por las civilizaciones más avanzadas del Nuevo Mundo: alcanzaron un saber propio, semejante al de Europa, prescindiendo de ella.⁽²²⁾ En el confrontamiento

(20) Moro pone de manifiesto la inteligencia de los utópicos, a través de casos prácticos: "Pusiéronse a copiar las letras con tal facilidad, a pronunciar tan rápidamente las palabras, a recordarlas tan de prisa, a traducirlas con tanta exactitud, que nos pareciera milagroso, de no ser que la mayoría de nuestros discípulos no sólo deseaban intensamente aprender aquellas disciplinas, sino que habían recibido del Senado orden de hacerlo...". (101:98)

(21) Sin duda que aquí Balbuena se atiene más o menos rigurosamente a la realidad que ve, y eso poetiza. Es curioso observar cómo Moro, que apela a las normas del cristianismo primitivo, pero no a las de Roma, en lo relativo a educación acepta una forma de Iglesia docente: por cierto que no de un solo credo, y con sacerdotes cuyo fin es la verdad antes que el dogma. Así, aprovecha la oportunidad de mostrar una Iglesia docente mejorada, muy por sobre lo que se veía en Europa. Esta vez es Moro quien quiere presentar a Utopía como realidad, con las mismas instituciones de Europa, pero sin vicios que allá se habían hechos congénitos.

(22) Moro: "De todos los filósofos cuyos nombres son famosos en nuestro orbe, no llegó la fama hasta ellos antes de nuestro arribo y, no obstante, en música y en dialéctica, en aritmética y en geometría, han logrado casi los mismos resultados que nuestros antecesores" (101:86-7). El tema se hará urgente en Garcilaso, pues, según él, los incas han alcanzado similares niveles de saber al de los del Viejo Mundo, superándolos, es claro, moral-

cultural que el narrador establece entre Utopía y el Viejo Mundo, éste se inclina por la primera, sin reservas. Balbuena toma igual posición cuando enrostra al europeo diciéndole:

*Préciense las escuelas salmantinas,
las de Alcalá, Lovaina y las de Atenas
de sus letras y ciencias peregrinas;
que cuanto llega a ser inteligible,
cuanto un entendimiento humano encierra,
y con su luz se puede hacer visible,
los gallardos ingenios desta tierra
los alcanzan, sutilizan y perciben
en dulce paz o en amigable guerra. (15:86)*

La "dulce" y abundante paz que gozan ambas sociedades permite a sus miembros el cultivo del entendimiento, el reposo productivo, la calma helénica. Desprecio, entonces, por la guerra —el adjetivo "amigable" empleado por el poeta sugiere lo erótico y no la violencia—. Si los utópicos a veces la requieren justificadísimamente, los mexicanos están completamente libres del mal. Además, con una Iglesia tan mejorada, con prudente gobernante, no hay amenaza de ruptura en la balanza de la paz y la justicia. Ausencia de armas que confirma la sapiencia del medio: "Incurable locura humana", había llamado Erasmo a la guerra. Moro escribe:

*Los utópicos abominan de la guerra como cosa bestial,
aunque sea menos frecuente entre las fieras que entre los
hombres y, contra la mayoría de los demás pueblos, esti-
man que no hay cosa menos gloriosa que la gloria adqui-
rida en la guerra. (101:109)*

Balbuena, irónicamente, ubica el asunto en una dimensión más próxima a lo pastoril, haciendo del amor la única "guerra" aceptable en el Virreinato:

*amparada del cielo y sus favores,
a sólo Marte y su alboroto extraña,
en paz (si no son guerra los amores). (15:118)*

México, libre del "fiero Marte y sus vaivenes" dedica su existencia a pasatiempos agradables, sin por eso faltar a las exigencias de la reli-

mente. Para Balbuena resulta fundamental mantener el vínculo con Europa, aunque México le parezca superior. Este sentimiento tan dominante en Moro podría resumirse en líneas como ésta: "Alégrome de que la forma de Estado que yo deseo para todos la hayan encontrado los utópicos, que, gracias a las instituciones que han adoptado, han constituido la más feliz de las repúblicas...".(101:136)

gión: ciudad de justicia y armonía. La actitud ética es tema central en la obra de Tomás Moro. Por descriptivo, menos presente en el poema de Balbuena; en ambos, dominante preocupación por lo religioso. Si ya se ha mencionado la calidad interior de la fe, emparejada a ella resulta su esplendor material. En Balbuena el asunto es amplio: dedica más de cuarenta tercetos a alabar el boato y esplendor de fiestas, procesiones, templos, cofradías, etc. Moro, menos conmovible por apariencias, había preferido otra dirección. Los sacerdotes mexicanos, espejos de virtudes, agregan a la riqueza de las mismas la gala que les tributa la opulenta capital.⁽²³⁾ No debe olvidarse, en descargo del poeta, que su obra es, principalmente, un amplio retablo, un poema plástico de lo exterior, y que los tipos humanos de cuya interioridad se encarga son, de preferencia, gobernantes y sacerdotes. Procediendo selectivamente, Balbuena concilia deseo y realidad, fuentes literarias con su propio poema, en lo general y en el detalle significativo; como cuando menciona aquella religión de los labios hacia adentro.

Un distintivo claro y común para las dos capitales es el de la abundancia. Sustentos se hallan por doquiera y al alcance de todos. Aspiración del cristianismo original e imagen de un medio arcádico que desconoce la escasez. Los versos que Balbuena dedica a la profusión de víveres ofrecidos en las plazas mexicanas reafirman lo dicho por Cortés, por Bernal; pero no escrito ahora por asombro, sino para comparación. Moro, sin ofrecer tanto como el otro, crea también un medio de abastecimiento ilimitado: "Anejos a los almacenes de que he hablado hay mercados de comestibles, a los que no sólo llevan los frutos, legumbres y pan, sino pescado y toda carne comestible de cuadrúpedos y aves..." (101:76). Balbuena:

*Pida su antojo y no escatime el gasto,
que en sus hermosas y abundantes plazas
verás saineles que ofrecerle abasto.*

*Mil apetitos, diferentes trazas
de aves, pescados, carnes, salsas, frutas,
linajes varios de sabrosas cazas. (15:92)*

Por último, existe una llamativa coincidencia formal entre las obras comentadas. Utopía está dividida en dos libros de los cuales el segundo es el que se refiere a la isla propiamente tal; éste consta de nueve apartados o capítulos. *Grandeza Mexicana* está también dividida en nueve ca-

(23) No quiere decir que Moro haga demérito de los templos: "En Utopía se ven templos magníficos, no sólo por su fábrica, sino por la capacidad que es necesaria, puesto que hay pocos para recoger a tanta gente. Son todos ellos penumbrosos, no por ignorancia de los arquitectos, sino por designio de los sacerdotes, quienes estiman que una luz excesiva dispersa la meditación, mientras que la escasa y dudosa recoge el alma y la inclina a la piedad" (101:136). Diferente aspecto exterior pero igual devoción interna.

pítulos, siendo el último un epílogo o capítulo final; de modo que las segundas partes de Moro y Balbuena tienen similar división externa. Los capítulos se refieren a la materia que se ofrece en el título de cada uno. Ambas obras comienzan, es claro, refiriéndose al sitio en que se halla el objeto por narrar. Así, mientras Moro escribe en el encabezamiento de su primer capítulo "Descripción de la isla", Balbuena, "De la famosa México el asiento". El capítulo segundo de Moro se titula "De las ciudades de Utopía y especialmente de Amaurota"; en el de Balbuena es "Origen y grandeza de edificios". Siguiendo a éste, el capítulo tercero: "Caballos, calles, trato, cumplimiento". En el capítulo cuarto reaparece la coincidencia: "De los oficios", en Moro: "Letras, virtudes, variedad de oficios", en Balbuena. El capítulo séptimo en Balbuena, "Gobierno ilustre", está en relación con el tercero de Moro, "De los magistrados". Finalmente, en ambas obras el último capítulo está dedicado al mismo fundamental tema: "De las religiones de los utópicos", en Moro; "Religión y Estado", en Balbuena. Así, como el plan externo de las obras, la descripción cae varias veces en puntos comunes que, creemos, no sólo son resultado de las normas literarias en uso. El deseo de ejemplaridad de la vida citadina en Amaurota se repite en México, aproximando los dos lugares a un común denominador: la Ciudad Ideal. Ambas urbes son paradigmáticas; están concebidas literariamente como modelos. Balbuena versifica, para la señora que se la ha solicitado, la pintura de un mundo que es mucho más que cuanto mira a su alrededor. Moro pone en prosa un modelo mental que no podría aspirar a un correlato en la realidad. En la intención de querer mostrar a sus semejantes espacios superiores a los ya conocidos y consagrados, es en donde más profundamente coinciden estos dos autores. Pero el americano con su obra, al impulso de la corriente que el otro representa, se inserta en lo que es tradición y sostén de nuestras letras.

5. GARCILASO DE LA VEGA: PARTICULAR HISTORIADOR DEL NUEVO MUNDO

"En fin, todo tomaban y daban de aquello que tenían de buena voluntad". (29:30)

Ya al comenzar a escribir su historia, el Inca presiente que podrán encontrarse semejanzas entre su obra y cierto tipo de escritos similares, si bien refieren éstos la vida de repúblicas fingidas. Por ello enfatiza que su conocimiento del pueblo incaico proviene de la experiencia individual de quien ha vivido y crecido en ese medio. Señala también cuidadosamente el plan del libro, para que el lector sepa bien de la posición del autor.⁽¹⁾

Se encarece a lo largo del libro el criterio de verdad tanto como su rol de historiador imparcial, reconociendo, desde luego, que no se trata de confrontar dos naciones diferentes. Lo veraz, sin embargo, se le ha disputado tanto como su declarada imparcialidad. Todos lo ven favoreciendo el bando de sus parientes. Pero hasta ahora resulta digno de crédito desde el lado de la antropología y, en general, de la moderna

(1) "Iremos con atención de decir las hazañas más historiables, dejando otras muchas por impertinentes y prolijas, y aunque algunas cosas de las dichas y otras que se dirán parezcan fabulosas, me pareció no dejar de escribirlas por no quitar los fundamentos sobre los que los indios se fundan para las cosas mayores y mejores que de su Imperio cuentan. Porque en fin, destos principios fabulosos procedieron las grandezas que en realidad de verdad posee hoy España, por lo cual se me permitirá decir lo que conviniere para la mejor noticia que se pueda dar en los principios, medios y fines de aquella monarquía que yo protesto decir llanamente la relación que mamé en la leche y la que después acá he habido, pedida a los propios míos, y prometo que la afición dellos no sea parte para dejar de decir la verdad del hecho, sin quitar de lo malo ni añadir a lo bueno que tuvieron, que bien sé que la gentilidad es un mar de errores, y no escribiré novedades que no se hayan oído, sino las mismas cosas que los historiadores españoles han escrito de aquella tierra y de los Reyes della y alegraré las mismas palabras dellos donde conviniere, para que se vea que no finjo ficciones en favor de mis parientes, sino que digo lo mismo que los españoles dijeron". (152:47)

investigación sobre el incanato. Así, para algunos ha llegado a ser documental; para otros, pura utopía.⁽²⁾

Estos juicios podrían resumir los demás: descripción idealizada, teñida en exceso por las tintas renacentistas ricas en sentimientos utopistas. Y quién duda del buen saber que Garcilaso tiene del ambiente cultural que le corresponde. Basta ver su traducción de León Hebreo para comprobar conocimientos sólidos y preocupaciones vivas por lo que está pasando en sus días. Todo eso, se ha dicho, ha contribuido a mediatizar sus recuerdos del Perú.⁽³⁾

Cuestionar la veracidad del Inca es dar paso a un problema antiguo de las letras hispanoamericanas. Ya Menéndez Pelayo había calificado los *Comentarios* de "novela utópica, como la de Tomás Moro", desoyendo el urgente pedido de Garcilaso que asegura haber escrito su historia "sin comparar cosa alguna destas [costumbres] a otras semejantes que en las historias divinas y humanas se hallan..."⁽⁴⁾

Pero, efectivamente, hay pasajes en el Inca que tienen sospechosa cercanía con el libro de Moro. Abierta queda la polémica y ante el descrédito a que lo sometan los historiadores ingleses y Menéndez Pelayo, otros vienen en su defensa. Durand, por ejemplo, no encuentra dónde haya mentira en el Inca;⁽⁵⁾ Escobar lleva más lejos el problema y somete

(2) "...su versión del Inkanato, es en un todo y en su esencia, una concepción conformada según los ideales del humanismo renacentista, tan nutrida de las tradiciones clásicas de la filosofía grecolatina, mayormente de las platónicas, como emparentada inmediatamente con las Utopías y Ciudades del Sol de sus contemporáneos europeos, los Moro, Campanella y demás. Por ello, su imperio indígena, modelo de orden, sabiduría y justicia, logra tanta resonancia y prestigio en el ambiente intelectual europeo de los siglos XVII y XVIII y aún hasta muy avanzado el XIX...". (166:30)

(3) Una interesante muestra de lo que el Inca conocía y había leído se encuentra en Durand (42). Muy útil al respecto también es Arocena (9), donde se encuentran analizadas algunas de sus lecturas, haciendo ya una ligera relación con Utopía. Escobar, que da buena cuenta de la posición histórica del Inca, sostiene que tal tradición cultural no rompe la ecuanimidad histórica de Garcilaso: "Que Garcilaso estuvo enterado de la ciencia de su época y alternó con estudiosos y escritores ilustres, es sabido: e, igualmente, su contacto con las letras italianas y la tradición retórica renacentista. Lo ponderable es que esa familiaridad con el saber europeo no enturbió su juicio sobre la herencia materna, ni amenguó su afición por la patria distante y, muy al contrario, le permitió insertar sus afectos en un sistema de pensamiento". (48:33)

(4) El juicio de Menéndez Pelayo (94:392) tiene que venir, como se sabe, de Prescott y de Ticknor. Este último había dicho que los *Comentarios*, "es un libro lleno de chismografía y de cuentos, escrito en estilo difuso, y en que el autor habla continuamente de sí mismo" (145-394). Los juicios del primero son por el estilo. (120:335)

(5) "Hasta donde sabemos, dentro de las extrañas e innumerables dificultades que ofrece el autor, más resulta sagaz y apasionado, que no embustero o caprichoso. Más de una vez se le ha acusado de serlo, pero hasta hoy ignoramos que haya pruebas definitivas. Por el contrario, han podido comprobarse como exactas muchas afirmaciones de detalle". (44:67)

la obra del cuzqueño a consideraciones lingüísticas, a las que Garcilaso concedió gran importancia.⁽⁶⁾ Hay un acto de convivencia íntima con el medio a través de la misma lengua, y en esta calidad de habitante de una morada "lingüístico-histórico-cultural" el autor resultaría infalible. Bien cierto; pero sin descartar el hecho que sus lecturas se asoman también entre la precisión de su relato histórico.

En la suma inevitable de esas dos vertientes se forjan los *Comentarios reales*. Así, perfiles más o menos fantásticos se advierten a veces en el libro, y más de un suceso toma visos de ficción. Y no es que en el autor haya demasiadas apetencias por lo legendario, por los temas de la fantasía, como es el caso de algunos historiadores que le preceden. En él predomina el gusto por lo cotidiano y común antes que por lo grandioso. No busca la gesta épica de enfrentar dos pueblos. No está próximo, ni física ni temporalmente, del asunto de la historia. Escribe desde un retiro europeo. Si su obra se acerca a veces a la leyenda, es por otras razones; hay que descartar las que tuvieron los intrépidos de la conquista.

La insistencia de la crítica tradicional en señalar relación entre los *Comentarios* y la literatura utopista de la época es prometedora sugerencia; Garcilaso conoce bien la producción humanista que pasa por Erasmo y Pico y, especialmente para el caso, por Moro. Pero no menciona a sus maestros. Y cuando sigue algún modelo, no lo pone en evidencia. Se preocupa de afirmar que su narración atenderá a la tradición de un pueblo que conoce bien; es firme cuando precave al lector de que el mundo por narrar es particular e individualizable, cierto. Ni es producto de comparaciones ni busca ser comparado:

Demás desto, en todo lo que desta república, antes destruida que conocida dijere, será contando llanamente lo que en su antigüedad tuvo de su idolatría, ritos, leyes y costumbres en paz y en guerra, sin comparar cosa

(6) "Habría que leer entre líneas cuando el Inca escribe 'yo lo vi', 'yo lo conocí', 'Me lo dijo fulano de tal', y convenir que en esas expresiones subyace una premisa definitoria: que su testimonio, el de un quechua hablante por nacimiento, enjuicia la realidad aborígen inteligentemente, además, porque él se halla empapado de 'experiencia', producto de su original instalación y convivir en la morada lingüístico-histórico-cultural cuzqueña. En su opinión este antecedente le permitirá ser veraz y mantener su autonomía. Por eso, para Garcilaso el problema de la 'verdad' de la 'autenticidad', en la historia prehispánica y en el perfil espiritual del indígena, era equivalente y podía cotejarse con el problema de la 'propiedad lingüística', del recto conocimiento de la lengua, y del intransferible sentimiento idiomático que de ella poseían los nativos. El dilema histórico se trasladaba así al esquema esencial del lenguaje: el diálogo, y la idea del diálogo se superponía a la de las estirpes que el Inca deseaba honrar, por sentirse fruto de su mutua asimilación". (48:15)

alguna destas a otras semejantes que en las historias divinas y humanas se hallan, ni al gobierno de nuestros tiempos, porque toda comparación es odiosa. (152:48)

Garcilaso sabe del contenido polémico de su historia; en aquello de que "toda comparación es odiosa", pone de manifiesto que no se ponga en la balanza el magnífico sistema incaico con otro —que muy fácilmente podría entenderse como el español— con el objeto de evidenciar los defectos del último. A pesar de todas las precauciones, el poder polémico de la obra no decayó y aun varias decenas de años después, fue requisada y prohibida en América por orden de la Corona española. La nota aclaratoria del Inca, por otra parte, lo acusa; implica que conocía los modelos con los cuales no quiere verse comparado y, por mucho que lo calle, hay semejanzas entre su obra y otras "historias humanas". Nos interesa aquí su relación con Tomás Moro. Desde una perspectiva amplia se ve a ambos autores en similar plan: el canciller inglés al describir un medio como la isla Utopía, casi perfecta república, transforma su descripción, por efecto de la comparación, en crítica contra la Inglaterra de sus días. Garcilaso, al describir el Tahuantinsuyu, imperio óptimo, convierte su historiar, al hacerse examen de sistemas, en duro juicio contra la España de Felipe II. Pero, en todo caso, interesa menos saber si el autor fue fiel a sus recuerdos de adolescencia o si los trastocó por anhelos, que comprobar como viviente la tendencia a presentar el Nuevo Mundo como tierra de esplendor. Por lo más profundo del libro corre el sustrato utópico, reafirmando la idea de que el suelo americano, aunque ya había sido asiento de una vida mejor, la que inició Manco Cápac, podría volver a serlo en el futuro. Qué mucho si la sociedad de los incas coincide con la que cien años antes había creado Moro. Bien también si esa realidad presentada por el cuzqueño es producto de lecturas platónicas y, en general, de su formación humanística: los *Comentarios* oscilan también entre la verdad y la aspiración.

Como la pregunta sobre una posible relación debe dirigirse fundamentalmente a los textos, se han seleccionado algunos párrafos del capítulo XXI del libro primero de los *Comentarios reales de los incas*, titulado "La enseñanza que el Inca hacía en sus vasallos", que se comentan junto a otros tantos pasajes de la obra de Tomás Moro. Resultado de esa comparación será antes proximidad que distancia.

Dicho capítulo, que es una síntesis del origen y principios del imperio de los incas, encierra conceptos tradicionales en cuanto a la fundación de un pueblo. Moro había recurrido a ellos cuando relata los orígenes de su imaginaria república; ya pueden rastrearse en Platón y acaso antes, pero el Inca responde con una Utopía de "verdad" a toda la tradición que le viene precediendo. No la construye desde los libros, sino que la crea de campos y pueblos que conoció en su juventud, de hombres que son sus parientes, a quienes recordará después apesadumbrado por el dolor de saber destruido lo propio en manos de un colonizador ambicio-

so hasta la desmesura. Su visión es la de un testigo que presencia la ruina de su propia cultura, debido a la incapacidad de los españoles para comprenderla. Sin valorarla, los conquistadores han terminado devastándola masivamente: "República antes destruida que conocida". Un testimonio literario de excelencias avasalladas es la última, si no única respuesta que el americano puede lanzar contra aquellos que profanaron y sometieron su pasado y su nación. La utopía que no pudo verse realizada hubo de refugiarse en la literatura, en la crónica, en la historia.

La obra de Moro era, ciertamente, un apropiadísimo modelo para encauzar ambas corrientes: la descriptiva y la crítica. Pero, ¿leyó Garcilaso al inglés? Sabemos que está ausente de su biblioteca, al menos de la de Córdoba, al morir. Es claro que conoció más libros que los registrados por sus albaceas y, en todo caso, tal lectura debió hacerse en Montilla al inicio de la escritura de los *Comentarios*. Además, faltan en su biblioteca libros que ha citado a lo largo de su obra.⁽⁷⁾

La Araucana, por ejemplo, no está en catálogo y se ve, por el par de veces que la menciona, que la conoce bien. Al citarla en los *Comentarios* (I, XXVI) se detiene a discutir el uso de un nombre que emplea don Alonso y que al Inca le parece inapropiado, siempre muy puntilloso en materias de lengua. Se refiere al poema como "los galanos versos". En su *Historia general* (VII, XXIV) escribiendo de las guerras de Chile, cuya fuente primera no dudamos que sea Ercilla, dice el historiador sobre cierta formación militar: "como lo dice don Alonso de Ercilla en el primer canto de su *Araucana*...". Por lo específico de la referencia es obvio que Garcilaso conocía el texto directamente. *La Araucana*, canto panegírico a un pueblo que lucha por su libertad y por la mantención de un mundo regido por leyes naturales, está presente cuando la gestación de una obra semejante en homenaje a los indios peruanos. Si no estaba *Utopía* entre los libros de su última biblioteca, estaba, sin embargo, el *Diario de navegación del Almirante*, punto donde se origina esta tendencia de referirse al Nuevo Mundo con la pasión de querer encontrar testimonio de lo que en Europa se notaba tan ausente.

Sin afirmar que el medio descrito por Garcilaso provenga exclusivamente de las fuentes utopistas o de sus recuerdos de juventud, y de su compenetrado saber de lo incaico, presentaremos luego ciertas coincidencias entre el Tahuantinsuyu y el cosmos que el canciller inglés había

(7) José Durand ha identificado casi la totalidad de los libros de Garcilaso. No es una colección "erasmista", pero buena parte de éste ya estaba en el *index* (43). Moro, prohibido en España, mal podía aparecer en casa de un hombre respetuoso del Santo Oficio. Cfr. (75). Durand, en otro lugar ha escrito: "No sabemos si leyó a Tomás Moro, maestro de las famosas obras misioneras de Quiroga y de Zumárraga en México; es posible, dada la gran difusión que la obra tuvo en España. Más cierta parece la influencia de la *Ciudad de Dios*, por más que Garcilaso nunca cite a San Agustín como autor". (42:21)

imaginado casi un siglo antes. Mundo soñado para Moro y ubicado al sur del Ecuador; vivido para Garcilaso y situado en la misma latitud. El capítulo XXI —del cual nos ocuparemos— relata la fundación de un pueblo por la acción individual de un hombre:

El Inca Manco Cápac, yendo poblando sus pueblos juntamente con enseñar a cultivar la tierra a sus vasallos y labrar las casas y sacar acequias y hacer las demás cosas necesarias para la vida humana, les iba instruyendo en la urbanidad, compañía y hermandad que unos a otros se hablan de hacer, conforme a lo que la razón y ley natural les enseñaba, persuadiéndoles con mucha eficacia que, para que entre ellos hubiese perpetua paz y concordia y no nasiesen enojos y pasiones, biciesen con todos lo que quisieran que todos biciesen con ellos, porque no se permitta querer una ley para sí y otra para los otros.*
(152:50)

La posición de Manco Cápac como organizador de un pueblo es bien similar a la que adopta Utopo, primer monarca y fundador de Utopía. Este y Manco comparten la calidad prometida de expandir enseñanzas civilizadoras para domeñar la ferocidad en que viven las tribus que pretenden gobernar. Son los agentes superiores encargados de llevar civilidad a gentes que la desconocen, las que no deben esperar sino beneficio de tal acción. Desde los días del Olimpo el tema es propiedad de la literatura y el personaje mesiánico y sus variantes eran ya patrimonio de la Historia.⁽⁸⁾ Garcilaso es el primero en aplicar tal perspectiva a asuntos del Nuevo Mundo.

Enseñar la labranza entre las primeras tareas, según hace Manco Cápac, es también la inicial labor pedagógica que se asigna Utopo.⁽⁹⁾

(*poblado, "haciendo habitable", Covarrubias, s. r.)

(8) Asensio ha afirmado que la negación de una edad dorada en el mundo preincaico obedece a la influencia que se deja ver en Garcilaso del *Methodus ad facilem historiarum cognitionem*, de Jean Bodin, que el Inca conoce y cita (154:23). Bodin niega la existencia de una edad dorada anterior al Estado, afirmando que los hombres vivían como fieras desparramados por los campos. De ahí, sostiene Asensio, que Garcilaso los presente de esa manera. Pero así es como también aparecen en la obra de Moro antes de la llegada de Utopo. Cfr. (11:588)

(9) El cultivo de la tierra es la única ocupación entre los utópicos; además, desempeñan un segundo oficio según propia inclinación. El párrafo que viene resume el espíritu y misión del fundador, al mismo modo como eso aparece en Garcilaso. Dice Moro: "Utopo, de quien a fuer de haberlo conquistado deriva el nombre del país, pues antes era llamado Abraxa, fue el que introdujo en aquellos pueblos rudos y agrestes la cultura y la civilidad hasta convertirles en una nación que hoy sobrepasa a casi todas las demás". (101:62)

Cuando Garcilaso cuenta que Manco Cápac les enseñó a "labrar las casas y sacar acequias...", alude al rol que el Inca asumió modelando y trazando el Cuzco, primera ciudad y capital del Imperio, como Amaurota, urbe mayor de la isla, creación de un primer y único arquitecto, "pues dicen que el plano de la ciudad fue enteramente trazado por el propio Utopo". Capitales ambas ubicadas en el centro mismo de sus reinos para facilitar el buen gobierno de los dominios: "Umbilico terrae sita" dice Moro; "Ombligo de la tierra", la llama Garcilaso (151: 87). A partir de ese núcleo civil van a expandirse los imperios.

De gran alcance son aquellas frases de Garcilaso que muestran a Manco Cápac instruyendo a los suyos de acuerdo a principios establecidos según la razón y la ley natural; baste decir que los mismos —y no podían ser otros—, rigen las acciones y la existencia toda de los utópicos. Vida acorde con la naturaleza es vida acorde con Dios:

La virtud la definen con vivir según la naturaleza, a lo cual estamos como encaminados por Dios. Quien obedece a la razón en sus gustos y repugnancias sigue los mandatos de la Naturaleza. (101:89)

Entre los incas, el crecimiento del imperio es esfuerzo por expandir la bondad de tales principios; primordial función del organizador y legado a sus descendientes. ¡Qué forma más justa para excusar la expansión de un imperio! ¡Cuánto difieren en esto los incas de lo que a su vez habían hecho los españoles, sin otra causa evidente que la búsqueda de oro!⁽¹⁰⁾

Entre las leyes básicas que el Inca Manco imparte entre quienes formarán su imperio figura la de no hacer con otros lo que no se quiere que hagan con uno: enseñanza bíblica también frecuente en Erasmo, en Utopía es la norma que conduce al buen entendimiento y concordia de las relaciones humanas.⁽¹¹⁾ Lo anterior tiende a anular las odiosas jerar-

(10) Garcilaso llega lejos en su fervor de presentar a Manco Cápac como emisario del bien, como hombre que ha entendido la mecánica positiva de tales principios y consagra su vida a enseñarlos: "Lo que yo, conforme a lo que vi de la condición y naturaleza de aquellas gentes, puedo congeturar del origen deste príncipe Manco Inca, que sus vasallos por sus grandezas llamaron Manco Cápac, es que debió de ser algún indio de buen entendimiento, prudencia y consejo, que alcanzó bien la mucha simplicidad de aquellas naciones y vio la necesidad que tenían de doctrina y enseñanza para la vida natural, y con astucia y sagacidad, para ser estimado fingió aquella fábula, diciendo que él y su mujer eran hijos del Sol que venían del cielo y que su padre los enviaba para que doctrinasen y hiciesen bien a aquellas gentes. Y para hacerse creer debió ponerse en la figura y hábito que trujo...". (152:58)

(11) "o la vida es mala... en cuyo caso no sólo deberíamos de dejar de procurarla a los demás, sino alejarnos de ella... o es buena y podemos y debemos procurarla a los demás... ¿Por qué no ha de serte propicio lo que es tan conveniente para los demás?" (101:89)

quias sociales de las que, cuenta Rafael, se sienten ya libres los isleños. La sociedad incaica con todas sus categorías garantiza, sin embargo, igualdad y reciprocidad en el trato. "No se permitirá querer una ley para sí y otra para los otros", escribe Garcilaso en el capítulo citado, dejando en claro que no hay allí favoritos, y como los dos pueblos carecen del dinero, desaparece el elemento que tanto en la época contribuía a la transgresión del orden armónico. Por no haber dinero ni necesidad suya, espontáneamente aparece en ambas naciones una generosidad debida a la cual los habitantes entregan gratuitamente el producto de su trabajo.⁽¹²⁾ La propiedad comunitaria es fundamento del modo de ser de incas y utópicos. La dimensión cristiana de este rango —sobre el cual también mucho insiste Moro— resúmenes en una observación del padre Acosta, fuente autorizada a la que Garcilaso gusta de recurrir. Dice el jesuita: "Ningún hombre de consideración habrá que no se admire de tan noble y pródigo gobierno, pues, sin ser religiosos ni cristianos los indios, en su manera guardaban aquella tan alta perfección de no tener cosa propia y proveer a todo lo necesario y sustentar tan copiosamente las cosas de la religión y las de su Rey y señor" (151:241). De este tono son los pasajes citados por Garcilaso. Las diatribas de Moro contra la propiedad privada son más que abundantes, sobre todo en el libro I, cuando Rafael critica el estado presente de las naciones europeas; recurriendo a Platón, declara: "Aquel varón prudentísimo prevía claramente que el único medio de salvar a un pueblo es la igualdad de bienes, cosa que no sé cómo pueda obtenerse mientras exista la propiedad privada" (101:54). Ni dinero ni circulación de metales entre los unos ni los otros, porque el disfrute total de los bienes necesarios está garantizado para cada ciudadano de Utopía y del Tahuantinsuyu.

La forma de vida que se dan estos imperios, siempre de acuerdo al bien común, queda en un código que reglamenta tanto el quehacer público como el familiar. En esto último son particularmente rigurosas las leyes relativas al matrimonio. Garcilaso nos dice que Manco Cápac mandó a sus pueblos "que se casasen de veinte años arriba"; coincidente con la práctica de Utopía: "Las mujeres no se casan antes de los dieciocho años, ni los varones hasta que son cuatro años mayores..." (101:102). También en ambos lugares las infracciones matrimoniales son castigadas

(12) Detalles como este de sociedades carentes de dinero, bien pueden aparecer en Moro como resultado de sugerencias americanas. En el año de publicarse *Utopía* había ya en circulación al menos tres impresos sobre el Nuevo Mundo, que pudieron haber proporcionado tales informaciones: *La Carta de Colón*, *La Cosmographie Introductio*, de Waldseemüller, con los Viajes de Vespucio y la década primera *De orbe novo*, de Mártir de Anglería. Hay un autor, sin embargo, que va mucho más lejos, Arthur E. Morgan, que en su apéndice bastante convincente discute la posibilidad de cómo Moro pudo haber sabido del Perú antes de 1516. Morgan apoya su tesis en la abundancia de viajes a América, principalmente por parte de los portugueses, antes e inmediatamente después de Colón, de los que pudo recibir información Moro. Cfr. (98)

con rigor: pena de muerte para el adúltero.⁽¹³⁾ La disciplina de la vida familiar se observa igualmente en el trato al infante: "Cada mujer amamanta a su hijo, a no ser que la muerte o alguna enfermedad lo impidiese", dice Moro (101:78). Más adelante cuenta Garcilaso que "la madre propia criaba a su hijo; no se permitía darlo a criar, por gran señora que fuese, si no era por enfermedad" (152:101). Rigor y cumplimiento de las leyes que hermana con la austeridad de las costumbres y los hábitos sociales menores: vestidos, comidas, diversiones; comen sobriamente, visten con sencillez de modo uniforme, trajes que ellos mismos manufacturan. La enseñanza del hilar y del tejer está entre las impartidas por los fundadores.⁽¹⁴⁾

El aprecio por lo esencial se destaca como un denominador común que se afianza por la comunidad de bienes; principios tan propios del cristianismo original cuya ausencia lamentan ambas obras. Postulados universales capaces de regir directamente a los hombres en distintas situaciones porque eran consecuencia de la razón. Bondad en las relaciones humanas, generosidad con los bienes y a cada uno de acuerdo a sus necesidades son también mandatos del Nuevo Testamento, presente en el espíritu de ambos textos. Sumariza Garcilaso en el capítulo que nos ocupa, brevemente, una de las varias relaciones cristianas con la *Utopía*:

Mandó [Manco Cápac] que los frutos que en cada pueblo se cogían se guardasen en junto para dar a cada uno lo que hubiese menester. (152:51)

Moro expresa lo mismo de la siguiente manera:

En almacenes especiales allí sitos cada familia entrega los productos de su trabajo, que son repartidos según su especie en distintos almacenes. Cada padre de familia va a buscar allí lo que necesitan él y los suyos; y se lleva lo que desea, sin entregar dinero ni cosa alguna en cambio. (101:75)

Lo comunal de los bienes y del trabajo no sólo ubica a estas dos obras en cercanía sino que además exalta el parentesco espiritual que las liga. Venidos de las Escrituras y remozados por la palabra vital de Erasmo de Rotterdam, estos conceptos sirven de ejemplo y desafío a la sociedad del

(13) Cuenta Garcilaso que Manco "puso pena de muerte a los adúlteros y a los homicidas y ladrones" (152:51). Moro sobre tales infractores escribe: "la reincidencia en el adulterio es castigada con la pena de muerte". (101:104)

(14) "Mandó recoger el ganado manso que andaba por el campo sin dueño, de cuya lana los vistió a todos mediante la industria y la enseñanza que la Reina Mama Ocllo Huaco había dado a las indias en hilar y tejer" (152:51). "Además de la agricultura que es, como dije, tarea a todos común, aprenden un oficio determinado: tejer lana, lino y albañilería...". (101:69)

mil quinientos, desgarrada por el conflicto de la dualidad católica. Frente a la práctica de un mercantilismo degradante e impío, la más piadosa y alta de las teorías: estas obras recreaban la calidad de la palabra de Cristo más allá de lo confesional.

En Utopía y Tahuantinsuyu existe una cultura religiosa que se va desarrollando paulatinamente, de acuerdo al grado de madurez alcanzado; la religión es presentada también como respuesta a las necesidades de la comunidad y en ningún caso proviene de imposiciones superiores. Después del fuego prometeico, Manco Cápac dijo a sus vasallos que "particularmente debían adoración y servicio al Sol y la Luna..." (152:51). Los mismos planetas son objetos de culto principal en tierra de los utópicos: "unos adoran como dioses al Sol, otros a la Luna o algún otro planeta..." (101:119). Ciertamente que esos astros fueron venerados por un número amplio de pueblos primitivos, lo que vendría a confirmar cierto carácter abstracto, ejemplar de las dos sociedades. Esa adoración al Sol y la Luna que Manco Cápac persuade a los suyos es en agradecimiento a los dos astros por enviar a sus propios hijos a rescatarlos de la vida ferina en que habían estado sumidos. Resalta una diferencia entre los dos textos: mientras en Utopía el ejercicio de la religión es una actividad libre, entre los incas hay cierta imposición, explicable por lo demás. Garcilaso usa el verbo "persuadir" cuando se refiere a este punto.⁽¹⁵⁾

Es el credo del fundador el que se inculca, con cierto respeto por las creencias existentes, a juzgar por el verbo que emplea el Inca. El mismo verbo le auxilia a eludir una presunta intolerancia de los incas en esas materias. Situación similar ocurre en el texto de Moro: el fundador predica su religión por medio de sugerencias y persuasión a pueblos que ha rescatado de la incivilidad.⁽¹⁶⁾ Utopo y Manco Cápac, "con moderación, dulzura y razones", enseñan un credo amplio y tolerante. Es la religión natural que conlleva el conocimiento de Dios alcanzado por la razón, independientemente de una revelación divina.⁽¹⁷⁾

(15) Con mucho tiento escribe: "Señaló sitio [Manco Cápac] para hacer templo al Sol, donde le sacrificasen, persuadiéndoles que lo tuviesen por principal Dios, a quien adorasen y rindiesen las gracias de los beneficios naturales que le hacían con su luz y calor, pues veían que les producía sus campos y multiplicaba sus ganados, con las demás mercedes que cada día recibían". (152:51)

(16) "Cuando hubo alcanzado la victoria, (Utopo) empezó por proclamar la libertad de cada cual para profesar la religión que le plugiera, e incluso hacer prosélitos, pero procediendo en esto con moderación, dulzura y razones, sin destruir brutalmente las demás creencias ni recurrir a la fuerza ni a las injurias; en tal virtud, castigan con el destierro o la servidumbre al que con obstinación se empeña en tal intento". (101:122)

(17) La amplia tolerancia religiosa de que gozan los utópicos se deja ver también entre los incas con pueblos que no caigan en prácticas brutales. Manco y Utopo son hombres que van en búsqueda de una verdadera religión, fundamental y que sea resultado de un acto de razón. Cfr. (152:76)

Avalle Arce, comentando el alcance de los orígenes de la religiosidad en el incanato, ve las raíces de este fenómeno en concepciones teológicas más generales, que Garcilaso no desconocía. Cuando el historiador cuenta que a Manco Cápac, "le adoraron por hijo del Sol, confesando que ningún hombre humano pudiera haber hecho por ellos lo que él, y que así creían que era hombre divino venido del cielo" (152:52), sostiene Avalle que lo anterior refleja una explicación euhemerista de la religión y muestra a Garcilaso preocupado de ubicar a los suyos en la corriente de una respetable tradición: su esfuerzo no hace menos que recordar a Plinio.⁽¹⁸⁾ El pueblo descrito por Moro se sitúa directamente en la misma tradición, siendo la comunidad íntegra resultado de un acto mayor de razón. El empeño permanente de Garcilaso al escribir es el de mantener a su pueblo dentro de los márgenes de lo racional. De ahí su uso repetido de comparaciones entre el sistema incaico con otros prestigiosos del pasado; y así como ha dicho que el Cuzco "fue otra Roma en aquel Imperio", va a ir desplegando un rico conjunto de símiles que le permiten ubicar a los de Tahuantinsuyu dentro de una pauta que por común resulta racional.⁽¹⁹⁾ Se confirmaba la naturaleza humana y el ser racional del hombre americano y, en las páginas de Garcilaso, se extendía la idea de la superioridad del habitante del Nuevo Mundo.

(18) Escribe Avalle: "Porque al aparear el texto del Inca con el de Plinio —o cualquier otro de las mismas inclinaciones euhemeristas— resalta el hecho de que a unos quince siglos de distancia en el tiempo y a muchos miles de leguas en el espacio, los indios empiezan a estructurar su religión partiendo de los mismos principios de los antiguos". A párrafo continuado, encuentra otra relación literario-histórica que lleva a la comprobación del uniformismo que subyace como gran idea central en la obra del historiador peruano: la adoración a los astros se convierte en un sólido punto de uniformismo: "Con esto la religión de los incas deja de ser una anomalía (lo que implicaría un error de la razón), y se engarza así dentro de la más rica tradición mitográfica, con evidentes implicaciones uniformistas. La constante prédica de los Incas a las tribus vencidas para que adopten su religión, tiene como motivo principal el hecho de que así adorasen al creador y no lo creado. Obsérvese que Garcilaso atribuye implícitamente a los incas una dialéctica que no difiere en lo sustancial de la apologética de los escritores cristianos como Lactancio... Con lo que volvemos al gran tema del uniformismo del desempeño y logros de la razón". (13:22-3)

(19) O'Gorman ha escrito al respecto: "...el calificativo de *nuevo* con que se designa a la tierra de América es expresivo indicio de esa fundamental situación de duda con que todo lo americano se presentaba ante la mirada del europeo. El cúmulo de argumentaciones de los cronistas en torno a este problema puede reducirse a una necia insistencia sobre el hecho de que, si bien se trata de un nuevo mundo, no es mundo nuevo. A medida que se desvanece la duda y se calma la inquietud, va desapareciendo el empleo de la designación de Nuevo Mundo... También el profundo sentido de todas esas asimilaciones de que están tan llenos los textos primitivos americanos, como por ejemplo, entre los dioses aztecas y los dioses griegos, obedece a esa honda preocupación. Lo decisivo en la polémica acerca de los indios americanos, fue el poder afirmar (confirmar) de fijo que tenían naturaleza humana". (106:104-5)

Uniformidad psicológica del hombre que reacciona de modo parecido ante similares estímulos a pesar de las diferencias de raza, tiempo, clima. Rasgo tan presente en los *Comentarios*, aparecía antes en *La Florida*.⁽²⁰⁾ Esta nota básica del historiar en Garcilaso hace pensar que el paralelismo entre el medio descrito por el historiador y aquel aspirado por el humanista europeo, bien pueden solidificarse en uno solo, semiverdadero, semifabulesco, que en suma estaría localizado entre la historia de una parte del mundo y la literatura de otra; pero que, esencialmente, no son sino el recuerdo de una búsqueda universal y común.

La "lumbre natural" ha llevado a los incas y a sus amautas a las puertas del verdadero "Dios y Señor Nuestro", a las puertas de la Única Divinidad. Aunque Garcilaso no examina conceptualmente este principio, es uno de los argumentos ideológicos sobre los cuales se apoya su narración. De modo que la obra de Moro habría servido como modelo a toda una concepción historiográfica que no tuvo que forzar mucho sus postulados básicos para emparentarse con otra descendiente también de la misma familia cultural. Entonces, si las religiones vienen a resultar uniformes, "al punto que resulta más propio hablar de *la* religión, con un singular de aplicación colectiva" (Avalle Arce), podemos postular de igual modo que resulta apropiado hablar de una sociedad (la añorada, la recordada, la deseada), *la* sociedad, otra vez con un singular de aplicación colectiva.

A pesar de todo su rigor documental, Garcilaso parece, pues, desplazarse también por un territorio axiológico reconocible en Platón, San Agustín, Erasmo, Moro. En esa literatura aprende acaso el fundamento para idealizar. Si él llega a la exageración cuando recuerda el pasado de los suyos, también aquello proviene de una situación vital compleja, de exilio, de sinsabores. Tal vez añora ese Perú lejano al que no va a regresar o al que no se le permite regresar. Son, después de todo, días renacentistas, días aún de quimeras: por esos mismos meses el vecino de La Mancha, Alonso Quijano, salta al campo. En Garcilaso pugnan el deseo de reivindicar a los suyos y la necesidad imperiosa de reformas, la magnificencia de un pueblo destruido y la herrumbre del sistema vigente. Contrapone a su presente español, su pasado americano; a la dureza

(20) "En *La Florida* esto se evidencia en una continua serie de paralelos y comparaciones entre el indio de Florida, el hombre de la Antigüedad Clásica, el indio de México y el Perú, y el propio español. Todo ello se puede resumir en la frase ponderativa que el Inca pone en boca de Hernando de Soto, al hacerle exclamar: "¿No miráis cómo todo el mundo es uno?" (13:21). Este mismo procedimiento comparativo aparece abundantemente en los *Comentarios*. No menos de veinte veces Garcilaso asume paralelos mayores como, por ejemplo, al rayo, trueno y relámpago, "no los adoraron por dioses, más de respetarlos por criados del Sol. Lo mismo sintieron dellos que la gentilidad antigua sintió del rayo, que lo tuvo por instrumento y armas de su dios Júpiter". (152:174)

cotidiana, la añoranza.⁽²¹⁾ Al mismo tiempo se inscribe en una literatura que iba siendo particularizada por esa tendencia desde los mismos días en que el Almirante puso pie en Guanahani.

Su adhesión por el pueblo incaico está bien justificada: es el de su madre, el de su primera lengua y casi el propio. Gusta de llamarse "indio", "inca", enfatizando aquí y allá su pertenencia a una sangre venida de América. Al historiar dos pueblos que son los propios y que están en lucha, Garcilaso —si bien a ratos muestra enérgico antiespañolismo— se esfuerza por mantenerse ecuánime. Sabe que usando un apelativo que era ya sinónimo del buen hombre natural de América, se coloca al margen de la sociedad europea, que a su vez parecía marginarlo; pero al usar ese nombre lleno de matices positivos, el Inca se coloca por sobre su época, tal como va a poner a su pueblo por encima de los españoles. La manera de narrar su historia es reflejo de esa lucha de dos tendencias de su personalidad que él se encarga constantemente de calmar. Entonces, si el imperio que describe semeja una utopía es porque piensa que fue así: esa es su forma de ser americano; y es, simultáneamente, la manera en que aplaca la sed de ideales que había en el Viejo Mundo: esa es su forma de ser europeo.

Colabora a la mitificación del Nuevo Mundo el desconocimiento que hay en Europa de las cosas de ultramar. Ignorancia que se va acentuando hacia mediados del XVII y que debe considerarse fuerza motora en la gestación de libros claves de la literatura colonial; los *Comentarios* mismos, la *Histórica relación del Reino de Chile*, de Alonso de Ovalle.⁽²²⁾

(21) "Pero esto yo lo veo (lo de idealizar el pasado), como una veta más, y la más profunda, de su mentalidad renacentista y española. Porque el invencible utopismo del Renacimiento, desde Tomás Moro hasta Tomás Campanella, había condicionado al hombre a aceptar la realidad subjetiva de una sociedad ideal. Sólo dentro de ese cuadrante ideológico cabe explicarse fenómenos tan distintos como la boga pastoril en las literaturas europeas o los Dorados y Californias de la realidad americana. Visto desde este punto de mira, lo que el Inca se lanza a hacer en sus *Comentarios*, con ayuda de los más modernos métodos historiográficos, es dar objetividad a esa imagen subjetiva, a crear una Utopía localizable y concreta". (13:29-30)

(22) Ambos autores al iniciar sus respectivas obras, la primera impresa en 1609 y la segunda en 1646, manifiestan el poco conocimiento que hay en Europa de lo americano. Dice Garcilaso: "Aunque ha habido españoles curiosos que han escrito de las Repúblicas del Nuevo Mundo, como la de México y la del Perú, y las de otros reinos de aquella gentilidad no ha sido con la relación entera que dellos se pudiera dar, que lo he notado particularmente en las cosas que del Perú he visto escritas, de las cuales, como natural de la ciudad del Cozco... tengo más larga y clara noticia que la que hasta ahora los escritores han dado" (152:18). Similar es la posición de Ovalle si bien más extrema pues casi no existen noticias del reino del cual proviene, y él se ve en la necesidad de crear esas informaciones: "Habiendo venido del Reino de Chile y hallado en estos de Europa tan poco conocimiento del, que en muchas partes ni aun sabían su nombre, me hallé obligado a satisfacer el deseo de los que me instaron diese a conocer lo que tan digno era de saberse". (112:3)

Son los primeros escritores criollos que responden a la demanda de la realidad americana urgida por dejar constancia de su ser, permitiendo, en sus respuestas, buenas posibilidades a la ficción. Se genera así otra vertiente que exalta lo propio, desarrollando en sus narraciones valores superiores a los de Europa, al tiempo que es hábil para acallar sus defectos. Al voluntario desconocimiento del hombre europeo se responde con la presencia de un orbe magnífico que supera al que lo ignora.

Es indudable que esta visión ultrapositiva de la América anterior a los conquistadores (en la que pusieron tan notable énfasis Las Casas, Acosta, Ovalle, el Inca, Ercilla y otros), no gustó en España, donde se comenzaron a adivinar las consecuencias políticas que tales descripciones traerían. La tendencia no declina y todavía a fines del siglo XVIII, Clavijero presenta en su *Historia antigua de México*, un mundo azteca viviendo en glorioso marco racional que pretende opacar al que proponía el mismo *Siècle des Lumières*. Producto de ese empuje criollo es la prohibición en Indias, treinta y cinco años antes del inicio de las guerras de independencia, de la obra del Inca.⁽²³⁾ De ella interesaba sobre todo la posibilidad de recrear ese pasado esplendoroso que narraba el libro. Es incuestionable que la imagen de una sociedad mejor existiendo en suelo americano no terminaba en ser adhesión pasatista. Incitaba también sueños futuros. La Revolución Francesa abona ideológicamente las semillas rebeldes que brotan de esas páginas; lo que se avecina puede brindar la oportunidad cierta de reconstruir esa añorada república. Y entonces con un americano más o menos consciente de su rol histórico, ¿por qué no podían despertarse sueños utópicos si hasta habla los escritos que confirmaban tal pasado en su continente?

La lucha de las dos tendencias en Garcilaso se transforma en un llamado al porvenir de notable alcance.⁽²⁴⁾ Y, en efecto, ese sentir subterráneo pero riguroso de la obra, que apunta hacia el futuro, va a ser inspirador para los gestores de la independencia. José de San Martín

(23) Cuenta Miró Quesada: "En carta enviada desde el Cuzco el 1º de mayo de 1781, el inflexible José Antonio de Areche sugirió a la Corona numerosas medidas con las que esperaba se podría contener el alzamiento, no sólo material sino sobre todo moral de los indios. Y haciendo suyas las indicaciones y aun las frases de Areche que se referían a los *Comentarios*, la disposición del 21 de octubre de 1781, la Real Orden Reservada, firmada en Aranjuez el 21 de abril de 1782 y la refrendación del 1º de agosto del año siguiente mandaron recoger los ejemplares, para que los naturales del Perú —que en aquellos momentos sólo se interesaban por un aspecto de la obra— no aprendieran en ella muchas cosas perjudiciales". (96:184)

(24) "Por primera vez —¡y a qué temprana hora!— apunta en Garcilaso la América del porvenir. Agoniza por su ansia de futuro, no por su nostalgia de pasado. Representa el puente tendido hacia la nueva América, cuya esplendorosa culminación será Bolívar, que es el primer americano nuevo, el primero que remata y corona el camino del mestizaje y conjuga la calidad del americano integral". (33:42)

—nada menos—, inicia las gestiones para hacer una reedición de la historia de Garcilaso.⁽²⁵⁾ Un profundo sentimiento americanista levantan las páginas del Inca entre aquellos que se habían propuesto redimir la suerte del Nuevo Mundo, que iban a terminar la sumisión colonial aspirando a Repúblicas Ideales. Por lo más profundo del libro, corre un sustrato utópico reafirmando la idea de que el suelo americano, si había sido asiento de una sociedad óptima, la legada por Manco Cápac, aún podría volver a serlo en el futuro. América es sentida y concebida como la tierra donde hubo y donde podrá haber un mundo mejor, como hogar de la permanente Utopía.

(25) Afirma Ricardo Rojas: "Así ocurrió que un día (en casa de San Martín) en tertulia con sus visitantes cordobeses, se habló de la conquista española, del despojo que hicieron a los incas, y del régimen colonial que los conquistadores fundaron hasta que en el coloquio se aludió a los *Comentarios reales*, del Inca Garcilaso de la Vega, obra de un americano, mestizo de indio, que describía las bondades del sistema incaico y las arbitrariedades del régimen colonial. Por eso la Corona había mandado a recoger el libro, para borrar la memoria de la América autóctona y de la violencia con que se fundó el sistema nuevo. Propuso entonces San Martín a los presentes en la tertulia serrana que se abriese una suscripción popular a fin de reimprimir el libro del Inca, para que su lectura se hiciese más común y se conservase un documento que hace tanto honor a los naturales de este país y descubre al mismo tiempo, con una moderación digna de las circunstancias, la tiranía, ambición y falso celo de sus conquistadores. Todos los oyentes acogieron el proyecto y allí mismo se firmó un documento en que constan las primeras suscripciones, encabezadas por la cuota y la firma autógrafa del propio San Martín". (153-8)

6. DOMINGO FAUSTINO SARMIENTO RAZA Y DESTINO DE AMERICA

"...son buenos para les mandar y les hacer trabajar, sembrar y hacer todo lo otro que fuere menester y que hagan villas y se enseñen a andar vestidos y a nuestras costumbres". (29:92)

El mundo colonial no periclita por su propia decadencia ni por sus contradicciones internas ni siquiera por efecto de los muchos vicios administrativos. Ideas fueron las que motivaron definitivamente la misión que el criollo ya presentía como suya: emanciparse de España. Las batallas que se librarían poco más tarde estaban apoyadas por la Ilustración.⁽¹⁾ Esta contribuyó con una noción fundamental de la época: la apropiación del Estado. El hombre americano necesitaba crear un gobierno autónomo. Era preciso anular la antigua autoridad y establecer las nuevas de acuerdo al sentido propio de los pueblos. La original tarea comen-

(1) "América hubo de esperar la Ilustración para decidir teórica y prácticamente la negación de un Estado colonial, para afirmar la libertad y la posibilidad de adueñarse del gobierno. En la época colonial americana el Estado no fue un problema radical. Cuando surgían cuestiones de gobierno Europa debía resolverlas. Cuando se planteaba un proyecto administrativo iba a parar a las autoridades españolas. Las rebeliones aisladas carecían de las ideas generales. Las protestas populares no estaban reforzadas por una ideología rebelde... Los filósofos eran esclavos, seguían con fiereza las antiguallas. Propalaban la servidumbre al Estado. A lo más, pedían enmiendas parciales; pero reconocían siempre la autoridad sagrada y política. Por eso América no pudo hacer entonces en Indias sino Utopías locales —como la de Vasco de Quiroga— utopías administrativas. Porque la Utopía en el más amplio sentido de la palabra es un intento de Creación que niega la autoridad, y los americanos no pensaban crear un mundo, ya que estaba creado de antemano, ni siquiera pensaban negar la autoridad con quimeras. Hasta que la Ilustración dio forma a su rebeldía, a su pasado y futuro, no se integraron a la cultura prometeica. De ahí que la Ilustración tuviera una importancia tan grande en América. Formuló la conciencia de los pueblos coloniales. Dio nacimiento a un fenómeno de independencia" (63:12-3). Enrique de Gandía resta valor a la Ilustración como predominante en el impulso pro-republicano de las colonias. Factores internos de España, raíces antiguas en Indias contra la monarquía y, sobre todo, el rol de la francmasonería son determinantes para impulsar al hombre americano hacia una acción definitiva contra el colonialismo. Cfr. (54)

zaba apenas recién terminada la acción en el campo de guerra; pero iba a ser más larga, más desgarradora. Y no otra es la misión que Sarmiento se sintió llamado a ejercer. Indaga primero sobre la superficie de su patria y las conclusiones no le satisfacen. Va más tarde a mirar en la conciencia colonial, aún viva, que necesita —con la urgencia que él señala— despojarse de contenidos gravosos para iniciar el camino hacia la vida futura del continente bajo nuevo gobierno. De allí que sus preguntas más directas vayan dirigidas al pasado, a lo que habían sido unos siglos que por entonces empiezan a confirmar el carácter de coloniales. El resultado de esa mirada retrospectiva tiene la intención de servir, luego, al futuro. Actitud constante y típica de su obra.

Las inquietudes de Fernández de Lizardi, de Bello, de Lastarria y de los otros ilustrados tardíos que comparten su generación, encuentran en Sarmiento un representante por excelencia: escritor, soldado, hombre público. Aspira a poner punto final a la colonia, a la dependencia, a la barbarie; esa es su actitud ante el pasado. Insta a planificar la educación, el comercio, la constitución: esa es su actitud ante el futuro; en la pasión que puso en la tarea revive el llamado en pro de una utopía americana. Asumido el poder, el criollo advierte que enfrenta un desafío a su capacidad creativa. Todo estaba por hacerse; todo lo que antes se hizo desde España sin mediación de su presencia queda en sus manos. "En la colonia la Creación era un hecho del pasado, de Dios y los españoles" (63:9). No había modelos donde buscar ejemplos porque los Estados Unidos era evento reciente y en Europa la liberación de una colonia era situación histórica sin precedente. Misión doblemente difícil e incitante la del criollo: difícil porque abarcaba todos los aspectos de su sociedad; incitante porque todo podía modelarse a su voluntad —al menos esos fueron los pensamientos iniciales—.

En las letras se imponía revisar y fijar contenidos y formas de lo que iba a ser el nuevo arte independiente. Su pluma entra a luchar por una lengua emancipada, "aunque rabie Garcilaso". "La prosa de Sarmiento es la que después aprenderían a escribir los españoles... Es la libertad lo que él necesita afirmar, en el idioma y en las ideas".⁽²⁾ Armado con tal voluntad de acción se propone, primero, destruir los mitos antiguos, inútiles a los propósitos futuros de Hispanoamérica antes de colaborar en la iniciación de los nuevos, porque en la defensa de la grandeza y posibilidades del suelo propio iba la suerte de la nueva era republicana. Se repetía el proceso de exaltación necesaria ocurrido durante los años de descubrimiento y conquista, pero con clarísima visión ahora

(2) "Necesito, pues —confiesa en carta a Samuel Alberú—, establecer como escritor y como argentino, mis derechos a pensar y a decir lo que me place, que esa es la libertad humana sin recibir lecciones del número, generalmente ignorante, cualquiera sea la lengua que hable... La prosa de Sarmiento es inconfundiblemente argentina: ningún escritor actual, excepto Lugones, ha manejado con tanta riqueza y propiedad un vocabulario tan puro y amplio como el de los clásicos españoles, conservando sin embargo, un tono y un espíritu absolutamente nuestros". (89:166)

de los factores que, partes de esa herencia, habían germinado en lastres retardatarios. Sin reposo se entrega Sarmiento a la misión de juzgar la tradición, con el ardor de su singular personalidad. Como antes, historiadores y poetas necesitan crear una imagen superior de su continente que ilumine una dirección hacia el porvenir, pues hacia allá tendían las fuerzas vitales de la sociedad.⁽³⁾ La idea de una utopía americana, por nuevas motivaciones, saldrá vigorizada del conflicto de la independencia.

Si en *Facundo* delata la barbarie reinante en el interior argentino, al final de su vida, Sarmiento trata de perfeccionar la teoría, de superar los vacíos de la intuición primera fundamentando en mayor observación y diversas fuentes el pensamiento inicial: "En el *Conflicto de las razas*, quiero volver a reproducir, corregida y mejorada, la teoría de *Civilización y Barbarie*, que con la ostensible biografía de un caudillo para ligar los hechos, parecióme explicar la sangrienta lucha de treinta años que terminó en Caseros".⁽⁴⁾ Violentas formas de vida primitiva continuaban irrumpiendo en los campos contradiciendo las palabras de las recientes constituciones, destruyendo el progreso incipiente que comenzaba a florecer en las ciudades. Cuatro decenios después, en la reflexión de sus últimos años, busca todavía las raíces de problemas ancestrales que a esa hora de su siglo parecían no tener solución.⁽⁵⁾ Mantiene su fe en las grandes posibilidades futuras de Hispanoamérica; pero se angustia ante la idea del deterioro. Por eso sus juicios finales acentúan y condenan todo lo que encierra el germen del fracaso.

Al enviarle esta última obra escribe Sarmiento una carta a su traductora y amiga, la esposa de Horace Mann, en diciembre de 1882. Le cuenta de la situación de las repúblicas del sur; parecía claro que los males que aquejaban al continente no se originaban en la dialéctica que había descrito en 1845 tomando lugar en la superficie de las pampas:

-
- (3) No se trata sólo de rescatar la imagen de América que Buffon y De Paw se habían encargado de desacreditar en el Viejo Mundo. Muchos son los que refutaron en sus días tales aberraciones, especialmente los jesuitas expulsos. Se trataba, en efecto, de describir una misión que cumplir en el futuro, de establecer un símbolo que la orientara. Es cierto que la herida hecha por De Paw no había cerrado del todo y sus efectos aún tocan a esta segunda generación de patriotas. Cfr. (57)
- (4) (138:414) Dice en la página siguiente que cerrará "la gestión de su pensamiento definitivo con el *Conflicto de las razas*, que sólo entrevió en *Civilización y Barbarie* entre aquella, al parecer inmotivada lucha, de las campañas contra las ciudades". Es, en efecto, su última obra socio-histórica extensa.
- (5) "Sarmiento está en la misma posición de todos los hombres que en América del Sur aparecen por la misma época desvalidos en su misión imbele y ante la necesidad de crear más que elementos de cultura, condiciones para que la cultura sea posible. Tiene que abonar la tierra antes de sembrar" (89:15). Toda esa trayectoria cumple Sarmiento, pero los frutos de sus muchas siembras no se veían aún como logros permanentes, y ni siquiera como estables.

En Civilización y Barbarie limitaba mis observaciones a mi propio país; pero la persistencia con que reaparecen los males que creíamos conjurados al adoptar la Constitución federal, y la generalidad y semejanza de los hechos que ocurren en toda la América española, me hizo sospechar que la raíz del mal estaba a mayor profundidad que lo que accidentes exteriores del suelo lo dejan creer.
(137:8)

Constante preocupación por el destino de América le demanda el sacrificio de un examen más profundo, ánimo "para descubrir las hediondas llagas de nuestra historia, y las infecciones de que no estamos del todo curados todavía" (137:159). Y con todo, su fe en el porvenir no declina, aunque vacile ante la inmensidad de los males.⁽⁶⁾ El camino que debía conducir al futuro tornábase en fracaso. Falta de capacidad política e industrial aparta a estos pueblos del progreso. ¿Dónde estaban las causas de esa persistente desgracia? En un periódico que él ayudó a fundar en Santiago de Chile, y que llevaba un nombre de mucha actualidad, *El Progreso*, comenzó a publicarse *Civilización y Barbarie*. Aparecen ahí las primeras reflexiones en torno al ser hispanoamericano. Más tarde, en vez de insistir en examinar lo inmediato, vuelca el análisis al pasado, abandona lo espacial para indagar en el tiempo; de ahí proviene una de sus actitudes más vehementes: el antipasatismo. Desprecia la Colonia porque fue campo donde plasmó el atraso, herencia de una cultura moribunda, último bastión de la Edad Media.

España se convierte para Sarmiento en una entidad vulnerable por dos flancos: como gestora de un legado desestimable y como nación fuera del progreso. Descendientes de tal linaje las repúblicas hispanoamericanas no sólo debían empezar su camino hacia adelante desde cero; tenían que comenzar por erradicar los vicios heredados. Así, por ejemplo, la organización legal recibida en el pasado era el único antecedente inmediato, no teórico, que de este tipo poseía el americano. ¿Qué significaba ese sistema legal? Nada sino antesala de las dictaduras futuras, despil-

(6) "Nuestros progresos, sin embargo, carecen de unidad y de consistencia. Tenemos productos agrícolas y campiñas revestidas de mieses doradas cubriendo provincias enteras: nuevas industrias se han aclimatado y ferrocarriles, vapores y telégrafos llevan la vida a las entrañas del país o la exhalan fuera de sus límites. El Gobierno, que es el constructor de estas vías, las empuja hasta donde el presente no las reclama anticipándose al porvenir. El crédito es el mayor de esta América, puesto que ninguna sección lo tiene empeñado con cifras tan respetables; pero cuán abundantes sean las cosechas, la proporción de aumento de un año a otro no es geométrica siquiera. Tenemos este año (1881) la renta de 1873. La educación común ha decrecido; y la emigración es hoy la mitad de la cifra que alcanzó entonces. El ejército ha doblado y tenemos una escuadra que hacen, necesaria quizás los armamentos chilenos y la armada brasilera. Para nuestro común atraso sudamericano avanzamos ciertamente; pero para el mundo civilizado que marcha, nos quedamos atrás". (137:9)

farro de la tierra, abuso ilimitado del indio. Pero España no podía dar de lo que carecía: libertad, formas de gobierno. Las aspiraciones del criollo no encuentran fuentes en su propia tradición de que servirse. En esa carencia advierte Sarmiento su misión, no sin antes señalar causas:

Uno de los más poderosos cargos que, como publicistas americanos, hemos hecho siempre a la España, ha sido habernos hecho tan parecidos a ella misma. Esto no quita que le hagamos justicia dándole aquello que le pertenece, que en verdad era mucho para nosotros entonces, pues nos daba de lo poco que tenía, no teniendo para ella, ni para remedio, un poco de libertad. No pidamos, pues, peras al olmo, como no debemos esperar que supiese para gobernarnos a nosotros lo que ignoraba para gobernarse a sí misma. (137:169)

Para terminar con esa semejanza nociva Sarmiento piensa en la escuela, en gentes de otras naciones europeas cuya sangre contrarreste los efectos hispánicos. Sobre todo, una educación amplia, científica, universal, cuyo modelo había encontrado en el norte de los Estados Unidos. Pero España, ¿qué podía dar en ese campo?

La instrucción pública continuó en América siendo eclesiástica, como lo había sido en Europa durante la Edad Media y la secularizó el Renacimiento y la Sorbona en Francia.

En España continuó la Edad Media que se difundió y estableció en América. Si son expulsados los padres jesuitas, ¿a quiénes confiar la educación mejor que a los padres franciscanos? (138:192)

El caudal de insensatas supersticiones que Feijoo había denunciado y combatido, pasa intacto al Nuevo Mundo, sin que el siglo XVIII hispanoamericano genere una obra como el *Teatro crítico universal*, ni un polemista como su autor. Acá el pensamiento ilustrado es principalmente político, dirigido a la emancipación. Sarmiento comprendió que la independencia no se lograba sólo con un acta que la confirmara. La liberación de la inteligencia, que no se había cumplido sino en unos pocos, le preocupaba tanto como la política. "La perversión de ideas de Felipe II se ha incrustado en el ánimo de los descendientes de los de su tiempo" (138-349). Son esas ideas las que aún prevalecen, las que han regido la vida colonial;⁽⁷⁾ las que mantuvieron indisputadamente a la Iglesia en

(7) Para el autor, la colonia es un tiempo estático, regido por las campanadas de las iglesias y protagonizado por una chusma servil. "La vida íntima de las colonias, sin comercio exterior, sin industrias, contando principalmente con la extracción del oro y de la plata que abundaba en sus montañas, debía ser sencilla, llena de privaciones, y sólo diversificada por las fiestas y procesiones del Corpus, de la Virgen y de los Santos, que en las grandes

el trono desde el cual se gobernó a Virreinos y Capitanías. Y nada podía resultar más hiriente para el pensamiento liberal de Sarmiento que la Iglesia española, cuyo núcleo vital era el Santo Oficio; generador del peor lastre, de la peor herencia: el espíritu inquisitorial, origen del miedo e indecisión del criollo.⁽⁸⁾ España en las manos del Santo Oficio; América en las manos de España. Por eso Sarmiento puede poner en boca del Virrey limeño esta exclamación:

Soy Señor, déspota y soberano de esta ciudad; soy el Virrey que España pone sobre el Perú; la garra del tigre sobre la oveja. Sí, todopoderoso. Pero tan absoluto como soy, arriba de mí, hay una cosa grande y terrible, y llena de tinieblas ¡hay la España! Y ¿sabéis lo que es la España? La España, voy a deciroslo, es la Inquisición. (137-115)

La Inquisición había desangrado a España y los efectos múltiples sobre el Nuevo Mundo eran similares a los sufridos en la Península, porque el español no advirtió las diferencias ni las posibilidades de América; no advirtió tampoco sus necesidades. Las Casas, Quiroga, el padre Valdivia y algún otro son excepciones.⁽⁹⁾ Al consumir España la imposición de su identidad sobre el Nuevo Mundo, deja al criollo en situación intolerable, aspirando por hacer de Indias algo no sólo superior a España misma, sino que incluso al resto de Europa. Por eso el anhelo no decae y acompaña a las grandes figuras de la acción y del pensamiento en los años de la independencia. Sarmiento advirtió la gravedad del traspaso. España condensaba en las colonias una imagen de sí misma: Nueva España, Nueva Castilla, Nueva Granada; una imagen que portaba todos los defectos al receptor sin haber incurrido éste en las faltas que originaron esas fallas. Réplica forzada de la metrópoli, terreno también de sus muchos desa-

ciudades asumían formas solemnes, y eran esperadas con interés y preparadas con boato". (138:43)

(8) "¡He ahí también los tiranos que sojuzgaron la América! Ellos tenían sobre sí otro tirano más terrible, más implacable que les infundiese el terror sagrado que a los antiguos romanos inspiraban sus dioses el Pavor, la Palidez: El Santo Oficio". (137:113)

(9) Sarmiento condena la herencia mental. No se trataba de atacar a la Iglesia. Martínez Estrada sintetiza bien el proceso: "En 1883 vuelve a 1845. Su credo político se ha detenido, cerrando los ojos a los movimientos de ideas de Europa después de 1870. Y, sin embargo, retorna al argumento eternamente válido, a lo étnico y geográfico, a lo moral e histórico. Insiste, porque él mismo se habla olvidado de su visión profunda de *Pacundo. Conflicto y Armonías*, acumula esas pruebas tanto en la desmesurada ambición y codicia de los funcionarios de la Corona, como en la crueldad y fanatismo de los ministros de la Iglesia. Su acusación al régimen inquisitorial no tiene por único objeto revelar las crueldades y atrocidades que se cometieron en los virreinos, cuanto señalar que ese mismo espíritu atroz y cruel, aun desaparecida la vigencia nominal de las instituciones eclesiásticas, había pasado a estructurar el alma del criollo". (90:203)

ciertos y pocos logros, por ser copia desde el origen y no creación original.⁽¹⁰⁾ Sarmiento había escrito, denunciando el calco:

La interposición de mares es un mero accidente. Aquí estábamos en España, y por error o por torpeza, como aquellos que nos pisan el pie, sin saberlo, la América del Sur fue llamada ese día a figurar en la marcha de la especie... como el Grande Ordenador del drama humano llama en voz alta al actor a quien toca entrar en escena en la pieza que se representa, la Historia. (137:215)

La otra parte de América había entrado a la Historia con un rol original; tal papel le permitía ya encabezar la marcha del progreso en Occidente. Hispanoamérica se retardaba porque históricamente resultaba condenada. La vida institucional planeada en cartas magnas que pretendían por la fuerza de la pluma borrar la herencia, se diluía en contradicciones internas y en la imposibilidad real del continente para situarse en las avanzadas de la civilización. Sobre todo, la incapacidad ante la ciencia, lastre mayor, que Sarmiento tanto lamenta: "Oh Newton, Humboldt, Cuvier, Darwin, ¿por qué no nacisteis en la España del siglo XV?; ¡Torquemada os hubiera descubierto en la cuna!" (137-116). Más tarde Unamuno iba a entender la furia sarmientina como proveniente de la mejor disconformidad hispánica.⁽¹¹⁾

Negar el pasado es su forma de mirar hacia el futuro; para planificar bien lo mucho que estaba por hacerse había que limpiar el terreno porque nuevos inquisidores resucitaban en el interior; ecuestres como las hordas bárbaras, pugnaban contra la civilización. Rosas, Quiroga, el Chacho reactivaban lo peor que trajo España al Nuevo Mundo: lo oscuro, lo medieval, lo semiafricano. Todo intento de progreso era contrarres-

(10) Muy próxima al pensamiento hoy desarrollado por Edmundo O'Gorman se encuentra esta intuición sarmientina, que es otra circunstancia de su gran admiración por Estados Unidos. Escribe O'Gorman: "Como los demás entes de igual especie que surgieron en el Nuevo Mundo a resultas de las empresas conquistadoras y colonizadoras europeas, su ser se originó por trasplante de la civilización occidental. Pero a diferencia de los derivados del tronco anglosajón, constituidos en la libertad de desarrollar el legado europeo en formas y costumbres adecuadas al nuevo ambiente, los provenientes de raíz hispánica fueron constituidos a manera de copias del modelo metropolitano. Quiere esto decir que, desde su origen, las colonias inglesas en el Nuevo Mundo fueron americanas en la constitución de su ser histórico, por más que estuvieren políticamente adscritas a la corona inglesa; mientras que las hispánicas, como réplicas de España, fueron entidades europeas, por más que estuvieren geográficamente adscritas al Nuevo Mundo". (109:21)

(11) La relación entre Sarmiento y Unamuno encuéntrase bien ilustrada en la obra de Dardo Cúneo (34), que además amplía el tema al contexto hispánico todo en relación con el viaje de Sarmiento por la Península.

tado o por aquellos caudillos de las pampas o por las fuerzas que los habían generado. Le resultaba de urgencia superar a España y lo medieval, superar sus consecuencias, "porque la nación no se alimenta ni de oraciones ni de cánticos elevados a Dios. Libertad y trabajo; he ahí la vida pública". Nada desencaminado en sus intuiciones históricas, el pensamiento sarmientino se mantiene en pie con cierta trágica vigencia.⁽¹²⁾

Su labor no se agota en denuncias solamente; encuentra un modelo y se empeña por imponerlo con la misma tenacidad que había luchado en su campaña primera. En 1847 y de regreso de una poco estimulante Europa, conoce Estados Unidos. Allí vio el proceso que esperaba: un país joven, como el suyo, organizándose para el futuro, adaptando la ciencia, puliendo técnicas para tal cometido, desplazando lo nativo porque significaba retraso, ejerciendo plenamente su constitución. No cae en la ingenuidad de proclamar ciegamente el paradigma; cree que la prosperidad del Norte se debe a bases étnicas sobre las cuales se levanta. De ahí su preocupación por las razas. Es luego de vivir y viajar por Estados Unidos —desde mayo de 1865 hasta julio de 1868— que profundiza y perfecciona su teoría de civilización versus barbarie. Y es en esa adecuación del medievalismo hispánico con lo aborígen en donde comienza a descubrir la causa de nuestras incapacidades, en la unión poco feliz de dos razas que no sabían pensar:

Los indios no piensan porque no están preparados para ello, y los blancos españoles hablan perdido el hábito de ejercitar el cerebro como órgano, salvo en el clero secular y regular que era numeroso; y en la clase de abogados, única profesión laica y único saber, el derecho. (137:118)

De ese encuentro provendrán el caudillismo y sus consecuencias. Contra las dos cabezas de ese monstruo escribe y combate. Ambas misiones llenan

(12) Antonio Tovar manteniéndose en línea cercana a Sarmiento amplía lo que éste había llamado "medievalismo", ilustrando mejor las consecuencias del hecho que tanto preocupó al Maestro. "La historia moderna, nos dicen los libros, comenzó en el siglo XV, pero recordemos que en 1580 la dominación española ha cristalizado en América. En esos escasos noventa años primeros han sido fundadas casi todas las ciudades, se han establecido las normas de colonización, se han creado los órganos de gobierno... Esa fecha parece ya moderna y, sin embargo, recordemos que el canciller Bacon tiene entonces diecinueve años; Galileo, dieciséis. Faltan dieciséis años para que nazca Descartes y veinticuatro para que venga al mundo Roger Williams, uno de los primeros hombres que tuvieron una idea clara de lo que es libertad religiosa. La colonización española en América es, a pesar de su fecha, de raíz medieval... Para mí medieval no quiere decir nada bueno ni nada malo: es simplemente un término histórico que nos ayuda a entender varias cosas, no sólo del pasado, sino del presente. Por ejemplo, la inadaptación de todos los países hispánicos al mundo moderno en lo económico, en lo científico, filosófico y técnico". (147:14-5)

el sentido de su obra de publicista y político. Como ya estaba empeñado en encontrar caminos que guiaran hacia el futuro, su estadía en Estados Unidos —que debe ser juzgada con una perspectiva estrictamente histórica— va a resultarle casi providencial. Desde entonces continuó creyendo que la solución consistía en seguir ese mejor modelo; aunque no dejó de indagar, especialmente, en ciertas esencias continentales que resultaban rebeldes a sus planes. Toma conciencia de ser occidental, y provisto de una imagen del hombre hispanoamericano —muy suya— se da a la tarea de incorporarlo a la cultura de Occidente, de disolver otras corrientes que no iban en esa dirección.⁽¹³⁾

En la misma medida que aumentaba su desconfianza por lo europeo, crecía su adhesión por la sociedad estadounidense, que consideraba ejemplar. Temprano veía fallar el modelo que en su hora primera despertó tantos entusiasmos. Algo más de un año en Europa le basta para confirmar que el Viejo Mundo tenía poco que ofrecer. La misión encomendada por el gobierno de Chile —en octubre de 1845—, termina en desilusión: sólo desavenencias y conflictos donde Sarmiento esperaba encontrar realizadas todas las metas del saber humano.⁽¹⁴⁾ Lo que había sido una actitud necesaria hacia 1820, era postura ingenua hacia mitad del siglo; si se trataba de buscar modelos, no quedaba otra alternativa que la de los Estados Unidos.⁽¹⁵⁾ Sarmiento hace frente a esa grave fractura

(13) Tal vez Sarmiento representa mejor que nadie a ese grupo de pensadores que llevarían más allá el impulso inicial que había culminado en Bolívar. La gran tarea del momento debía alcanzar soluciones, aunque hoy día algunos de sus empeños parezcan desencaminados. Sostiene Leopoldo Zea: "Alcanzada nuestra emancipación política de España y Portugal, se plantea de inmediato el problema de nuestra incapacidad para incorporarnos a la cultura occidental. Es el problema que desgarró a la inteligencia latinoamericana a partir de la segunda mitad de nuestro siglo XIX. Ya lo habían tenido presente, en los inicios mismos de nuestra independencia política, Bolívar y varios de nuestros libertadores". (165:7)

(14) David Viñas, que ve el viaje sarmientino como el de un burgués balzaciano, nos posibilita un pasaje que muestra la reacción del maestro cuando desde el barco divisa suelo francés: "Las costas de Francia se diseñaron al fin en el lejano horizonte. Saludábanlas todos con alborozo, las saludaba también yo, sintiéndome apocado y medroso con la idea de presentarme luego en el seno de la sociedad europea, falto de trato y de maneras, cuidadoso de no dejar traslucir la *gaucherie* del provinciano, que tantas bromas alimenta en París. Saltábame el corazón al acercarnos a tierra, y mis manos recorrían sin meditación los botones del vestido, estirando el frac, palpando el nudo de la corbata, enderezando los cuellos de la camisa, como cuando el enamorado novel va a presentarse ante las damas". (158:168)

(15) Ya en *Facundo* Sarmiento lamenta el error de haber optado por un modelo lleno de equivocaciones: "¿Qué había de suceder cuando las bases del gobierno argentino, la fe política que le había dado la Europa, estaban plagadas de errores, de teorías absurdas y engañosas, de malos principios; porque sus políticos no tenían obligación de saber más que los grandes hombres de Europa, que hasta entonces no sabían nada en materia de orga-

de ilusiones. El desvanecimiento del optimismo primero encuentra un desafío permanente en su pluma. Entiende, apenas concibe la dimensión del problema, la necesidad de iniciar un cambio drástico en la tradición progresista hispanoamericana para que ésta no muriera. Y si la vía que condujo a la independencia pasaba en buena medida por la Bastilla, porque "las gentes instruidas americanas sabían al dedillo su siglo XVIII francés en filosofía y literatura, mucho más que norteamericanos e ingleses retráidos por antagonismos conocidos" (138:46), era un deber proveer de nuevos contenidos ideológicos y de nuevos conceptos un espíritu que, amenazado por la violencia retardataria de las dictaduras, definitivamente debía reorientarse entonces como se había orientado antes. Para Sarmiento la Ilustración fueron libros, ideas, pero el ejemplo definitivo es la acción antimonárquica y anticolonial de Estados Unidos. Luego de las batallas, el período republicano dejaba morir en Hispanoamérica esa tremenda energía inicial. Era un deber resucitarla a la altura que tuvo en los años de Rivadavia:

Rivadavia viene de Europa, se trae a la Europa; más todavía: desprecia a la Europa; Buenos Aires (y por supuesto, decían, la República Argentina) realizará lo que la Francia republicana no ha podido, lo que la aristocracia no quiere, lo que la Europa despotizada echaba de menos. Esta no era una ilusión de Rivadavia; era el pensamiento general de la ciudad, era su espíritu, su tendencia. (139:121)

Sentimiento generalizado que fincaba sus posibilidades tanto en la riqueza material del país como en la situación histórica de naciones que se velan entrar, en tránsito velocísimo, en la organización republicana. Las aspiraciones del criollo no eran desmedidas; ni tampoco eran sólo suyas. Provenían también de Europa; las fantasías de grandezas futuras llegaban —como ya había sucedido antes— desde el otro lado del Atlántico. El compromiso con el porvenir era un imperativo de la época que nuevamente

nización política? Este es un hecho grave que quiero hacer notar. Hoy los estudios sobre las constituciones, las razas, las creencias, la historia, en fin, han hecho vulgares ciertos conocimientos prácticos, que nos aleccionan contra el brillo de las teorías concebidas *a priori*; pero antes de 1820, nada de esto había trascendido por el mundo europeo. Con las paradojas del *Contrato Social* se sublevó la Francia, Buenos Aires hizo lo mismo; Voltaire había desacreditado el cristianismo, se desacreditó también en Buenos Aires; Montesquieu distinguió tres poderes, y al punto tres poderes tuvimos nosotros; Benjamín Constant y Bentham anulaban el ejecutivo, nulo de nacimiento se le constituyó allí; Say y Smith predicaban el libre comercio, se repitió. Buenos Aires confesaba y creía todo lo que el mundo sabio de Europa creía y confesaba. Sólo después de la revolución de 1830 en Francia y de sus resultados incompletos, las ciencias sociales toman nueva dirección y se comienzan a desvanecer ilusiones". (139:121)

miraba hacia América. El Viejo Mundo había llamado "grande" al pueblo argentino desde su nacimiento; Sarmiento se preguntaba en *Facundo*:

¿Cómo ponerle rienda al vuelo de la fantasía del habitante de una llanura sin límites, dando frente a un río sin ribera opuesta, a un paso de la Europa, sin conciencia de sus propias tradiciones, sin tenerlas en realidad; pueblo nuevo, improvisado, y que desde la cuna se oye saludar pueblo grande?

¡Al gran pueblo argentino, salud!

Porque estas palabras que nuestra canción nacional recuerda, y con las que se ha mecido desde la cuna, no las inventó la vanidad del autor; las tomó de Pradt y de la prensa europea, de las gacetas y comunicaciones oficiales de los demás estados americanos. Todos le llamaban grande, todos se habían complotado a impulsarlo a las grandes cosas. (139:122)

La creación de un Estado correspondiente a esas aspiraciones no era devaneo quimérico: en la opinión de Sarmiento era preciso, antes, erradicar los rasgos de barbarie que se confabulaban contra los proyectos.⁽¹⁶⁾ Pero ahora mira atrás y desde el exilio, en los peores momentos de la dictadura rosista, el resultado de tanta esperanza: se ha impuesto el caudillo iletrado, disueltas las instituciones, triunfa la barbarie. Pero el Maestro no sabe de claudicaciones. Tiene más de 72 años cuando aparece *Conflicto y armonía...*, en la cual, clarificada la teoría primera, reitera su fe enorme en el destino de Hispanoamérica, vehemente en atacar las taras que impiden la democracia. Desgarro y desaliento aumentados porque luego de ejercer la Presidencia de la República, con lo mucho que logró hacer, advierte que Estados Unidos —y hasta Europa— continuaba alcanzando lo que acá no prosperaba. Se define día a día su vocación proamericanista; se confirma el rechazo por España y su legado. Piensa en términos continentales: el futuro que se hacía verdad en una parte de América, habría de descender para abarcarla íntegra, "... hasta envolvernos a nosotros en toda la extensión de la América por la comunión de las ideas, a que sirvió de solemne y gloriosa puerta la independencia

(16) "Rivadavia era la encarnación viva de ese espíritu poético, grandioso, que dominaba a la sociedad entera... Traía sabios europeos para la prensa y las cátedras, colonias para los desiertos, naves para los ríos, interés y libertad para todas las creencias, crédito y Banco Nacional para impulsar la industria; todas las grandes teorías sociales de la época para modelar su gobierno; la Europa, en fin, a vaciarla de golpe en la América y realizar en diez años la obra que antes necesitara el transcurso de siglos. ¿Era quimérico todo este proyecto? Protesto que no. Todas sus creaciones administrativas subsisten salvo las que la barbarie de Rosas halló incómodas para sus atentados". (139:122-3)

conquistada en cien batallas dadas por nuestros padres hasta obtenerla y asegurarla" (137:204). Esto dicho en 1883 corrobora que era aún el momento del progreso, de aplicar las fuerzas del trabajo y la técnica a la vastedad del Nuevo Mundo, porque aquí se acabará, finalmente,

... por presentar al mundo en América, la más grande, la más próspera y la más libre asociación humana que presenciaron los siglos; que las distancias en los países despoblados serían suprimidas por el empleo del vapor, tanto por tierra como por agua, y que los ríos, "caminos que andar", según la frase feliz de Pascal, podían ser azotados por ambos ijares con las palas de las ruedas a fin de acelerar su marcha a voluntad del hombre que los guía, en despecho de la marea que resiste, de la tempestad que se amotina, del viento contrario que protesta. (138:85)

Como se ve, el progreso no era sólo el modo de asumir el futuro prometido: era la manera efectiva de liquidar la tradición. Trabajar y crear era borrar el pasado, era la forma de cumplir con una exigencia de la naturaleza que había dotado a estas regiones de "... montañas preñadas de oro y plata, ríos como mares, universidades pobladas de estudiantes, tierra ilimitada y feraz...", y agrega refiriéndose a la Argentina: "... no conocemos en la Historia creación ideal en el mapa de un Estado que tantas prosperidades prometiera...". Es claro que esos juicios vallan igualmente para el resto de los territorios del Nuevo Mundo.

En su concepción política, apertura hacia Estados Unidos, es una manera de clausurar definitivamente vínculos con España. No parece inquietarse por las decisiones que en política internacional, y por esos años, comienza a adoptar esa nación. Él no presiente amenazas en el crecimiento del Norte. Pendiente sólo de emularlo, hasta ve con simpatía el recelo con que los europeos empiezan a juzgar la nueva potencia.⁽¹⁷⁾ Otras plumas igualmente preocupadas por el destino de "nuestra América" hacían notar que tal crecimiento era más bien un peligro antes que un modelo. Para Sarmiento la relación debía ser inversa: Estados Unidos ha

(17) Carilla, que escribe sobre el autor y los Estados Unidos, pone en buena perspectiva el problema. En 1866 dio a conocer su *Vida de Abrán (sic) Lincoln*, y al respecto dice el crítico: "Lo importante —y por eso difiere de otras páginas posteriores que escribió— es que aquí el posible modelo no carece de lunares, si bien esto no lo debilita, dentro de la intención de Sarmiento, en el papel de mejor modelo. Remata en estas páginas su oposición a Europa, de la que —dice— nada tenemos que aprender. No admite las recriminaciones que el Viejo Continente dirige a Hispanoamérica puesto que, en última instancia, el drama político de la América del Sur es una consecuencia de su organización colonial, y al hablar de Europa piensa no sólo en España sino también en Francia. Es decir, a propósito de esta última, la solución que Sarmiento (como otros hispanoamericanos de su tiempo) había encontrado en un primer momento". (23-12)

entrado en el futuro y el continente todo debe seguir esa dirección. Y lo dijo con la vehemencia con que mantuvo sus convicciones:

Lleguemos a enderezar las vías tortuosas en que vino la civilización europea a extraviarse en las soledades de esta América. Reconozcamos el árbol por sus frutos: son malos, amargos a veces, escasos siempre.

La América del Sur se queda atrás y perderá su misión providencial de sucursal de la civilización moderna. No detengamos a los Estados Unidos en su marcha; que es lo que en definitiva proponen algunos. Alcancemos a los Estados Unidos. Seamos la América como el mar es el océano. Seamos Estados Unidos. (138:418)

No fue un soñador de utopías; pero su idealismo rebasaba a menudo las posibilidades reales. Es un místico de la acción y de allí sus aspiraciones; es más: desprecia las utopías porque le suenan a jesuítico, porque no germinaron en nada duradero: "¿Dónde están situadas hoy las Misiones? ¿Dónde sus habitantes? ¡Se hicieron humo! ¡Se las ha tragado la tierra en menos de un siglo...!" Desprecia incluso la literatura de visos utopistas, por haber contribuido a falsear la que él piensa verdadera imagen del indio, del *salvaje* americano. Así, menosprecia buena parte de las letras coloniales y el juicio que tiene de Ercilla y su obra es más bien típico de los que manifiesta cuando se trata de aquellos que exaltaron al natural del Nuevo Mundo.⁽¹⁸⁾

Demoleadora es su visión del pasado; pero lo es porque concibe Hispanoamérica sólo en términos de un brillante futuro; Sarmiento sabe bien que escribe en horas decisivas para el continente; se van trizando —como sugiere su metáfora— las esperanzas: "... es nuestro deber señalar desde ahora algunos desperfectos y como grietas que se ven cuando se examina de cerca tan vistoso vaso, por donde, si se ahondan, puede

(18) Ve en Rousseau un enemigo permanente, en lo pastoril, una plaga que ha dañado la verdad histórica. "Circulaban por entonces en Europa (mediados del XVIII) las famosas *Cartas Edificantes*, aquel reclamo de colonizadores, para embellecer y magnificar su obra, con descripciones de la vida pastoril, que se encuentran en Teócrito y en los poetas arcádicos, y que Cervantes había ya descrito en su inmortal plática con los cabreros sobre la Edad de Oro, donde no se conocía la palabra tuyo ni mío; y no se olvide que los jesuitas son españoles de origen, de ideas, y en colonización quijotesco como su maestro. Aquellos puritanos anacreónticos, eran un miraje seductor que alucinaba espíritus febriles como el de Rousseau" (137:199). Contra Ercilla, también en el grupo anterior, escribe: "Los araucanos eran más indómitos, lo que quiere decir animales más reacios, menos aptos para la civilización y asimilación europea. Desgraciadamente, los literatos de entonces, y aun los generales, eran más poéticos que los de ahora, y a trueque de hacer un poema épico, Ercilla hizo del cacique Caupolicán un Agamenón, de Lautaro un Ajax, de Rengo un Aquiles... Una mala poesía, pues, ha bastado para detener la conquista hacia aquel lado". (137:59)

filtrarse el precioso líquido que está destinado a contener" (138:87). Con un optimismo que no mide fronteras, las soluciones que entonces proponía no tienen por qué parecer equivocadas.⁽¹⁹⁾ No dejó de reconocer las imperfecciones del modelo; como tampoco dejó, a pesar de su declarado antiutopismo, de formular proyectos más que audaces, más que utópicos. Piénsese, por ejemplo, en *Argirópolis o la capital de los Estados Confederados del Río de la Plata*.⁽²⁰⁾

Es el cuadro de la situación hispanoamericana finisecular el descrito por Sarmiento: ambiente de pesimismo ante lo inmediato, cierto grado de prosperidad burguesa lejano del suelo que la generaba, preocupación por el destino de la raza. Poco después Rodó y Darlo vuelven a formular la pregunta sobre el futuro, cuando los hechos se empeñaban contra las esperanzas aún más que en los días de Sarmiento. Si los proyectos diseñados por el educador argentino estaban todavía lejos de cumplirse, la aspiración que los había generado, a pesar de los reveses, permaneció intacta. Con la llegada del siglo cobraron novedosas direcciones.

Fue Sarmiento enérgico en el fervor de su creencia; incansable en la acción, seguro de que el continente hispanoamericano era Tierra Prometida, en espera de la mano del hombre que la transformara en granero y jardín del mundo, de las ideas que la harían una nueva Atenas. Cada escuela levantada por su mano, cada maestro formado en sus escritos, surgen de esa aspiración.

(19) Hoy día se advierten claramente las limitaciones del deseo sarmientino. Leopoldo Zea sitúa el problema en una dimensión justa: "Hay que negar el pasado y, dentro de ese pasado, la cultura en que han sido formados los latinoamericanos. Lo que debe ser afirmado es el futuro, ese futuro encarnado en las grandes naciones y culturas occidentales: Inglaterra, Francia, Estados Unidos. Son los modelos a seguir, la pauta a partir de la cual esta América ha de ser considerada como cultura o civilización. Y con ello caemos en las falsas soluciones: la simulación, el ocultamiento de la propia realidad bajo una capa de conceptos que no responden a la misma. La América, nuestra América, sigue siendo la misma. Hagamos lo que hagamos la América Latina no son los Estados Unidos del Sur, como deseaba un Sarmiento; la adopción de fórmulas y formas culturales eficaces en Europa y los Estados Unidos, no es suficiente para hacer de nuestros pueblos, pueblos semejantes a los que eran nuestro modelo". (165:8)

(20) Queden aquí las palabras con que finaliza esta obra de 1850, por lo mucho que de similares tienen con las que dan fin a su *Conflicto...*, más de treinta años después: "Infundid a los pueblos del Río de la Plata que están destinados a ser una gran nación, que es argentino el hombre que llega a sus playas, que su patria es de todos los hombres de la tierra, que un porvenir próximo va a cambiar su suerte actual, y merced a estas ideas, esos pueblos marcharán gustosos por la vía que se les señale, y doscientos mil emigrantes introducidos en el país y algunos trabajos preparatorios, darán asidero en pocos años a tan risueñas esperanzas. Llamaos los ESTADOS UNIDOS DE LA AMERICA DEL SUR, y el sentimiento de la dignidad humana y una noble emulación conspirarán en no hacer un baldón del nombre a que se asocian ideas grandes". (136:192-3)

7. JOSE MARTI, PLUMA Y ESPADA DE NUESTRA AMERICA

"Quisiera hoy partir para la isla de Cuba..." (29:45)

La vida de José Martí traza un ciclo total y único que más allá de sintetizar la existencia de un hombre raramente heroico, simboliza la suerte que durante el siglo habían sufrido las luchas por una completa independencia hispanoamericana. Se ha dicho que su existencia fue "la acción y el ensueño, el ideal y la vida y una épica muerte..." (84:7). En la abundancia de su obra, se reitera la palabra inquebrantable de adhesión con los países que luchaban por la libertad, por una libertad que iba encontrando curso en las voces guías que la alentaban. La ideología martiana es la del Nuevo Mundo; sus símbolos, el ala y la raíz: la inspiración motivadora del gran ideal y el compromiso inmediato en contra de las fuerzas que tendían a domeñar la esperanza.⁽¹⁾

La tenacidad y el coraje distinguen su quehacer vital y su producción literaria. Luchador infatigable, abandonó su vida a las balas en el campo de batalla. Antes había dejado en discursos, poemas, crónicas, ensayos, la dimensión profunda de sus convicciones. Obra y vida son un núcleo germinal porque concentran vivos temas, ideas, problemas y el ejemplo heroico de su conducta individual, todos vigentes en la cultura hispanoamericana de hoy. Ser y hacer dedicados a la liberación definitiva del Nuevo Mundo: no al colonialismo español del pasado; no al neocolonialismo amenazante del "vecino avieso". Su llamado, en oposición al de Sarmiento, sería: no seamos Estados Unidos, seamos nosotros mismos, a pesar de todo.

En enero de 1891 —el 10 en *La Revista Ilustrada*, de Nueva York y el 30 en *El Partido Liberal*, de México— apareció otra de sus colaboraciones que, hecha para el día, iba a perdurar, sin embargo, como documento vivo en la historia del pensamiento continental. El título del ensayo, "Nuestra América", permanecía también como un símbolo de la

(1) Félix Lizaso en un estudio titulado *Martí y la Utopía de América* señala esa doble energía del poeta y guerrillero: "...sus palabras favoritas, *ala* y *raíz*, 'representan los dos símbolos de la dualidad ideológica de Martí: su idealismo filosófico y moral y su realismo cultural y político'". (84:7)

unidad supranacional. Comienza puntualizando la necesidad de cultivar en el hombre de Hispanoamérica la noción de su lugar en el contexto histórico que le corresponde, su ubicación en regiones que, más allá de las fronteras nacionales, se ignoran. La atávica concepción aldeana del mundo se convertía en una de las lacras más peligrosas que pesaban así, porque aislamiento era destrucción; en la pluma aguda de Martí el consejo roza con la advertencia: "Los pueblos que no se conocen han de darse prisa para conocerse, como quienes van a pelear juntos" (88:157). No sólo por la urgencia de formar filas unidamente el autor pide solidaridad; más aún: se trataba de un deber, de una necesidad de mutuo conocimiento no manifestada hasta entonces, y en cuya insistencia Martí fue incansable porque la proposición reactualizaba sentimientos bolivarianos, con semejantes aspiraciones y reservas. Entiende como deber imprescindible mantener actualizado el espíritu del Libertador como culto inspirador del continente: "¡así de hijo en hijo, mientras la América viva, el eco de su nombre resonará en lo más viril y honrado de nuestras entrañas!" (88:236); Martí comprendió temprano que era preciso reivindicar lo propio, empezando por aquellos que contribuyeron —con actos y palabras que él seguiría de cerca— a crear la era independiente. Su llamado cobra significado doloroso en tierras tensas por guerras fratricidas, causas de dispersión, origen de ciertos nacionalismos que rechazaban la unidad continental, amenazada siempre por insolubles problemas limítrofes que ya habían degenerado en violentas hostilidades. Años en que la geografía, en vez de estimular puentes comunicantes, pasaba a ser factor de conflictos separatistas; por ello era imperiosa la reflexión: "Es la hora del recuento, y de la marcha unida, y hemos de andar en cuadro apretado, como la plata en las raíces de los Andes" (88:158). La unidad a que aspira queda descrita en su metáfora; es más que física y no es superficial; plata que, como una corriente ética, debía levantar a los pueblos del continente a un nivel en el cual lo geográfico fuese el escenario común en donde debía germinar el nuevo y generoso espíritu del hombre que, aunque pobre, llegaría a ser auténticamente libre.⁽²⁾

Exige un modo de conducta apropiado a la tarea, por eso sus palabras condenan a aquellos que siendo hispanoamericanos lo son sin sentirlo,

(2) "Los mensajes americanistas de José Martí fueron formulados constantemente en función de imperativos éticos. Desde este punto de vista, por la primacía que él dio a la moral sobre la política, se puede decir que este hombre puro ha sido el anti-Maquiavelo del siglo XIX. Su objetivo es intuir lo que llama 'la república moral en América' ... Porque ante todo ha sido 'moral', José Martí ha podido suscitar tantos ecos en América de comportamiento ético más que político en el sentido habitual del término, una América en la cual 'los de abajo' tenían sed de amor, de justicia, y de dignidad. Conmueve comprobar hasta qué punto, como intérprete de un 'spencerismo de la miseria', él pudo transformar la indigencia, la pobreza, los infortunios históricos reprochados como taras a la América Latina del siglo XIX por los defensores del 'spencerismo utilitario', en argumentos positivos de la grandeza humana". (132:17-18)

pensando siempre en Madrid o París: "Los que no tienen fe en su tierra son hombres de siete meses" (88:138). Denuncia así una tendencia fatal creciente en la burguesía de las jóvenes repúblicas: la negación de lo propio. Exhorta en pro del único porvenir que cree duradero, que será aquel que tomará lugar en la unidad, con los pies y el alma en suelo criollo, cada hombre responsable del rol histórico correspondiente; responsable también de su origen y de sus deberes:

¡Estos hijos de carpintero, que se avergüenzan de que su padre sea carpintero! ¡Estos nacidos en América, que se avergüenzan, porque lleva delantal indio, de la madre que los crió, y reniegan, ¡bribones!, de la madre enferma, y la dejan sola en el lecho de las enfermedades!
(88:138)

En su doctrina nacer hispanoamericano conlleva un compromiso: identificarse como tal luchando contra el colonialismo. Lo otro era veleidad. Peores enemigos que esos "malos hijos" no podía describir su pluma: eran su antítesis, como políticos y como artistas. Pero tenían la ventaja del poder y, ciertamente, eran más numerosos. La novelística del momento ilustra bien la acusación de Martí: el indiano en Europa, con sus pompas y excesos, abunda en la ficción, más cerca del ridículo que de lo trágico.⁽³⁾

La atracción por Europa continúa siendo factor de desconuelo en el hispanoamericano: la mirada admirativa tórnase demasiado hacia fuera y excepcionalmente hacia dentro. Sociedades heterogéneas las de acá poco se nutrían de la imitación de países tan diferentes y nada aprovechaban de la savia original, agregando menosprecio por ella, sin advertir la falacia histórica que esa actitud significaba:

¿En qué patria puede tener un hombre más orgullo que en nuestras repúblicas dolorosas de América, levantadas entre las masas mudas de indios, al ruido de pe-

(3) Goic, analizando obras cuya "vigencia histórica comprende el lapso que va de 1875 a 1889", señala: "La nueva forma interior de la novela realista opondrá la apariencia a la realidad de verdad. El mundo narrativo irá revelando gradualmente, bajo la opinión ordinaria y la apariencia, la superior dignidad de lo real verdadero. Pondrá de manifiesto un mundo orientado por valores aparentes —dinero, elegancia, belleza— y lleno de preferencias deformadoras de lo nacional en favor de lo extranjero alledor, postizo y ordinariamente superficial y vano. Frente a ese mundo se erige el de una auténtica calidad personal, el mundo de las nobles virtudes del corazón: energía, voluntad, honestidad, valor, inteligencia, dignidad, un porte que no precisa de la elegancia para revelar su prestancia, una apostura que no está en los signos aparentes de la belleza brillante ni en el prestigio social. En fin, se representará un mundo activado por engaños y desengaños, donde los acontecimientos nos conducen del parecer al ser de verdad" (59:88). Bien acorde con lo expuesto por el crítico, la figura legendaria de José Martí confirmará, en una gesta digna de novela, la auténtica calidad personal, en obra y vida.

lea del libro con el cirial, sobre los brazos sangrientos de un centenar de apóstoles? De factores tan descompuestos, jamás, en menos tiempo histórico, se han creado naciones tan adelantadas y compactas. (88:159)

De esas convicciones arranca otra misión necesaria porque naciones de rápida formación eran, por lo mismo, moldeables a corto plazo; y la mano que las modele debe ser la que conoce bien su medio y no la extranjera. Los paradigmas, por efectivos que parezcan a las circunstancias de Hispanoamérica, provienen de países cuyo acontecer histórico y cuya situación social eran incomparables:

La incapacidad no está en el país naciente, que pide formas que se le acomoden y grandeza útil, sino en los que quieren regir pueblos originales, de composición singular y violenta con leyes heredadas de cuatro siglos de práctica libre en los Estados Unidos, de diecinueve siglos de monarquía en Francia. (88:159)

Así, fue el primero en cuestionar la influencia europea y estadounidense desde una posición analítica que consultó las vertientes propiamente hispanoamericanas. En cada línea de su obra queda patente también un sentir práctico por encontrar respuestas precisas a los problemas del continente en su propio contexto. Le pareció inútil ignorar con palabras las verdades del *acá*: "Con un decreto de Hamilton no se le para la pechada al potro del llanero..." (88:159), afirma, zanjando el dilema creado por la admiración al código estadounidense. El carácter singular de Hispanoamérica no es apto para ajustarse a modelos foráneos. Por eso en Martí la búsqueda de pautas que imitar parece asunto vanal. Lo que en Sarmiento tiene intensidad de urgencia —urgencia siempre insatisfecha— en las páginas martianas cobra visos de acusación porque buscar afuera sin conocer lo propio es pecado de ingenuidad e ignorancia: "... el buen gobernante en América no es el que sabe cómo se gobierna el alemán o el francés, sino el que sabe con qué elementos está hecho su país" (88:159). Se daban en Hispanoamérica los pasos cambiados: imitación antes que conocimiento. La necesidad de invertir ese orden se transformará en imperativo para algunos pensadores de su generación: resalta con energía en Hostos y, sobre todo, en González Prada. Este grupo, en vez de pretender la exclusión de sectores formantes de la nacionalidad, pugna por su inclusión en la vida activa, por mostrar la existencia de tantos olvidados. No de otro modo concibe Martí el ejercicio del poder:

El gobierno ha de nacer en el país. El espíritu del gobierno ha de ser del país. La forma del gobierno ha de avenirse a la constitución propia del país. El gobierno no es más que el equilibrio de los elementos naturales del país. (88:160)

Lo demás era perpetuar el esquema colonial, desconocer los propósitos democráticos alentados en las declaraciones de independencia, exponerse ante nuevos invasores. Así veíase Cuba, dominada aún por España y, en la visión de Martí, en peligro de salir de su tutela para caer en la de Estados Unidos. Posibilidad cierta, además, para el resto de las Antillas, para el continente todo; que no se cumpla la amenaza será uno de sus credos; no cejará de repetirlo ante la indiferencia de pueblos que, desconociéndose, ignoraban también el peligro común.⁽⁴⁾

Martí es, pues, entonces, la gran pluma que se yergue frente a la del educador argentino: "No hay batalla entre la civilización y la barbarie, sino entre la falsa erudición y la naturaleza" (88:160). Son obvias sus discrepancias ideológicas con Sarmiento. No preocupa a estas páginas subrayar las distancias que los separan; al contrario, la vertiente profunda que los hermana. Rubén Darío, en *La Nación* de Buenos Aires, dijo: "El genio ha intentado aparecer dos veces en América; la primera en un hombre ilustre de esta tierra, la segunda en José Martí".⁽⁵⁾ Porque ya era claro —al menos para los mejores— que la preocupación última, más allá de ciertas desavenencias, era la dignificación de nuestra América, como paso previo para ingresar a un gran futuro. Divergentes son, por ejemplo, las interpretaciones que ambos sostienen acerca del tirano. La tiranía es producto doloroso pero natural del continente, piensa Martí.

(4) Sobre este punto escribe Fernández Retamar: "Donde Martí se encuentra más solo; donde es el primero en vislumbrar la verdad, y consiguientemente el peligro que se cierne sobre su continente, es en lo tocante a los Estados Unidos. El rápido crecimiento del país había impresionado no sólo a europeos como Alexis de Tocqueville, sino, quizás, sobre todo, a numerosos hispanoamericanos, como el propio Sarmiento, quienes pensaban sinceramente que en sus tierras del Sur, a pesar de tan distintos orígenes y componentes, podría repetirse la hazaña del Norte, hija directa de la revolución industrial y el desarrollo burgués que la propia España no había conocido y que, por tanto, difícilmente podía dejar en herencia en sus ex colonias. A pesar de admirar una gran parte de la historia norteamericana, de Washington a Lincoln (la 'Homeríada americana'), Martí no sólo repara en que tal similitud es imposible; sino que, viviendo en el interior de los Estados Unidos en el momento en que se van transformando de país premonopolista en país monopolista e imperialista, comprende angustiada que su próximo paso, cicatrizada la guerra civil y conquistado el oeste, incluyendo la mitad de México, será arrojarse sobre el resto de América; en primer lugar, sobre Cuba. Para prevenir ese riesgo, requiere apresurar la independencia de la isla, y asentarla sobre bases firmes y progresivas. También le es menester mostrar las deficiencias internas de los Estados Unidos al lector hispanoamericano, y desaconsejar la adopción de sus estructuras por los países al sur del río Grande". (88:37)

(5) Líneas citadas por Juan Marinello, que agrega: "A la muerte del revolucionario escribió Rubén uno de los comentarios más perspicaces, bellos y emocionantes de cuantos salieron de su pluma" (87:137). Darío, sito en un punto que le permite ver la obra de ambos pensadores, no puede menos que considerarlos en comunidad de propósitos, misiones y anhelos.

Negada la dicotomía campo versus ciudad, no puede ser más distinta su concepción del tirano:

Las repúblicas han purgado en las tiranías su incapacidad para conocer los elementos verdaderos del país, derivar de ellos la forma de gobierno y gobernar con ellos. Gobernante, en un pueblo nuevo, quiere decir creador. (88:160)

La idea era oportuna en un medio que se obstinaba en la imitación y en negar lo que no convenía a sus objetivos europeizantes; pero era tal vez muy temprano para que las creencias de Martí se extendieran. El carácter profético de su pensamiento se comprueba al verlo en vigencia hoy en día. Acaso por lo mismo fue cauteloso al hablar del porvenir. En general, su método fue denunciar los males, sugerir soluciones, bosquejar un futuro libre y, sobre todo, exigir atención internacional para que se abandonara la actitud indiferente que se mantenía ante problemas esenciales en esta América. Indispensable, pues, crear gobernantes con conocimientos sistemáticos de las condiciones reales del país; pero, "¿cómo han de salir de las Universidades los gobernantes, si no hay Universidad en América donde se enseñe lo rudimentario del arte del gobierno, que es el análisis de los elementos peculiares de los pueblos de América?" (88:160). Es profundo al señalar el peligro de la imitación, influencias que vestidas en ropaje de salvación se transformaban —hoy como ayer— en factores retardatarios, en fuerzas que en vez de estimular lo vernacular de cada país, lo oscurecían, lo sometían a la permanente humillación de ser elemento comparativo con la fuente original; difícil resultaba no caer en el engaño: esforzarse por ser como el modelo, ocultando en patios traseros lo que no fuera conciliable con el Viejo Mundo.⁽⁶⁾ Mas la renuncia era inútil: "¿Donde no se olvida y donde no hay muerte, llevemos a nuestra América, como luz y como hostia; y ni el interés corrupto, ni ciertas modas nuevas de fanatismo, podrán arrancármola de allí!", exclamó después en "Madre América". (88:195)

Martí, como Sarmiento, escribió abundantemente. Sus colaboraciones llegaron a periódicos de Caracas, Buenos Aires, Montevideo, Tegucigalpa, México, Nueva York. Como en Sarmiento, su prédica se encar-

(6) Andrés Iduarte recoge frases martianas en que hablando de México, reclama la necesidad de crear en lo autóctono: "México necesita una literatura mexicana ... ¿Cómo quiere tener vida propia y activa el pueblo que paga y sufre la influencia de los decaimientos y desnudeces repugnantes de la gastada vida ajena? ... México tiene su vida: tenga su teatro. ¿Por qué en la tierra nueva americana se ha de vivir la vieja vida europea? ... Todo anda y se transforma ... Imagínese y créese; pero no se ate la imaginación a épocas muertas, ni se obligue al pincel a mojarse en los colores del siglo XIV y del XV ... Copien la luz en el Ximantécul y el dolor en el rostro de Cuahutemotzin ... Hay grandeza y originalidad en nuestra historia: haya vida original y potente en nuestra pintura ..." (70:99)

naba en el ejemplo: "En el periódico, en la cátedra, en la academia, debe llevarse adelante el estudio de los factores reales del país" (88:161), aunque hubiera en sus planteamientos más confianza que teorías de gobierno.⁽⁷⁾ Su mayor causa, la independencia de Cuba, peligraba por circunstancias del aislamiento en que la abandonaban sus hermanas ya libres de Hispanoamérica; sin el apoyo que era de esperarse, combatía sola en una empresa que antes había sido común. El destiempo de esa lucha divulgaba la fisura honda de países que perdían los objetivos comunes. Europa nos había confundido con la noción de ser sucursal de la cultura latina occidental antes que producto de fuerzas telúricas únicas, que hasta dejaban de figurar como propias. "La historia de América, de los incas acá, ha de enseñarse al dedillo, aunque no se enseñe la de los arcontes de Grecia. Nuestra Grecia es preferible a la Grecia que no es nuestra" (88:161). No se trataba de intransigencias culturales; era urgencia por definir lo americano en un contexto mayor: "Injértese en nuestras repúblicas el mundo; pero el tronco ha de ser el de nuestras repúblicas" (88:161). Concuerta con el juicio de Sarmiento sobre la colonia y cree, como él, que en tal pasado pueden encontrarse las razones de tanto régimen políticamente imperfecto. Defectos que quedaron a luz luego de la independencia, agravados por falta de originalidad:

... entró a padecer América, y padece, de la fatiga de la acomodación entre los elementos discordantes y hostiles que heredó de un colonizador despótico y avieso, y las ideas y formas importadas que han venido retardando, por su falta de realidad local, el gobierno lógico... El problema de la independencia no era el cambio de formas, sino el cambio del espíritu. (88:162)

El virrey había cambiado su título por el de presidente. La colonia quedó en los tipos humanos y en las jerarquías sociales; el cambio de mando no significó el de sistemas. Seguía vivo el espíritu aristocrático que consideraba títulos de nobleza y esclavitud y latifundios como sinónimos de bienestar. La libertad, fraternidad e igualdad prometidas en las palabras de los teóricos que inspiraron el movimiento, no diseñaban la nueva conciencia deseada por el héroe cubano: "La colonia continuó viviendo en la república", afirma no con voz de desaliento, sino con la voz imparcial del análisis que sabe reconocer sin engaños los componentes de su materia. Pero como a Sarmiento, lo distingue el optimismo: "estos países se salvarán" repite Martí, agregando:

(7) Al respecto comentó L. A. Sánchez: "No se pida a Martí precisiones sobre sistemas de gobierno, ni sobre régimen de propiedad y relaciones concretas entre la Iglesia, y el Estado, o acerca de tratados de límites o negocios aduaneros. Su misión fue otra, y la cumplió a conciencia y a fondo. Arquitecto de un destino superior, aborda los problemas esenciales y los plantea en su lenguaje traslúcido y definitorio, encendido de sinceridad, sostenido de entusiasmo, estremecido de humanidad". (134:496)

Estos países se salvarán, porque con el genio de la moderación que parece imperar, por la armonía serena de la Naturaleza, en el continente de la luz, y por el influjo de la lectura crítica que ha sucedido en Europa a la lectura de tanteo y falansterio en que se empapó la generación anterior, le está naciendo a América, en estos tiempos reales, el hombre real. (88:163-164)

El criollo, el indio, el negro, deberán, igual que los países, romper el aislamiento que los ha apartado; de esa suma provendrá el hombre real, el hispanoamericano futuro, producto superior de esta tierra, exclusivo del Nuevo Mundo. Y vendrá con él un razonar que ya percibe, detrás de la apariencia importada: "Las levitas son todavía de Francia, pero el pensamiento empieza a ser de América". (88:165)

Martí advirtió temprano el papel histórico óptimo que le estaba legado a su continente: la creación. Para que se cumpliera plenamente fue incansable en rechazar las corrientes imitativas que dominaban la sociedad y la cultura de entonces; y fue en esa misión, él mismo, novedoso y primero. La creación debe ser el acto culminante de nuestra cultura: "crear es la palabra de pase de esta generación. El vino, de plátano; y si sale agrio, ¡es nuestro vino!" (88:165). Labor que debe abarcar desde las cosas cotidianas hasta las más altas instituciones: "... si la república no abre los brazos a todos, ¡muere la república!" Es la permanente esperanza de superar lo heredado, de ir más allá de las instituciones creadas por Europa, de implantar en el Nuevo Mundo los dominios de paz y bondad que no se alcanzaban en otros lados. Únicamente en esa dirección era aconsejable que apuntaran todos los grandes esfuerzos de "nuestra América". Y no piensa en términos de ideales lejanos porque su discurso es acción factible y auténtica, imperiosa invocación al trabajo que, cuanto antes se comience, mejor; para así cumplir con la promesa congénita al continente: la unión, la bondad, la acción humanitaria:

*¡Bajarse basta los infelices y alzarlos en los brazos!
¡Con el fuego del corazón desbelar la América coagulada!
¡Echar, bullendo y rebotando por las venas, la sangre natural del país!
En pie, con los ojos alegres de los trabajadores, se saludan de un pueblo a otro, los hombres nuevos americanos. (88:165)*

El autor elude las formas verbales en futuro; prefiere el presente porque en la premura del llamado no quiere dejar tiempo para que se desvanecan los propósitos: les confiere realidad describiéndolos. Y hasta la poesía, que él tanto ayudó a depurar toma en el Nuevo Mundo, por gracia de su pluma, los visos de sencillez que deben corresponderle: "La poesía se corta la melena zorrillesca y cuelga del árbol glorioso el chaleco dorado" (88:165). Cierta que menos de la española, pero mucho de

la presencia francesa quedaba por verse aún en las letras acá. En su gran confianza da por cumplidos hechos que conducían hacia la liberación total. Una amenaza enorme, sin embargo, se ciñe sobre ese futuro-ahora del pensador:

El desdén del vecino formidable, que no la conoce, es el peligro mayor de nuestra América; y urge, porque el día de la visita está próximo; que el vecino la conozca, la conozca pronto, para que no la desdeñe. Por ignorancia llegaría, tal vez, a poner en ella la codicia. Por el respeto, luego que la conociese, sacaría de ella las manos. (88:166)

Martí se muestra como hombre de dos siglos: del suyo, cuando lucha por liberarse de los vicios del pasado, cuando aspira a un futuro: y del que vendría, al enfrentar avanzadas neocolonialistas que llegaban al continente; al buscar una identidad que lo sitúe en el contexto internacional, su voz será descollante en ambos llamados, válida en las dos épocas. Su verbo es profético porque llega más allá de su propio tiempo, expresa más que su situación personal de patriota entregado a una causa que, como sabe, no terminará con las batallas. Su palabra suena a vaticinio y esas frases últimas le confieren ya sentido al pensamiento que van a desarrollar Darío y Rodó: primó la ignorancia, la materia insensible y, por lo tanto, la codicia. Y cuando Hispanoamérica exponga sus capacidades latentes se producirá el necesario balance, el respeto.⁽⁸⁾

No es para Martí, como ocurrirá después, un problema étnico. "No hay odio de razas, porque no hay razas", sostiene reafirmando la categoría universal del hombre. "El alma emana igual y eterna, de los cuerpos diversos en forma y en color. Peca contra la Humanidad el que fomente y propague la oposición y el odio de las razas" (88:167). Mucho se debatía en Hispanoamérica el asunto; sobre todo, después que algunos denunciaban al indio como el gran factor retardatario, empecinado en marcar diferencias entre las jóvenes repúblicas y las viejas naciones de una Europa carente de "salvajes"; entre Estados Unidos que impedía, aislándolos, la unión del blanco con el indio. En un Nuevo Mundo señalado desde el principio por los contactos de sangre, Martí,

(8) L. A. Sánchez comenta el punto, citando un párrafo del escritor: "Estimula Martí el intercambio de informaciones y puntos de vista entre las dos Américas, en vez del aislamiento suicida y la arrogancia pueril, a fin de que de tal suerte se abra el camino de la verdad y, por él, se alcancen metas de entendimiento y cooperación: 'En América hay dos pueblos, y no más que dos, de alma muy diversa por los orígenes, antecedentes y costumbres, y sólo semejantes en la identidad fundamental humana. De un lado está nuestra cuna parecida o igual, e igualmente imperante; del otro lado está la América que no es nuestra, cuya enemistad no es acuerdo viable fomentar, y de la que, con el decoro firme y la sagaz independencia, no es imposible y es útil ser amigo' ". (134:496)

en la amplitud de su pensamiento, no excluye a nadie, ni siquiera al pueblo contra el cual combate, España; su lucha es contra un sistema y no contra un hombre que podrá ser bien superior al sistema que padece. Su dicho antiespañolismo es erróneo, es cierto su anticolonialismo.⁽⁹⁾ La colonia había destruido, sobre todo, al indio, menospreciando el legado ricamente potencial que Martí señala en esas culturas. Es enorme su adhesión por las fuerzas subterráneas del continente; de un modo supratemporal su actividad coincide con la del Inca Garcilaso.⁽¹⁰⁾ Por la fe en su tarea, por la bondad de sus creencias, no desencaminan las biografías martianas que tocan lo hagiográfico. "Pensar es servir", sostiene confirmando el superior carácter utilitario de su arte; sea para renovar la poesía de su gravedad romántica, sea para orientar las ideas confusas de los connacionales, para encauzar la libertad, en fin, para diseñar la Utopía de América.⁽¹¹⁾ Su trágica muerte extendería el lema a "vivir es servir".

-
- (9) Entre otros escritos, en "El manifiesto de Montecristi" queda expresado el pensamiento de Martí con respecto a España —nación en decadencia— pero no necesariamente sus hombres: "En el pecho antillano no hay odio; y el cubano saluda en la muerte al español a quien la crueldad del ejercicio forzoso arrancó de su casa y su terruño para venir a asesinar en pechos de hombres la libertad que él mismo ansía. Más que saludarlo en la muerte, quisiera la revolución acogerlo en vida; y la república será tranquilo hogar para cuantos españoles de trabajo y honor gocen en ella de la libertad y bienes que no han de hallar aún por largo tiempo en la lentitud, desidia, y vicios políticos de la tierra propia". (88:139)
- (10) "Otro ingrediente fundamental del americanismo de Martí es su indigenismo, nacido en México y confirmado en Guatemala. Tiene varias facetas, trascendentales en la obra del escritor y del político. En sus colaboraciones periodísticas de la ciudad de México se conduce sin cesar de la pobreza del indio, de su postración, de sus dolores: 'Y esto —dice— es un pueblo entero; esta es una raza olvidada: esta es la sinventura población indígena de México'. Al lado de los hombres de la Reforma, Martí pide para el indio pan y enseñanza, redención y dignificación profundas... También le dio fe en el indio el pasado maya de Yucatán y de Guatemala, y el arteca de la altiplanicie: tras de ver sus ruinas, y respirar su aire, hizo sobre ellos muchas y continuas lecturas. '¡Qué instituciones tenía Tlaxcala! —escribió— ¡Qué bravos Mayapán! Teotitlán ¡qué escuelas! México ¡qué talleres, plazas y acueductos! Zempoala ¡qué templos! Los Andes ¡qué calzadas! ¡El espíritu de los hombres flota sobre la tierra y se le respira!... Se viene de padres de Valencia y madres de Canarias, y se siente correr por las venas la sangre enardecida de Tamanaco y Paracamoní... La inteligencia americana es un penacho indígena. ¿No se ve cómo del mismo golpe que paralizó al indio, se paralizó a América?...'" (70:97-8)
- (11) "No ha habido en América utopista más convencido que José Martí. Encarna como nadie la utopía de América. Reivindiquemos para él ese generoso concepto de utopista, no como en su época se aplicó por quienes velan en él a un iluso capaz de seducir con sus engañosas fantasías, sino como el ser dispuesto para sentir y vivir en un anhelo constante de perfeccionamiento humano". (84:67)

La voluntad con que emprende sus servicios, con que despliega la infatigable calidad de su acción, es impulsada por la urgencia de un futuro que ya se hacía sentir, que estaba a las puertas de una América cuyo deber es prepararse para recibirlo definitivamente. Martí concluye el ensayo, como muchos de los suyos, invocando a la Esperanza, a las fuerzas que darán al continente lo que la gran promesa sugiere:

Porque ya suena el himno unánime; la generación actual lleva a cuestas, por el camino abonado por los padres sublimes, la América trabajadora; del Bravo a Magallanes, sentado en el lomo del cóndor, regó el Gran Semí, por las naciones románticas del continente y por las islas dolorosas del mar, la semilla de la América nueva.
(88:168)

Al escribir esta página, presente tal vez que iba a ser su sangre otra semilla promisoría como las lanzadas desde la altura. Su acción completó el sentido de sus palabras: con su muerte cada párrafo cobró la dimensión doble de la profecía y la sinceridad.⁽¹²⁾ Los pueblos nuevos que él amaba tienen en su voz los matices de la vieja leyenda, la esperanza original de convertir nuestra América en refugio permanente del bien.

(12) "La importancia del mensaje americanista de José Martí es precisamente que haya sido formulado con optimismo y fe, a partir de lo que existía entonces. En ese sentido, en vísperas del siglo XX, llenó con plenitud su función libertadora al servicio de un continente que en su visión mesiánica —no totalmente desprendida del utopismo de los viejos relatos del descubrimiento, comenzando por el de Colón— José Martí veía como un vergel de la humanidad, como una especie de primavera del mundo. Antes que Rodó... José Martí fue el primero que supo expresar la esperanza de la que era para él una Tierra de Promisión —son sus palabras—; lo que brilla como un sol por encima de la forma liberal e idealista de sus formulaciones es el fondo del mensaje: un ardiente contenido anticolonialista y antiimperialista siempre actual, la defensa apasionada del hombre y de su dignidad como el más precioso capital". (132:25)

8. JOSE ENRIQUE RODO Y EL ESTADO DE LAS ALMAS EN 1900

"A visión profética se asemeja esto". (29:198)

En febrero de 1900 apareció en Montevideo un pequeño libro que iba a conmover el ambiente intelectual hispanoamericano. De autor primerizo y poco conocido, el mensaje de sus palabras quedó resonando, sin embargo, en las mentes de los jóvenes del continente por un par de décadas, a lo menos. Desde algo después de su aparición fue llamado perdurable e inmarcesible. La acogida que se le tributó es todavía un hecho de raro paralelo en la historia de la literatura hispanoamericana.

Por la urgencia del mensaje, por la franqueza de su llamado, por la fe enorme en una latinidad entonces decaída, el libro se consagra en España y en América. Años de conmoción escuchan una palabra que, a pesar de todo, miraba hacia el futuro.⁽¹⁾ La presencia de una amenaza común reactiva los lazos entre la Península y las naciones hispánicas de este lado del Atlántico; el *big stick* se blandía desde Washington tanto a la una como a las otras. El "estado general de los espíritus", si común entre España e Hispanoamérica, particularmente cercano entre los noventaiochistas y los uruguayos del novecientos.⁽²⁾ Presentimientos trágicos se

(1) "Llegaba en una hora muy oportuna este discurso a la juventud de América; el nombre de Rodó corrió por todo el orbe hispánico. Su obra fue leída y reproducida por doquiera; las ediciones (muchas de ellas espontáneas y hasta piratescas) se multiplicaron; su texto fue comentado y, a veces, discutido. Rodó resultó desde entonces y para siempre, el autor de *Ariel*" (125:30). Las cronologías rodonianas son unánimes en sostener el éxito inmediato de *Ariel*. Cfr. (124:36) y (18:39). En carta del 13 de diciembre de 1900, escribe Miguel de Unamuno a Rodó: "Su obra de usted es la más grande a mi conocimiento, que se ha emprendido últimamente en América. Hay que sacudir a los pueblos dormidos y que penetren en sus honduras, que en ellas nos encontramos todos". (124:18)

(2) Zum Felde, que cita la frase de Taine, considera a *Ariel* como la obra más representativa de este período continental, señalando en el libro su capacidad de distinguir el estado emocional de la juventud de entonces, ampliando su vigencia: "...libro destinado a alcanzar la mayor resonancia y significación en el ambiente intelectual de casi toda América Latina; y a asumir,

hacían verdad en la zona del mar Caribe; el gesto heroico de Martí no detuvo a los agresores. Pero el libro encierra otras incitaciones que proyectan su atractivo más allá de la condición histórica inmediata: pretende restablecer en la juventud del continente las fuerzas de una conciencia hispanoamericana con un cometido grandioso, el porvenir. Apela al pasado como origen de su causa y ya en las primeras palabras que el maestro dirige a los discípulos hay mención a la América mitológica y nunca descubierta, aliento vital en la conquista del Nuevo Mundo. Ahora, la "generación humana que marcha al encuentro del futuro" necesita fortificar sus impulsos en antiguas esperanzas, que antes fueron las propias:

Yo os digo con Renán: "La juventud es el descubrimiento de un horizonte inmenso, que es la vida". El descubrimiento que revela las tierras ignoradas necesita completarse con el esfuerzo viril que las sojuzga. Y ningún espectáculo puede imaginarse más propio para captivar a un tiempo el interés del pensador y el entusiasmo del artista, que el que presenta una generación humana que marcha al encuentro del futuro, vibrante con la impaciencia de la acción, alta la frente, en la sonrisa un altanero desdén del desengaño, colmada el alma por dulces y remotos mirajes que derraman en ella misteriosos estímulos, como las visiones de Cipango y El Dorado en las crónicas heroicas de los conquistadores. (124:9)

El clamor por motivar las aspiraciones más altas encerraba también un lamento. Pobre en ideales, no sólo la juventud, la sociedad toda oscilaba hacia el Norte. Ante el avance estadounidense, la América Latina nada podía oponer; indefensa contemplaba el crecimiento de una fuerza imperial cuyas intenciones eran de despojo. *Ariel* es una advertencia contra ese peligro; una exposición de valores superiores a los que pregonaban los beneficios del utilitarismo; un llamado en el momento oportuno, cuando la desconfianza en lo propio se hacía general.⁽³⁾ El

en su hora histórica, y durante largos lustros posteriores, la expresión más representativa de 'el estado general de los espíritus', en todos los países del Continente". (166:290)

- (3) Alberto Zum Felde sintetiza bien el momento histórico que corresponde a los años que vieron la gestación e infancia del libro: "Grave crisis histórica experimenta la conciencia de los países latinoamericanos, al entrar en el nuevo siglo. El ejemplo de los Estados Unidos del Norte, dinámicos y poderosos, donde la energía anglo-sajona había forjado, en la segunda mitad del siglo XIX, el pueblo de mayor empuje de los tiempos modernos, oprime el ánimo de los pensadores y estadistas del continente Sur, llenándolos de desconsuelo y desaliento con respecto a sus propias capacidades y a sus destinos. El contraste entre el enorme desarrollo del Norte y el enorme atraso del Sur, es demasiado grande y terrible. Desde hace ya algunos lustros, sociólogos tan eminentes como Sarmiento, Alberdi y otros, han predicado la necesidad imperiosa de que esta América indohispana adopte las normas

hispanoamericano vio en el ensayo de Rodó un símbolo de su situación histórica: "*Ariel* se convierte, desde el instante mismo de su aparición en la bandera de la resistencia espiritual del idealismo latino frente al utilitarismo (o al practicismo) norteamericano, es el símbolo mismo del latino-americano definido por primera vez" (166:292). Hoy se diría que el ensayista advirtió que el practicismo era la puerta por la cual ingresaría en "nuestra América" una nueva era de dependencia cultural y, sobre todo, económica; Rodó presentía que se acercaba un período neocolonial.

Aceptando como consumado el hecho que Estados Unidos llenaba el vacío de poder dejado por España y, en general, Europa, el hispanoamericano —aún sin mayor conciencia de su situación— sale en defensa de la tradición cultural en la cual se pretendía formado. En la guerra que envuelve a los dos países, toma abierto partido por la madre patria.⁽⁴⁾

Las palabras del diplomático argentino resumen sentimientos generalizados y dejan ver que el problema para el hombre de estas latitudes era uno más inmediato que el que amenazaba a Europa: era aquí donde Estados Unidos ejercía control económico y no hacia el Este. Pero Rodó desconocía los mecanismos del imperialismo comercial y opone a la usurpación económica y militar norteamericana, la cultura tradicional de Europa; acaso por ello habla a veces —y tal vez demasiado a menudo— como si estuviera en París, como en defensa de la hegemonía que el Viejo Mundo había ejercido por siglos. Sin embargo, era un modo sin-

educacionales del coloso anglosajón, sus disciplinas individuales y sociales, su espíritu práctico, como único remedio contra los viejos males heredados de la colonia. Civilizarse es sinónimo de norteamericanizarse; y tanto más, que, no sólo aquí, sino en la misma Europa, se proclama la superioridad de la cultura anglo-sajona sobre la latina, y muchas veces instan a las grandes maestras de la latinidad —a España, a Italia, a Francia— a adoptar esas mismas normas positivas, a anglosajonizarse. El fracaso de la América Latina parece un hecho evidente; y las causas de realidad tan lamentable no parecen ser otras que la mala herencia cultural de estos pueblos.

Es frente a tal depresivo estado de ánimo que aparece *Ariel*, afirmando los valores tradicionales del humanismo renacentista, en oposición a la imperiosa soberanía del utilitarismo anglo-sajón, a la supremacía del progreso técnico, del enriquecimiento, del poderío. Es la ansiada respuesta de esta América, 'que aún habla español' (si bien la otra también a su manera reza a Jesucristo), atrasada, débil, a la potencialidad titánica del Norte; su justificación, su compensación, su desquite". (166:291-2)

- (4) En mayo de 1898 Roque Sáenz Peña pronuncia un discurso en el teatro Victoria de Buenos Aires, que se tituló "Por España". El discurso finaliza con las siguientes palabras: "Los principios de Derecho Público, los mensajes y las doctrinas con que el gabinete de Washington conmueve periódicamente la tranquilidad de las naciones, autorizan esta franca conclusión: ¡La felicidad de los Estados Unidos es la institución más onerosa que pesa sobre el mundo! ¡Que el dios de las naciones os restituya los beneficios de la paz honrosa, única paz que cabe a España, cimentada por el coraje de sus hijos, sobre la honestidad de su causa y el favor de la victoria!". (130:443-4)

cero de hacer y justificar la defensa de Hispanoamérica. El abundante número de citas y referencias en su ensayo de autores franceses, con olvido total de los americanos, deja en claro las fuentes de una educación que era casi típica, aunque no disminuye el alcance de la obra. De ahí que el libro, apoyado por referencias prestigiosas que debían resultar conocidas, se transforma en credo de más de una generación ilustrada. Rodó modificó y adaptó al momento, dándole todo el soporte de la cultura gala, una vieja aspiración continental: la necesidad de recrear la imagen de una Tierra Prometida, en años cuando la latinidad decaía frente a un poder de rango inferior. Resultaba intolerable aceptar derrota frente a quienes no tenían otra aspiración que el dinero, otro Dios que lo utilitario. Era preciso adelantarse a los hechos, como impostergable salir al encuentro del futuro con los mejores estímulos, "como las visiones de Cipango y El Dorado en las crónicas heroicas de los conquistadores". Estímulos que antes lanzaron a lo imposible requeríanse otra vez para un desafío semejante. Los mejores ideales debían contribuir con las causas más justas. Como Martí, Rodó insiste en que esa es la de nuestra América; así *Ariel* es la invitación a transformar anhelos en realidades. Y en eso coincide con Sarmiento.⁽⁵⁾ Rodó no desconocía los libros americanos que omitió discutir en su ensayo. Señala a *Facundo* su carácter de grande y reconoce en la obra una cualidad que sin duda tuvo en mente al escribir su *Ariel*:

La obra de mayor arranque genial que las generaciones del pasado hayan transmitido a las nuestras, en los pueblos del Río de la Plata, es seguramente el Facundo; y el Facundo en el que nosotros reconocemos a la vez el más poderoso esfuerzo aplicado a desentrañar la filosofía de nuestra historia y la más original creación de nuestro arte, era además y ante todo, para los contemporáneos, un panfleto: un panfleto en el que se les concitaba para la obra de regeneración, bajo apariencias de la más admirable literatura. (125:992)

Con el vigor de esa "más admirable literatura" la prosa de Rodó es un clamor lanzado ante los muchos encandilados con el nuevo poder de Estados Unidos, negativa vigorosa para aquellos que creían la solución en la imitación: el libro aspira a frenar la embestida interior y exterior que amenazaba al hispanoamericano. Así lo entendieron los jóvenes que llamaron a Rodó "maestro". De veintiún años de edad Pedro Henríquez Ureña publicó un trabajo laudatorio sobre *Ariel*. Al recibir el

(5) En sus obras se refiere a menudo a Sarmiento, casi siempre con el modificativo de "educador" y mencionándolo con elogio; pero, claro, difiere de su posición con respecto a Estados Unidos. En *Ariel* se pregunta —el lector creyera que pensando en Sarmiento—, sobre la sociedad norteamericana, "¿Es en ella donde hemos de señalar la más aproximada imagen de nuestra 'ciudad perfecta'?" (124:79)

trabajo —aparecido en *Cuba literaria*— Rodó le contesta: "me complace reconocer, entre su espíritu y el mío, más de una íntima afinidad y más de una estrecha simpatía de ideas".⁽⁶⁾ (125:1444)

Producto también de una posición filosófica especialmente atractiva para su generación, superado el positivismo y el naturalismo, Rodó se declara idealista. "Su idealismo, en cuanto expresión filosófica, no procede directamente de idea, como en aquel sentido metafísico, sino de ideal" (8:80). Su idealismo es nuevo, diferente a las corrientes que con ese nombre habían circulado por Europa durante el diecinueve, nada de lo que predominó entre los románticos, porque Rodó dice haber aprendido las lecciones de la Historia. Ahora necesitábase de un idealismo capaz de llegar a fines que antes fueron sólo sueños, con impulsos suficientes como para remodelar la sociedad, como para trazar nuevas líneas en el porvenir continental.⁽⁷⁾ Ante lo imprescindible que resultaba aplacar la amenaza del pragmatismo, *Ariel* se construye exaltando los valores antagónicos a éste; aunque, paradójicamente, con recursos también foráneos. La influencia europea, y especialmente la francesa, llegaba por esos años a su máximo vigor. Momento en que los intelectuales sueñan con ser publicados en París, las doctrinas venidas de Europa gozan de su pres-

(6) Años después, Henríquez Ureña dirá de *Ariel*: "Las palabras de *Ariel* se dijeron en el momento oportuno. El prodigioso desenvolvimiento de los Estados Unidos, seguido de la victoria de 1898, asombrosamente fácil, sobre una nación que seguía nominalmente conservando rango de potencia mundial, había hallado incontables admiradores en los países del sur. Surgió un brote de 'nordomanía'. Y, como la admiración conduce a la imitación, buen número de los admiradores del éxito soñaron con una Sudamérica entregada por entero a empeños 'prácticos', de acuerdo con su interpretación miope del ejemplo dado por la democracia norteamericana. Rodó les puso en guardia contra el remedo a ciegas de una civilización que él veía como magnífico torso, pero no como una estatua terminada, y nos advirtió a todos del peligro de que nuestra reciente prosperidad pudiera llevarnos a un futuro fenicio. Durante muchos años, desde México y las Antillas hasta la Argentina y Chile, todo el mundo leyó y discutió el *Ariel*, y el 'arielismo' sustituyó a la 'nordomanía', cuando menos entre muchos de los jóvenes". (66:183)

(7) Ardao cita el siguiente párrafo de Rodó para ilustrar su preferencia filosófica: "...nuestro idealismo no se parece al idealismo de nuestros abuelos, los espiritualistas y románticos de 1839, los revolucionarios y utopistas de 1848. Se interpone entre ambos caracteres de idealidad, el positivismo de nuestros padres... Somos los neoidealistas..." (8:72). Más adelante Ardao estudia la forma en que la textura ideológica de *Ariel* sirve plenamente para construir a partir de ella una crítica contra los Estados Unidos: "La crítica del utilitarismo, como positivismo práctico, es uno de los asuntos centrales de *Ariel*, donde se particulariza en el enjuiciamiento de los Estados Unidos, 'encarnación del verbo utilitario'. La prédica de Próspero se orienta así a exaltar el ideal desinteresado, a revelar 'la fe en el ideal' a 'devolverle a la vida un sentido ideal'. Pero aquí tampoco, como en el arte, el idealismo ha de importar el sacrificio de la realidad; antes bien, se le ha de tener constantemente en vista, no ya para transfigurarla por la imaginación, sino para mejorarla por la inserción activa de la idealidad en lo real". (8:82)

tigio tradicional y dominan el panorama cultural de entonces. Las ciudades que renuevan su antiguo estilo español, comienzan a construirse según las últimas edificaciones parisienses. La burguesía envía a sus hijos a estudiar a Francia o Suiza y el francés es lengua obligatoria para quien se mueve en altas esferas. Son actitudes que quedaron documentadas en un centenar de novelas y cuentos. Lo transatlántico impera, algo grotescamente, en el ambiente intelectual de principios de siglo. Las palabras de Martí habían sido momentáneamente olvidadas.⁽⁸⁾ Por lo abundante de esa presencia, tiéndese a ver en Rodó motivaciones no americanas, una sujeción desmedida a incitaciones parisienses. La observación es justa pero sólo en el caso de *Ariel*. El resto de sus páginas americanas son sobre los exiliados del rosismo, sobre escritores del acá. No se excede su pluma en la descripción de las glorias pasadas; su prosa, como su pensamiento, es analítica. Lamenta cierta fatiga retardataria y, queriendo su remedio, exhorta a la acción, aviva la escasa confianza en el futuro. Esa es la dimensión más visible de su compromiso histórico.⁽⁹⁾

Aunque parezca ser *Ariel* respuesta a un argumento que ya se debatía en el Viejo Mundo —superioridad e inferioridad de las razas— es, en todo caso, una opinión americana a un problema de Europa que deja como saldo un argumento de valor especialmente emocional a la atribulada juventud hispanoamericana finisecular. El idealismo que Rodó, con prosa altisonante parecida a la de Renán, invita a revitalizar, había tenido sus primeros defensores en la Sorbonne; el hecho no era aislado en nuestra historia ideológica: con mayor o menor necesidad, con mayor o menor grado de suscitación en lo propio, las letras de acá continuaban las tendencias que por diversas causas concluían su rol en el allá.⁽¹⁰⁾ En

(8) "Europa es la gran presencia. Su imperio es absoluto en lo económico, en lo cultural y en lo humano. Europeas son las ideas; nuestra economía depende de las alternativas de sus ciclos y de la intensidad de sus compras; el inmigrante replantea todos los días —en nuestras calles y en nuestros campos— la discusión de su ventaja o desventaja, el debate de las excelencias o peligros de sus respectivas naciones" (121:20). Son palabras de Real de Azúa describiendo lo que él llama "ambiente espiritual del novecientos" en el Uruguay.

(9) Al escribir Rodríguez Monegal sobre el americanismo de Rodó, hace notar que éste no olvida las limitaciones de lo americano y agrega: "Pero esa misma conciencia de los problemas y de las limitaciones originales de la cultura americana no atenúa su confianza en América. Rodó sabía que tras esos defectos se encontraba una fuerza viva a cuyo empleo no quería renunciar. No sentía la comezón iconoclasta de tantos para abolir el pasado y lanzarse a la aventura sin plan; buscaba, por el contrario, la realización cabal de la verdadera aventura americana: la creación de una América original sobre la herencia europea. En esos términos veía el destino de América y el ser americano". (125:107)

(10) Real de Azúa refiriéndose al momento europeo habla de las polémicas generadas luego de la "quiebra del positivismo", en que participaron Brunetiere, Bourget, etc. El primero fue quien lanzó en 1896 el pronóstico sobre el renacimiento del idealismo. Cfr. (121)

el caso de *Ariel*, la necesidad es imperiosa y la suscitación genuina, porque la guerra de posesión iniciada por los Estados Unidos en el Caribe era un peligro diario para el resto del hemisferio; el fin del siglo ponía en la balanza las partes sajona e hispánica del continente, con la comprobación brutal de nuestro estagnamiento. La celebración del cuarto centenario del descubrimiento —en octubre de 1892— mostró unos países dependientes y pobres, inciertos en sus metas, y otro rico, poderoso, tomando posesión militar y económica del trono vacante dejado por los grandes imperios del pasado. El grito rodoniano nace gestado por todas esas fuerzas. No deben otorgársele sus raíces por entero a Europa. La superioridad de los anglosajones era más que un asunto literario para los hispanoamericanos. Y si los europeos debatían el problema —que mucho también temían al gigante yanqui—, doble razón para un intelectual del momento entrar en la lidia. Después de todo, el vínculo cultural con el Viejo Mundo no podía cortarse de la noche a la mañana, y menos cuando se sentía la orfandad que había denunciado Martí. Sobrevalorando la cuestión racial, subestimando lo económico, en fin, el problema ya había tenido expresión estrictamente americana, desde los años mismos de la doctrina Monroe.⁽¹¹⁾

Ariel es más que una protesta: incluye un programa de acción, una vía práctica, aunque en la tensión generada entre ser lenguaje lírico o discurso académico se debilita la fuerza de los planes propuestos; finalmente, es exhortación a las generaciones que vendrán por mantener su compromiso latinoamericano. Son páginas que aspiran —con más sentimientos que razones— a ser mensajeras de la impostergable tarea. No queda en sus palabras todo el carácter convulsionado de la vida continental de entonces: guerras civiles, feudalismo rural, nacimiento doloroso del proletariado urbano. Su mensaje va a una élite que mañana habrá de gobernar. Rodó prefiere el concepto de democracia ligado a la noción

(11) Sarmiento había señalado la disparidad continental como un asunto de razas: en 1883 había escrito: "si se retarda desde Méjico hasta Valdivia y Magallanes el desarrollo de cuanto elemento, ya moral, ya científico, ya industrial abraza la civilización moderna, ¿quedará probado que la raza latina está condenada a ir a la zaga de la sajona, puesto que el otro extremo norte de la América se acelera, en lugar de retardarse, el progreso de la especie humana?" Real de Azúa que ha estudiado el problema con respecto a la generación uruguaya del novecientos, escribe: "Entre 1895 y 1900 aparecieron, casi simultáneamente, varios libros en que se denunciaba o presagiaba la decadencia latina y el triunfo inminente de lo sajón o lo eslavo. El más difundido de ellos fue el de Edmond Desmolins *A quoi tient la supériorité des anglo-saxons?*, de 1897, y traducido en España dos años después. El tema tuvo, desde este lado del Atlántico una modalidad especial. Fue la de la colusión, casi nunca evitada, entre la decadencia de lo español vencido en Cuba en 1898, y la incapacidad de lo mestizo, pronosticada por el racismo arianista, ya entonces actuante. Las dos ideas se ayuntaron para esparcir una alarma que fue intensa y que se acendró con la presencia y la expansión triunfal de la potencia y el modelo estadounidense. El *Ariel* rodoniano se concibió en ese clima". (121:35)

original: los espíritus más altos deben ocupar los lugares donde reside el poder. *Ariel* exige una democracia del espíritu y de la inteligencia y, por lo tanto, rechaza las formas aristocráticas tradicionales:

El carácter odioso de las aristocracias tradicionales se originaba en que ellas eran injustas, por su fundamento, y opresoras, por cuanto su autoridad era una imposición. Hoy sabemos que no existe otro límite legítimo para la igualdad humana que es el que consiste en el dominio de la inteligencia y la virtud, consentido por la libertad de todos. Por otra parte, nuestra concepción cristiana de la vida nos enseña que las superioridades morales, que son un motivo de derechos, son principalmente un motivo de deberes, y que todo espíritu superior se debe a los demás en igual proporción que los excede en capacidad de realizar el bien. (124:63-4)

Así formula una de sus más caras aspiraciones: la supremacía de la inteligencia por sobre el poder del dinero o de la casta; he ahí una tarea política fundamental que cumplir: desplazar del mando a quienes no lo merecían. Tanto la ciencia del gobierno como la ética cristiana justificaban expulsar a los caudillos locales y a sus allegados de los palacios de gobierno, limitar a las grandes familias que controlaban países como haciendas. Era necesario romper la alianza del terrateniente con la Iglesia y encauzar las inquietudes del espíritu hacia otras direcciones. Esta es una exigencia del libro porque esos eran pasos básicos en el camino de una sociedad superior. No se trata de terminar con la democracia, como lo sugería Renán —aquí Rodó le enmienda la plana a su maestro—, sino de superar sus modos usuales, educando a las masas para que comprendieran el sistema y luego lo consagraran.⁽¹²⁾ No debía ser otro el objetivo de la educación en Hispanoamérica. Preparar al pueblo para que haga suyos esos elevados conceptos idealistas que propenden al establecimiento de un mundo mejor, más justo y con vastas proyecciones hacia el futuro. Sus aspiraciones rozan antiguos anhelos de estados supremos; y lo hacen sin delirio porque allí continuaba un continente a la espera.

(12) "Cabe pensar en que progresivamente se encarnen en los sentimientos del pueblo y sus costumbres, la idea de las subordinaciones necesarias, la noción de las superioridades verdaderas, el culto consciente y espontáneo de todo lo que multiplica, a los ojos de la razón, la cifra del valor humano.

La educación popular adquiere, considerada en relación a tal obra, un interés supremo. Es la escuela por cuyas manos procuramos que pase la dura arcilla de las muchedumbres, donde está la primera y más generosa manifestación de la equidad social, que consagra para todos la accesibilidad del saber y de los medios más eficaces de superioridad. Ella debe complementar tan noble cometido, haciendo objetos de una educación preferente y cuidada el sentido del orden, la idea y la voluntad de justicia, el sentimiento de las legítimas autoridades morales". (124:61)

Coincidencias en un pensamiento platónico —a menudo mencionado por el ensayista— que desea reactualizarse en la América Latina sitúan a Rodó en parentesco con los utopistas del Renacimiento. Además, la imagen de Atenas, cumpliendo una función organizativa a lo largo del ensayo, le sirve como otro de los elementos que opone a la nueva cultura del consumo. Ya que le era imposible replicar con algo propio, recurre a la prestigiosa tradición helénica —que ciertamente pertenece mucho más a la latinidad europea que a la de estos lados del Atlántico—. Dilema ideológico expresado por los modernistas como asunto literario más que como tensión vital, cumple en *Ariel* la función de argumento reiterativo.

Dejada la defensa de la tradición cultural del continente en razones que nos concernían indirectamente, nuestros intelectuales se hacen también voceros de Europa, partícipes de su causa. Lo más procedente hubiera sido, en tal enfrentamiento, la fe en la misión del suelo propio, en su destino grandioso aún inconcluso. Los modernistas más profundos no eludieron el dilema; por ello al recurrir a Atenas, Rodó encuentra la alternativa que más conviene al sentido patriótico de su discurso: era el paradigma de un pueblo que vivía su infancia, espíritu del cual emanaría la Grecia apolínea; constituía un ejemplo digno, nunca como el del imperio del Norte, que ignoraba los objetivos no materiales del hombre.⁽¹³⁾ Se venía superando la aspiración sarmientina, no por equívoco en el deseo sino por defectos del modelo; Rodó se dirige a esos "intereses del alma" en torno a los cuales hay que formar unidad. Las grandes coordenadas de la cultura helénica deben entenderse como lección permanente. Recrear su aliento vital en Latinoamérica era entonces más necesario que nunca por la presencia agobiante de los seudovalores que venían del Norte; oponer una formación integral a la especializada y utilitaria que voceaba el éxito mercantil de los Estados Unidos. Pero adversamente, guiado por su fervor esteticista, desmide la admiración, hace tabla rasa de las condiciones políticas y económicas del continente, dejando ver un grado no menor de alienación.⁽¹⁴⁾ Esa clara preferencia genera-

(13) Se aproxima con entusiasmo Rodó a lo griego: "La belleza incomparable de Atenas, lo imperecedero del modelo legado por sus manos de diosa a la admiración y el encanto de la humanidad, nacen de que aquella ciudad de prodigio fundó su concepción de la vida en el concierto de todas las facultades humanas, en la libre y acordada expresión de todas las energías capaces de contribuir a la gloria y al poder de los hombres. Atenas supo a la vez engrandecer el sentido de lo ideal y el de lo real, la razón y el instinto, las fuerzas del espíritu y las del cuerpo. Cinceló las cuatro facetas del alma... Por eso afirma Macaulay que un día en la vida pública del Atica es más brillante programa de enseñanza que los que hoy calculamos para nuestros modernos centros de instrucción". (124:25-6)

(14) Sobre la situación de México al finalizar el siglo diecinueve, escribe Octavio Paz un párrafo que resulta válido igualmente para las otras naciones de Hispanoamérica: "Cortados los lazos con el pasado, imposible el diálogo con los Estados Unidos —que sólo hablaban con nosotros el lengua-

cional por lo extranjero europeo —o incluso por lo asiático— no era privativa de las letras. En los escritores hay tal vez menos desconocimiento de los problemas nacionales, al menos de los más urgentes, que entre el resto de los creadores. De algún modo la distancia con lo circundante, la debilidad ante lo exótico, constituía una de las vertientes del momento —y no la más profunda—. (15)

La imagen del Uruguay —y del continente— que emana de *Ariel*, es algo ajena a la que brota de la crónica; la comparación pone de manifiesto una verdad ineludible; la forma airada de desafiar al "enemigo" era parte de un sueño; el ataque a los Estados Unidos, sorprendente —considerando el lugar y el momento en que fue escrito; pero todo responde a una necesidad vital desde ambas perspectivas: como eco de París y como expresión íntima y patriótica. En la contradicción hay, a pesar suyo, conciencia de las aflicciones, al igual que noción de las respuestas. Pero tanto el participar en la denuncia de los peligros como el crear sus soluciones debía ser misión de la juventud.

Toca al espíritu juvenil la iniciativa audaz, la genialidad innovadora. Quizá universalmente, hoy, la acción y la influencia de la juventud son en la marcha de las sociedades humanas menos efectivas e intensas de lo que debieran ser. Gastón Deschamps lo hacía notar en Francia, hace poco, comentando la iniciación tardía de las jóvenes generaciones en la vida pública y la cultura de aquel pueblo, y la escasa originalidad con que ellas contribuyen al trazado de las ideas dominantes. Mis impresiones del presente de América, en cuanto ellas puedan tener un carácter general, a pesar del doloroso aislamiento en que viven los pueblos que la componen, justificarían acaso una observación parecida. Y sin embargo, yo creo ver expresada en todas partes la necesidad de una activa reve-

je de la fuerza o de los negocios—, inútil la relación con los pueblos de lengua española, encerrados en formas muertas, estábamos reducidos a una imitación unilateral de Francia —que siempre nos ignoró—. ¿Qué nos quedaba? Asfixia y soledad" (117:121). Forzados por una disyuntiva histórica de la imitación, los modernistas desarrollan una literatura única; pero coincidentes con un proceso sociohistórico tormentoso, no abandonan su compromiso ciudadano. Cfr. (51:52-62), donde se observa el modernismo desde ese punto de vista.

- (15) No siempre el problema de los modernistas fue entendido así. Luis Alberto Sánchez condena la tendencia esteticista y escribe: "Credo refinado y formalista, será el compás con el cual medirán los más encontrados hechos, las conductas más antagónicas. Armonía de la forma, la belleza por encima de la verdad, la fealdad por debajo de la maldad; parece que se viviera en pleno apogeo de Atenas y no en América. Pero la realidad era otra. Uruguay vivía turbulentamente, lo cual se revela con fidelidad en algunas novelas de Reyles —*Beba, El Terruño*— en crónicas de Blixen, y en la obra de Javier de Viana y sus continuadores". (133:74)

lación de fuerzas nuevas; yo creo que América necesita grandemente de su juventud. He ahí por qué os hablo. He ahí por qué me interesa extraordinariamente la orientación moral de vuestro espíritu. (124:19-20)

Hay ingenuidad si se quiere al reconocerse la autoridad de lo francés como justificación de sus preocupaciones; pero no hay menor verdad en el argumento que desarrolla el ensayista ni vanales apremios por incluir a la juventud en las labores de reorganización nacional. El modernismo manifestó su compromiso como pudo: si de un modo sumario, no menos luminoso.⁽¹⁶⁾ Por la pasión que lo envolvía, Rodó dejó de ver su medio como era; acaso porque vivió como pocos la urgencia de transfigurarlos. Así y con todo sus deseos no eran extravagantes: esperar mucho del futuro, anhelar un porvenir grandioso, estaba en el sentido histórico de Hispanoamérica.

Porque presente lo propio como mejor —nunca conoció Estados Unidos—, necesita disminuir lo yanqui; así, es capaz de condenarles su educación popular masiva cuando las abismantes cifras de analfabetos eran distintivas de nuestros países, cuando la escuela era posibilidad de minorías. El ataque encierra también una advertencia para aquellos que entonces acogían con entusiasmo las ideas pedagógicas de John Dewey y de William James. Esa "pedagogía pragmática" empezaba a llegar a las Escuelas Normales del continente.⁽¹⁷⁾

Más adelante, se refiere a la vida política norteamericana: le parece igualmente despreciable, amenazados los beneficios originales de la democracia por el poder del dinero. No necesita referirse a los manejos internacionales de Estados Unidos para criticar su política:

(16) Octavio Paz describe el desafío de los modernistas, aludiendo a Rodó: "El alma hispanoamericana es un alma abstraída en esferas que poco o nada tienen que ver con la sociedad humana: soñar, amar y vibrar son palabras que designan a estados estéticos, pasionales y religiosos. Actitud típica de la generación modernista: José Enrique Rodó enfrenta al pragmatismo anglo-americano el idealismo estético latino. Estas definiciones sumarias hoy nos hacen sonreír. Nos parecen superficiales. Y lo son. Pero hay en ellas, a pesar de su ingenuidad y de la presunción retórica con que fueron enunciadas algo que no sospechan los ideólogos modernos. El tema tiene cierta actualidad y de ahí que no parezca enteramente reprochable arriesgarse a una digresión" (116:49). La digresión de Paz sostiene que la intuición de Rodó era básicamente correcta; otra cultura ajena terminaría por acallarnos.

(17) Escribe Rodó —aludiendo claramente a Dewey— sobre la escuela norteamericana: "Sus gloriosos empeños por difundir los beneficios de la educación popular, están inspirados en el noble propósito de comunicar los elementos fundamentales del saber al mayor número; pero no nos revelan que, al mismo tiempo que de ese acrecentamiento extensivo de la educación se preocupe de seleccionarla y elevarla, para auxiliar el esfuerzo de las superioridades que ambicionen erguirse sobre la general mediocridad". (124:84)

Cualquier mediano observador de sus costumbres políticas os hablará de cómo la obsesión del interés utilitario tiende progresivamente a enervar y empequeñecer en los corazones el sentimiento del derecho. El valor cívico, la virtud vieja de los Hámilton, es una hoja de acero que se oxida cada día más olvidada, entre las telarañas de las tradiciones. (124:87)

Aventura luego una frase de conmovedora vigencia: "La influencia política de una plutocracia representada por los todopoderosos aliados de los *trusts*, monopolizadores de la producción y dueños de la vida económica, es, sin duda, uno de los rasgos más mercedores de interés en la actual fisonomía del gran pueblo" (124:88). Tuvo razón en observar como imperfectas esas costumbres cívicas: la debilidad de su acusación se produce por el desencuentro entre lo que es una denuncia justa y la débil percepción del medio propio, más deteriorado todavía. Condena la democracia norteamericana porque no se ejerce en plenitud desde un medio plagado de dictadores —nuestros déspotas ilustrados— ensangrentado por conflictos mezquinos, por intereses de poca monta. El tirano era ya símbolo del gobernante de las llamadas repúblicas hispanoamericanas, "el sentimiento del derecho", nada que preservar del óxido, porque prácticamente acá no existía ese sentimiento. ¿Qué lo lleva a esas afirmaciones —que nos hacen sonreír, como dice Paz—, sino una profunda fe en el destino del pueblo latinoamericano? ¿Qué lo lleva a ver la civilización en pugna con la suya como menor y decadente? ¿Qué, sino su íntima fe en el hombre nuevo que surgirá en nuestra América, que superará con creces esos peligros? En los jóvenes se moldeará un espíritu superior y completo que se dará a la tarea enorme de construir el porvenir que la historia había prometido al continente —y que en esa hora amarga del siglo se veía tan evasivo y distante—. Había que redimir la Utopía americana; la educación del espíritu era un camino para rescatarla; otro, la denuncia del "enemigo avieso". Pertinazmente fiel a la idea —al ideal— de un devenir triunfal, señala el plazo de dos generaciones para completar la obra. "Yo os pido una parte de vuestra alma para la obra del futuro", dice a los jóvenes. Pero iba a ser asunto de más de una o de dos generaciones; iba a ser labor permanente, esperanza y frustración continua. "La energía de vuestra palabra y de vuestro ejemplo puede llegar hasta incorporar las fuerzas vivas del pasado a la obra del futuro" (124:20). Esas incitantes fuerzas vivas del pasado —no se trata acá de una referencia a Grecia sino a la América de los fundadores— serán, como hasta ahora, sostén del tiempo que se aproxima. Impone a los jóvenes el desafío de recrear esas fuerzas; los exhorta "a desarrollar en lo posible, no un solo aspecto, sino la plenitud de vuestro ser" (124:22), porque una personalidad óptima debe guiar a "esta América regenerada" a la posición histórica que en nuevo siglo le correspondía. Esa es la profunda inquietud de *Ariel*; "Rodó plantea en América

nada menos que la cuestión del sentido de la vida".⁽¹⁸⁾ Si desoído, por las razones que fuera, quedaba propuesta una actitud preventiva: conservar inagotablemente la energía de la esperanza. Fuerza motriz de la argumentación del narrador y razón del optimismo y elocuencia de Próspero, que cuenta, no exaltado por el esplendor del presente, sino maravillado por un futuro que divisa en lontananza:

Acaso oiréis decir que no hay un sello propio y definido, por cuya permanencia, por cuya integridad deba pugnarse, en la organización actual de nuestros pueblos. Falta tal vez, en nuestro carácter colectivo, el contorno seguro de la "personalidad". Pero en ausencia de esa índole perfectamente diferenciada y automática, tenemos —los latinoamericanos— una herencia de raza, una gran tradición étnica que mantener, un vínculo sagrado que nos une a inmortales páginas de la historia, confiando a nuestro honor su continuación en lo futuro. (124:72)

Ariel formula una razón de ser en momentos cuando se diluían todas las posibles respuestas en nuevas formas de imitación; el libro rechaza las fuerzas exteriores apoyando en la historia legendaria del continente la mejor respuesta. La lucha entre presente y futuro librada por la inteligencia de entonces calza a la medida con el sistema de pensamiento rodoniano que, según Zum Felde, oscila de acuerdo a una mecánica dialéctica. Resultado de esta antinomia es una solución teórica, llena de buenas intenciones pero flotando arriba, lejos de lo inmediato.⁽¹⁹⁾

Si excesivamente teórico, si algo condescendiente, no menos sincero. En él como en Darío, como luego en Vasconcelos, el optimismo nace de la desesperación. De esa pugna entre la amenaza de convertirnos en mundo pragmático y materialista o la posibilidad de ser depositarios y custodios de la latinidad, exhorta por lo último, por lo prometido a la raza, que acogerá un día al espíritu, "la parte más noble del ser", para que desde la cordillera andina ilumine por siempre a la nueva Tierra Prometida:

Yo suelo embriagarme con el sueño del día en que las cosas reales harán pensar que la Cordillera que se yergue sobre el suelo de América ha sido tallada para ser el

(18) Agrega Vitier a su juicio anterior que "apuntar eso en América era mucho en 1900". (159:119)

(19) "La característica más fundamental y típica de la mentalidad de Rodó —en *Ariel* y en sus libros posteriores— lo que puede ser la clave de su filosofía, es la constante norma de conciliación y equilibrio entre las antinomias, actitud y criterio de lo que resulta su libre posición crítica al margen de todo doctrinarismo exclusivo, de todo sistema hermético, cierta forma de eclecticismo o de síntesis, que le permite conjugar armónicamente los elementos dispares y resolver teóricamente los conflictos". (166:299)

pedestal definitivo de esa estatua (Ariel), para ser el ara inmutable de su veneración. (124:108)

Palabras finales de *Ariel*: proyecto ideal para Hispanoamérica y canto a la Utopía que no iba a realizarse, pero que en las letras defendía sus últimos bastiones. Ideal que prevalece porque con lenguaje y argumentos nuevos contribuye fundamentalmente a una visión de América, a la gran visión de América. Diez años después y ante una sesión plenaria del Congreso chileno que celebraba su primer centenario, el ensayista reitera su fe incommovible, su sentir profundamente optimista y continental: "Cuando América surgió a la vida de la historia, no fue sólo una nueva entidad geográfica lo que apareció a la faz del mundo. Debemos pensar que surgió con ella un nuevo espíritu, un nuevo ideal; el espíritu, el ideal del porvenir". (125:571)

9. RUBEN DARIO, UN CANTO POR ARGENTINA, POR AMERICA

*"Llamé allí a este lugar Jardines,
porque así conforman por el nombre".
(29:178)*

Motivado por inspiración similar a la que condujo a Rodó a escribir sus páginas arielianas y en conocimiento de ellas, Darío publicó en 1905, en España, sus *Cantos de vida y esperanza, Los cisnes y otros poemas*. En el tomo predomina una dirección inusual de su poesía que desde ese momento iba a acentuarse, a perdurar. El primer poema de la colección, es sabido, expresa una renuncia:

*La torre de marfil tentó mi anhelo;
quise encerrarme dentro de mí mismo,
y tuve hambre de espacio y sed de cielo
desde las sombras de mi propio abismo. (38:249)*

Gradualmente el poeta se separa de los temas que lo habían consagrado: "No hay rompimiento con el pasado sino un cambio en la escala de valores" (6:115), según Anderson Imbert. Se aleja también de la poesía intimista; y el espacio y el cielo a que alude la estrofa es el del cosmos exterior, sobre todo el de su América. Es ahora en este libro dedicado a Nicaragua, a la República Argentina, a "J. Enrique Rodó" —en su primera parte— cuando se ve a Darío compartiendo la angustia del Nuevo Mundo; en el libro "mi protesta queda escrita sobre las alas de los inmaculados cisnes...", afirma el poeta en el prólogo. El segundo poema corrobora la renuncia explícita en el primero y aclara la nueva gran orientación de sus versos: la unión hispanoamericana, la adhesión por España, el futuro, la raza, el porvenir libre del continente. "Salutación del optimista" es también el saludo a sus nuevas banderas interiores. Escrito para ser leído en el Ateneo de Madrid, nos revela a un Darío que comienza a recitar como vate, que predice y anuncia el destino deseado por América. En horas de apremio para la hispanidad, para las repúblicas del Caribe en particular, que ven finalizar un período colonial con el peligro de otra potencia colonizadora *ad portas*, Rubén habla y por su palabra hablan millones de hispanoamericanos. Desde la prestigiosa tri-

buna madrileña y con una reputación creadora en las cimas, exhorta a los suyos para que revitalicen el caudal de esperanzas que otrora llevó a empresas que conmovieron al mundo; el poema, como el ensayo de Rodó, muestra esa urgente concepción temporal de que ante un nuevo siglo era preciso una nueva misión:

*Inclitas razas ubérrimas, sangre de Hispania fecunda,
espíritus fraternos, luminosas almas, ¡salve!
Porque llega el momento en que habrán de cantar nuevos
himnos*

*lenguas de gloria. Un vasto rumor llena los ámbitos;
mágicas ondas de vida van renaciendo de pronto;
retrocede el olvido, retrocede engañada la muerte;
se anuncia un reino nuevo, feliz sibila sueña
y en la caja pandórica de que tantas desgracias surgieron
encontramos de súbito, talismánica, pura, riente,
cual pudiera decirlo en sus versos Virgilio divino,
la divina reina de luz, ¡la celeste Esperanza! (38:251)*

Con un entusiasmo cercano al de ciertos pasajes de Rodó, Darío se torna frenético en su expresión, y abandonando el apoyo de los metros, al que tan bien sabía recurrir "cantó la razón de ser de los pueblos que hablan español. Pero ese optimismo era forzado. Nació de la evidencia del propio fracaso —la guerra de 1898—; y por eso aún los hispánicos oímos esa voz deformada por la máscara que el poeta se ha puesto en el rostro triste" (6:119). En su tristeza, sin embargo, el canto de Rubén cobraba el tono de voz de un pastor de pueblos, como el del Próspero rodoniano; el "espíritu alado de Ariel" domina el poema. Alucinación y fantasía en su gestación y escritura, el poema responde a un llamado en lo más íntimo del autor que era igualmente el sentir palpitante de la raza.⁽¹⁾

Concebido para la tribuna, Pedro Salinas enaltece su sentido multitudinario y le otorga la calidad de palabra mayor, capaz de grandes alcances, deseosa de hacerse oír.⁽²⁾ Era —otra vez— el mensaje dicho oportunamente. Demás está insistir en la motivación de Darío y en

(1) "Vargas Vila cuenta cómo escribió Darío, de las dos a las cuatro de la mañana, 'en estado de sonambulismo lúcido', la *Salutación del optimista*, que leyó en el Ateneo de Madrid. Esta oda, así la llamaremos, fue una feliz improvisación... Posiblemente la tenía ya elaborada en su espíritu... Darío tomó la pluma y escribió la salutación. Hacía días que le habían pedido que compusiese una poesía que debía ser leída en el Ateneo. Quizá consciente o inconscientemente fue organizando las ideas en torno del tema que empezaba a adquirir forma en su espíritu". (85:183)

(2) "Darío ha recobrado el antiguo sentido de una poesía cantada a una multitud de hombres que aguardan sus palabras. Por mucha que sea la vastedad de lo hispánico, esparcida por dos mundos, esta voz tiene pujanza suficiente para estremecer hasta sus últimos rincones". (131:233)

la de Rodó, en la repercusión de sus obras. Han pasado apenas cinco años entre una y otra; la situación de Hispanoamérica no variaba. Después de 1903 las cosas empeoraron: Estados Unidos había consolidado la posesión de Panamá, era indisputado su dominio sobre Cuba, Santo Domingo y Puerto Rico. Darío encara a sus hermanos de lengua, como deseando despertarlos del sueño impotente, busca inspirarlos. El poema persigue un tono polémico; asume el lenguaje del desafío: "Se entra ya en lo programático casi, en el precepto de acción, en la poesía estrictamente política" (6:117). Programático y político era también el momento, tanto en España como Hispanoamérica; las celebraciones del primer centenario que se aproximaba formularían sueños en torno a nuevas promesas. La pluma de Rodó les había dado una dimensión simbólica y el "vasto rumor" que "llena los ámbitos" en el poema, no puede ser otro que el que ha levantado *Ariel* entre la juventud del continente. España debe unirse a la tarea para enfrentar la amenaza, para reconquistar aliados la gloria perdida:

*Unanse, brillen, secúndense tantos vigores dispersos;
formen todos un solo haz de energía ecuménica;
Sangre de Hispania fecunda, sólidas, inclitas razas,
muestran los dones pretéritos que fueron antaño su triunfo.
Vuelva el antiguo entusiasmo, vuelva el espíritu ardiente
que regará lenguas de fuego en esa epifanía. (38:252)*

"Los dones pretéritos", "al antiguo entusiasmo", aluden a la empresa original. El tópico tiene vívida importancia: en la confusión del momento le otorgaba un sentido emocional al pasado. Trascendía el recuento de los hechos y hacía a la crónica verter sugerencias no ficticias. Era el desarrollo de una mentalidad que aspiraba —en sus contradicciones— a la libertad; que rehusaba ante el neocolonialismo. Es la temprana conciencia del creador en sociedades marginales de que la Historia lo va dejando atrás. Martí fue el adalid; Rodó sufrió la prepotencia del Progreso; Darío no desoyó el consejo y trató de magnificarlo. Esa iba a ser su nueva poesía, su nueva fuente de inspiración. En España las plumas del noventaiocho que por entonces alcanzaban su madurez no desoyeron la advertencia dariana. Y en el mismo libro, más adelante, el poeta insiste con un espíritu aún mucho más beligerante en la oda "A Roosevelt". Cuando la aparición de *Cantos de vida y esperanza*... la posición política de Darío no ofrece equívocos: sabe perfectamente a quién se refiere y por eso no se excede ni en la acusación, ni en las esperanzas.

*Eres los Estados Unidos,
eres el futuro invasor
de la América ingenua que tiene sangre indígena,
que aún reza a Jesucristo y aún habla en español. (38:260)*

De este filón de su poesía va a nacer el "Canto a la Argentina". Pero olvidando el justificado optimismo, el poeta prefiere el vuelo

encantado del espíritu de Ariel y su optimismo.⁽³⁾ Darío y Rodó representan mejor que nadie el estado anímico de Hispanoamérica. La relación entre ambos se apoyaba en lo esencial; sin el vínculo de un compromiso político —lo que entonces era imposible—, el americanismo que los une es básico: temores y esperanzas comunes, admiración por sus respectivas obras.

Las circunstancias biográficas los alejaron, pero no por ello dejaron de guiar juntos a una juventud que desde temprano los había hecho símbolos de la gesta anticolonial.⁽⁴⁾ El otro gran vínculo: las letras francesas. Sumada esa preferencia a los asuntos del continente, ambos autores —con la presencia omnímoda de Martí— van diseñando lo que iba a ser la literatura de estas tierras por un cuarto de siglo: arielismo, dariísmo, fe en la raza, esperanzas desmesuradas, Utopía.

La enseñanza de Sarmiento quedaba postergada. José Martí había completado un ciclo individual consternante y único dejando el desafío de su obra. En los que le sucedieron falta el compromiso hasta el grado de la inmolación; en ese sentido su figura resulta incomparable, pero la contribución de los otros no es menos sincera.⁽⁵⁾ "Indudablemente, Rubén

(3) El tema de lo americano no es estrictamente nuevo en el Rubén de *Cantos de vida y esperanza*... En 1885, en *Epístolas y poemas*, se prefigura como poeta del Nuevo Mundo:

Y América... ¡oh Dios mío!
si el viejo mundo ya maduro y cano
gozará del fulgor de mi cariño
donde alzaré mi trono soberano
será en el mundo niño. (38:59)

(4) De Rodó sobre Darío se conoce bien el ensayo de 1899 —segundo folleto de la serie *La Vida Nueva*— donde hay tanto reproche como admiración. Darío escribió después, "José Enrique Rodó es el pensador de nuestros tiempos y, para buscar siempre el parangón en el otro plato de la balanza americana, diré que corresponde a Emerson. Es Emerson latino, cuya serenidad viene de Grecia, y cuya oración dominical es la salutación a Palas Atenas, la plegaria ante el Acrópolis. Y advertid que Rodó no es un renano... Su tranquila visión está llena de profundidad". (37:962-3)

(5) Hablando de los escritores finiseculares, ha sido Alejo Carpentier: "... si bien el oblomovismo de la generación del novecientos los alejó de toda contingencia política verdadera, sus hombres fueron, acaso, los que más parecieron preocuparse por el porvenir de América en cuanto continente. No hablemos de los rugidos del puma lírico Santos Chocano, aquel que se jactaba de "poseer el Sur" del Nuevo Mundo en tanto que Walt Whitman "tenía el Norte". No hablemos de la indudable americanidad verbal y poética de un Porfirio Barba Jacob. Evoquemos tan sólo el fiero responso arrojado por Rubén Darío a la cara de Teddy Roosevelt, y la dramática pregunta que lo acompaña: '¿Seremos entregados a los bárbaros fieros? ¿Tantos millones de hombres hablaremos inglés? ... Lo de nuestra América llegó a transformarse —bien lo apuntó cierta vez Alfonso Reyes— en un verdadero 'nuestro americanismo'. Pero ese 'nuestroamericanismo' estaba bastante lejos de la verdad, de la América nuestra de José Martí que, en su nombre, para su defensa y grandeza, había trazado una verdadera ética del hombre americano". (26:78-9)

Darío no es el poeta de América”, escribió Rodó en el famoso opúsculo de 1899; pero Darío iba en camino a serlo. Es al salir del continente que su mirada percibe las posibilidades —y la urgencia— de una poesía más americana. Sus atormentados viajes primeros cobraban un carácter preparatorio. Así, por ejemplo, no es en *Prosas profanas y otros poemas*, su libro bonaerense, donde queda el fervor por esa ciudad y ese país que tanto quiso. Será catorce años después, con motivo de la celebración del centenario de la Argentina, maduro ya su ideal hispano-americanista, cuando el poeta expresa cabalmente su sentir.

Por encargo del diario *La Nación*, de Buenos Aires, escribirá su “Canto a la Argentina” para un número de homenaje aparecido el 25 de mayo de 1910. El contexto ideológico que descifró el poema, era predecible: Argentina, tierra del futuro, nuevo Paraíso, espacio fabuloso de la promesa y la esperanza. El poema finaliza cantando a Hispanoamérica toda, en una ampliación significativa grandiosa. Desde el comienzo se refiere al país como “Granada”, “ubre”, “espiga”; el suelo argentino se irá transformando en una moderna Tierra de Promisión —“Oh tierra abierta al sediento de libertad y de vida”— alternando con tales profecías, un tono mesurado que busca lo cotidiano:

*Te abriste como una granada,
como una ubre te henchiste,
como una espiga te erguiste
a toda raza acongojada,
a toda humanidad triste,
a los errabundos y parias
que bajo nubes contrarias
van en busca del buen trabajo,
del buen comer, del buen dormir,
del techo para descansar,
y ver a los niños reír,
bajo el cual se sueña y bajo
el cual se piensa morir. (38:389)*

Los tópicos clásicos —frecuentados extensamente por Darío— reaparecen en este poema con menciones que recrean la antigua y legendaria imagen del Nuevo Mundo. Los campos deseados, la ribera salvadora, anteceden a la mención infaltable: El Paraíso Terrenal. Relativa también a la imagen original de América, la alusión a la Atlántida platónica, semilla de las utopías renacentistas, confirma la intención del símbolo que Rubén desea para Argentina:

*¡Hay en la tierra una Argentina!
He aquí la región del Dorado,
he aquí el Paraíso Terrestre,
he aquí la aventura esperada,*

*he aquí el Vellochino de Oro,
he aquí Canaán la preñada;
la Atlántida resucitada;
he aquí los campos del Toro
y del Becerro simbólicos;
he aquí el existir que en sueños
miraron los melancólicos,
los clamorosos, los dolientes
poetas y visionarios
que en sus olimpos o calvarios
amaron a todas las gentes. (38:389)*

La erudición helénica y bíblica del poeta y su acentuada solidaridad humanitaria encauzadas hacia la alabanza continental, recreando el ciclo histórico de América con un final que queda en suspenso: abierto hacia el porvenir. La perspectiva lírica de concebir a la Argentina en proceso de llegar a ser, es invariable a lo largo del poema. La tierra espera el cultivo para ceder sus dones a las manos de los hombres. El "Canto a la Argentina" se emparenta de cerca con los dos largos poemas de Andrés Bello, —"Alocución a la poesía" y "La agricultura de la Zona Tórrida"— en un Darío maduro que una vez juzgó la poesía del continente como "...una inacabable oda a la agricultura en la zona tórrida...". El tema desarrollado por Bello iba a perdurar porque su razón de ser era histórica más que puramente literaria.

El éxodo moderno toma lugar hacia el Plata, el hablante omnisciente del poema se atribuye conocimiento de los beneficios abundantes del futuro crisol. Cuanto Sarmiento había deseado se da por presente en el poema y se habla de ferrocarriles, de inmigrantes que ya retribuyen con lo provechoso de sus viejas civilizaciones. Los cataclismos europeos impulsan al traslado y la tierra virginal y pacífica se apresta para la entrega. De ese cruce saldrá la sociedad del futuro:

*Os espera el reino oloroso
al trébol que pisa el ganado,
océano de tierra sagrado
al agricultor laborioso
que rige el timón del arado.
¡La pampa! La estepa sin nieve,
el desierto sin sed cruenta,
en donde benéfico llueve
riego fecundador que aumenta
las demetéricas savias. (38:390)*

La "barbarie" denunciada por Sarmiento se torna en progreso; la pampa, en un vergel. En años de Darío el campo ganaba la importancia económica antes desestimada; el poeta llama a la tierra "pampa fragante", "virgen tierra", "entraña robusta", "mina del oro supremo". Las campiñas brillan de luz; las imágenes rurales son radiantes. "Poema

exterior, poema solar", lo ha llamado Salinas.⁽⁶⁾ Entre sus rasgos estilísticos es notorio el reiterado uso del tiempo verbal futuro. Pero se trata de una especie de futuro actual: canta lo que será como si estuviera sucediendo. La vida de la nación se describe en un mañana-ahora, anunciando promesas a plazo brevísimo:

*Animará la virgen tierra
la sangre de los finos brutos
que da la pecuaria Inglaterra;
irán cargados de tributos
los pesados carros férreos
que arrastran candentes y humeantes
los aulladores elefantes
de locomotoras veloces;
segarán las mieses las hoces
de artefactos casi vivientes;
habrá montañas de simientes;
como en litúrgico aparato,
se herirán miles de testuces
en las hecatombes bobinas;
y junto al bullicio del hato,
semejantes a ondas marinas,
irán las ondas de avestruces.
Pasarán los largos dragones.
Pasarán sus caudas de vagones
por la extensión taciturna . . . (38:394-5)*

El uso verbal mencionado se presenta por todo el poema contribuyendo a conferirle su sentido último porque los versos cantan al porvenir. Particularidad que no es privativa de su estilo: cuando se trató de cantar al Nuevo Mundo —entre los modernistas— aparece en Rodó, en Chocano, en Lugones.

En la obra total de Darío, la Biblia, lo helénico y lo galo parecen disputar primacía entre sus fuentes literarias. En el "Canto a la Argentina", imperan las dos primeras, más tangentes con el motivo del porvenir. Así, reelabora la imagen bíblica de los ríos bajando del Paraíso —que ya había sido aprovechada por Colón— para aplicarla al Plata. Lo compara con aquellos consagrados en las letras universales, tal como antes lo hizo Bernardo de Balbuena. América se iguala con el *allá*: riberas junto a las cuales germinaron pueblos memorables encuentran ahora un par en el Nuevo Mundo:

(6) "Sus versos pelean como el padre teogónico, contra todo lo que ensombrece al mundo, y el poema quiere repetir la fabulosa empresa del sol de limpiar el haz de la tierra de todas las oscuridades. Es una iluminación de lo humano, de sus almas y destinos, paralela a la iluminación que el sol confiere a la naturaleza inanimada cuando llega más alto". (131:246)

*Es la fiesta del Centenario.
El Plata, padre extraordinario,
más que el Tíber y el Sena,
más que del Támesis rubio,
más que del azul Danubio
y que del Ganges indiano,
es el misterioso hermano
del Tigris y Eufrates bíblicos,
pues junto a él han de surgir
los adanes del porvenir. (38:397)*

Mejor que lo europeo, origen de un pueblo joven y superior, la tierra aparece como en momentos de creación: todo será, nada ha sido. El poeta invita a las razas del mundo a la amplitud y riqueza de las llanuras vírgenes para fundar la patria de la humanidad del mañana. Ofrece a los "hombres de las nieves del zar" una región libre; a las "dulces Rebecas de ojos francos", con sus Rubenes y Benjamines, una encontrada Sión; a los "hombres de Emilia y los del agro romano", un "nuevo hechizo, otras estrellas"; a los "hombres de España poliforme", "la fragante campaña / en donde crear otra España". Luego llama a los helvéticos "hijos de la astral Francia", a los "vástagos de hunos y godos" . . . "He aquí el país de la armonía / el campo abierto a la energía / de todos los hombres. ¡Llegad!" (38:393). En la voz del poeta el país se agiganta, centuplica sus posibilidades, traspasa lo nacional, se torna símbolo.⁽⁷⁾ La pluralidad de religiones y la libertad total de credos, rasgos clásicos de la Utopía, encuentran también su mención cuando el poeta toca los cultos:

*Para dar las gracias a Dios
guarda la ciudad liberal
las naves de su catedral.
Y se verán construidos los
muros de las iglesias todas,
todas igualmente benditas,
las sinagogas, las mezquitas,
las capillas y las pagodas.
Y en la floración eclesiástica,
los que buscan luz en la sombra,
por la media luna o la suástica,
o por la tora, o por la cruz,
irán al Dios que no se nombra
y hallarán en la sombra luz. (38:398)*

(7) "La Argentina es, sobre todo, una capacidad. Tierra capaz de nutrir a los suyos, y a los ajenos, que en ella se arraiguen y se hagan suyos por vínculos de amor. Tierra capaz de absorber tierras y terrícolas de cualquier parte. Tierra capaz, sobre todo, en el tiempo". (131:251)

“Verán”, “irán”, “hallarán”: obsesión por el porvenir, anuncio tímido de lo que empezaba a suceder. Son las esencias rodonianas de “una generación humana que marcha al encuentro del futuro, vibrante con la impaciencia de la acción”. Darío se hace ahora el poeta de esa generación. En el año del primer centenario aspirase a superar las debilidades del pasado; y el pasado sólo se acepta como raíz idealizada de las nuevas fuerzas. Los viajes de los castellanos, la colonización y conquista deben ser ejemplos permanentes de empresas de valor y recuerdo vivo de la pertenencia a una tradición:

*¡Saludemos las sombras épicas
de los hispanos capitanes,
de los orgullosos virreyes,
de América en los huracanes
águilas bravas de las gestas
o gerifaltes de los reyes;
duros pechos, barbadas testas
y fina espada de Toledo;
capellán, soldado sin miedo,
don Nuño, don Pedro, don Gil,
crucifijo, cogulla, estola,
marinero, alcalde, alguacil,
tricornio, casaca y pistola,
y la vieja vida española! (38:400)*

En el poema, las atractivas fuerzas de la historia continental ganan una segunda magnitud: afinidad, simpatía por España, adhesión a su causa más allá de las vicisitudes del 98.⁽⁸⁾ “Águilas bravas”, “gerifaltes de los reyes”, el poeta (“alondra de luz”) entre el “águila norteamericana” y el “cóndor hispanoamericano” se levanta a la altura cimera del espacio y del tiempo para organizar su canto, para iniciar su vuelo: “¡Argentina! el cantor ha oteado / desde la alta región, tu futuro”. La perspectiva cenital hace posible una visión supratemporal, ilimitada.

Los héroes de la Independencia, de las guerras gauchas, los conquistadores, reciben el saludo del poeta. Conjunto ha sido el esfuerzo de crear la floreciente nación. “Soldados todos, héroes mil consagrados / centauros de fábula cierta”. La historia del Nuevo Mundo entre lo real

(8) De más está extenderse en un punto como Darío y España. No es afecto el del poeta, es un cariño acendrado, profundo. Recuérdese poemas como “Al rey Oscar”, en *Cantos de vida y esperanza*. En *Historia de mis libros*, escribió Rubén un breve párrafo definitivo: “Español de América y americano de España canté, eligiendo como instrumento el hexámetro griego y latino, mi confianza y mi fe en el renacimiento de la vieja Hispania, en el propio solar y del otro lado del Océano, en el coro de naciones que hacen contrapeso en la balanza continental a la fuerte y osada raza del norte”. (36:217)

y lo fabuloso; pero fábula que caída en la oscuridad de esas malas horas finiseculares necesitaba más que nunca revitalizar sus impulsos y leyendas. La concepción del pasado en el poeta es plurinacional: el vínculo era la historia común.⁽⁹⁾ Aun soslayando la obra, su biografía bastaría para comprobar su panamericanismo, el deseo de no pertenecer únicamente a Nicaragua; su espíritu está abierto a todos los vientos, es cosmopolita, como su formación, sus gustos.⁽¹⁰⁾ No era difícil, pues, que el "Canto a la Argentina", a medida que el poema se desarrolla, supere lo nacional y se expanda por el continente. Esta vez no se lanza contra los Estados Unidos ni se reconoce inferior; conciliatorio —como lo había sido en otras ocasiones— se refiere a las dos Américas:

*¡Gloria a América prepotente!
Su alto destino se siente
por la continental balanza
que tiene por fiel el istmo:
los dos platos del continente
ponen su caudal de esperanza
ante el gran Dios sobre el abismo. (38:401)*

Contrapesa la balanza entre el norte y el sur para que la raza hispánica no caiga, para que la civilización latinoamericana se salve, para que tantos millones de hombres no terminemos hablando inglés, como él lo temió. He aquí uno de sus grandes compromisos como ciudadano de estas

(9) Pedro Salinas entiende de otro modo el afecto de Darío por el pasado de Hispanoamérica: "¿De dónde podrían venir a Rubén esos llamamientos secretos de unos hombres del pasado, que misteriosamente le ofrecían lo que ellos fueron, para que él lo fuese, imaginariamente, a su lado, de nuevo y como otro de ellos? Sin duda, no había en la historia de su patria, de Nicaragua, la suficiente fuerza impulsora para animarle a la poesía de tono histórico. Pero otra forma de la patria, más extensiva, lo americano, lo indígena en su fabulosa unidad de mundo continental precolombino, le hacía señas desde su secreta vida, apenas entrevista". (131:219-20)

(10) La idea, algo contradictoria, de un cosmopolitismo generado por la prosperidad del continente, es desarrollada, entre otros, por W. Delgado, cuando se trata de la poesía de Darío. "América Latina parecía haber encontrado su destino, parecía entrar, —para decirlo con palabras actuales— en la etapa del 'despegue'; se creía que las riquezas disponibles eran —como su territorio— variadas, inmensas, inagotables; que si el presente se mostraba halagüeño el porvenir sería brillante y América se convertiría en el emporio de la humanidad. Junto a la riqueza material —o, más propiamente, a causa de ella— hay en esta época el ansia secreta de crear una paralela riqueza espiritual. No se trata de un ideal explícito, pero así como América se cree llamada a convertirse en el emporio de la humanidad, asimismo se siente en trance de crear una gran cultura. Las corrientes inmigracionistas favorecen además la idea de que esta nueva cultura debe ser universal, y estar dirigida a los hombres de todas las razas, de todas las latitudes; en este momento nace Rubén Darío, esta es la savia nutricia de su poesía, y la explica en gran parte". (39:49)

repúblicas y como poeta. Mucha de su poesía posterior a 1905 responde a esas preguntas angustiadas que el poeta se formula en "Los cisnes": "¿Seremos entregados a los bárbaros fieros?... ¿Callaremos ahora para llorar después?" Con las limitaciones que se le quiera atribuir, la palabra de Rubén Darío no estuvo ausente.⁽¹¹⁾ Responde al desafío que era para él —según Paz— cultural. Así también lo había establecido Rodó. O acaso el mismo Rubén, que había hablado del conflicto de Ariel versus Calibán con anterioridad al pensador uruguayo.⁽¹²⁾

Pero todo el compromiso y toda la esperanza, literarios al fin, poco trascendieron las nobles páginas donde quedaron impresos. Ante la falta de alternativas se depusieron los espíritus belicosos; el poeta se encarga de recordar que estas son tierras de paz y que, como en toda Utopía, las armas cumplirán sólo una función defensiva:

*El industrioso ciudadano
el ramo de olivo venere;
que tenga sus armas listas,
no para inhumanas conquistas,*

(11) En la época en que se aplicaba la política del "big stick" a América Latina, dice Paz: "Darío toma la palabra. Su antiimperialismo no se nutre de los temas del radicalismo político. No ve en los Estados Unidos la encarnación del capitalismo ni concibe el drama hispanoamericano como un choque de intereses económicos y sociales. Lo decisivo es el conflicto entre civilizaciones distintas y en diferentes períodos históricos: los Estados Unidos son la avanzada más joven y agresiva de una corriente —nórdica, protestante y pragmática— en pleno ascenso; nuestros pueblos, herederos de dos antiguas civilizaciones, atraviesan por un ocaso. Darío no cierra los ojos ante la grandeza angloamericana —admiraba a Poe, Whitman y Emerson— pero se niega a aceptar que esa civilización sea superior a la nuestra". (116:48)

(12) Escribe Germán Arciniegas: "La imagen original de Calibán no es de Rodó sino de Darío, o más exactamente de un brujo francés ya olvidado, Josephin Péladan, de los teósofos Rosa Cruz. Péladan tuvo por aquellos tiempos una cierta resonancia, y Darío lo leía con particular devoción... Péladan fue quien acuñó la frase, y llamó a los yanquis Calibanes '¿Tuvo razón —escribe Darío en su artículo sobre Poe—, tuvo razón el raro de Sar (Péladan) al llamar así a estos hombres de América del Norte? Calibán reina en la isla de Manhattan, en San Francisco, en Boston, en Washington, en todo el país. Ha conseguido establecer el imperio de la materia desde su estado misterioso con Edison, hasta la apoteosis del puerco en esa abrumadora ciudad de Chicago. Calibán se satura de whisky, como en el drama de Shakespeare de vino; se desarrolla y crece; y sin ser esclavo de ningún Próspero, ni martirizado por ningún genio del aire, engorda y se multiplica; su nombre es Legión...'. Todo esto lo publicó Darío en Buenos Aires en 1893. Siete años después, Rodó, cuya admiración hacia Darío acababa de expresarse en el prólogo de *Prosas Profanas*, toma la imagen esbozada en los párrafos que quedan transcritos y la desenvuelve trasladando la figura de Ariel al espíritu de la América francesa y latina que exalta su libro. Así, nacida de un nuevo espiritista, brotó esa literatura de alta política continental que por un cuarto de siglo dominó en toda América". (7:316)

*mas para defender su tierra
donde por la patria se muere,
¡Guerra, pues, tan sólo a la guerra! (38:411-2)*

En los versos siguientes y ya casi finales, como primer cierre del poema, y desde su perspectiva aérea, el hablante lírico hace un recuento de las grandes naciones y ciudades de antaño. Concluye reconociendo que ninguna de ellas ha logrado —o logrará— lo que esta Argentina, porque, siendo incompatible con el pasado, su único territorio es el futuro. La mirada del poeta recorre otra vez la historia universal: “Y vio en lo inmortal del pasado / las metrópolis reinas que fueron”: Persépolis, Tiro, Babilonia, Atenas, “y a la que, domadora del mundo / siendo Lupa indomable, fue Roma”. “Y cien más capitales...”. Hasta que pasando al Nuevo Mundo encuentra el Sol argentino:

*Y el poeta miró un astro eterno
sobre ruinas y tierras y mares
que alumbraba con su claridad
nuevos cultos, cultura y gobierno,
y a su brillo quedó deslumbrado:
era el astro de la Libertad.*

*Argentinos, la inmortal estrella
a vosotros simbólica es Sol;
las naciones son grandes por ella;
lo sabía el abuelo español. (38:412-3)*

Si la causa del poema es la de Hispanoamérica, el afecto particular del poeta es por Argentina. Circunstancias biográficas aclaran su admiración por ese país y, de las muchas palabras laudatorias que le dedicó, hay varias coincidentes con el tono del poema: “entre los acontecimientos que la historia ha de señalar de modo principal en los principios del siglo XX, está el surgir ante el mundo de la nueva y gloriosa nación”.⁽¹³⁾ Pero podría afirmarse con poco riesgo, que así también amó al resto de su América. Su actividad en el terreno de la acción fue menor si se la compara con Rodó; mínima si se la opone a la de Martí. Pero concordantes todos en lo esencial, en sus obras quedó el desgarró del momento y la pasión estimulante de sus ideales. Cuando Darío se aparta de la poesía íntima, asume la tribuna del aedo; desde ahí, sobre todo, viene la

(13) Capdevila cita este pasaje como proveniente de *Prosa política*. Cfr. (22:122). En un tono más sincero, cuenta en la esclarecedora *Historia de mis libros*: “Asqueado y espantado de la vida social y política en que mantuviera a mi país original un lamentable estado de civilización embrionaria, no mejor en tierras vecinas, fue para mí un magnífico refugio la República Argentina, en cuya capital... había una tradición intelectual y un medio más favorable al desenvolvimiento de mis facultades estéticas” (36:211). Los años bonaerenses del poeta han quedado estudiados con detalle por Emilio Carilla. Cfr. (24)

voz de su generación, ingenua y optimista, pero sincera; débil, tal vez, como sostiene Paz:

¿Vio la miseria de nuestra gente, olió la sangre de los mataderos que llamamos guerras civiles? Tal vez quiso abarcar demasiado: el pasado precolombino, España, el presente abyecto, el futuro radioso. Olvidó o no quiso ver la otra mitad: las oligarquías, la opresión, ese paisaje de huesos, cruces rotas y uniformes manchados que es la historia latinoamericana. Tuvo entusiasmo; le faltó indignación. (116:55)

En sus versos ese entusiasmo reanimó antiguas ideas, se hizo fundamentalmente hispanoamericano: alentó una fuerza vital de nuestra tierra. Cuando fue la ocasión, diseñó la Utopía en el corazón de su América; cuando no lo fue, su poesía revivió el gran compromiso con el porvenir; "¡Oh tierras de sol y de armonía, / aún guarda la Esperanza la caja de Pandora!" No se inclina por las preferencias naturalistas que acaso le hubieran facilitado un examen crítico de ese "presente abyecto", de la "otra mitad"; su terreno es la imaginación, la gran fantasía.⁽¹⁴⁾ Fantasía especialmente conmovedora cuando hace de la suerte de las naciones hispánicas una gran materia poética. Y única, cuando canta a su América como tierra del porvenir, como la gran Utopía que vendrá.⁽¹⁵⁾

(14) Así lo reconocerá él mismo: "En *El fardo* triunfa la entonces en auge escuela naturalista. Acababa de conocer algunas obras de Zolá, y el reflejo fue inmediato; mas no correspondiendo tal modo a mi temperamento ni a mi fantasía, no volví a incurrir en tales desvíos". (36:207)

(15) Pareceres críticos en torno al "Canto a la Argentina" coinciden en señalar la Utopía como aspiración última del decir del hablante lírico. "Las olas como de mar que se suceden en el poema vienen a cantar a la Argentina. La Argentina es la playa. Pero esas olas cantan en realidad los grandes temas optimistas: la humanidad, la paz, el orden, el progreso, el trabajo, el liberalismo, la utopía" (6:265). Similar a esta conclusión de Anderson-Imbert es la de Rodríguez Fernández: "América —ya hemos dicho que Argentina significa aquí Nuevo Mundo, tierra americana— aparece como un espacio mágico en el que la Utopía, el mito y los sueños proféticos se convierten en realidad" (126:106). "País en futuro, que nada niega a su porvenir. Esta nota es quizá la más vibrante en el poema, la Argentina tierra auroral, alba de América y de todos, que engendrará los hombres del porvenir, y cuyo suelo dará el trigo para las hostias, es decir, las comunicaciones del mañana. ¿Y no es todo esto pura utopía realizada? (131-250). La pregunta de Pedro Salinas, retórica, responde bien al sentido presente del poema. Su sentido futuro, todavía futuro para nosotros mismos, sintetizado en unas frases de Torres Bodet: "Sea el poema augurio. Y confiemos en que el hombre solitario y hastiado —de alcohol y gloria— cuando habló del progreso argentino en 1910, vaticinó igualmente el futuro continental. Un futuro que dependerá de nosotros, si logramos asegurar con nuestro trabajo —y nuestra entereza— no sólo 'la confraternidad de canciones', de que él hablaba, sino 'la confraternidad de destinos', que es nuestro anhelo". (146:229)

10. JOSE VASCONCELOS Y LA GRAN RAZA DEL PORVENIR

"Era cosa de maravilla ver aquellos valles y los rios buenas aguas, y las tierras para pan, para ganados de todas suertes... y para todas las cosas del mundo que el hombre sepa pedir". (29:91)

El gesto de Martí, los versos de Darío, la prosa de Rodó conmovieron a la juventud de Hispanoamérica. Si algunos de sus seguidores escogieron lo menos sustancioso de esa poesía, de esos ensayos —princesas, cisnes, helenismo, talismanes—, otros recogen el pensamiento más profundo como mandato. Sobresale el Ateneo de la Juventud, en México, cuyos miembros contribuyeron a prolongar las palabras de preocupación y esperanza.

Pedro Henríquez Ureña, Antonio Caso, Alfonso Reyes, José Vasconcelos, entre otros, forjaban, afinadamente, otra imagen superior de América. En 1925 —y en la Argentina— hablando a un público de maestros y estudiantes en la Universidad de La Plata, Henríquez Ureña, diseminador infatigable de los grandes anhelos, "dominicano de América", recordaba:

Si el espíritu ha triunfado en nuestra América, sobre la barbarie interior, no cabe temer que lo rinda la barbarie de afuera. No nos deslumbre el poder ajeno: el poder es siempre efímero. Ensanchemos el campo espiritual: demos el alfabeto a todos los hombres, para trabajar en bien de todos; esforcémonos por acercarnos a la justicia social y a la libertad verdadera; avancemos, en fin, hacia nuestra utopía. (67:54)

Repetían esos jóvenes, por todo el continente, la palabra del pensador uruguayo Tomaba lugar un proceso de asimilación y perfeccionamiento de su legado intelectual. Volviendo a las fuentes, la juventud arielista estudia Grecia, Roma, el Siglo de Oro, lo más relevante de las letras europeas y, sobre todo, la historia de su propia cultura. Desde una reflexión más detenida, desde un diálogo menos apasionado, el Ate-

neo de la Juventud levanta nuevas lanzas en pos del arielismo. ¿Qué mejor dirección espiritual podía seguir México en años de reconstrucción que la propuesta en *Ariel*?

La crisis mundial fractura para el hispanoamericano la imagen venerada de Europa. Imperfecta ya por el colapso de la guerra, se opaca la presencia ejemplar que antes tuvo. El hombre de este continente, ansioso siempre de un ejemplo, vaga desorientado, de nuevo sin posición con respecto a la historia contemporánea.⁽¹⁾ Siente, acentuadas, las necesidades introspectivas. Con motivo de la VII Conferencia Internacional Americana, en 1933, Alfonso Reyes, reconociendo el desencuentro entre situación presente y anhelos, vuelve a repetir la pregunta de Henríquez Ureña y es coincidente en la respuesta.⁽²⁾

El decenio del veinte está marcado por las ansias de autoanálisis, de optimismo juvenil estimulado por la pluma de Rodó, por los versos de Darío difundidos ampliamente por los periódicos en todo el continente. Sin abandonar las esperanzas, hay una actitud más crítica, que mide mejor los defectos propios y los del adversario. La narrativa de esta década tiene, como nunca antes, declaradas intenciones analíticas; asoma una interpretación interior del hispanoamericano. La novela señala, además, la madurez del género en nuestra literatura; coincide con las intenciones interpretativas de la ensayística.

Lúcido exegeta de su cultura, Henríquez Ureña deja un libro clave de aquellos años: *Seis ensayos en busca de nuestra expresión*, aparecido en 1928. "El descontento y la promesa", titula el autor el trabajo introductorio, apuntando a la dialéctica inevitable que venían diseñando las antagónicas fuerzas de la cultura hispanoamericana: frente al fracaso, la esperanza. Pero, se pregunta, "¿venceremos el descontento que provoca tantas rebeliones sucesivas? ¿Cumpliremos la ambiciosa promesa?"⁽³⁾

(1) Continuaba Henríquez Ureña en la misma conferencia: "¿Cuál sería, pues, nuestro papel en estas cosas? Devolverle a la utopía sus caracteres plenamente humanos y espirituales, esforzarnos porque el intento de reforma social y justicia económica no sea el límite de las aspiraciones... Dentro de nuestra utopía el hombre llegará a ser plenamente humano, dejando atrás los estorbos de la absurda organización económica en que estamos prisioneros y el lastre de los prejuicios morales y sociales que ahogan a la vida espontánea; a ser, a través del franco ejercicio de la inteligencia y de la sensibilidad, el hombre libre, abierto a los cuatro vientos del espíritu". (67:57)

(2) "Vivimos muy por debajo de nuestra esperanza. Pero, contestaba Rodó, hay un orgulloso '¡No importa!' que surge del fondo de la vida. El destino de América está en seguir amparando los intentos por el mejoramiento humano, y en seguir sirviendo de teatro a las aventuras del bien. O este es el sentido del americanismo (esfuerzo para armonizar un continente, en servicio de la humanidad) o esta Conferencia no podría reconocerle ninguno". (122:73)

(3) Henríquez Ureña continúa inmediatamente su argumento: "Apenas salimos de la espesa nube colonial al sol quemante de la independencia, sacudimos

Promisorias todas las circunstancias históricas que nos vieron nacer y, sin embargo, perduraba una energía contraria a las aspiraciones originales. En las letras el descontento se hace desafío; la promesa, catarsis. En Colón mismo quedó trazada la fórmula: las islas que ha encontrado no eran el Cipango dorado ni Catay la fabulosa, ¡pero podían ser tanto más! Poco después aparecen las sugerencias de los humanistas, pero la Corona prefería sus instituciones viejas y no nuevas. El siglo XIX es todo un largo proceso preparatorio que pospone sus planes en el afán de mejorarlos, en la imposibilidad de cumplirlos. Llega el siglo XX. Las palabras se hacen más elocuentes que nunca, los peligros, más claros; no por eso la esperanza y la fe en el porvenir decaen: "en cada generación se renueva desde hace cien años, el descontento y la promesa". dice el ensayista. El asunto era antiguo; nervio central de nuestra historia literaria, buena parte de su existencia ha girado en torno a ese círculo.⁽⁴⁾

Esta generación indaga la profundidad de la vertiente, tanto en la literatura como en la historia. América no provenía de un descubrimiento, sino de una invención, y en sus letras había señas nítidas de ese origen. Alfonso Reyes advierte en ciertos rasgos del paisaje exótico del Nuevo Mundo, la simiente que maduraba en el símbolo utopista:

A diferencia del exotismo oriental, que fue puramente pintoresco o estético, este exotismo americano lleva una intención política y moral; es decir, que la literatura quiere comprobar, con el espectáculo de América, una imagen propuesta a priori: la Edad de Oro de los antiguos, el estado de inocencia natural, sin querer darse por entendida de lo que había de herético en esta noción.
(122:58)

Si no ortodoxo, el concepto era bien oportuno porque describía una forma de hacer literatura, clarificaba su misión. "Los filósofos (Erasmus, Moro, Rabelais, Montaigne, Bacon) piden al Nuevo Mundo —concluye Reyes— un estímulo para el perfeccionamiento político de los pueblos. Tal es la verdadera tradición del continente en la que hay el deber de insistir" (122:58). Los jóvenes del Ateneo juzgaban inteligentemente su pasado, y con mayor sentido crítico, con análisis más detenidos; con todo, no

el espíritu de timidez y declaramos señorío sobre el futuro. Mundo virgen, libertad recién nacida, repúblicas en fermento, ardorosamente consagradas a la inmortal utopía: aquí habían de crearse nuevas artes, poesía nueva. Nuestras tierras, nuestra vida libre, pedían su expresión". (68:241)

- (4) Henríquez Ureña define esa tendencia llamándola "del Nuevo Mundo". "Existe otro americanismo que evita al indígena, y evita al criollismo pintoresco, y evita el puente intermedio de la era colonial, lugar de cita para muchos antes y después de Ricardo Palma: su precepto único es ceñirse siempre al Nuevo Mundo en los temas, así en la poesía como en la novela y el drama, así en la crítica como en la historia". (68:249)

abandonan la idea del porvenir grandioso. De ese grupo emanó una voz incomparable, desafiante, frenética: José Vasconcelos. Queda su obra como una muestra de apasionado fervor iberoamericanista, brotado en momentos en que varios autores —hoy clásicos— hacen de sus obras sólidas indagaciones. *La raza cósmica* se propone igualmente reencontrar "la verdadera tradición del Continente". Por entonces la novela enfoca al hispanoamericano, aunque su escalpelo fue más bien al rol del hombre en la pampa, en la sabana, en la selva, que al sentido histórico de protagonistas y paisajes. El término "mondonovista", aplicado para caracterizar la prosa del decenio, dice bien de la dirección que el género buscaba: señalar que la situación de ser en el Nuevo Mundo era de algún modo diferente a la existencia en Europa. En la poesía, un canto lírico doloroso, desprovisto de influencias obvias, libre y profundo, se oye en algún poeta de México, de Perú, de Chile. El positivismo vive sus últimas horas y los ideales, a pesar del análisis más realista que los hechos imponían, buscan su acomodo. De ahí que Vasconcelos introduzca su teoría denunciando al positivismo convertido en dogma. Acosado por la molestia que le causa una producción de escritos que, atenidos sólo a la limitación del documento, desdeñan toda interpretación, Vasconcelos se lanza al campo de la teoría, de la hipótesis. Su revisión de la historia continental —por no decir mundial, según se lo propuso—, lo lleva a situar la cuestión fundamental en el futuro; la conclusión era inevitable: presenta a su América, Indoamérica, como región del futuro, Tierra de Utopía, cuna del hombre del porvenir. Nada metafóricamente, "hombre del porvenir" significa el producto de la nueva raza, mezcla de la latina y la indígena: la raza cósmica. En su teoría, linajes y escuelas filosóficas están ligados; según su opinión el positivismo es creación de los ingleses, con una concepción del mundo anglosajona. Venerarlo acá es un sinsentido. La raza indoamericana, imaginativa y creadora, debe buscarse un lente propio para su introspección. Cualquier intento de interpretar la historia desde allá nace errado.⁽⁵⁾

La frase "hipótesis trascendental" define la intención última del libro; se desarrolla una intuición sobre el mañana de Iberoamérica que los datos técnicos no han revelado. Mayor urgencia aún en esta generación por delinear el porvenir; mayor la angustia que iniciada con el siglo no veía alivio. Los intereses de Estados Unidos y de las oligarquías

(5) "La historia empírica, enferma de miopía, se pierde en el detalle, pero no acierta a determinar un solo antecedente de los tiempos históricos. Huye de las conclusiones generales, de las hipótesis trascendentales, pero cae en la puerilidad de la descripción de los utensilios y de los índices cefálicos... Sólo un salto del espíritu, nutrido de datos, podrá darnos una visión que nos levante por encima de la microideología del especialista. Sondeamos entonces en el conjunto de los sucesos para descubrir en ellos una dirección, un ritmo y un propósito. Y justamente allí donde nada descubre el analista, el sintetizador y el creador se iluminan". Ensayemos, pues, explicaciones, no con fantasía de novelista, pero sí con una intuición que se apoya en los datos de la historia y la ciencia". (151:3)

locales nos ponían cada vez más lejos del sueño de Bolívar. Vasconcelos confirmaba la vitalidad y alcance de las palabras de Martí, Rodó y Darío en el continente. Consumados ya los hechos que trajeron las victorias militares del noventaiocho, invulnerable en sus desplazamientos por el Caribe y hasta por el mismo México, Estados Unidos usurpaba el destino de Hispanoamérica, ponía en crisis nuestro bien máspreciado.⁽⁶⁾

Sentimientos de desafío, de autocompasión, de esperanza, se mezclan en esta generación. Epoca de descontento iba a formular, por ello mismo, su promesa:

Atravesamos épocas de desaliento, seguimos perdiendo, no sólo en la soberanía geográfica, sino también en poderío moral. Lejos de sentirnos unidos frente al desastre, la voluntad se nos dispersa en pequeños y vanos fines. La derrota nos ha traído la confusión de los valores y los conceptos; la diplomacia de los vencedores nos engaña después de vencernos; el comercio nos conquista con sus pequeñas ventajas. Despojados de la antigua grandeza, nos ufanamos de un patriotismo exclusivamente nacional, y ni siquiera advertimos los peligros que amenazan a nuestra raza en conjunto. Nos negamos los unos a los otros. (151:5-6)

El lamento por la pérdida de "la antigua grandeza" era —ahora más grande que antes— estímulo para reactualizar todo lo que de grande, física y espiritualmente, poseía nuestra raza y el espacio que nos tocaba habitar. Herederos de la antigua Atlante, la situación presente de Hispanoamérica, desde ese punto de vista, resultaba inexplicable. Peor ahora que para Darío y Rodó: la guerra mundial dañó frontalmente el paradigma que era el Viejo Mundo. El latinoamericano, incansable en su búsqueda de ejemplos que seguir, vacila entre la "nordomanía" y el vacío. Otra vez pasaba el minuto definitivo para una Iberoamérica cuya presencia en nada influía el desarrollo de los acontecimientos que iban moldeando la contemporaneidad.⁽⁷⁾ En ese momento de pesadumbre la palabra de Vas-

(6) En octubre del veintidós José Vasconcelos recibe un homenaje ofrecido por un grupo de escritores argentinos, en Buenos Aires. José Ingenieros dijo en esa ocasión: "El peligro de Estados Unidos no proviene de su inferioridad sino de su superioridad; es temible porque es grande, rico y emprendedor. Lo que nos interesa es saber si hay posibilidad de equilibrar su poderío, en la medida necesaria para salvar nuestra independencia política y la soberanía de nuestras nacionalidades. La hora nos parece grave. Ha llegado el momento de resolver si debemos dar un ¡no! decisivo al panamericanismo y a la doctrina de Monroe, que al desprenderse de su primitiva ambigüedad se nos presentan hoy como instrumentos de engaño esgrimidos por el partido imperialista que sirve en el gobierno los intereses del capitalismo". (73:150)

(7) Que la hora es tardía ya para incorporarse entre los grandes es preocupación dolorosa en esta generación; analizando la situación de las letras en su

concelos se hace oír, centuplicando las posibilidades futuras, encontrando en las sangres de su continente el crisol de la raza del porvenir. "Nuestra América corre sin brújula en el turbio mar de la humanidad contemporánea; y no siempre ha sido así", exclamaba Henríquez Ureña; Vasconcelos trae una dirección; pero, en el fervor de su compromiso por la causa, excede sus entusiasmos. Poco pesimista, afirma que el momento aún es oportuno:

... ahora que se inicia una nueva fase de la Historia, se hace necesario construir nuestra ideología y organizar conforme a una nueva doctrina étnica toda nuestra vida continental. Comencemos entonces haciendo vida propia y ciencia propia. Si no se liberta primero el espíritu, jamás lograremos redimir la materia. (151:33-4)

En el sentido total del libro, la presencia de Rodó es indiscutible; en la presentación formal, el discurso de *La raza cósmica*, personal, tribunicio, semeja bastante al de Próspero. En *Ariel* un narrador pasivo, que habla desde la cátedra; en Vasconcelos, un hombre de acción, un viajero que se desplaza desde un punto hacia otro desconocido apuntando sus observaciones y experiencias. Precede a las "Notas de viaje" un prólogo: "Origen y objeto del continente". Ahí queda esbozada su teoría; el resto del libro es la confirmación empírica de sus intuiciones, su campo de experimento.

Se trata de un viaje al Brasil: Río de Janeiro, Sao Paulo, Santos y otros lugares próximos. Luego la Argentina, Buenos Aires, las cataratas del Iguazú y regreso a la capital. El viaje del cual provienen esas "notas" lo realizó Vasconcelos enviado en misión de su país. La crónica comparte descripción de lugares, anécdotas, impresiones visuales con la reflexión, con ideas que nacen de su asombro de fino espectador. No era el primero —ya lo sabemos— para quien el ser físico de América va revelándose durante un recorrido por su suelo. La belleza del medio desencadena la admiración. Así mismo, la prosa abandona la descripción y se hace profecía, canto lírico. Su contemplación es, primero, la de un esteta; luego, la de un pensador y, en tercer lugar, la de un hombre de acción. Las dos primeras se conjugan: el esplendor supera lo visto: conduce a la meditación. A veces, el éxtasis se impone e impera el silencio.⁽⁸⁾ No se

intento de alcanzar a sus pares europeas, Henríquez Ureña se pregunta: "¿No llegaremos tarde? ¿El hombre del futuro seguirá interesándose en la creación artística y literaria, en la perfecta expresión de los anhelos superiores del espíritu?" (68:251). En rigor, la pregunta resultaba extensiva a la situación total de nuestras posibilidades expresivas.

- (8) Este algo exagerado esteticismo, caro a los modernistas y "practicado" entre otros por . . . Darío y Rodó, dio pie a una presunción descabellada: Iberoamérica, tierra de estetas. Por sobre lo bello nada; ingenua aspiración que construyó paraísos artificiales de verso y prosa frente a la realidad desconcertante y

deja conmover por lo ya dicho, espíritu atento a las sensaciones físicas. La sublimidad de algunos paisajes anuncia que algo grande espera detrás de tanta belleza; lo material se trasciende sin perder su "realidad". Ni Versailles soñadas ni duquesas sonrientes, ni lagos con cisnes negros —nunca vistos—, sino el atardecer en una playa de Santos, la madrugada desde el Pan de Azúcar, una caída de aguas torrenciales en el interior argentino.⁽⁹⁾ El medio americano suscita lo sublime, lo casi divino, su presencia supera cualquier arte:

Sin recordar cosa alguna, sin pensar en nada, entramos en el ambiente, nos permeamos en él, nos inundamos con su deleite de armonías. Nos sentimos como los magos creadores de la luz. La Divinidad misma nos contagia con su obra. (151:78)

No lejos está la mención del Paraíso Terrenal. Como le sucedió a Colón le ocurre a Vasconcelos: el paisaje los doblega, les impone su naturaleza semisimbólica. Al contemplar un pequeño pueblo brasileiro, el ambiente comunica algo de paradisiaco: "Abajo, la tierra poblada y fértil, enriquecida de construcciones claras, semeja un Paraíso construido por la especie, después de mucho vagar inútil y doloroso por los sitios ingratos del planeta" (151:57). Para el Almirante la geografía era todavía incierta, por ello alienta la fantasía. En Vasconcelos es limitada y conocida, pero su palabra es igualmente alegórica. Un sentido fundamental de la literatura hispanoamericana se encierra en las frases del maestro mexicano, antiguo como el continente; fundamental para su generación, núcleo ideológico de su obra. De nuevo se le da al porvenir el matiz del momento: la raza. En el conflicto de anglo-sajones, latinos y arios tercia con la gran energía de la esperanza la raza que recién nace, la indoamericana; cósmica porque su rol será universal: "Hasta la fecha, la vida ha recibido su carácter de las potencias bajas del hombre; la quinta raza será el fruto de las potencias superiores" (151:24). Fusión de varias, con las potencias totales del espíritu, la raza indoamericana regirá mañana el mundo:

nada edénica de la Hispanoamérica finisecular. No pasó de ser una preferencia débil del modernismo, aunque mucho haya servido para caracterizar al movimiento; deja sus rastros en la prosa de Vasconcelos, por fortuna ligeros.

- (9) A modo de ejemplo de la intensidad y fuerza de tales contemplaciones, este párrafo: "... más lejos está un puente, después siguen esteros y un camino estrecho a lo largo del mar, serpenteando entre las selvas, que hierven de insectos y moscos. Al regreso suspende el aliento la vista de la ciudad de rojos tejados, de blancos palacios adosados a la selva inmensa, bajo el cielo azul, y limitados por el verde del mar. La soledad y la belleza nos embriagan. No resuena ningún son; la música se ha cumplido en el ambiente y en las formas; su ritmo callado satisface el corazón; solo quisiéramos que el instante no huyese, que el mundo entero se quedase suspenso". (151:77)

El objeto del continente nuevo y antiguo es mucho más importante. Su predestinación obedece al designio de constituir la cuna de una raza quinta en la que se fundirán todos los pueblos, para reemplazar a las cuatro que aisladamente ha venido forjando la Historia. En el suelo de América hallará término la dispersión, allí se consumará la unidad por el triunfo del amor fecundo y la superación de todas las stirpes. (151:15)

Tamaña misión encargaba ahora a los hispanoamericanos uno de sus pensadores. La singular venida del continente a la Historia continuaba gestándose ilusiones. Vasconcelos aminora los inconvenientes y se apresura a señalar que antes habrá caído ya Estados Unidos, amenaza hasta de nuestras ilusiones y, entonces, por la potencialidad de sus simientes, la nueva raza dejará a los pueblos en la posición que se merecen:

Cómo deben reír de nuestros desplantes y vanidades latinos estos fuertes constructores de imperios. Ellos no tienen en la mente el lastre ciceroniano de la fraseología, ni en la sangre los instintos contradictorios de la mezcla de razas disímiles; pero cometieron el pecado de destruir esas razas, en tanto que nosotros las asimilamos, y esto nos da derechos nuevos y esperanzas de una misión sin precedente en la Historia. (151:14)

El espíritu alado de Ariel concernía menos ya al glorioso futuro de Hispanoamérica. Era ahora la corriente profunda y mixta de sangres brotadas de encuentro único. La asimilación de razas —que años después dirá Carpentier, es el gran papel histórico del Nuevo Mundo— parecía algo más científico que la hipótesis de Rodó. Pero la ilusión superaba toda ciencia y el argumento carecía siempre de su prueba específica. El libro, en lo genérico, es un ensayo al modo original, no se aproxima al tratado técnico y por ello se adscribe a la línea de nuestra gran literatura utopista.

Vasconcelos representa un cambio total ante las doctrinas formuladas por Sarmiento. La situación venía cambiando desde Montalvo y, especialmente, González Prada. El indio que antes fue condenado se transforma en potencial de energía. Son años en que se descubre la savia interior del continente.⁽¹⁰⁾ José Mariátegui, en el Perú, coincide en años, aspiraciones e iras y temores con el publicista mexicano; y sus *Siete ensayos . . .*, otro libro clave del período, es un juicio implacable sobre el pasado. Martínez Estrada, en la Argentina, poco después, deja una protesta amarga

(10) Una enumeración rápida de ensayos anteriores al apogeo modernista, permite una lista rica de escritos reivindicativos del natural americano: "Indios", de Montalvo; "El cholo", de Hostos; "Nuestros indios", de González Prada; "Mi raza", de Martí, para mencionar los más conocidos.

en su *Radiografía de la pampa*. Vasconcelos, sobre todo, es el gran futurista de la generación.

El rechazo manifiesto contra Estados Unidos se transforma en tema constante del libro, sutil o directamente. La reiterada mención de ese país cumple una función estilística: sirve de elemento comparativo con Iberoamérica, con descrédito evidente para el Norte. Si Sarmiento había cultivado el credo de "seamos Estados Unidos", Vasconcelos insiste —como Martí en su hora— en el "no seamos Estados Unidos". Mientras más conoce su América mejor comprende que nada hay que imitar ni temer de la otra, porque raza, naturaleza e incluso costumbres, eran superiores las de acá; el libro perfila así uno de sus rasgos más agudos y otro desafío literario se lanza contra el Imperio desde el corazón de Hispanoamérica, como venía siendo tradición. La historia les daba ciertamente razón para estar a la defensiva, desafiantes. Su reto se concentra en un "que dominen el presente porque el futuro no les pertenece"⁽¹¹⁾ Indoamérica será la Tierra del Porvenir. En el trópico surgirá la nueva gran metrópoli, capital del continente y del mundo. Y frente a la imprecisión que otros han tenido para situar la zona del mañana, él es explícito:

Supuesta, pues, la conquista del trópico por medio de los recursos científicos, resulta que vendrá un período en el cual la Humanidad entera se establecerá en las regiones cálidas del planeta. La tierra de promisión estará entonces en la zona que hoy comprende el Brasil entero, más Colombia. Venezuela, Ecuador, parte del Perú, parte de Bolivia y la región superior de la Argentina. (151:22)

Zonas donde antes se buscaron Manoa y El Dorado, donde León Pinelo había supuesto el Paraíso Terrenal. El padre José de Acosta —el más 'científico' de los historiadores de Indias— osó mencionar reinos ri-

(11) Vasconcelos es un narrador detallista. Este rasgo, tanto como la reflexión no descriptiva, aplica para mostrar los defectos de la civilización norteamericana. Van aquí dos pasajes a modo de ejemplos. Primero en Brasil: "Varias veces escuchamos lecciones de Geografía y de Historia, y quizás en ninguna parte del mundo podría encontrarse, en una clase de escuela primaria, un sentido más universal, una comprensión más libre de prejuicios. Las lecciones versaban sobre el mundo, sin empujarse con la estrechez del nacionalismo exaltado. Una clase de geografía en una primaria norteamericana es, en primer lugar, una clase de Estados Unidos; después se habla del planeta como si no fuera más que un accesorio de la patria nacional" (151:92). Otro ejemplo más incidental: "En Nueva York el 'icecream' se toma de pie o empinado en los mostradores horizontales, que aunque sean de mármol parecen pesebres, y a darse prisa, porque detrás está una cola de gente que espera. Buenos Aires no copiará esta forma de barbarie; las gratas mesas de sus cafés invitan a la charla humana, y en sus calles se puede 'estar'. No nos atropella la corriente de los desesperados que pasan llenos de vida exterior, pero con la mente vacía". (151:158-9)

quísimos y desconocidos en aquellas vastedades. La tradición utopista impregna el texto de Vasconcelos y por mucha fe que ponga en la ciencia de las razas, doblega sus pretensiones objetivistas. Esa Tierra de Promisión, con sede en las riberas del Amazonas, será la morada permanente del amor y la belleza, de los valores supremos, nación de la raza cósmica:

El mundo futuro será de quien conquiste la región amazónica. Cerca del gran río se levantará Universópolis y de allí saldrán las predicaciones, las escuadras y los aviones de propaganda de buenas nuevas. Si el Amazonas se hiciese inglés, la metrópolis del mundo ya no se llamaría Universópolis sino Anglotown, y las armadas guerreras saldrían de allí para imponer en los otros continentes la ley severa del predominio del blanco de cabellos rubios y el exterminio de sus rivales oscuros. En cambio, si la quinta raza se adueña del eje del mundo futuro, entonces aviones y ejércitos irán por todo el planeta, educando a las gentes para su ingreso a la sabiduría. La vida fundada en el amor llegará en formas de belleza. (151:22-3)

Aspiraciones de esteta, de señor, pero sobre todo, de hispanoamericano desgarrado por la angustia de la postergación. No es sólo el dolor de sentirse marginado del mundo occidental: es la tenacidad invencible por establecer instituciones perfectas.⁽¹²⁾ Se impone otra vez la "capacidad de futuro", según el enunciado de Pedro Salinas. Punto de apoyo para las más de las teorías sobre el devenir continental. Tema permanente que adquiere en Vasconcelos visos nuevos; por ejemplo, al saber que en cierta región de Brasil se instalan industrias de hierro, porque en la zona abunda, el autor reflexiona y dice:

En el futuro, el hierro, el carbón, la máquina, irán del Brasil hacia el mundo. Lo que Inglaterra ha hecho en pequeño, el Brasil lo hará en grande. Y no siendo la brasileña una cultura isleña, sino continental, abarcará mejor el planeta, y tendrá base para un imperio más grande que todos los que han sido. (151:73-4)

¿Qué argumento científico lo sustenta en tales deducciones? Su base es sólo legendaria; su único apoyo está en la tradición ideológica del

(12) "Quizá nadie, sino él, merece justamente el calificativo de profeta de América. Quien lea las obras mencionadas (se refiere B. Navarro a *La raza cósmica* y a *Indología*), sentirá en todo instante que alienta en ellas el espíritu profético; América, para Vasconcelos, no ha sido ni es, sino será, y lo que en ella ha existido y existe, no tiene sentido sino por lo que existirá y será. Vasconcelos no habla de la verdadera América sino en tiempo futuro, y lo más valioso de su pensamiento no está en la historia que hace del pasado ni en la experiencia que tiene del presente sino en la visión que forja del porvenir". (104:271)

continente. Deseos de superar a Europa aparecen desde poco después del "descubrimiento". Presentes en la colonia con sus notas renacentistas, en los años de la independencia encuentran vía hacia la práctica; lo vimos en Sarmiento al hablar de Rivadavia. Después decae, se toman esperanzas. En Vasconcelos el canto se hace ditirambo, delirio: "Todos los signos son favorables y ojalá que así sea. Verán entonces los hombres el primer caso de una gran civilización, que no se ha fundado en la conquista y la sangre sino en la fraternidad, el trabajo y la luz" (151:137). De la Argentina, como del Brasil, como del resto de América tiene no menores esperanzas:

... del Iguazú han de salir como dos o tres Buenos Aires y además un poderoso imperio. El Iguazú es como la Argentina futura; el nervio vital de la América Latina y el centro propulsor de una civilización que no tiene precedente en la Historia. (151:193)

Pero, temporalmente, ¿dónde cabían estas grandes realizaciones? Se encuentran todas en un porvenir nada cercano. El presente difería de las expectativas de un modo tan drástico, que el autor no es ciego a esa cara más triste del continente. La "otra" Iberoamérica, la mayoritaria, la pobre, la no soñada, asoma en sus páginas con diferente función narrativa: pone de manifiesto el desagrado del hablante frente a los dueños del dinero.⁽¹³⁾ Y un amplio número de obras narrativas del período le hubieran prestado más datos —y más patéticos— que, a pesar de ser ficción de novelas o cuentos, no tenían menos correlato con lo cotidiano. Aquí aparece una raíz muy personal de su poco afecto por Europa: Si el Viejo Mundo habla legado virtudes, también legó defectos; pero se sabrán superar, afirma, y en la gran adhesión por su América llega a exclamar: "Desde aquí se siente que Europa es ya provincia..."⁽¹⁴⁾ Su confianza le

(13) En su visita por el interior argentino ve la lacra del latifundio con sus procedimientos de esclavitud disfrazada: "En una abertura del bosque, los gulas se detienen para examinar una huella que termina en la orilla del agua: es de jaball, atestigua alguno, de jaball que baja a beber; pero examinada de cerca resulta ser de montero; los hombres del campo nos cuentan la historia ordinaria: el peón quiere irse, pero el patrón le inventa deudas para tenerle esclavo; un día el trabajador, desesperado, recurre a la fuga; entonces se echa en su seguimiento todo un cuerpo de guardianes, perros de caza y fusilería, que tira el bulto hasta que cae el desventurado, vivo o muerto, en poder de sus perseguidores. Los propietarios de las fincas, mientras tanto, están en Buenos Aires, jugando en el Club o apostando a las carreras en el Hipódromo: una parte de lo que les sobra la dan en sedas a jovencitas pobres que aprenden francés y se visten como en París para divertirlos; en cambio cazan a un hombre por una deuda, efectiva o falsa, de medio peso". (151:211)

(14) Su reticencia contra Europa muestra el deseo, de una total emancipación cultural. Ante el presidente de Brasil, Vasconcelos pronuncia un discurso con motivo del día nacional de México y en el momento de hacer entrega

hace prescindir del Viejo Mundo, menospreciar algunos de sus hábitos tradicionales. La raza nueva que propone por fusión de la corriente blanca con la indígena es un desafío —y un gesto de desprecio— a la tendencia del colonizador europeo, de antes y del momento, y a sus hábitos segregacionistas. Así, hasta éticamente resultaba superior Iberoamérica: en sangre, en tierra y en espíritu. Por todas esas razones debería ser el vergel de la nueva humanidad.

En el fervor de sus páginas renace el clamor de esperanza, el sueño realizado: ve desde un alto cómo en el valle se presenta silencioso el Paraíso en la forma de una aldea campesina, tan llena de belleza y divinidad, tan grandiosa que semeja la forma en que Colón vio antes, en las aguas del golfo de Paria, el abrazo con el mar de los cuatro ríos que bajaban del Paraíso Adánico, o la majestuosa ciudad que describe Bernardo de Balbuena. La promesa seguía en la literatura adecuándose a cada época para mantenerse viva. José Vasconcelos perfila sus contornos y, multiplicando esperanzas, suma sus páginas a las ilustres que, soñando siempre con un mañana glorioso, le habían precedido.

al pueblo brasileño de una estatua de Cuauhtémoc, aclara: "El discurso explicaba lo que el héroe Cuauhtémoc, representa en nuestra historia y la intención que nos guiaba de ofrendarle como símbolo de la independencia verdadera, ya no sólo política, sino también moral. Insistí, a este respecto, en la necesidad de buscar el desarrollo de los rasgos autóctonos de nuestro temperamento para realizar una civilización que ya no fuera copia no más de lo europeo: una emancipación espiritual como corolario de la emancipación política". (151:128-9)

11. LOS PASOS PERDIDOS: VIAJE AL INTERIOR DEL NUEVO MUNDO

"Y si de allí del Paraíso no sale, parece aún mayor maravilla, porque no creo que se sepa en el mundo de río tan grande y tan fondo". (29:184)

La novela *Los pasos perdidos* es también, de otro modo, un libro de viajes. El narrador personal y anónimo remonta las aguas de un gran río sudamericano hacia el interior del continente. Origen, desarrollo y culminación del trayecto constituyen la materia del relato. Al final, apoteosis del Nuevo Mundo en confrontación con las fuerzas denigrantes del *allá*.

Al igual que en *La raza cósmica* la mención a la empresa de los conquistadores es frecuente; al principio, como fuente de inspiración, más tarde como símbolo apropiado para representar a un pueblo capaz de repetir su historia. Vasconcelos escribió que "la gente que está formando la América hispánica... puede todavía repetir las proezas de los conquistadores castellanos y portugueses" (151:39). La novela de Carpentier confirmará tal juicio elaborando con él la conclusión de una teoría sobre el sentido de la cultura occidental en Latinoamérica. Si Vasconcelos presente en la selva cierta identificación con aquellos que siglos antes explotaron esos paisajes ("...caminamos por una soledad tan completa que se tiene la impresión de los descubridores...") (151:205), esa relación cobra un significado definitivo en la novela porque los más de sus personajes provienen como calcados de las crónicas, actuando en las mismas tierras, repitiendo sus hazañas. Mientras Vasconcelos recorre el continente con la visión de un futurista, el protagonista de Carpentier vive la presencia del pasado, la reversibilidad del tiempo. Espesuras intocadas, siempre vírgenes —"inacabable monotonía de lo verde cerrado"—, causan en el narrador de *Los pasos perdidos* un sentimiento similar al expresado por Vasconcelos: "Somos conquistadores que vamos en busca del Reino de Manoa". Pero Manoa no es únicamente una ciudad de oro: es una quimera. Y el cruzar la selva, por la pristinidad del medio, por la vigencia de ciertos valores olvidados, más que aventura, es una especie de viaje de purificación, un encuentro con lo esencial. En todo contri-

buye el paisaje para ese propósito porque ha sabido imponerse al tiempo; permanece el Nuevo Mundo como un escenario siempre actual de grandes gestas.⁽¹⁾ A ambos el interior de América les revela un secreto: en Vasconcelos la contemplación del contorno motiva una teoría del porvenir; en Carpentier, una manera de concebir su desarrollo histórico, de precisar el papel de su arte. "Real-maravilloso-americano" es el nombre de la sugestiva teoría que propone como existentes en el Nuevo Mundo contenidos que en Europa eran productos del gabinete, sobre todo, del surrealista.⁽²⁾ Resultado de reflexiones cercanas, ambas obras varían en sus conclusiones pero en el detalle se aproximan notoriamente. En *Los pasos perdidos* no hay profecía sobre el continente; queda en la conciencia individual de su protagonista la reflexión sobre Hispanoamérica. En *La raza cósmica* no se busca el reino de Manoa: sólo interesa el pasado en función del futuro, se anda en reconocimiento de los territorios que habrá de ocupar el pueblo del porvenir, mezcla de blanco e indio, cruce del protagonista carpenteriano con Rosario, su compañera criolla.

En cierto modo la lúcida teoría de Alejo Carpentier quedaba enunciada en las páginas de Vasconcelos, y de algún otro de su generación.⁽³⁾ Más de una vez, por ejemplo, el viajero mexicano se pregunta si aquellas

(1) Vasconcelos intuyó esa verdad; Carpentier —en su protagonista—, la comprueba. Escribe el primero en un pasaje de su ensayo: "Ahora no hay más que el desierto intacto, tal como lo encontraron los españoles, en los días de la exploración y la conquista" (151:200). En la novela el personaje va leyendo de una crónica colonial: "Embarcamos hoy, al alba, y he pasado largas horas mirando a las riberas, sin apartar mucho la vista de la relación de Fray Servando de Castillejos, que trajo sus sandalias aquí hace tres siglos. La añeja prosa sigue válida. Donde el autor señalaba una piedra con perfil de saurio, erguida en la orilla derecha, he visto la piedra con perfil de saurio erguida en la orilla derecha. Donde el cronista se asombraba ante la presencia de árboles gigantes, he visto árboles gigantes, hijos de aquéllos, nacidos en el mismo lugar, habitados por los mismos pájaros, fulminados por los mismos rayos". (25:116-7)

Fray Servando de Castillejos es un nombre ficticio. A quien lee el protagonista en ese momento es el padre José Gumilla, autor de *El Orinoco ilustrado. Historia natural, civil y geográfica de este gran río*. Libro aparecido en dos volúmenes en Madrid en 1745. Cfr. (140:35-6)

(2) Primero en el Prólogo de *El reino de este mundo* (1949), y luego como uno de los ensayos de *Tientos y diferencias* (1964), ampliamente, "De lo real maravilloso americano" es lección fundamental en la literatura de Hispanoamérica. Sustancialmente queda definida allí la separación del autor del movimiento surrealista francés en el cual participó, y su adhesión por una forma narrativa que fuera americana en los detalles, con textos y símbolos.

(3) En el Proemio de *El pueblo maravilloso*, novela aparecida en París en 1927, Francisco Contreras teoriza, aunque bien de paso, sobre lo maravilloso y su rol en la narrativa de Hispanoamérica. Carpentier conoció sus escritos y esta novela, y pagó su tributo al escritor chileno en una nota necrológica aparecida en el *Mercurio de France*, donde por años Contreras ejerció la crítica literaria. Cfr. (103)

maravillas que contempla son reales, como se lo preguntará después Carpentier dando una respuesta apropiada que le autoriza a desechar las prefabricadas.⁽⁴⁾ Con todo, no son ajenas a la novela esas instancias de silencio impuesto por presencias conmovedoras:

Hay monolitos parados en el borde de las cimas, agujas, signos, hendeduras que respiran sus nieblas; peñascos rugosos, que son como coágulos de lava —meteoritas acaso—, caídas de otro planeta. No hablamos. Nos sentimos sobrecogidos ante el fausto de las magnas obras . . .”.

Lo virginal del medio hace recordar el instante mismo de la creación, el apartamiento de las aguas, cuando la tierra comienza a ser: idea central en la estructura de la novela, aparece también incluida en unas líneas de Vasconcelos, cuando en el interior de la selva observa el caos original de las formas estimulado por el espectáculo rugiente de una enorme catarata.⁽⁵⁾ Tierra adánica, encierra la capacidad de lo portentoso y el germen mismo de la Utopía.

Para el habitante de Grandes Civilizaciones todo acá es novedad; para el artista, desafío: “Aquí los temas del arte fantástico eran cosas de tres dimensiones; se les palpaba; se les vivía. No eran arquitecturas imaginarias, ni piezas de baratillo poético . . .” (26:124). Regiones aún por descubrirse, en su anacronismo desconciertan a quien, como el protagonista, conoce la Historia por fechas; y abismado éste por la revelación de una cronología tan particular siente que de ahora en adelante todo será nuevo, como si su calendario, de pronto, también empezara a con-

(4) Como se hizo notar, la descripción de Vasconcelos es eminentemente emocional, lírica. En Carpentier hay análisis, teorización de cuanto se percibe: de modo que en el primero, si no se trata del futuro, lo demás queda a modo de impresión, de observación pasajera. Al respecto de lo maravilloso existente en el paisaje americano, escribe Vasconcelos: “Embarga emoción tan fuerte, que no producimos ninguna exclamación; el espectáculo impone silencio; algo como un instinto nos precave de que una voz cualquiera interrumpiría, disiparía el éxtasis. Vamos, pues, como sonámbulos en un mundo de fantasía. Sólo afirmando la pisada en el suelo nos convencemos de que aquello es real, y una de las realidades más sublimes que hayan producido las fuerzas del cosmos”. (151:212-3)

(5) Dice en *La raza cósmica*, contemplando las cataratas del Iguazú: “Se adivina, en el fondo, un rumor de oleajes y en su extensión vertical los chorros se entrelazan, se trenzan o se confunden en una sola masa: bullen y tiemblan, estallan y crean espumas y nieblas que lo envuelven todo como en los instantes primeros de la creación. Algo del caos primitivo perdura en aquel ambiente . . .” (151:214). Es una visión similar la que en Carpentier sirve de punto culminante en el trayecto del héroe, donde un paisaje de rocas y caídas de agua desafía a la contemplación: “Aquí, aunque algo haya bajo los helechos arborescentes, aunque la abeja trabaje en las cavernas, nada parece saber de seres vivientes. Acaban de apartarse las aguas, aparecida es la Seca, hecha es la yerba verde . . . Estamos en el mundo del Génesis, al fin del cuarto día de la Creación . . .” (25:193)

tarse hacia el nacimiento. Hasta su cuerpo comienza a recobrar palpitaciones que se habían perdido en la ciudad; sus sentidos se abren a la desafiante disparidad de un terreno que ignoraban, tanto como su mente se apronta a reflexionar sobre la calidad del hombre y el paisaje del Nuevo Mundo.⁽⁶⁾ Cercana está la emotiva exclamación de Vasconcelos al verso de Shelley, que sirve de epígrafe al capítulo segundo de Carpentier, el del ingreso al Nuevo Mundo: "Ha! I scent life!" (¡Ah! ¡Voy tras el aroma de la vida!). Y el primer encuentro significativo con un ser hispanoamericano, Rosario, vivido por el hombre agobiado de historia, desata reflexiones sobre la raza, sobre el portentoso encuentro de sangres que toma lugar en el acá recordando líneas de *La raza cósmica*.⁽⁷⁾

Vasconcelos y Carpentier atestiguan la singularidad del Nuevo Mundo, en dos épocas diferentes, pero igualmente perciben el sentido histórico de su promisoría verdad. Como en los primeros cronistas de América, la reflexión utópica es la que hace brotar la palabra de adhesión y compromiso. Cuando en 1953 apareció *Los pasos perdidos*, su autor ya había enunciado una teoría sobre el ser estético del Nuevo Mundo. En el luminoso prólogo de *El reino de este mundo*, cuatro años antes, quedaba autorizada la tesis de "lo real-maravilloso-americano"; abiertamente documen-

(6) Si en Carpentier son impresiones visuales, olores y hasta el ritmo de su sangre, en Vasconcelos quedaba ya enunciada la potencia del medio para imponer en el visitante tales cambios. También para él, "...conocer un fruto nuevo es un acontecimiento; saborearlo, un deleite que pone en ridículo a todas esas ingenuidades de gabinete que se lamentan de que la *Humanidad no ha descubierto en tantos siglos una sola voluptuosidad nueva*. Repitan su sandez en la ciudad, en la sala de placer o estudio, y es claro, los gusanos de la biblioteca no saben de otro goce que el de roer papel; pero el que sale a recorrer mundos descubre, no uno sino cien goces nuevos... ¡Viva la vida y abajo la pedantería!" (151:70)

(7) Las notas de grandeza que acompañan a Rosario son reiterativas y variadas. Finaliza siendo la figura más alta por su calidad interior, la más fuerte y la más bella por sus condiciones físicas; para el protagonista, es ella el gran producto humano del Nuevo Mundo: "era evidente que varias razas se encontraban mezcladas en esa mujer, india por el pelo y los pómulos, mediterránea por la frente y la nariz, negra por la sólida redondez de los hombros y una peculiar anchura de la cadera...". Así, producto de "razas menores", según ironía de Vasconcelos, Rosario es la síntesis física del tipo latinoamericano, "porque aquí no se habían volcado, en realidad, pueblos consanguíneos, como los que la historia malaxara en ciertas encrucijadas del mar de Ulises, sino las grandes razas del mundo, las más apartadas, las más distintas, las que durante milenios permanecieron ignoradas de su convivencia en el planeta" (25:88). Rosario es la síntesis del hombre futuro que será híbrido, porque el predominio de castas excluyentes no tiene ya ningún rol histórico, a juicio del maestro mexicano. Es más: Carpentier pone en pensamientos de los indios una concepción del hombre blanco que se lee a menudo en Vasconcelos: "Sólo un hombre blanco vieron antes que él, y piensan, como los de muchos pueblos de la selva, que somos los últimos vástagos de una especie industriosa pero endeble, muy numerosa en otros tiempos, pero que ahora está en vías de extinción". (25:202)

tal, esa novela desenvuelve un hecho tan histórico como mágico. *Los pasos perdidos* profundiza la teoría, trasladándola de Haití al resto del continente; alcanza así un grado más amplio y más profundo en la comprensión de Hispanoamérica porque la teoría expandida mantiene su vigencia. Sin embargo, más debido a la formación primera del autor que al texto mismo, se insiste en señalar el surrealismo como la gran fuente de su narrativa. Irónicamente, fue por lecturas hechas en París donde el novelista comenzó a advertir ciertas magnitudes de su continente que le estaban ocultas y que fue descubriendo y razonando en innumerables páginas sobre el *acá*.⁽⁸⁾ Durante un viaje a Haití, mediada la década de los cuarenta, confirma la teoría, duplica sus posibilidades y comprueba que los textos sobre el Nuevo Mundo eran las más de las veces parcos en describir ciertos contenidos alucinantes del continente. Lo maravilloso suscitado por medio de alquimias en los talleres surrealistas de Europa se convertía en ingenuo repertorio. En América lo maravilloso existe por doquier como una categoría de la realidad: está ante los ojos. Es verdadero, además, porque es creído como tal por pueblos completos. Haití le parecía una síntesis del continente, al mismo tiempo que su teoría rebasaba lo puramente estético:

A cada paso hallaba lo real maravilloso. Pero pensaba, además, que esa presencia y vigencia de lo real maravilloso no era privilegio único de Haití, sino patrimonio de la América entera, donde todavía no se ha terminado de establecer, por ejemplo, un recuento de cosmogonias. Lo real maravilloso se encuentra a cada paso en las vidas de hombres que inscribieron fechas en la historia del continente y dejaron apellidos aún llevados... (26:19)

Luego de ese viaje no abandonará el tema del Nuevo Mundo, desarrollando un cuerpo de novelas, cuentos y ensayos que han llegado a

(8) "Los dos años que había proyectado vivir en París se extendieron a once. Desde mi llegada. Desnós me presentó a Bretón, quien me invitó a colaborar en la revista *Revolution surréaliste*. En su redacción conocí a Aragón, Tzara, Eluard, Sadoul, Benjamin Peret y, en fin, a todo el grupo surrealista... Me pareció una tarea vana mi esfuerzo surrealista. No iba a añadir nada a este movimiento. Tuve una reacción contraria. Sentí ardientemente el deseo de expresar el mundo americano. Aún no sabía cómo. Me alentaba lo difícil de la tarea por el desconocimiento de las esencias americanas. Me dediqué durante largos años a leer todo lo que podía sobre América, desde las cartas de Cristóbal Colón, pasando por el Inca Garcilaso hasta los autores del siglo dieciocho. Por espacio de casi ocho años creo que no hice otra cosa que leer textos americanos. América se me presentaba como una enorme nebulosa, que yo trataba de entender porque tenía la oscura intuición de que mi obra se iba a desarrollar aquí, que iba a ser profundamente americana" (79:32). Müller-Bergh muestra el proceso preparatorio del autor quien, en una serie de artículos periodísticos sobre cosas del Nuevo Mundo, va perfilando sus ideas e intuiciones sobre lo que iba a ser su obra ficticia. Cfr. (103)

detectar nítidamente aspectos centrales del ser hispanoamericano. Su obra es una reflexión acerca de la cultura que la genera, y porque la verdad de América le había resultado superior al arte de Europa, nos parecen más dignos de atención en el caso de su análisis los escritos de Colón y del Inca que los de Bretón o Tzara.⁽⁹⁾ Así, la obra se ve próxima a la de Vasconcelos, porque, aunque ambas deudoras de Europa, son sobre todo el resultado de una reflexión que concierne a esencias del continente más que a modas literarias.

Si *El reino de este mundo* fue un intento por sondear lo profundo del cosmos haitiano, caribeño, *Los pasos perdidos* traslada esa aspiración a las regiones de la Amazonia. La novela nace luego de una experiencia vivida por Carpentier en el interior de Venezuela. La teoría original se va a enriquecer con una concepción sobre el tiempo histórico, sugerida otra vez, por la peculiar conformación del país.⁽¹⁰⁾ Rica en simbología, la novela posibilita diferentes modos de interpretación, pero sobresale el de la imagen óptima de América. Elaborada sobre el esquema tradicional de un viaje hacia lo desconocido por un protagonista que tiene misión que cumplir y deber de regresar, los signos de Jasón y Ulises se hacen harto recurrentes y, en general, el proceso de búsqueda completo diseña

(9) Para fundamentar nuestro último parecer, nos resulta necesario ampliar el contexto de la cita que acabamos de introducir. Le preceden las siguientes líneas: "Esto se me hizo particularmente evidente durante mi permanencia en Haití, al hallarme en contacto cotidiano con algo que podríamos llamar lo *real maravilloso*. Pisaba yo una tierra donde millares de hombres ansiosos de libertad creyeron en los poderes licantrópicos de Mackandal, a punto de que esa fe colectiva produjera un milagro el día de su ejecución... Había estado en la ciudadela de la Ferriere, obra sin antecedentes arquitectónicos, únicamente anunciada en las *Prisiones imaginarias* del Piranesi. Había respirado la atmósfera creada por Henri Christophe, monarca de increíbles empeños, mucho más sorprendente que todos los reyes crueles inventados por los surrealistas, muy afectos a tiranías imaginarias aunque no padecidas..." (26:119-20)

(10) "En 1945 un amigo mío, Carlos E. Frías, me propuso ir a Venezuela a organizar una estación de radio. Conocer Venezuela completaba mi visión de América, ya que este país es como un compendio del Continente: allí están sus grandes ríos, sus llanos interminables, sus gigantescas montañas, la selva. La tierra venezolana fue para mí como una toma de contacto con el suelo de América, y meterme en sus selvas, conocer el cuarto día de la Creación. Realicé un viaje al alto Orinoco y allí conviví un mes con las tribus más elementales del Nuevo Mundo. Entonces surgió en mí la primera idea de *Los pasos perdidos*. América es el único continente donde distintas edades coexisten, donde un hombre del siglo veinte puede darse la mano con otro del Cuaternario o con otro de poblados sin periódicos ni comunicaciones, que se asemeja al de la Edad Media o existir contemporáneamente con otro de provincia más cerca del Romanticismo de 1850 que de esta época. Remontar el Orinoco es como remontar el tiempo". (149:7)

la ruta hacia una Arcadia. En este caso, una Arcadia en el Nuevo Mundo.⁽¹¹⁾

En los capítulos anteriores se habla de móviles externos que de algún modo parecen motivar al escritor a referirse a su América con los matices especiales con que lo hace. En general, síntesis de una voluntad común, la actitud mental de responder literariamente a los desafíos era, casi sin excepción, por motivaciones foráneas. Introspección que se generó, las más de las veces, en cierto sentimiento de fracaso. Esperanza de recibir recompensa, de probar la grandiosidad de la empresa, de halagar a los reyes, de perpetuar su nombre constituyen en el Almirante, grosso modo, sus móviles; en Garcilaso, el deseo de oponer a las Utopías fingidas de Europa una real y verdadera que se había llevado a cabo en el suelo donde él nació; de cuestionar, por último, la colonización militar y forzosa del Nuevo Mundo. En Sarmiento es el acicate del progreso que favorece a otras regiones del globo y no al *acá*. Así como Martí, Darío y Rodó viven y expresan el pánico y el desprecio que el poder invasor de Estados Unidos hacía sentir hacia el Sur, Carpentier propone el territorio de Hispanoamérica como reducto seguro ante las inclemencias del siglo:

Escribí Los pasos perdidos en la época de pesimismo que siguió a la segunda guerra mundial, años en que la gente añoraba tiempos pasados, se quejaba de la vida moderna. Allí mostré que al que no le gustara vivir en su época podía, si era su voluntad, regresar a otros estados de vida rebasados por el hombre. (149:7)

América despliega en la obra —ahora como entonces— la posibilidad para el encuentro entre la crisis y la esperanza. La novela llevó su mensaje a Europa y hacia 1960 tenía ya once ediciones francesas, varias inglesas, además de una docena de otras traducciones. Repetía el éxito que en su tiempo tuvo la famosa Carta colombina.

Los pasos perdidos comienza presentando el modo de vida caótico y degradante que sufre el protagonista en Nueva York —proyección desmejorada de la metrópoli europea—. Se confirmaba la intuición de Rodó: el Reino de la Materia había dado como resultado la alienación, la caída. Manhattan se levanta como una nueva Babilonia donde el hombre

(11) Carlos Fuentes sintetiza las dos dimensiones del viaje: "El personaje de *Los pasos perdidos* remonta el Orinoco hasta sus fuentes paradisíacas, sólo para comprobar que cada año, al dividirse las aguas, el Edén desaparece y, con él, todo paso humano, toda memoria humana anterior a una catástrofe puntual. El viajero busca la Edad de Oro primigenia, pero ésta ya rememora su propia Edad de Oro perdida". (52:10)

Carlos Santander ha estudiado la novela puntualizando los momentos en que ésta coincide con el esquema del viaje heroico según lo describe Joseph Campbell. Las conexiones son varias y precisas, confirmando la intencionalidad simbólica del periplo del protagonista. Cfr. (135)

ya no es dueño de su vida: "Habíamos caído en la era del Hombre-Avispa, del Hombre-Ninguno, en que las almas no se vendían al Diablo, sino al Contable o al Comité" (25:15). El ser interior del protagonista está dominado por fuerzas que no le permiten su expresión; el escenario externo queda bien descrito en las palabras del *Deuteronomio* que introducen el capítulo primero: "Y tus cielos que están sobre tu cabeza serán de metal; y la tierra que está debajo de ti, de hierro. Y palparás al mediodía, como palpa el ciego en la oscuridad". (28:23-28)

Es característico de este narrador personal su conciencia analítica, su capacidad de percepción histórica. Cada una de sus observaciones está impregnada de reflexiones que abarcan desde lo mayor a los detalles.⁽¹²⁾ El narrador es, sobre todo, conciencia crítica; pero una conciencia encadenada y, peor aún, anhelante de libertad. El desconcierto es el símbolo de la época; Sísifo, la figura que lo representa: "Subiendo y bajando la cuesta de los días con la misma piedra al hombro, me sostenía por obra de un impulso adquirido a fuerza de paroxismos..." (25:14). No menos destructivas eran las tensiones que dominaban en el Viejo Mundo. El protagonista había cruzado el Atlántico buscando en Europa lo que Estados Unidos no podía ofrecerle; pero es la Europa de fines de los años treinta que lo fuerza a presenciar el descaro de la violencia en ejercicio, la negación de antiguas tradiciones humanitarias.⁽¹³⁾ No tiene otra alternativa y regresa a Nueva York donde ha vivido desde su temprana adolescencia. Pero allí pasa en la obediencia de dioses no menos falsos y crueles. Son las frutas en las vitrinas de los mercados lo que le anuncia la venida de la primavera y los semáforos han llegado a regular de tal modo sus pasos que controlan también su respiración. En esos días oscuros un azar lo pone ante la posibilidad de un viaje a la América del Sur. Un museo universitario le encarga la búsqueda de instrumentos mu-

(12) Por ejemplo, cuando relata que Mouche, su amante, vive del próspero comercio de horóscopos por correspondencia, agrega el siguiente comentario: "Muy asustados por su tiempo debían estar los hombres —pensaba yo a veces— para interrogar tanto a los astrólogos, contemplar con tal aplicación las líneas de sus manos, las hebras de su escritura, angustiarse ante las borrajas de negro signo..." (25:29)

(13) La huella negativa que deja su paso por Europa servirá para contrastarla con la óptima que ha dejado el Nuevo Mundo. Aquí todo es vida, allá todo es muerte y temor: "Los periódicos invitaban al degüello. Los creyentes temblaban, bajo los púlpitos, cuando sus obispos alzaban la voz. Los rabinos escondían la thorah, mientras los pastores eran arrojados de sus oratorios. Se asistía a la dispersión de los ritos y al quebrantamiento del verbo. De noche, en las plazas públicas, los alumnos de insignes facultades quemaban libros en grandes hogueras. No podía darse un paso en aquel continente sin ver fotografías de niños muertos en bombardeos de poblaciones abiertas, sin oír hablar de sabios confinados en salinas, de secuestros inexplicados, de acosos y defenestraciones, de campesinos ametrallados en plazas de toros... Donde buscaba la sonrisa de Erasmo, el *Discurso del Método*, el espíritu humanístico, el fáustico anhelo y el alma apolínea, me topaba con el auto de fe, el tribunal de algún Santo Oficio, el proceso político que no era sino ordalía de nuevo género". (25:96-7)

sicales precolombinos en la región amazónica. Hispanoamericano de nacimiento, va a sentir pronto el llamado de contextos que tenía olvidados.

El arribo a la capital suramericana es un ingreso a la vida del siglo XIX, en años de lo que en Europa fue el Romanticismo. Viene luego el viaje por río hacia la selva. El gran descubrimiento no está tanto en la geografía exuberante: toma lugar en el tiempo porque el retroceso cronológico no se detiene. Progresivamente el trayecto alcanza la Catedral de las Formas, el cuarto día de la Creación. Los períodos históricos se superponen, conviven; pero como no alcanzan la contemporaneidad, permanecen incontaminados. En una posada rural, en la antesala de la selva, escucha el protagonista, de una vieja radio, los acordes de la Novena Sinfonía; la música y los versos de Schiller entonados por el coro son incapaces en este contexto de mantener la noble significación que antes tuvieron. La sinfonía se transforma allí en la prueba de la promesa incumplida:

Las estrofas de Schiller me laceraban a sarcasmos. Eran la culminación de una ascensión de siglos durante la cual se había marchado sin cesar hacia la tolerancia, la bondad, el entendimiento de lo ajeno. La Novena Sinfonía era el tibio hojaldre de Montaigne, el azur de la Utopía.
(25:102)

Pero, evidentemente, la Utopía europea ha concluido. La inocencia de este medio hace paradójicos esos antiguos proyectos. El protagonista, actor él mismo de la guerra, sabe que ni la ascensión hacia lo superior, ni el espíritu de Montaigne ni el de Utopía podían tomar lugar en el Viejo Mundo; lo sabe, sobre todo, porque al entrar en su continente, constata aquí valores superiores que, practicados más que expresados en el arte, sí se aproximaban a la bondad y a la justicia. Cada vez le será inevitable la comparación y cada vez confirmará su adhesión por América. Y como la Sinfonía es también nexa con su infancia —memorias de su padre músico—, se perfila un doble viaje a la Edad Dorada.

“Cuando saliéramos de la bruma opalescente que se iba verdeciendo de alba, se iniciaría, para mí, una suerte de Descubrimiento” (25:84). Descubrimiento visceral de sí mismo porque, en general, su vida debe reajustarse a valores originales del hombre. En las dos caras del proceso, a medida que se purifica, comprende los niveles de alienación a que había llegado. Comienza el retiro de lo impuesto. Todo pierde su carácter conceptual, dejándose estar en el ambiente:

Silencio es palabra de mi vocabulario. Habiendo trabajado la música, la he usado más que los hombres de otros oficios. Sé cómo puede especularse con el silencio; cómo se le mide y encuadra. Pero ahora, sentado en esta piedra, vivo el silencio; un silencio venido de tan lejos, espeso de tantos silencios, que en él cobraría la palabra un fragor de creación. (25:115)

Otra revelación serán los actores de ese paisaje, porque pronto constata que los habitantes de ahí responden también a la autenticidad del medio. Desconocidos para el habitante de la gran metrópoli, encuentra ahora tipos humanos que parecieran más bien arquetipos:

Como en los más clásicos teatros, los personajes eran, en este gran escenario presente y real, los tallados en una pieza del Bueno y del Malo, la Esposa Ejemplar o la Amante Fiel, el Villano y el Amigo Leal, la Madre digna o indigna. (25:155)

Movidos todos por los mejores valores de la convivencia, el personaje central se esfuerza por no desentonar en ese escenario,⁽¹⁴⁾ pero Mouche, la sofisticada amante, capaz de hablar tres o cuatro lenguas, poseedora de un saber libresco muy a la moda, cae abatida, incapaz de comprender los mecanismos de un universo nada artificioso. Su contextura debilitada por afeites y tranquilizantes está demás en el *acá*. La empresa la continuarán un Adelantado, explorador y fundador; un misionero, viejo apóstol, Fray Pedro; un Buscador de Diamantes y Rosario, "la Amante Fiel". El grupo alegoriza las jornadas de los conquistadores. El narrador se entregará a la tarea de precisar los puntos de contacto entre ellos y el ayer; pero, por sobre el tiempo, la energía que los impulsa es sustancialmente la misma. Por las incitaciones del medio advierte que ya no se trata solamente de buscar los instrumentos musicales encargados: algo mucho más significativo y complejo se deja ver en los reflejos de ser repetición de una empresa ya pasada, sita en los mismos lugares. Comprende que El Dorado, la Manoa de ahora son reinos interiores, deseo apasionado de una vida auténtica, de una devoción artística sincera y plena.

Es sorprendente la adecuación entre mito y realidad en la novela, sobre todo entre los personajes masculinos; tienen oficios y gestos que ya precisaron la leyenda y la crónica, pero allí están aún circulando en el interior del Nuevo Mundo, asegurando las múltiples dimensiones significativas e históricas del "Gran teatro de la selva". El adelantado, cuya historia escucha el narrador junto al fuego, es también un explorador de naturaleza nada ordinaria; si en un principio el oro fue su objetivo, después se impuso el deber de gobernar una villa, que él mismo ha fundado, según las leyes del Bien:

(14) En el párrafo inmediatamente anterior quedaban expresadas las coordenadas de vida de estas gentes: "Para los que con nosotros convivían ahora, la fidelidad al varón, el respeto a los padres, la rectitud de proceder, la palabra dada, el honor que obliga y las obligaciones que honraban, eran valores constantes, eternos, insoslayables, que excluían toda posibilidad de discusión. Faltar a ciertas leyes era perder el derecho a la estimación ajena, aunque matar por hombría no fuese culpa mayor". (25:155)

Un día se percató de que ha fundado una ciudad. Siente, probablemente, la sorpresa que yo mismo tuve al comprender que era conjugable el verbo "fundar" al hablarse de una ciudad... Ahora sabe dónde hay oro. Pero ya no le afana el oro. Ha abandonado la búsqueda de Manoa, porque mucho más le interesa ya la tierra y, sobre ella, el poder legislar por cuenta propia. El no pretende que esto sea algo semejante al Paraíso Terrenal de los antiguos cartógrafos... (25:202-3)

No lo pretende el Adelantado porque ahí hay enfermedades y víboras que combatir, pero por su mano puede el hombre todavía establecer la morada justa. Y poco a poco, el Adelantado recorre los grandes ríos trayendo el sustento y los útiles que consoliden su enorme empresa.⁽¹⁵⁾ Y, utopista de la mejor tradición, desprecia el metal: "El oro —dice el Adelantado— es para los que regresan allá. Y ese *allá* suena en su boca con timbre de menosprecio" (25:203). Su obra y sus creencias duplican la figura de un Vasco de Quiroga, guiando a su gente de acuerdo a la bondad, entregando a otros hombres principios de buen gobierno, como los emperadores incas recordados por Garcilaso. Si Santa Mónica de los Venados no es el Paraíso de los antiguos cartógrafos, que trataron de localizarlo en el Nuevo Mundo a instancias del Almirante, es modelo próximo a serlo: impera la justicia y, perdida en lo último de la selva, se asoma al pie del mismo río que trajo a Colón tantas reminiscencias bíblicas y le hizo escribir: "yo muy asentado tengo en el ánimo que allí donde dije es el Paraíso Terrenal" (29:186). Así, desafiando las cartografías, no lejos de donde la situara la intuición de los cronistas, espera la Enoch americana.

El Adelantado funda y construye, Fray Pedro de Henestrosa trae la ley de Dios; es el Apóstol que predicando con infatigable ejemplo cae santamente en sus propósitos; porque, como el Adelantado, tampoco conoce debilidades, movido por la calidad moral de su empresa:

Fray Pedro de Henestrosa había tenido la suprema merced que el hombre puede otorgarse a sí mismo: la de salir al encuentro de su propia muerte, retarla y caer traspasado en lucha que sea, para el vencido, asaeteada

(15) "...trae semillas, posturas y algún apero de labranza y carpintería. Al regreso del segundo viaje trae una pareja de cerdos atados de patas en el fondo de la barca" (25:202), dice el narrador refiriéndose a los viajes del Adelantado. "...sería bien mandar traer en los navíos que vinieren, allende de las otras cosas que son para el mantenimiento de los comunes y de la botica, zapatos y cueros para los mandar hacer, camisas comunes y de otras, jubones, lienzo, sayos, calzas, paños para vestir..." (29:166). Así escribía Colón luego de su segundo viaje. La fundación, ahora como antes, tenía un parecido rostro cotidiano.

Y pobre, justo y santo, diríase un fraile hecho en el cristianismo primitivo predicado y vivido por algunos misioneros tempranos del Nuevo Mundo como Bartolomé de Las Casas. Yannes, el aventurero griego que recorre la Amazonia rastreando diamantes, proyecta igualmente una imagen de corte simbólico: es un nuevo Ulises que, extraviado el rumbo, visita las únicas tierras que aún permiten su presencia. Y son tan frecuentes las relaciones que el narrador establece entre uno y otro que finalmente universalizan el carácter legendario del continente. Carpentier encontró los personajes del mito que más convenía al Nuevo Mundo morando en el interior de Venezuela.⁽¹⁶⁾ Seres todos que se amoldan perfectamente a regiones donde las leyes, o provienen de cierto código connatural al hombre o están en proceso de ser formuladas de acuerdo a los principios más altos. Contacto entre la verdad de Hispanoamérica y el ideal; y otra vez el dilema: es la novela realista o la realidad novelística.⁽¹⁷⁾

El narrador emplea dos niveles en la presentación de los personajes: uno directo, con uso de la tercera persona y desde cierta perspectiva que le permite una descripción externa, desde "afuera"; es el nivel realista. Otro, que se manifiesta principalmente cuando un personaje aparece metaforizado, como encarnación de alguien cuyas empresas repite, ignorante de su capacidad simbólica; es el nivel mítico. Así, el Adelantado aparece varias veces como un conquistador porque la peculiar cronología del

(16) En una *Nota* al final del libro el autor establece que: "El Adelantado, Montsalvatje, Marcos, fray Pedro, son los personajes que encuentra todo viajero en el gran teatro de la selva. Responden todos a una realidad —como responde a una realidad, también un cierto mito del Dorado—, que alientan todavía los yacimientos de oro y de piedras preciosas. En cuanto a Yannes, el minero griego que viajaba con el tomo de *La Odisea* por todo haber, baste decir que el autor no ha modificado su nombre, siquiera" (25:288). En otra entrevista concedida por el autor nos enteramos que "...el Padre Bouvecchio, el capellán de los franciscanos de San Carlos del Río Negro (Venezuela), sirvió como punto de partida para Fray Pedro de Henestrosa. Lucas Fernández Peña, fundador de tres ciudades, una de ellas Santa Elena de Uraríen... se transformó en el Adelantado". (102:143)

(17) La introducción y la pregunta son de Mario Vargas Llosa; la respuesta, de Alejo Carpentier: —"*Los pasos perdidos* me parece uno de los libros más ambiciosos de la literatura latinoamericana porque expresa dentro de una unidad dos dimensiones antagónicas de un mundo: una objetiva y otra mítica. Pienso que es también un libro realista. ¿Cree que me equivoco? —En *Los pasos perdidos* lo que ocurre es lo siguiente: es una novela realista, que sin embargo se sitúa en lo mítico, en cuanto me fue sugerida, usted sabe, por un viaje que hice al Alto Orinoco... Y el sentido de *Los pasos perdidos* es eso: un remontarse, a través de la arteria del Orinoco, al pasado más remoto, y una demostración de que todos los estadios de la vida subsisten en el Continente Americano". (149:7)

medio lo ha transformado; participando de una misa en la espesura, el narrador fija su mirada en los dos acompañantes:

Aquellos dos —el Adelantado y Yannes— que están arrodillados a ambos lados del altar, flacos, renegridos, uno con cara de labriego extremeño, otro con perfil de algebrista recién asentado en los Libros de la Casa de Contratación, son soldados de la Conquista, hechos a la cecina y a lo rancio, curtidos por las fiebres...
(25:183)

Yannes, cuyo pasado helénico, cuya "oscura afinidad de caracteres" lo "acercó al aventurero Ulises", triplica sus poderes evocativos de lo legendario cuando, al preparar una danta para el festín, concluye el narrador:

Con el torso desnudo, puesta toda su serenidad en la tarea, el minero se me hace, de pronto, tremendamente arcaico. Su gesto de arrojar al fuego algunas cerdas de la cabeza del animal tiene un sentido propiciatorio que tal vez pudiera explicarme una estrofa de La Odisea. El modo de ensartar las carnes en una tabla, luego de rociarlas de aguardiente, responde a tan viejas tradiciones mediterráneas que, cuando me es ofrecido el mejor filete, veo a Yannes, por un segundo, transfigurado en el porquerizo Eumeo. (25:161)

Es claro que este tipo de simbología relaciona al personaje con el viaje de retorno en el tiempo que, gracias a sus reflexiones, ha emprendido el protagonista. Los nombres de las mujeres pretenden también estrechar significaciones: Mouche, Ruth —la esposa escénicamente fiel— y Rosario —Santa Rosa de América—, nueva Berenice que no soporta la espera. Entre los hombres, uno que viene del *allá* y, sobre todo, del *ahora*. Su rol es el del Visitador; aún más, el del Testigo. Da razón de lo singular del medio, y hasta es capaz de sustraerse a lo que él cree que es *el presente* para ingresar en un presente eterno esencialmente hispanoamericano:

Somos conquistadores que vamos en busca del Reino de Manoa. Fray Pedro es nuestro capellán, al que pediremos confesión si quedamos malheridos en la entrada. El Adelantado bien puede ser Felipe de Utre. El griego es Micer Codro, el astrólogo. Gavilán pasa a ser Leoncico, el perro de Balboa. Y yo me otorgo, en la empresa, los cargos del trompeta Juan de San Pedro, con mujer tomada a bragas en el saqueo de un pueblo. (25:165)

La novela toda envuelve el sentido de doble desarrollo: personajes, acontecimientos, espacios. Su forma exterior de diario de viajes, al marcar los días y los meses pero nunca los años, deja abierta la posibilidad de la

repetición; como que en el centro del Nuevo Mundo espera intemporal la Tierra Prometida. Hacia esa imagen el tiempo retrocede y converge enriqueciendo en cada etapa el sentido del símil único de esta América: siempre novel, palpitante en sus posibilidades, encierra viviente lo superior. Es modelo y es enseñanza para los hombres del *allá*. "Pasaron los tiempos de las estafas", se dice el protagonista y decide no regresar a la urbe de donde venía, ahora que su vida es más plena, y cuando sus capacidades artísticas, antes embrutecidas por el comercio, renacen con la urgencia incontenible de la creación original. En el camino seguido hasta encontrar el fondo de su propia autenticidad, aparece el porvenir, territorio absoluto del anhelo: "Yo vivo aquí, esta noche, de tránsito, acordándome del porvenir —del vasto país de las Utopías permitidas—, de las Icarías posibles..." (25:264). Pero para él los recuerdos del porvenir serán en vano, porque no tendrá futuro. Por lo que históricamente representa nunca podrá incorporarse "al presente de lo intacto". Vive seis jornadas de trabajos —los seis capítulos—; faltó el séptimo, el descanso. Tuvo la debilidad de no cortar todos sus lazos con el *allá*.⁽¹⁸⁾ Se ha quedado solo, rechazando su condición de Hombre. Ninguno puede saber ahora mejor que nadie de los horrores de su época y de su gente. El saber que adquirió en su viaje le permite ser implacable juez de su Laberinto. En este sentido su vida inscribe un paralelo muy cercano al trazado por Rafael Hytlodeo, el primer visitante y testigo de Utopía. Como él, no puede menos que rechazar un medio por la calidad del otro. Para ambos el regreso es imposible y el mundo conocido se transforma en añoranza; para ambos, igualmente, la revelación parece darse en un impreciso rincón del Nuevo Mundo.

El narrador de vuelta en la ciudad y enmarañado por las trampas de la época, se da a la lectura de clásicos americanos: "Paso días enteros en la cama, tratando de olvidar lo que me amenaza, con lecturas maravilladas del *Popol-Vuh*, del Inca Garcilaso, de los viajes de Fray Servando de Castillejos" (25:267). Se aproximan nuevamente las biografías del protagonista y del autor: Manhattan o París eran lo mismo comparadas con aquel espacio de Hispanoamérica. De las lecturas, del viaje, de los recuerdos se va construyendo una idea sobre el continente; la idea pasa a la palabra escrita situando esta obra de Carpentier entre aquellas cuya preocupación básica ha sido el análisis exaltativo pero ponderado de lo propio, despejando las nebulosas de su historia, contribuyendo a su liberación, señalando sus posibilidades.

(18) En palabras de Fernando Alegria: "Encuentra él la Fuente de la Felicidad, pero, bajo el implacable ojo de Dios, la abandona, creyendo que ha de regresar, sin advertir que abandonándola, aunque sea efímeramente, ha renunciado a ella, pues ella no puede durar sino el instante milagroso de la posesión". (2:35)

12. LOS PREMIOS, BUSCADORES DE HOY DÍA

"... y para esto pensé de escribir todo este viaje muy puntualmente de día en día todo lo que hiciese y viese y pasase, como adelante se verá". (29:16)

Dividida formalmente en Prólogo, primero, segundo y tercer día de navegación, más un Epílogo, la novela muestra a un grupo heterogéneo de argentinos que han ganado un viaje por mar en una rifa; el destino del mismo se mantiene en secreto. Pero lo que se suponía una vacación gratis, una excursión de placer, se convierte más tarde en un encierro a bordo. Los pasajeros se amotinan y luchan contra la tripulación; uno muere y entonces son obligados a regresar al puerto de salida. La trama de la novela parece menos interesante que la variada composición socioeconómica del grupo, la que ha llamado la atención de la crítica, advirtiendo en ella una intencionada síntesis de Buenos Aires.⁽¹⁾ Se ha señalado como uno de los aciertos formales de la obra el desarrollarse en diferentes niveles de lenguaje, concordantes siempre con los personajes. Tal diversidad de protagonistas ha dado lugar para considerar la novela como una alegoría de la nación toda o, al menos, de la capital. El Malcolm, barco en el cual salen los pasajeros, se convierte en un pequeño Buenos Aires, dando ocasión para que se produzca el enfrentamiento de clases e individuos que en la ciudad difícilmente hubiera podido tener lugar. El azar propicia un encuentro que hasta para los mismos personajes resulta singular: "Te habrás fijado en algunos compañeros —dijo Raúl al oído de Paula—. El país está bastante bien representado. La sugerencia y la decadencia en sus formas más conspicuas..." (31:56). Y Claudia, en una charla similar, resume la idea que domina la novela:

(1) Mario Benedetti escribe: "La novela junta en el Malcolm al más heterogéneo de los pasajes, pero el novelista no confía en el azar en la misma medida que sus personajes; de ahí que los elija en caracteres de muestras de varias capas sociales. Los personajes de *Los premios* son deliberadamente representativos" (19:17). José Amícola ha elaborado un minucioso gráfico de los personajes, mostrando posición social, ingresos, ocupación, origen, cultura y hasta giros lingüísticos de los diferentes grupos económicos. Cfr. (4:129)

"Después de todo el Malcolm no me parece demasiado diferente de Buenos Aires" (31:164). Porque los personajes representan también variedad geográfica, el narrador señala un lugar de procedencia para cada individuo o familia; son los grandes barrios de la ciudad. Pero la división que las distancias imponen en tierra poco se superan más tarde en el reducido tamaño de la nave.⁽²⁾ Es esperable, entonces, que una primera interpretación de la novela dilucide el matiz sintético del grupo. Se reduce la ciudad y se la aísla y allí, cada actor en nombre de lo que representa, comienza su papel. Dejan ver sus escasas virtudes, sus limitaciones, vicios y defectos, productos netos de una sociedad, un país, una cultura, que resulta finalmente encarnar la disconformidad misma.⁽³⁾ Sin embargo, el autor agrega una *Nota* al final de la novela donde afirma que "no me movieron intenciones alegóricas y mucho menos éticas"; así, la acción del primer plano quedaría formulada en una trama cuasi-policial. "Pero es evidente —como el mismo autor reconoce— que, por debajo, los temas simbólicos, los arquetipos que me rondan se fueron abriendo paso".⁽⁴⁾ Esos sugestivos "arquetipos" se anuncian, sobre todo, en los monólogos de Persio. Portavoz del autor, deja en sus soliloquios casi líricos escuchar la palabra del proceso subconsciente del escritor.⁽⁵⁾ Es el personaje que habla un lenguaje diferente, que percibe las cosas de otro modo; vive en el umbral de la metafísica avistando signos más allá de lo ordinario. Pasa su tiempo en la cubierta mirando el cielo porque parece despreciar la tierra; su otro refugio son los libros, y hasta vive de corregir pruebas en los talleres de Kraft. Y aunque escapa a las clasificaciones —tan obvias para los demás—, expresa el mismo descontento profundo de los otros: han perdido la esperanza en su país, y en su historia. Es ahí donde la disparidad se resuelve en factor unificador. De este

(2) Pagés Larraya se ha ocupado de situarlos geográficamente: "Los cuatro puntos cardinales de la ciudad están representados: Barrancas (la familia Presutti), Caballito (familia Trejo), el barrio Norte (Paula-Raúl), y el Centro (Claudia-Jorge), y además Chacarita, barrio donde Persio se encarga de comunicar..." (113:70)

(3) "Los personajes pertenecen a un pueblo, a un sector (Buenos Aires) de ese pueblo, en un tiempo determinado. La mostración viviente de esos personajes ofrece ya al autor un ángulo de inserción en lo histórico real. Cortázar se ubica en ese plano, con visos incisivamente satíricos que denuncian los rasgos de la insuficiencia y el vicio: patriotismo, oratoria, lugares comunes de lenguaje, cursilería, burocracia, miedo de ser, comodidad, superficialidad, falso sentido de los valores, necrofilia, vanidad, etc., etc." (141:72)

(4) La afirmación de Cortázar es parte de una carta de éste al crítico José Amícola. Cfr. (4:38)

(5) "Precisamente los monólogos de Persio, aunque su resultado pueda parecer de orden estético, sobre todo, fueron naciendo de una escritura prácticamente automática, a una enorme velocidad y sin el control que mantuve deliberadamente en el resto de la novela. Muy al contrario de un reajuste voluntario, son como válvulas de escape de un proceso subconsciente". (65:278)

modo los personajes de la novela cuentan como grupo más que como individuos; y la acción central, la navegación, servirá para organizar y desarrollar la conducta típica de esta "gente vulgar, absolutamente vulgar".⁽⁶⁾

El barco se desplaza hacia el Sur, sin punto de llegada conocido, entrando al Atlántico por la desembocadura de un río; los de a bordo saben que serán conducidos a algún lugar, como consta en los papeles, pero nada más. El narrador, distante, se propone dejar un relato de lo sucedido a bordo. "Los temas simbólicos, los arquetipos" entran en juego, y como en uno de los dibujos de Persio, este viaje se aproxima a cierto antiguo y definitivo viaje, travesía del océano en sentido contrario, cuyo capitán dejó escritas las vicisitudes del proceso que iba a culminar con un singular encuentro.

En los de ahora, lo que parecía una plácida vacación se transforma en aventura. Desde un principio se acentúa la incertidumbre de la empresa, y en las mismas mesas del Café London, donde se les convocó, los pasajeros comienzan sus sospechas. El hecho de resultar favorecido en una nada común lotería turística contribuye a lo azaroso del asunto: todo parece una burla gigantesca, pero allí permanecen esperando lo inesperado. Esta duda constituye la primera tensión que la novela crea en su transcurso. Se soluciona en el subcapítulo XXIII cuando los incrédulos ven entrando el barco en alta mar. Lo insólito que de pronto irrumpe en la vida cotidiana es tema frecuente y de ricas variantes en la obra de Cortázar; en *Los premios* y, por ahora, cada uno sueña con esas vacaciones pagadas, lujosas, pero improbables.⁽⁷⁾ Una vez a bordo, las preguntas buscan esclarecer otra duda: el destino del viaje. Recién iniciada la navegación viene la pregunta por el derrotero; la tripulación dice no saberlo,

(6) Cortázar ha puesto como lema a su novela un párrafo de Dostoievski (*El Idiota*, IV, 1) "¿Qué hace un autor con la gente vulgar, absolutamente vulgar, cómo ponerla ante sus lectores y cómo volverla interesante? Es imposible dejarla siempre fuera de la ficción, pues la gente vulgar es en todos los momentos la llave y el punto esencial en la cadena de asuntos humanos; si la suprimimos se pierde toda probabilidad de verdad".

(7) Incertidumbre es el motivo que se reitera en esta primera parte. López, por ejemplo, al ver llegar a los Presutti: "Son de la partida y serán también de la llegada, si es que partimos y llegamos" (31:22). El narrador mismo toma la palabra en el asunto: "Pobre Rastelli, pobre venerable Gato Negro. La sombra del Nacional lo seguirá a lo largo del viaje si es que viajaban..." (31:14). El *leit-motiv*, incluso, al nivel de la interioridad de un personaje: "Más niños, pensó López. Y éste seguro que viaja, si viajamos..." (31:63). Cuando por fin suben al barco, cuenta el narrador: "Las señoras se tomaron angustiadas del pasamanos, el resto subió rápidamente y sin hablar. Cuando a Raúl se le ocurrió mirar hacia atrás (llegaba ya al sollado) vio en la sombra al inspector y a los oficiales que hablaban en voz baja. Todos en sordina, como siempre, la luz, las voces, los galpones, hasta el chapoteo del río contra el casco y el muelle. Y tampoco había mucha luz en el puente del Malcolm". (31:63)

el capitán no se deja ver por los pasajeros. Sugestivo es, sin embargo, que éstos no insistieron desde el principio en determinar el recorrido que iban a cumplir. Pareciera haber un tácito acuerdo de aceptar cualquier punto como destino.⁽⁸⁾ Sólo presionan por conocerlo cuando la duda se hace temor. Va haciéndose sentir la presencia del arquetipo que ronda; y se confirma cuando al segundo día les comunican que van hacia el Japón: sorpresa y sospecha general, todos pensaban en Europa. Pero la meta no podía ser otra, porque en ambas travesías se trata del mismo destino: Cipango, Japón. La alegría que, después de todo, la noticia despierta entre los argentinos, termina en frustración: nunca llegarán al Oriente. Expectativa también antes fracasada, meta igualmente hipotética para los españoles de antaño y para los sudamericanos de hoy.⁽⁹⁾

Cristóbal Colón había navegado hacia el Sur, hasta Canarias para abastecerse y luego hacia lo ignoto. La fatigosa espera en el Café London, más tarde el recorrido caprichoso del autobús por las oscuras calles de la ciudad hasta el embarcadero, semejan, como un extracto, la inquietante espera que Colón sufrió en España por siete años para ser recibido por los Reyes. Los argentinos navegarán pronto hacia el Sur, desconfiando siempre de llegar al destino propuesto⁽¹⁰⁾ La carta de presentación de los Reyes Católicos para el Gran Khan no tuvo uso; los turistas no vuelven a preocuparse del punto de llegada porque se mueven siempre en la duda. Ninguno de los trayectos se cumplió como estaba previsto: a Colón se opuso una nueva cara de la geografía; a los argentinos, los acontecimientos policiales que terminan con la muerte de Medra-

(8) Samuel Eliot Morison, al examinar los papeles colombinos anteriores al viaje, escribe: "Lo extraordinario de estos documentos es su falta de referencia a la ruta de las Indias, así como también la falta de mención de las Indias de cualquier forma que sea. Se refieren sólo al descubrimiento y adquisición de tierra firme en islas en el mar Océano". (99:149)

(9) Resume así Las Casas lo referente al 6 de octubre de 1492: "... esta noche dijo Martín Alonso que sería bien navegar a la cuarta del Oeste, a la parte Sudueste; y al Almirante pareció que no decía esto Martín Alonso por la isla de Cipango y el Almirante vía que si la erraban que no pudiera tan presto tomar tierra" (29:27). Morison elabora la misma teoría: "La evidencia del objetivo oriental de Colón, como hemos visto, es abundante: el intento de los Reyes de apoyar tal propósito es inequívoco, a pesar del ambiguo lenguaje del acuerdo. Las palabras 'islas y tierras del Mar Océano' significan Japón, China, e islas cercanas. Esto está suficientemente probado por el hecho de que cuando Colón regresó en 1493, insistiendo en que había descubierto al Cipango, y ciertos dominios adyacentes del Gran Khan nadie discutió su derecho a ser Almirante, Gobernador y virrey de ello, y el Papa concedió libremente la soberanía a España sobre tales". (99:149-50)

(10) En un sugerente diálogo de Claudia y Medrano; habla el último: "... Por suerte, créame, porque esos equilibrios suelen traducirse en la más perfecta monotonía, máxime en un crucero al Japón.

—Oh, el Japón, con qué aire de escepticismo lo dice.

—Tampoco creo que usted esté muy segura de llegar allá". (31:167)

no. Tal vez todo ya estaba escrito en las figuras celestiales que sólo Persio sabía leer, encontrando sugestivas analogías con el pasado. En un momento, durante el primer día de navegación, "Persio-Cortázar", como lo han llamado,⁽¹¹⁾ conversa con el niño Jorge en cubierta y rememora un lenguaje que le apasiona: el náutico, ya en desuso, hablado por aquellos que en otros años cruzaron a vela los grandes mares. Entonces Persio, invadido siempre por las lecturas de pruebas que corrige, repite una frase que ha leído en alguna parte, no recuerda dónde: "Se acordaba de frases enteras, sin saber de dónde provenían: "Era una bitácora grande, con caperuza de cristal y dos lámparas de cobre a los lados para iluminar la rosa de noche'" (31:139). Acaso el agitado Persio leyó la frase, precisamente, en el famoso estudio colombino de Morison, que quizá él mismo corrigiera en los talleres de Kraft. ¿No proviene su recuerdo de un pasaje que lee: "Era la bitácora grande... con una pequeña lámpara de cobre a aceite para iluminar la rosa de los vientos por la noche?" (99:242). Es comprensible que Persio no pueda recordar la fuente de tal frase: ha pasado algún tiempo y se siente fatigado. La edición castellana del libro sobre el Almirante fue publicada en Buenos Aires, en 1945, cinco años antes, más o menos, que Persio repita uno de sus pasajes en cubierta. Tal vez fue Persio-Cortázar quien corrigió las pruebas de la biografía colombina. Si fue así, la impresión de la lectura ha sido profunda y luego cuando pisa un barco real, y motivados por olores, objetos y ruidos circundantes, hurga en su complejo mundo interior, extrayendo curiosas frases de lecturas previas.⁽¹²⁾ En Persio es obsesiva la tendencia a negar el valor absoluto del presente —el suyo y el de Argentina—, persistente la inclinación a construir situaciones paralelas que le ayuden a comprender su propia dimensión; y el viaje en el Malcolm es de tal modo un hecho relevante en su pasiva vida que las evocaciones lo llevan a un delirio luminoso: recapitulando párrafos, recuerdos, inicia un viaje a la manera antigua:

Nada que recuerda nada: ni cabrestantes, ni alcázar, ni gaviás, ni hombres de tripulación, ni banderín sanitario, ni gaviotas sobrevolando los estays. (31:229)

Pero Persio no abandona la empresa imaginativa que lo consume, en la cual se realiza el otro viaje, y es el paso de una estrella errante el que alumbra un barco que deja de ser en el ahora para ser en el pasado:

(11) La identificación entre este personaje y el autor, a punto de unirlos en un nombre compuesto aparece en Sola (141:83) y en Pagés. (113:67)

(12) Julio Cortázar fue profesor de literatura hasta poco antes de su traslado a París en 1951. En los años 44 y 45 abandona la docencia para dedicarse a trabajar en asuntos relativos a libros: "En los años del 44-45, participé en la lucha política contra el peronismo, y cuando Perón ganó las elecciones presidenciales, preferí renunciar a mis cátedras... conseguí un empleo en Buenos Aires, en la Cámara Argentina del Libro, y allí seguí escribiendo cuentos". (65:270)

La noche se quiebra por un segundo al paso de una estrella errante, y también por un segundo el Malcolm crece en velas y gavias, en aparejos desusados, tiembla también él como si un viento diferente lo corneara de lado, y Persio alzado hacia el horizonte olvida el radar y las telecomunicaciones, cae en una entrevisión de bergantines y fragatas, de carabelas turcas, saicas precorromanas, polacras venecianas, urcas de Holanda... (31: 249-50)

El recuerdo literario continúa fatigándolo hasta permitirle entrever un más allá que está a punto de descifrar: el del sentido metafórico de una novela que también lo ha creado a él, que le ha dado un símbolo. Persio-Cortázar, sin buscar deliberadamente alegorías, expresa la que más lo acosa y, al hacerlo, sitúa al personaje y al actor en el terreno de las "figuras".⁽¹³⁾

Año de grandes acontecimientos, 1492, presencia también desgracias: la expulsión de la Península de miles de españoles no cristianos que por mar debían alcanzar otras regiones. El destierro coincide rigurosamente con los preparativos de Colón quien, sin proponérselo, vuelve a reeditar la idea de una Tierra Prometida, aunque los expulsos no pudieran pasar al Nuevo Mundo.⁽¹⁴⁾ El Navegante iba a realizar otro milagro al modo bíblico, y la Cuarta Parte, a tomar el lugar de la esperanza. Quinientos años después bien diferentes eran las cosas para los argentinos del Malcolm, para el mismo Julio Cortázar que se exilió en Europa, cuando era acosado por decretos igualmente persecutorios. Por mar y hacia París sale en 1950.⁽¹⁵⁾ Como los jóvenes de Macondo, se

(13) "Persio es la visión metafísica de esa realidad corriente. Persio ve las cosas desde lo alto como las ven las gaviotas. Es decir, es una especie de visión total y unificadora. Allí tuve por primera vez una intuición que me sigue persiguiendo, de la que se habla en *Rayuela* y que yo quisiera poder desarrollar ahora a fondo en un libro. Es la noción de lo que yo llamo las *figuras*. Es como el sentimiento —que muchos tenemos, sin duda, pero que yo sufro de una manera muy intensa— de que aparte de nuestros destinos individuales somos partes de figuras que desconocemos. Pienso que todos nosotros componemos figuras". (65:227-8)

(14) "Mientras Colón iba de Granada a Palos debe haber presenciado desgarradoras escenas, similares a las que el moderno fanatismo ha reeditado en la Europa actual. Enjambres de refugiados que hablan vendido por una bagatela la propiedad acumulada en años de fatigas atiborran los caminos que conducían al mar... Cuando llegaron al Puerto Santa María y por primera vez contemplaron el océano, los judíos elevaron grandes llantos e invocaciones, esperando que Jehová abriera las aguas y les permitiera ir a pie enjuto a una nueva tierra prometida". (99:200)

(15) Hays cuenta que, "tan insoportable era la vida porteña que a los dieciocho años Cortázar y un grupo de amigos hicieron una tentativa fracasada para ir a Europa en un barco de carga... Cuando por fin llegó a París se instaló allí permanentemente en 1951". (65:257)

veía forzado a dejar la que un tiempo fue Tierra Prometida. Las regiones que unos barcos exploraron optimistas hace siglos, perdían su misión. El símil se da vuelta, se trastoca la imagen original: otros navíos salen para buscar lejos de la Utopía que no pudo ser. Del sentido final de la novela se desprende que el mundo mejor debe buscarse ahora en otra parte y, claro, ya no es encontrable en la geografía.

El recurso de un país "bien representado" tiene la doble función de coincidir con el símbolo primero y de mostrar el desaliento por parejas, a pesar de los ingresos, de los barrios.⁽¹⁶⁾ La diversidad de individuos no es —para el propósito de este ensayo— coincidencia menor; los personajes de la ficción corresponden en su variedad a los de la historia. Si Persio se siente actor de dos viajes, la novela toda sugiere su correlato anterior, mostrando hechos que ya fueron, recreando actores y escenarios semejantes; por eso cuando Persio contempla los astros, sabe que éstos también lo contemplan. Y uno de los símbolos centrales de la narrativa de Cortázar, el espejo, se despliega con toda la fuerza de poder reflejar un viso peculiar del Nuevo Mundo: la circularidad trágica de su historia. Persio es el vigía de la navegación, el que busca en el reflejo las imágenes que conducen el paralelo: "romperé el tiempo-espacio que es un invento plagado de defectos", y así, confiesa, "no estoy lejos de pensar que un día veré nacer un dibujo que coincida exactamente con alguna obra famosa" (31:94), ese fue su presentimiento sobre cubierta, cuando vislumbró el pasado.⁽¹⁷⁾ No quiebra tampoco las correlaciones de imágenes el propósito del viaje, porque ambas empresas implican, finalmente, un intento de descubrimiento: exterior el primero, interno el segundo; salida de evasión del mundo conocido, búsqueda. Esa parece ser la razón final de cada uno de los personajes cen-

(16) "Los orgullos nacionales de ingleses e irlandeses han sido halagados por la idea de que un hombre de cada nación integró la flota, pero no había inglés ni irlandés ni ningún europeo del Norte a bordo... Lo que sí estaba bien representado era el sur de España en Niebla y Andalucía... Fuera de los pocos extranjeros, un hombre de Murcia y diez del norte (quienes componían probablemente la tripulación original de la Santa María), todos los hombres de Colón procedían ya de alguna ciudad o villa de Niebla (Palos, Moguer, Huelva, Lepe) o de otras ciudades de Andalucía, tales como Cádiz, Sevilla, Córdoba, Jerez, Puerto Santa María". (99:191)

(17) En lo puramente descriptivo, el narrador contribuye también al juego de los espejos: saliendo del río, dice Morison: "Era uno de esos días grises y calmos que anuncian la llegada del otoño, cuando el mar parece un espejo de acero bruñido y las masas espectaculares de nubes... parecen detenerse en su incesante cambio, un día apacible, en que ni una hoja se mueve en tierra, y a no ser por el flujo de la marea, se diría que se ha detenido el tiempo" (99:211). En *Los Premios*: "Persio miraba el Atlántico. Había perdido de vista la costa y el Malcolm navegaba en un mar repentinamente calmo, de azul metálico que parecía casi negro en los bordes de las olas. Sólo dos gaviotas seguían al barco, empecinadamente suspendidas sobre el mástil". (31:156)

trales de la novela; Medrano resuelve embarcarse para abandonar a una mujer que ya no quiere; Claudia huye del padre de su hijo; Paula pretende borrar su último fracaso amoroso, la vida snob y falsa que lleva. Raúl, López y Rastelli escapan de la rutina burocrática que los consume; Lucio y Nora tratan de evitar, mintiendo, las críticas a su relación clandestina; El Pelusa, para quien el viaje es aventura más que evasión, desea conocer mundo para relatarlo después ante la barra de su vecindario; Persio, que dice estar extenuado y necesitar una vacación va, en verdad, en busca de cierto orden definitivo del cosmos. Como sea, se dejan ver culpas que quieren ser expiadas durante el crucero, es necesario eludir una situación inmediata. El Estado se encarga del resto: permiso inmediato de vacaciones, dinero para los gastos, todo muy oficial, como humorísticamente se cuenta: "La gran astucia fue lo de las licencias automáticas. ¿Qué burócrata resiste? Y el talonario de cheques del viajero, eso también cuenta. Dólares, fijate un poco, dólares" (31:40).⁽¹⁸⁾ Para unos y para otros se diseñan las cosas en la mezcla extraña de lo oficial y lo providencial, y el tiempo que cuenta es el futuro, el porvenir.

Resume Las Casas el día diez de octubre de 1492, entre la tripulación: "Aquí la gente ya no lo podía sufrir: quejábanse del largo viaje. Pero el Almirante los esforzó lo mejor que pudo, dándoles buena esperanza de los provechos que podrían haber" (29:28). El señuelo del mañana tiene un sentido primordial en aquella navegación y no lo pierde en el viaje que parece reproducirla:

—Está bien hablar de suspensión del futuro —dijo Claudia—. Pero esto es también una aventura, muy vulgar pero siempre una aventura, y en ese caso el futuro se convierte en el valor más importante. Si este momento tiene un sabor muy especial para nosotros se debe a que el futuro le sirve de condimento . . . (31:60)

Las circunstancias son azarosas y aparecerán pronto los factores que atentan contra el desarrollo esperado de los hechos. En el *Diario* colombino crece una primera tensión, aunque la narración no pretende crearla, por alcanzar el momento en que los navegantes lleguen a tierra; pero hay otra línea de suspenso ya más puramente intrínseca al relato: la confesión que el narrador concede al lector de que el Almirante ocultaba a sus hombres el número real de leguas recorridas cada día para que así no

(18) Este pasaje de *Los premios* podría cotejarse, no tan sacrílegamente, con "una provisión real del 30 de abril de 1492 que daba seguro, o salvoconducto, a las personas que fuesen con él, para que no les fuera hecho daño en sus personas o bienes, por razón de ningún delito cometido hasta ese día, y hasta dos meses después del regreso" (129:172). Se refiere, claro, al primer viaje colombino.

se amedrentaran de internarse demasiado hacia lo desconocido.⁽¹⁹⁾ Narrativamente muy profundizada se advierte en la novela una situación similar luego que, sin razón alguna, la popa queda clausurada para los turistas. El motivo de la duda, de la espera, toma nuevas formas; el deseo por develar el misterio precipita las acciones hasta el fin. Impedidos de ingresar a la popa, se amotinan y por las armas pretenden lograr el control del barco. Pero la rebelión se postergó una y otra vez: es similar lo que estuvo a punto de pasar en los barcos de Colón; pero los argentinos toman la resolución que no tomaron los de antaño: luchar, enfrentar un enemigo casi invisible, con un objetivo casi nulo; todo los impulsa a la aventura, al riesgo, dándose cuenta que el problema real sucede en el interior de cada uno —con la excepción del Pelusa que cree en causas pseudojustas.⁽²⁰⁾ La confrontación revelará rasgos íntimos de estos bonaerenses que en buena medida son también representativos del continente. Así, el Pelusa, obrero urbano, hijo de inmigrantes que fracasaron en sus intentos de cumplir en América los sueños de riquezas que les acompañaron al dejar el Viejo Mundo, representa al asalariado pobre de la gran ciudad hispanoamericana. El reverso de la medalla es don Galo que, inmigrante también, coronado de dinero, dispone de hombres y de oro al modo de un nuevo gran encomendero. Y entre el uno y el otro, un variado grupo con sus odiosas subdivisiones, en la pugna de las apariencias y de la superación económica. Los de más abajo resultan tragicómicos en su imitación porque viven en la aflicción de representar, sin descanso, más de lo que pueden. De ahí el conflicto de López, de Rastelli, de los Trejo. Los de más arriba, bien al tanto de las modas y corrientes europeas, poco entienden de sus propios connacionales, y muy diestros en el diálogo de salón, revelan más superficialidad que conocimiento. Viéndose ellos mismos con cierta curiosidad por ser argentinos, están lejísimos de sentir un compromiso serio con su continente porque su orientación vital ha perdido ya toda superioridad. Es la clase de la palabra inútil, también entrampada en el juego de las apariencias, que se sabe incapaz de ninguna

(19) Dos pasajes del *Diario* como ejemplos del recurso: "La cuenta menor que el Almirante mostraba a la gente eran quinientos ochenta y cuatro leguas; pero la verdadera que el Almirante juzgaba y guardaba eran setecientas siete" (29:25). "Habrían andado aquel día al Oeste cuatro leguas y media y en la noche al Sudeste diez y siete leguas, que son veintiuna, puesto que decía a la gente trece leguas porque siempre fingía a la gente que hacía poco camino porque no les pareciese largo; por manera que escribió por dos caminos aquel viaje, el menor fue el fingido, y el mayor el verdadero". (29:24)

(20) Según Morison, los problemas que el Almirante debió afrontar fueron de índole bien parecida: "En otros términos, las dificultades que Colón debió superar durante este viaje fueron por entero de índole moral o —si se prefiere— psicológica. Las dificultades prácticas fueron nulas; ni tormentas ni prolongadas calmas, ni vientos contrarios ni mar gruesa, ni escasez de vitualla o bebidas; nada pudiera perturbar a una flota marítima bien construida, adecuadamente equipada y bien cimentada como ésta lo era". (99:260)

vanguardia. La enseñanza de Martí, Sarmiento, Rodó que tanto anhelaron una vida superior para nuestra América ha sido olvidada y cambiada por los "ismos" que con tanta destreza manejan Raúl, Paula, Medrano. Para éstos y sus similares, la palabra inspiradora de los maestros se transformó en letra muerta. La mecánica del descontento y la promesa se detiene en una hora de desaliento. La llamada nueva novela, posterior a los años cincuenta, asume, fundamentalmente, la descripción del descontento; su función cultural será la desmitificación; su propósito, indagar desapasionadamente las causas de la estagnación continental. La obra de Cortázar, casi sin exclusión, se dirige en esa dirección: denuncia las fuerzas contrarias al destino libre y justo del continente; relata conflictos vitales —desde una perspectiva universal— del hombre hispanoamericano de hoy.

Los premios, siendo menos enfática que *Rayuela*, por ejemplo, en plantear estas cuestiones es, sin embargo, una de las primeras que contribuyen a la tarea de cancelar la vigencia del viejo mito. La imagen que presidió el encuentro del Nuevo Mundo cambia sus carabelas por una motonave que va en sentido contrario: ni Utopías ni Paraísos fueron encontrables en el *acá*. Pero ya no hay adónde ir. Se han cerrado las puertas a indagaciones externas; al tercer día de navegación el Malcolm debe regresar a Buenos Aires. Y es Persio, que sabe de la otra navegación, de la esperanzada, quien anhela la transformación de ésta en la primera. Al comprender lo imposible de su petición, contempla los astros, testigos de ambas, para que le devuelvan algo del orden anterior en este reinante caos o para que, al menos, le permitan, y aunque sea por segundos, una visión total de su continente: el pasado, el ahora, el futuro. En su reflexión se pregunta angustiado:

Noche del sábado, resumen de la gloria, ¿es esto lo sudamericano? En cada gesto de cada día, ¿repetimos el caos irresuelto? En un tiempo de presente indefinidamente postergado, de culto necrofílico, de tendencia al hastío y al sueño sin ensueño, a la mera pesadilla que sigue a la ingestión del zapallo y el chorizo en grandes dosis, ¿buscamos la coexistencia del destino, pretendemos ser a la vez la libre carrera del ranquel y el último progreso del automovilismo profesional? De cara a las estrellas, tirados en la llanura impermeable y estúpida, ¿operamos secretamente una renuncia al tiempo histórico, nos metemos en ropas ajenas y en discursos vacíos que enguantan las manos del saludo del caudillo y el festejo de las efemérides, y de tanta realidad inexplorada elegimos el antagónico fantasma, la antimateria del anti-espíritu, de la antiargentinidad, por resuelta negativa a padecer como se debe un destino en el tiempo, una carrera, con sus vencedores y vencidos? Menos que maniqueos, menos que hedónicos vividores, ¿representamos

en la tierra el lado espectral del devenir, su larva sardónica agazapada al borde de la ruta, el antitiempo del alma y el cuerpo, la facilidad barata, el no te metas si no es para avivarte? Destino de no querer un destino..."
(31:320)

Renuncia, hastío, decadencia; Persio es el testigo y también la conciencia de la novela; es el intermediario reflexivo entre el mundo argentino cotidiano y su sentido en la historia: sus conclusiones no pueden ser más negativas porque ve frustrarse en su presente posibilidades que se habían malogrado en el pasado. Es otra vez "el primer acto del destino americano", las figuras vuelven a repetir los mismos gestos que los hombres de otros tiempos, pero ahora, en la desacralización que impone el fracaso, el ritual no conlleva la mínima esperanza:

Agobiado de fatiga y desesperanza, harto de una lucidez que no le ha dado más que otro retorno y otra caída, asiste Persio a la danza de los muñecos de madera, al primer acto del destino americano. Ahora serán abandonados por los dioses descontentos, ahora los perros y las vasijas y hasta las piedras de moler se sublevarán contra los torpes golems condenados, caerán sobre ellos para hacerlos pedazos, y la danza se complicará de muerte, las figuras se llenarán de dientes y de pelos y de uñas, bajo el mismo cielo indiferente empezarán a sucumbir las imágenes frustradas, y aquí en este ahora donde también se alza Persio pensando en un niño enfermo y en una madrugada turbia, la danza seguirá sus figuras estilizadas, las manos habrán pasado por la manicura, las piernas calzarán pantalones, las entrañas sabrán del foie gras y del muscadet, los cuerpos perfumados y flexibles danzarán sin saber que danzan todavía la danza de madera y que todo es rebelión expectante y que el mundo americano, es un escamoteo, pero que debajo trabajan las hormigas, los armadillos, el clima con ventosas húmedas, los cóndores con piltrafas podridas, los caciques que el pueblo ama y favorece, las mujeres que tejen en los zaguanes a lo largo de su vida, los empleados de banco y los jugadores de fútbol y los ingenieros orgullosos y los poetas empecinados en creerse importantes y trágicos y los tristes escritores de cosas tristes, y las ciudades manchadas de indiferencia. Tapándose los ojos donde la popa entre ya como una espina, Persio siente cómo el pasado inútilmente desmentido y aderezado se abraza al ahora que lo parodia como los monos a los hombres de madera, como los hombres de carne a los hombres de madera.
(31:358-9)

En ese sentir patético de un primitivismo que se cree moderno se resuelve la tragedia de nuestra América. Hoy es lo mismo que ayer, con la diferencia que ahora estamos despojados del gran mito. Al girar de la Historia el saldo no nos favorece, porque la rueda se atasca pesadamente en el descontento, en la anti-Utopía. Tal sentimiento domina en nuestra literatura actual.

13. CIEN AÑOS DE SOLEDAD: QUINIENTOS AÑOS DE HISTORIA AMERICANA

"Yo siempre leí que el mundo, tierra e agua, era esférico..."
(29:180)

Cien años de soledad condensa el sentido de los capítulos anteriores: novela toda la historia del continente, desde su descubrimiento y conquista hasta la disolución de la familia de fundadores, cuyo vástago último nace con cola de puerco para cancelar así un ciclo que narra el inicio, desarrollo, gloria y despojo de un pueblo que pareciera ser todo el continente. La metáfora evidente de su título pone de manifiesto el resultado del proceso: soledad y destrucción. Términos ambos que no sufren inversiones ni ironías, porque la obra mostrará, como en un reflejo desfigurante, la secuencia más o menos histórica de lo que ha sido la invención y creación del Nuevo Mundo.

José Arcadio Buendía, el primero, a quien un azar puso tierra adentro, no busca desde el mar hacia el interior; busca desde el interior hacia la costa, con previsible resultado: nunca llega a la ribera; agotado por la búsqueda, da fin a su expedición en un sitio que consagraría su nombre en las hazañas del grupo: Macondo. La significación del nombre no alude a un Guanahani que será luego San Salvador, es simplemente un sonido, un nombre "que no tenía significado alguno". La tarea de este explorador atraído por sueños menos esperanzados ha comenzado también, inversamente: ya establecido en nuevos dominios, y por el estudio, descubre que el mundo es "redondo como una naranja". Y, ciertamente, no tardará en presentar la conclusión que le sugiere su hallazgo: "... reunió en el cuartito a los hombres del pueblo y les demostró, con teorías que para todos resultaban incomprensibles, la posibilidad de regresar al punto de partida navegando siempre hacia el Oriente". (56:12)

La inversión del hecho tradicional evidencia la ingenuidad original de Macondo y sus habitantes, en un inicio casi absoluto, descrito bajo cierto irónico sentido del humor. Porque carece de los medios, José Arcadio no hará el intento de probar la teoría; pero aun así, ésta lo sitúa en la dimensión humana que le corresponde: el nuevo descubridor, el buscador iluminado. La inversión apoya, igualmente, la verdad esencial

que presta fundamento a la obra del Inca Garcilaso, a la de Balbuena: la uniformidad del hombre, la condición de paridad mental entre el habitante del viejo y del Nuevo Mundo.

El éxodo de esta familia americana concluye remontando sierras y cruzando pantanos y aunque van "hacia la tierra que nadie les había prometido", Macondo, como Santa Mónica de los Venados, no está lejos de una otra Catedral de las Formas.⁽¹⁾

Se vuelve a diseñar la Utopía americana según las líneas iniciales del ideal:

José Arcadio Buendía, que era el hombre más emprendedor que se veía jamás en la aldea, había dispuesto de tal modo la posición de las casas, que desde todas podía llegarse al río y abastecerse de agua con igual esfuerzo, y trazó las calles con tal buen sentido que ninguna casa recibía más sol que otra a la hora del calor. (36:15)

El espíritu de geometría que había servido para levantar las polis utópicas del Renacimiento —integradas por Balbuena al Nuevo Mundo— revive en Macondo que inicia sus días bajo el signo de la aldea feliz; José Arcadio es el Manco Cápac de la hora; que en vez de iniciar la dinastía con su hermana, como el Inca, la comienza con su prima Ursula Iguarán.

En pocos años, Macondo fue una aldea más ordenada y laboriosa que cualquiera de las conocidas hasta entonces por sus 300 habitantes. Era en verdad una aldea feliz, donde nadie era mayor de treinta años y donde nadie había muerto. (36:15-6)

La paz original va a ser destruida por agentes foráneos de los que estas sociedades no logran escapar. En el momento en que el *allá* se filtra en Macondo, se rompe el sortilegio de lo paradisiaco y sus habitantes en el futuro deberán resistir todas las plagas concernientes a la historia del continente siendo la peor, la presencia del imperialismo norteamericano encarnado en la compañía bananera.

Macondo no es una isla, como debería ser para corresponder al esquema tradicional de las geografías utópicas; sin embargo, más tarde, el coronel Aureliano Buendía sostendrá que el pueblo está rodeado de

(1) Es después de fundada la villa —y no antes— que se encuentra un sitio semejante al del cuarto día de la Creación: "Los hombres de la expedición se sintieron abrumados por sus recuerdos más antiguos en aquel paraíso de humedad y silencio, anterior al pecado original, donde las botas se hundían en pozos de aceites humeantes y los machetes destruían lirios sangrientos y salamandras doradas". (36:17)

agua.⁽²⁾ Peninsular más que insular, Macondo representa sobre todo el espacio cerrado de la fundación que sirve de microescenario para que se repitan allí las etapas de la gesta del Nuevo Mundo. Territorio enclavado en la entraña del suelo americano, aislado, lejano, pleno de su sentido legendario:

Al sur estaban los pantanos, cubiertos de una eterna nata vegetal, y el vasto universo de la ciénaga grande, que según testimonio de los gitanos carecía de límites. La ciénaga grande se confundía al occidente con una extensión acuática sin horizontes, donde había cetáceos de piel delicada con cabeza y torso de mujer, que perdían a los navegantes con el hechizo de sus tetas descomunales.
(56:17)

Tal mar o río "sin horizontes", con sus monstruos singulares de hechura mitológica, la ilimitada ciénaga grande aseguran la destemporización de Macondo, situándolo de lleno en lo mítico: es simplemente el Principio.

Un gallo de pelea y luego un espectro habían causado la búsqueda del territorio necesario para la fundación de un pueblo esperanzado en la paz, contrario a las presencias del mal: "Los únicos animales prohibidos no sólo en la casa, sino en todo el poblado, eran los gallos de pelea" (56:15). Los gitanos serán los gallos de pelea para Macondo: transmisores de las plagas que vendrán después.⁽³⁾

Emocionalmente el pueblo vive también una época primera: domina la inocencia, el candor de sus habitantes que encuentran en las simplezas de los visitantes las maravillas de la humanidad: "Este es el gran invento de nuestro tiempo", exclama con solemnidad José Arcadio, el viejo, al tocar el hielo que en secreto exhiben los gitanos.

Cronológicamente la historia de los Buendía puede rastrearse hasta los alrededores de 1596, "cuando el pirata Francis Drake asaltó a Riohacha, en el siglo XVI..." (56:24). Luego se condensa en la frase "varios siglos más tarde..."; pero es improductivo tratar de situar temporalmente la novela: uno de sus aciertos es la aparente sincronía en que vive Macondo. Sin embargo, el carácter cíclico de los hechos es exacto, y comienza a aparecer sólo después que la vida del pueblo se establece. Antes es el

(2) "—¡Carajo! —gritó—. Macondo está rodeado de agua por todas partes. La idea de un Macondo peninsular prevaleció durante mucho tiempo, inspirada en el mapa arbitrario que dibujó José Arcadio Buendía al regresar de su expedición. Lo trazó con rabia, exagerando de mala fe las dificultades de comunicación, como para castigarse a sí mismo por la absoluta falta de sentido con que eligió el lugar". (56:18-9)

(3) "Aquel espíritu de iniciativa social desapareció en poco tiempo, arrastrado por la fiebre de los imanes, los cálculos astronómicos, los sueños de transmutación, y las ansias de conocer las maravillas del mundo". (56:16)

tiempo del origen, de la esperanza. Toma lugar, entonces, el reemplazo del mito por la epopeya, aunque leyenda y crónica no se excluirán en la narración.⁽⁴⁾

El núcleo original de la familia se rompe marcando el fin de una época y anunciando el comienzo de la siguiente. El sexo desencadena la dispersión de los Buendía: José Arcadio, hijo, deja Macondo para seguir a una joven gitana que "tenía una decisión y un calor que compensaban su fragilidad". Pero el sentido común de la casa, Ursula, saldrá en busca del hijo. Cuando regresa, cinco meses después, "llegó exaltada, rejuvenecida, con ropas nuevas de un estilo desconocido en la aldea... Ursula no había alcanzado a los gitanos, pero encontró la ruta que su marido no pudo descubrir en su frustrada búsqueda de los grandes inventos". (56:38)

Termina así la conquista y fundación. Se encienden tímidas luces del siglo XVIII; inquieto José Arcadio por la preocupación del momento, considera trasladar el pueblo: "Aquí nos hemos de pudrir en vida sin recibir los beneficios de la ciencia". La acusación pareciera expresada por uno de esos disconformes criollos del 1700. A pesar del estatismo espiritual de la colonia, el pueblo cambia:

Macondo estaba transformado. Las gentes que llegaron con Ursula divulgaron la buena calidad de su suelo y su posición privilegiada con respecto a la ciénaga, de modo que la escueta aldea de otro tiempo se convirtió muy pronto en un pueblo activo, con tiendas y talleres de artesanía, y una ruta de comercio permanente por donde llegaron los primeros árabes de pantuflas y argollas en las orejas, cambiando collares de vidrio por guacamayas.
(56:38)

José Arcadio vuelve a organizar la repartición de la tierra y en una medida que ratifica su cambio, decreta la expulsión permanente de los gitanos de Macondo. El siglo de la razón se consume sin mayores consecuencias en la aldea, cuyos habitantes ven en las novedades de los viajeros sólo un tipo de magia diferente a la ya conocida. El aislamiento forzoso del resto del mundo y la pasividad serena con que acepta las plagas que lo asuelan, ponen de manifiesto el vivir colonial hispanoamericano. Melquíades continuará como nexos con lo exterior y regresará a salvar a Macondo del olvido, luego de haber derrotado a la muerte. Siendo la indeterminación cronológica base organizativa del narrador, poco cuenta

(4) Carlos Fuentes ha señalado relaciones entre la fundación de Macondo y la de Utopía. Considera el desarrollo de la novela en dos planos: crónica e imaginación, epopeya y mito. La idea, más allá de esta novela, es válida —como constante general— en las grandes producciones hispanoamericanas. Cfr. (53:58-67)

uno que otro anacronismo los que, en todo caso, permiten vislumbrar el tiempo externo que circunda el ámbito peculiar de esta ciudad de espejismos.

La madurez de los hijos, la decrepitud de José Arcadio, el desgaste de la casa, el movimiento cada vez más intenso del pueblo anuncian los albores del XIX. No es siglo de paz, sino de conflicto. Así, será un guerrero quien asume el rol protagónico: el coronel Aureliano Buendía, que pasará su vida en las interminables guerras entre liberales y conservadores. Al padre, fundador, colonizador y virrey, lo desplaza el hijo caudillo, el de charreteras improvisadas en luchas carniceras.

Notoriamente en la obra un varón tendrá el papel principal, muy de acuerdo éste a las contingencias de la Historia. Por ello, el hermano mayor del coronel, falto de representatividad histórica, va a perderse en el anonimato del trabajo agrícola y en la más misteriosa y literaria muerte. Ursula, la contrapartida femenina de estos notables varones de Indias, continuará en su lucha "por preservar el sentido común".

Para esperar la nueva época es necesario renovar también la casa de adobe hecha por mano del colonizador, y son ahora carpinteros los que realizan las tareas de ampliación: "La primitiva construcción de los fundadores se llenó de herramientas y materiales, de obreros agobiados por el sudor, que le pedían a todo el mundo el favor de no estorbar..." (56:54). En el momento de pintarla, se sabe que ya no podrá ser blanca. Alguien ordenaba —una autoridad venida de afuera— que las casas debían ser azules. El corregidor trae, además de disposiciones menores, el germen de las injustificadas guerras civiles; su escolta armada es el primer aviso. El siglo comienza con varias notas peculiares. Un baile que se ofrece para inaugurar las ampliaciones sirve también el propósito de celebrar el fin de un período histórico —la colonia— y tiempos nuevos —el siglo XIX—. La pianola que brindará la música, llegada junto con manteles de Holanda y cristalería de Bohemia, ha sido instalada por un simbólico representante del *allá*, Pietro Crespi; éste porta modos de vida desconocidos entonces en el pueblo. Su urbanidad europea resulta ridícula y hasta afeminada a los hombres de Macondo: "...era joven y rubio, el hombre más hermoso y mejor educado que se había visto en Macondo, tan escrupuloso en el vestir que a pesar del calor sofocante trabajaba con el almilla brocada y el grueso saco de paño oscuro" (56:58). Pero los hijos de las familias fundadoras no pueden bailar como hubiera sido de esperar pues la pianola no funciona bien. Con todo, el aparato musical alucina a José Arcadio, el viejo, como antes los más primitivos juguetes de los gitanos. A pesar del ruido descompasado, se baila, y el pueblo mudará su imagen y la de sus habitantes al ritmo que imponen los emisarios de afuera, por desacorde que sea.

Los hábitos de la casa comienzan a ser los del siglo. La familia pule las maneras aún rústicas del conquistador y aprenden las que manda Eu-

ropa. Adquiere los rasgos de las aristocracias criollas que sin contrapeso van a asegurarse el dominio de los próximos cien años. Pero los Buendía no apagan su fuego creador; mantienen latentes las fuerzas originales, conservan la posibilidad de saltar los marcos del urbanismo civil con su vitalismo indómito. Cargando con las muchas contradicciones que culminan en una cola de cerdo, el clan se desplaza por su historia macondiana diseñando en la aldea lo que sucedía en el continente todo.

A la gesta colonial, donde lo erótico era generalmente necesidad de hembra, sigue un clima de pasiones; de acuerdo con los tiempos que corren, los jóvenes Buendía van a sufrir las penas de amores imposibles, de desengaños e ilusiones: el amor inunda la casa. Pietro Crespi, agente de pianolas llegado de Europa, introduce también la fuerza del Romanticismo. Las cartas a lejanos destinatarios se apilan en baúles secretos, atadas con cintas rosas. Aureliano es el primer Buendía que se enamora; se suspenden los experimentos en el cuarto de alquimia, que le sirve de retiro para escribir versos apasionados. Antes el encuentro de hombre con mujer había tomado lugar bajo circunstancias apremiantes, en la premura de la creación; por eso José Arcadio, el viejo, no acepta las nuevas debilidades y maldice: "El amor es una peste".

A la peste del amor sucede la de la guerra. Resueltos parcialmente los conflictos de prolongados romances en matrimonio o suicidio, la tormenta erótica deja la casa y se asoma otra más externa a los Buendía, aunque no menos relevante: las guerras civiles descritas con la fuerza cruda del Realismo. El coronel Aureliano Buendía ha heredado la tenacidad paterna y la pondrá al servicio de los liberales mientras su padre queda relegado a la sombra del castaño. Lo que acontece en cuanto acción narrativa es el pasar de Macondo durante los enfrentamientos, las vicisitudes del coronel y sus asociados, la presencia constante de Ursula que persiste en mantener el orden casero por otra generación: "Mira la casa vacía, nuestros hijos desperdigados por el mundo, y nosotros dos solos otra vez como al principio" (56:96). Será un nuevo comienzo, el inicio de otro ciclo signado por lo bélico y demarcatorio del momento histórico que vivía Hispanoamérica: Las luchas civiles internas que abundan hacia la mitad del siglo pasado.

Todos los vicios, la violencia, la corrupción inherente a esos conflictos no faltan en la novela. Arcadio, por ejemplo, alcalde temporal de Macondo, encarnará el tipo de jefe local inclemente, abusador y estúpido que medra amparado por el favor de acontecimientos azarosos. Cuando los adversarios llegan al pueblo, Arcadio pagará con su vida, frente a los fusileros, la enorme cantidad de atropellos que había cometido. Sin entender las razones que lo llevaron a tomar lado, muere gritando "¡Viva el partido liberal!". El razonamiento de estos soldados no es ideológico: luchadores de periferia, ignoran el gobierno central y sus problemas. Muy lejos están de las motivaciones de un Sarmiento o un

Martí; pero ese desconcierto es tema clásico en las letras hispanoamericanas.⁽⁵⁾

Ya apresado y en vísperas del fusilamiento, el coronel decide entregar sus versos de amor a Ursula para que los quemé, porque presiente la muerte, aunque todo le parece ya vivido. Recordar frente al pelotón de fusileros anuncia la llegada del momento crucial; pero los milagros siguen amparando al coronel que morirá de viejo, muchos años después, al pie del mismo castaño que había cobijado a su anciano padre. "Esta mañana, cuando me trajeron, tuve la impresión de que ya había pasado por todo esto", le cuenta a su madre, anticipando la clave de una saga hace tiempo escrita, de unos hechos que para alguien son ya conocidos, en un cosmos narrativo inverosímil, en donde hasta varios de los personajes son omniscientes.⁽⁶⁾

Porque el tiempo supera los acontecimientos y vuelven a repetirse situaciones sucedidas, el coronel no es fusilado y escapa para continuar luchando aunque ignore otra razón que la venganza. Y así como el per-

-
- (5) Véase cuán abundante es en las novelas de la revolución mexicana, por ejemplo, o en obras donde aparecen guerras civiles.

En un diálogo entre el Coronel Buendía y su íntimo amigo, el Coronel Gerineldo Márquez, aquél le pregunta: "—Dime una cosa, compadre—: ¿por qué estás peleando?"

—Por qué ha de ser, compadre —contestó el Coronel Gerineldo Márquez—: por el gran partido liberal.

—Dichoso tú que lo sabes —contestó él—. Yo, por mi parte, apenas ahora me doy cuenta que estoy peleando por orgullo.

—Eso es malo— dijo el Coronel Gerineldo Márquez.

Al coronel Aureliano Buendía le divirtió su alarma. Naturalmente, dijo. Pero en todo caso, es mejor eso, que no saber por qué se pelea". (56:121)

Cuando más tarde el Coronel convoca a una reunión de los principales comandantes rebeldes, cuenta el narrador que: "Encontró de todo: idealistas, ambiciosos, aventureros, resentidos sociales y hasta delincuentes comunes. Había inclusive un antiguo funcionario conservador refugiado en la revuelta para escapar a un juicio por malversación de fondos. Muchos ni sabían por qué peleaban". (56:145)

- (6) La actitud adoptada por el narrador no podía ser más acorde con el contenido de la novela. Goic describe el tipo de narrador de la obra del siguiente modo: "Estamos ante un narrador básico omnisciente que no enuncia valores ni consideraciones sobre lo que acontece, los personajes, el mundo o la narración, ni se enfrenta críticamente ni descontentadizo a la realidad. Como ocurre con el narrador contemporáneo, en general, hallamos aquí la renuncia del narrador a interpretar el mundo, a ofrecer soluciones a las incertidumbres o violencias al sentido natural de las cosas. El narrador ostenta una máxima verdad y seguridad en la representación del mundo como éste es —y no es de otra manera de la que se representa—: una realidad extraordinaria y maravillosa.

Los aspectos contradictorios, descomunales o sobrenaturales, con su magia, su carácter mítico, su exageración épica, su destino trágico, su miseria cómica, su deformación grotesca, se desprenden de la realidad, no aparecen sobrepuestos a ella, sino simple y llanamente establecidos allí y reconocidos en su insólita condición en ella". (59:253-4)

sonaje central prosigue animando con sus actos privados y públicos las páginas de la novela, los otros van quedando entre los años, excluidos a veces con recursos propios de la mejor tradición literaria.

La obra concilia magistralmente las dos magnitudes: la de la casa con sus conflictos, pasiones incestuosas y, en fin, la singular vida cotidiana de los Buendía, con la guerra, asunto desarrollado más allá pero tangencial siempre a los aconteceres de un Macondo que sigue aproximándose al presente en un piélago temporal que aunque repetible, sin embargo en avance.⁽⁷⁾

Cuando Bruno Crespi construye un teatro "que las compañías españolas incluyeron en sus itinerarios", se anuncia la entrada de la segunda mitad del XIX. La vida se acomoda a las circunstancias de la guerra o viceversa. Civilización y barbarie conviven sin excluirse. Ursula, como antes, "se resistía a envejecer"; continuará siendo guía de la casa y, afuera, la conciencia civil obstinada en despreciar la crueldad de la guerra, en desdeñar "el ámbito de la escuela convertida en cuartel", su devoción progresista recuerda la de Sarmiento.

El coronel Aureliano Buendía muere simbólicamente el día en que firma el tratado de su rendición final. Luego de hacerlo, "se retiró a una tienda de campaña que le habían preparado por si quería descansar" y se disparó un tiro en el pecho. Es el fin de las guerras. Aunque sobrevive el disparo, en adelante no vuelve a salir de casa: opta por el encierro del taller y sus pescaditos de oro. Para el propósito de un tiempo que transcurre su retirada era necesaria: debe hacer su ingreso como protagonista principal Aureliano Segundo, el derrochador, el excesivo, el rico. A él le corresponde beneficiarse de los años de paz y bonanza que vienen para la burguesía local en las postrimerías del siglo. La madre, otra vez, se prepara para nuevas épocas: "Con una vitalidad que parecía imposible a sus años, Ursula había vuelto a rejuvenecer la casa. 'Ahora van a ver quién soy yo'" (56:157), afirma pero el lector ya lo sospecha: es el personaje épico legendario, de la especie eterna, que prolonga su figura más allá de los años, en un tiempo que pareciera pertenecerle.

Se entra a los últimos decenios del milochocientos, el fin de siglo, que tanto cambió la base visible de la vida y el arte continentales. Fieles, sin embargo, a ciertas tradiciones, los Buendía no dejan la vieja casona por una tipo Segundo Imperio ni tampoco pretenden aprender el francés. Conscientes de su pertenencia al suelo americano, afianzan raíces y, como antes, proceden al mejoramiento de la residencia: "No habrá una casa

(7) Otra de las paradojas que con respecto al tiempo maneja el narrador, se ve en su voluntad de precisar fechas: nos hablará de "el primero de octubre, al amanecer"; "el martes a las cinco de la mañana"; "un lunes a las diez y veinte de la mañana", etc. Obviamente jamás menciona años, porque en la mecánica cíclica de la novela sólo valen las fechas que puedan repetirse.

mejor, ni más abierta a todo el mundo, que esta casa de locos", afirma Ursula. Necesita de una nueva ampliación porque en esos días viene la prosperidad, los años dorados de la élite hispanoamericana.

Aureliano Segundo, el rico, está a la altura de la demanda de los tiempos. La variedad de tipos humanos tiende a restringirse porque lo que debe conservarse para la funcionalidad de la obra es el núcleo, la casa, la familia enfrentando —con alguien que los represente bien— las contingencias de un devenir que inexorablemente transcurre de creación a caída. Como los otros héroes vive Aureliano Segundo con gloria la etapa que le corresponde, distinguido también como sus grandes antecesores por una peculiar tenacidad.⁽⁸⁾ Con Fernanda procreará los gestores del siglo siguiente. Y el XIX culmina pronto su transcurso con la llegada del ferrocarril al pueblo. El camino de fierro hacia el progreso, como lo creyó Sarmiento, se transforma en vía hacia la ruina y el despojo: por él llega la compañía bananera. Las advertencias de Martí, las amenazas y esperanzas de Darío y Rodó no prosperaban. El presentido sometimiento y expropiación se efectuaban impunemente, con tal arbitrariedad, que el senil coronel Aureliano se siente otra vez motivado como para abandonar el taller y salir a combatir la injusticia. Pero ahora se trata de un enemigo "que donde pone el ojo pone la bala", como había dicho Darío; mal hizo el coronel con su amenaza porque esa misma semana, "por distintos lugares del litoral sus diecisiete hijos fueron cazados como conejos por criminales" (56:207); las balas entraron limpiamente por la cruz de ceniza indeleble, acusatoria, que llevaban en la frente. La Compañía dejaba establecidos los recursos que le permitirían cometer sus tropelías, y que dan tema a tantas páginas de la novelística neorrealista.

El tono de magnificencia que acompaña a los acontecimientos familiares no varía. Por este tiempo Remedios, la bella, asciende al Cielo "entre el deslumbrante aleteo de las sábanas que subían con ella", sellando una casta existencia en la forma única para su especie. Mientras tanto, la familia que no advierte que tiene una Virgen en casa, se empecina en tener un Papa. Una vida ceñida a los límites de Macondo otorga a Remedios, la bella, su calidad virginal, en cambio Roma enviará de regreso un joven corrupto y depravado.⁽⁹⁾

(8) La búsqueda de Fernanda llevada a cabo por Aureliano Segundo es, en palabras del narrador, propia de los mejores de la familia: "Las únicas pistas reales de que disponía Aureliano Segundo cuando salió a buscarla eran su inconfundible dicción del páramo y su oficio de tejedora de palmas fúnebres. La buscó sin piedad. Con la temeridad atroz con que José Arcadio Buendía atravesó la sierra para fundar Macondo, con el orgullo ciego con que el coronel Aureliano Buendía promovió sus guerras inútiles, con la tenacidad insensata con que Ursula aseguró la supervivencia de la estirpe, así buscó Aureliano Segundo a Fernanda, sin un solo instante de desaliento". (56:181)

(9) "En Remedios, la bella, se repitirán elementos míticos de la ascensión, en el Nuevo Testamento. Si Amaranta vive enajenada, por odio, la soledad de

Un nuevo siglo aparece ante los sorprendidos habitantes del pueblo que no estaban preparados para la llegada de la contemporaneidad: "deslumbrada por tantas maravillosas invenciones, la gente de Macondo no sabía por dónde empezar a asombrarse" (56:194). Las bombillas eléctricas, el cine y el gramófono, "la cruda realidad del teléfono", todo tiende a confirmar la presencia de nuestra época. Con tantas invenciones se produjo el desconcierto "de que ya nadie podía saber a ciencia cierta dónde estaban los límites de la realidad". Pero la realidad histórica, sin embargo, no se conmueve porque es siempre el telón inconfundible de las novedades. Si las acciones se repiten a un ritmo rápido, lo hacen en un espacio fijo que cambia paulatinamente; es el tiempo el que no se reitera, dejando que la saga de los Buendía continúe tejiendo una microhistoria del continente.

La llegada de la compañía bananera coincide con el inicio de la decadencia total de Ursula. Un tipo nuevo de mujer se dará entre los Buendía; con los mismos nombres y apellidos, pero acorde con costumbres que la burguesía del momento no tardaba en adoptar:

Meme aprendió a nadar como una profesional, a jugar al tenis, y a comer jamón de Virginia con rebanadas de piña. Entre bailes, piscina y tenis, se encontró de pronto desenredándose en inglés. (56:235)

Mujeres como Ursula habían dominado en los comienzos; serán como Meme las que señalen el fin. Se ve así cómo los personajes —hombres y mujeres— pertenecen a la inequívoca utilería de la Historia. Meme es la antesala de la caída: "Los acontecimientos que habían de darle el golpe mortal a Macondo empezaban a vislumbrarse cuando llevaron a casa al hijo de Meme Buendía"; él descifrará los códigos que contienen la novela, será el último del grupo porque devela el secreto de los pergaminos en un momento en que coincide el presente de la obra con el presente de la historia continental.

En un giro que comprueba la coherencia de su cosmos, la novela asume temas de la narrativa neorrealista de los años treinta. Aproximándose a lo documental, en las páginas de ahora como en las de antes quedará formulada la denuncia de las atrocidades del invasor. Se llega a los años de la "huelga grande" que José Arcadio Segundo con otros

Remedios es consecuencia de su pureza absoluta. El narrador la presenta como huésped: 'no era un ser de este mundo'. Su semejanza con la Virgen María se establece sin rodeos: a Ursula, su bisabuela, le conturbaba tanta hermosura y tanto candor: 'desde el vientre de su madre estaba a salvo de cualquier contagio', invulnerable a la tentación, a las asechanzas de los hombres, a la malevolencia...' (la única inmune a la peste del banano). Criatura de 'pureza excepcional', la precede y acompaña un olor impregnante, perturbador, que apasiona y atormenta a los hombres". (64:65)

dirigentes sindicales ayuda a promover en demanda de justísimas peticiones. Este adquiere el rasgo típico de los Buendía que sobresalen: obstinación en el cumplimiento de sus empeños. A modo de un segundo coronel "estaban incitando a la huelga a los trabajadores de la compañía bananera", pero el enemigo ha cambiado y se pierde todo en una batalla tan desigual que dura apenas minutos. Sólo más tarde la naturaleza por medio de un diluvio castigará al intruso.

Como no había sucedido antes, la ficción se acerca textualmente a la crónica: toda la magnificación de los hechos relativos a la huelga es aparente porque encuentra una rigurosa contrapartida histórica. De ahí que la novela, si está cerca de algún mito, es, sobre todo, del mito de lo real maravilloso americano. Al desarrollar una temática propia de la generación neorrealista, también el modo narrativo se adecua: aparece un tipo de lenguaje que mucho tiene de similar con el periodístico, con el de la crónica:

Hacia las doce, esperando un tren que no llegaba, más de tres mil personas, entre trabajadores, mujeres y niños, habían desbordado el espacio descubierto frente a la estación y se apretujaban en las calles adyacentes que el ejército cerró con filas de ametralladoras. (56:259)

Segundos después comienza una carnicería cuya relación bien podría figurar entre las páginas más fuertes de la prosa hispanoamericana. En ese instante trágico la novela se une como nunca con el documento porque todo eso ocurrió en diciembre de 1928, año de nacimiento del autor.⁽¹⁰⁾ Abatidos por las balas mercenarias se dispersan los últimos vestigios de Utopía. Corroborando tal fin, la novela tiende a suprimir toda esperanza al entrelazar la ficción con el documento; es la forma de hacer más evidente el destino infortunado de Hispanoamérica.

El incidente en la plaza y la matanza de tres mil obreros, como afirma hasta su muerte José Arcadio Segundo, ocurrió, en efecto, el 7

(10) Un cotejo de las páginas de la novela relativas a la huelga y la gran matanza con la obra *El imperio del banano* (76:315-321) que cuenta en detalle los incidentes novelados en *Cien años...*, deja en evidencia que la ficción no se aparta en nada del documento; cuando la novela cuenta que "los obreros aspiraban a que no se les obligara a cortar y embarcar banano los domingos", la crónica dice que entre las peticiones figuraba "un día de descanso cada siete". Dice la novela: "Afirmaban, además, que no se les pagaba con dinero efectivo, sino con vales que sólo servían para comprar jamón de Virginia en los comisariatos de la compañía". La crónica cuenta que los obreros demandaban "suspensión de las bodegas de la compañía y de los vales de crédito en lugar de dinero". En la página 253 de la novela hay una larga lista de demandas relativas a las pobres condiciones de vida de los trabajadores, todas coincidentes con las que el texto histórico enumera en su página 318.

de diciembre de 1928, no en Macondo sino en el pueblo Ciénaga. Dice la crónica al respecto:

Al día siguiente, en la plaza de Ciénaga los soldados ordenaron a un grupo de trabajadores que se dispersasen y al no obedecer los huelguistas, dispararon sobre ellos, matando e hiriendo a muchas personas. Castrillón dice que el número de muertos fue de cuatrocientos diez. (76:319)

Ciertamente que hubo discusión con respecto al número de caídos. Tal vez José Arcadio Segundo vio más de los que eran, pero la cifra de tres mil no es ajena a la crónica: "El General Cortés Vargas, que sofocó la huelga dice que hubo cuarenta muertos y más de un centenar de heridos. Por otra parte, Castrillón declara que los muertos fueron mil quinientos y los heridos tres mil" (76:320). A pesar de todo el asunto se olvida: " 'Seguro que fue un sueño', insistían los oficiales" tiempo después; pero el niño que por casualidad salvó José Arcadio Segundo de las balas "había de seguir contando, sin que nadie se lo creyera, que había visto al teniente leyendo con una bocina de gramófono el Decreto Número 4 del jefe civil y militar de la provincia. Estaba firmado por el General Carlos Cortés Vargas" (56:258). La novela recoge el nombre del siniestro general para disipar dudas acerca de su carácter documental. Como una verdadera historia, disimulada detrás de hechos que más bien son parcos al sumarizar lo que representan, la contribución de la obra es en este caso, recordar lo que ciertos textos de historia han ignorado, lo que la memoria colectiva olvida.⁽¹¹⁾

Muerta Ursula, la casa y la familia entran en su último ciclo. Tampoco Macondo es el mismo después de un diluvio que, si bien lo ha aliviado de la plaga de la compañía bananera, anuncia fin pero no nuevo empezar. Morirá también Aureliano Segundo, no sin antes cumplir otro sueño del criollo rico que representa: mandar a su hija a terminar estudios

(11) "La versión oficial, mil veces repetida y machacada en todo el país por cuanto medio de divulgación encontró el gobierno a su alcance, terminó por imponerse: no hubo muertos, los trabajadores satisfechos habían vuelto con sus familias, y la compañía bananera suspendía actividades mientras pasaba la lluvia" (56:263). Claro que la lluvia duró cuatro años, once meses y dos días.

No José Arcadio Segundo, que sobrevive a la matanza, sino su sobrino Aureliano, pensará más tarde en escribir la historia verdadera del hecho. El primero, "enseñó al pequeño Aureliano a leer y escribir, lo inició en el estudio de los pergaminos, y le inculcó una interpretación tan personal de lo que significó para Macondo la compañía bananera, que muchos años después, cuando Aureliano se incorpora al mundo, había de pensarse que contaba una versión alucinada, porque era radicalmente contraria a la falsa que los historiadores habían admitido y consagrado en los textos escolares". (56:296)

en un colegio de señoritas en Europa. La casa queda a disposición del último Aureliano que, absorto en el gabinete de alquimia, desconoce la calle, el pueblo. Está entregado a la tarea de descifrar una historia que es la misma que lo incluye, a él y a los suyos, de nacimiento a muerte.

El retorno del futuro Papa poco estorbará los quehaceres del último Buendía; sólo cuando aquél muere ahogado por los niños que había corrompido, "comprendió cuánto había empezado a quererlo". Es el regreso de Amaranta Ursula lo que trae el trastorno; ella lo conduce al incesto ingenuo que ronda a la familia desde el origen y que marcará su fin. Los dos jóvenes son buena muestra de los tipos clásicos de su linaje. El se parecía mucho al Coronel Aureliano Buendía: "Ninguno de los hijos de éste se le pareció tanto ni siquiera Aureliano José, sobre todo por los pómulos pronunciados, y la línea resuelta y un poco despiadada de los labios". Ella era "activa, menuda, indomable, como Ursula, y casi tan bella y provocativa como Remedios, la bella...". De esta pareja nacerá el hijo con cola de puerco con que acaba la estirpe. Antes de que tome lugar la desgracia aparece Gabriel, un bisnieto del coronel Gerineldo Márquez, de cercano parecido con el Gabriel autor.⁽¹²⁾ La mayor aspiración de ese joven, como la de sus amigos íntimos, es salir de Macondo, de América.⁽¹³⁾ Aureliano, el último, no cede a la tentación del viaje porque la inevitable pasión por Amaranta Ursula lo obliga: la fuerza que había sido el principio debía ser también el caos, porque el incesto como la soledad persigue a los Buendía.

El escenario que recibió a los fundadores ha variado tan radicalmente como las aspiraciones de los descendientes. Macondo, abandonado y decrepito, de aldea feliz terminó siendo colección de excéntricos burdeles. La muerte asedia a "aquel Macondo olvidado hasta por los pájaros, donde el polvo y el calor se habían hecho tan tenaces que costaba trabajo respirar...". (56:340)

Aureliano, incapaz de intuir la muerte, no siente la tentación de salir al mundo porque sin haber abandonado Macondo, cree saberlo todo. Quedará a la espera del golpe ciclónico destructor. Los que han partido se salvarán y, como Melquíades en sus viajes por el globo, juntarán las fuerzas necesarias para recordar y narrar la Historia del génesis y apocalipsis macondianos.

(12) Las menciones que sobre este personaje aparecen en la novela no son de difícil rastreo. Cualquier biografía elemental del autor comprobará el parecido. Detalles como, por ejemplo, el nombre y ocupación de la novia de Gabriel, dicen corresponder muy de cerca a la esposa del autor. Las precisiones biográficas se hallan en el capítulo I del estudio de Mario Vargas Llosa. (150)

(13) Los cuatro lúcidos amigos de Aureliano viven pensando en la ocasión de la partida. Su maestro, el librero catalán, es el primero en cruzar el Atlántico de regreso; "terminó por recomendarles a todos que se fueran de Macondo". Todos menos Aureliano hacen el viaje salvador.

El ciclo se cierra: lo que antes fue búsqueda ansiada de una tierra donde establecer la aldea feliz, la Arcadia de un Buen-día, es ahora necesidad imperiosa de alejarse, para sobrevivir. Las fuerzas de la creación se exterminaron de tanto girar en un eje que se debilitaba por su inhabilidad para renovarse. La promesa del pasado, la bella "ciudad de los espejos (o de los espejismos)" llegaba a término dejando como sobrevivientes a esos que escapando cruzaban de regreso el Atlántico en busca de otros puntos.

El abandono del Nuevo Mundo, el desaliento ante lo que ya no es más, queda aquí, como en la novela de Cortázar, cerrando el círculo sólido que se había iniciado bajo la gran promesa. Esta parece ser central preocupación de la última narrativa en Hispanoamérica. Si las letras de antes contribuyeron a alentar el mito, las presentes tienden a dar por concluida la leyenda. *Cien años de soledad* es síntesis del pasado completo del continente y finaliza con la imagen opuesta a la inicial, interna e históricamente. Del presente-futuro nada se sabe; tal vez la soledad, un existir sin esperanza, "porque las estirpes condenadas a cien años de soledad no tenían una segunda oportunidad sobre la tierra". Concluyendo: la decepción y el caos modelan el fin del antiguo mito. Encuentra en la narrativa del presente —que se esfuerza por revelar una realidad no caricaturizada— la imagen de su caída, la confirmación de su agotamiento. Pero, en cierto modo, el Nuevo Mundo sigue intacto: en la efectiva posibilidad de su suelo y de su gente, en continuar al paso del "descontento y la promesa", que señalará otra vez mañana la hora de la esperanza. Las fuerzas vivas que cantó Darío, las esperanzas de Martí, Sarmiento y Rodó, los sueños de Vasconcelos tendrán que encontrar su hora.

BIBLIOGRAFIA CITADA

- 1 Albarracín Sarmiento, Carlos. "Pronombres de primera persona y tipos de narrador en *La Araucana*". *Boletín de la Real Academia Española*. 46 (1966) pp. 297-320.
- 2 Alegria, Fernando. "Alejo Carpentier: realismo mágico". *Homenaje a Alejo Carpentier. Variaciones interpretativas en torno a su obra*. Edición de H. Giacomán. (Nueva York, 1970) pp. 35-69.
- 3 ————. *La Poesía chilena. Orígenes y desarrollo del siglo XVI al XIX*. (México, 1954).
- 4 Amicola, José. *Sobre Cortázar*. (Buenos Aires, 1969).
- 5 Anderson-Imbert, Enrique. *Historia de la literatura hispanoamericana. La colonia. Cien años de república*. (México, 1961).
- 6 ————. *La originalidad de Rubén Darío*. (Buenos Aires, 1967).
- 7 Arciniegas, Germán. "Darío o la doble perspectiva en el destino de América". *La Torre*. 15 (1967) pp. 373-394.
- 8 Ardao, Arturo. "La conciencia filosófica de Rodó". *Número*. (Montevideo) 6-7-8 (1950) pp. 65-92.
- 9 Arocena, Luis. *El Inca Garcilaso y el humanismo renacentista* (Buenos Aires, 1949).
- 10 Arrieta, Rafael Alberto. "Rubén Darío y la Argentina". *La Torre*. 15 (1967) pp. 311-321.
- 11 Asensio, Eugenio. "Dos cartas del Inca Garcilaso". *Nueva Revista de Filología Hispánica*. 3-4 (1953) pp. 583-593.
- 12 Avalle Arce, Juan B. "El poeta en su poema". *Revista de Occidente*. 95 (1971) pp. 152-170.
- 13 ————. "Introducción". *El Inca Garcilaso en sus Comentarios. Antología vivida*. (Madrid, 1964) pp. 9-33.
- 14 ————. *La novela pastoril española*. (Madrid, 1959).
- 15 Balbuena, Bernardo de. *Grandeza mexicana. Compendio apologético en alabanza de la poesía*. Edición y prólogo de Luis Adolfo Domínguez. (México, 1972).
- 16 Bataillon, Marcel. *Erasmo y España. Estudios sobre la historia espiritual del siglo XVI*. Trad. de Antonio Alatorre. (México, 1966).
- 17 Bello, Andrés. "La Araucana, por don Alonso de Ercilla y Zúñiga". *Temas de crítica literaria. Obras completas IX*. (Caracas, 1956).

- 18 Benedetti, Mario. *Genio y figura de José Enrique Rodó*. (Buenos Aires, 1966).
- 19 ————— "Julio Cortázar, un narrador para lectores cómplices". *Tiempos Modernos*. (Buenos Aires) 2 (1965) pp. 16-19.
- 20 Burckhardt, Jacob. *La cultura del Renacimiento en Italia*. Trad. de Jorge Ardal (Barcelona, 1964).
- 21 Campbell, Joseph. *El héroe de las mil caras. Psicoanálisis del mito*. Trad. de Luisa Josefina Hernández. (México, 1972).
- 22 Capdevila, Arturo. *Rubén Darlo. Un rey bardo*. (Madrid, 1946).
- 23 Carilla, Emilio. *El embajador Sarmiento. Sarmiento y los Estados Unidos*. (Santa Fe, 1961).
- 24 ————— *Una etapa decisiva de Darlo. Rubén Darlo en la Argentina*. (Madrid, 1967).
- 25 Carpentier, Alejo. *Los pasos perdidos*. 3a. ed. (México, 1959).
- 26 ————— *Tientos y diferencias*. (Montevideo, 1970).
- 27 Castro, Américo. "Erasmus en tiempos de Cervantes". *Hacia Cervantes*. (Madrid, 1967) pp. 222-261.
- 28 Cioranescu, Alexandre. *Colón, humanista. Estudios de humanismo atlántico*. (Madrid, 1967).
- 29 Colón, Cristóbal. *Los cuatro viajes del Almirante y su testamento*. Edición de Ignacio Anzotegui. (Madrid, 1964).
- 30 Colón, Fernando. *Vida del Almirante don Cristóbal Colón*. Edición de Ramón Iglesias. (México, 1947).
- 31 Cortázar, Julio. *Los Premios*. (Buenos Aires, 1960).
- 32 Cortés, Hernán. *Cartas de relación*. Edición de Manuel Alcalá. (México, 1971).
- 33 Cox, Carlos Manuel. *Utopía y realidad en el Inca Garcilaso. Pensamiento económico. Interpretación histórica*. (Lima, 1965).
- 34 Cúneo, Dardo. *Sarmiento y Unamuno*. (Buenos Aires, 1963). ✕
- 35 Curtius, Ernst Robert. *Literatura europea y Edad Media Latina*. Trad. de Margit Frenk Alatorre y Antonio Alatorre. (México, 1955).
- 36 Darlo, Rubén. "Historia de mis libros". *Nosotros*. (Buenos Aires) 82 (1916) pp. 204-222.
- 37 ————— *Obras Completas. II Semblanzas*. Edición de G. Méndez Plancarte. (Madrid, 1950).
- 38 ————— *Poesía. Libros poéticos completos y antología de la obra dispersa*. Edición de Ernesto Mejía Sánchez. Prólogo de Enrique Anderson Imbert. (México, 1952).
- 39 Delgado, Washington. "Situación social de la poesía de Rubén Darlo". *Revista Letras*. (Lima) 76-77 (s. f.) pp. 38-55.

- 40 Díaz del Castillo, Bernal. *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*. Introducción de Joaquín Ramírez Cabañas. (México, 1970).
- 41 Díaz Plaza, Guillermo. *Modernismo frente a noventa y ocho*. (Madrid, 1966).
- 42 Durand, José. "Garcilaso entre el mundo incaico y las ideas renacentistas". *Diógenes*. 43 (1963) pp. 17-33.
- 43 ——— "La biblioteca del Inca". *Nueva Revista de Filología Hispánica*. 3 (1948) pp. 238-264.
- 44 ——— "Los silencios del Inca Garcilaso". *Mundo Nuevo*. 5 (1966) pp. 66-72.
- 45 Erasmo, Desiderio. *El Enquiridión o manual del caballero cristiano*. Edición de Dámaso Alonso. Prólogo de Marcel Bataillon. (Madrid, 1932).
- 46 Ercilla y Zúñiga, Alonso de. *La Araucana*. Introducción de Ofelia Garza. (México, 1972).
- 47 Errázuriz, Crescente. "La expedición austral de don García Hurtado de Mendoza". *Revista Chilena de Historia y Geografía*. 2 (1913) pp. 382-424.
- 48 Escobar Alberto. "Lenguaje e historia en los *Comentarios reales*". *Patio de Letras*. (Lima, 1965) pp. 11-40.
- 49 Escudero, Alfonso. "Ercilla y Chile". *Don Alonso de Ercilla, inventor de Chile*. (Santiago, 1971). pp. 39-60.
- 50 Esteve Barba, Francisco. *Historiografía indiana*. (Madrid, 1964).
- 51 Fernández Retamar, Roberto. *Ensayo de otro mundo*. (Santiago, 1969).
- 52 Fuentes, Carlos. "Alejo Carpentier o la doble adivinación". *Diálogos. Artes. Letras. Ciencias Humanas*. (México) 4 (1967) pp. 9-11.
- 53 ——— *La nueva novela hispanoamericana*. (México, 1969).
- 54 Gandía, Enrique de. "Las doctrinas heterodoxas y la emancipación de América". *Universidad*. (Santa Fe) 72 (1967), pp. 9-45.
- 55 García Icazbalceta, Joaquín. "*La Grandeza mexicana de Balbuena*". *Opúsculos varios. II*. (México, 1896) pp. 187-215.
- 56 García Márquez, Gabriel. *Cien años de soledad*. (Buenos Aires, 1967).
- 57 Gerbi, Antonello. *La disputa del Nuevo Mundo*. Trad. de Antonio Alatorre. (México, 1960).
- 58 ——— *Viejas polémicas sobre el Nuevo Mundo. Comentarios a una tesis de Hegel*. (Lima, 1943).
- 59 Goic, Cedomil. *Historia de la novela hispanoamericana*. (Valparaíso, 1972).
- 60 ——— "La tópic de la conclusión en Ercilla". *Revista Chilena de Literatura*. 4 (1971) pp. 16-34.
- 61 ——— "Póetica del exordio en *La Arcauda*". *Revista Chilena de Literatura*. 1 (1970) pp. 5-22.

- 62 Goldman, Lucien. "Creción literaria, visión del mundo y vida social". *Estética y marxismo*. Edición de Adolfo Sánchez Vásquez. (México, 1970) pp. 284-297.
- 63 González Casanova, Pablo. *Una Utopía de América*. (México, 1953).
- 64 Gullón, Ricardo. *Garcla Márquez o el olvidado arte de contar*. (Madrid, 1970).
- 65 Hars, Luis. *Los nuestros*. En colaboración con Bárbara Dohmann. (Buenos Aires, 1966).
- 66 Henríquez Ureña, Pedro. *Las corrientes literarias en la América Hispánica*. Trad. de Joaquín Díez Canedo. (México, 1964).
- 67 ——— "La Utopía de América". *Universidad y Educación*. (México, 1969) pp. 49-56.
- 68 ——— *Seis ensayos en busca de nuestra expresión. Obra crítica*. Edición de Emma Susana Speratti. (México, 1960).
- 69 Homero. *La Odisea*. Trad. de Luis Segalá y Estelella. (Buenos Aires, 1938).
- 70 Iduarte, Andrés. "América". *José Martí*. (Nueva York, 1953) pp. 92-122.
- 71 Imaz, Eugenio. *Topía y Utopía*. (México, 1946).
- 72 Imbelloni, Julio. "Las profecías de América y el ingreso de la Atlántida en la americanística". *Boletín de la Academia Nacional de la Historia*. (Buenos Aires) 12 (1939) pp. 115-148.
- 73 Ingenieros, José. "Por la unión latinoamericana". *Nosotros*. (Buenos Aires) 161 (1922). pp. 145-158.
- 74 Jara, Alvaro. *Fuentes para la historia del trabajo en el reino de Chile*. (Santiago, 1965).
- 75 Jones, Royston. "Some Notes on More's *Utopia* in Spain". *The Modern Language Review*. (Cambridge) 4 (1950) pp. 478-482.
- 76 Kepner, Charles D. y Soothill, Jay H. *El imperio del banano. Las compañías bananeras contra la soberanía de las naciones del Caribe*. S. trad. (México, 1949).
- 77 Köchler, Erich. "Las posibilidades de una interpretación sociológica ilustrada a través del análisis de textos literarios franceses de distintas épocas". *Literatura y sociedad. Problemas de metodología en sociología de la literatura*. Trad. de R. de la Iglesia. (Barcelona, 1969).
- 78 Lafaye, Jacques. "Mexico According to Quetzalcóatl: An Essay of Intra-History". *Didgenes*. 78 (1972) pp. 18-37.
- 79 Leante, César. "Confesiones sencillas de un escritor barroco". *Cuba*. 24 (1964) pp. 30-33.
- 80 León Pinelo, Antonio de. *El paraiso en el Nuevo Mundo. Comentario apolo-gético, historia natural y peregrina de las Indias Occidentales y tierra firme del mar oceánico*. Edición y prólogo de Raúl Porras Barreneche. (Lima, 1943).
- 81 Leonard, Irving. *Los libros del conquistador*. Trad. de Joaquín Díez Canedo (México, 1953).

- 82 Levin, Harry. *The Myth of the Golden Age in the Renaissance*. (Nueva York, 1969).
- 83 Lida, Raimundo. "Para La hora de todos". *Homenaje a A. Rodríguez Moñino*. (Madrid, 1966) pp. 1-13.
- 84 Lizaso, Félix. *Martí y la Utopía de América*. (La Habana, 1942).
- 85 Marasso, Arturo. *Rubén Darío y su creación poética*. (Buenos Aires, 1954).
- 86 Maravall, José Antonio. "La Utopía político religiosa de los franciscanos en la Nueva España". *Estudios Americanos*. (Sevilla) 2 (1949) pp. 199-227.
- 87 Marinello, Juan. "Martí: poesía". *Anuario Martíano*. (La Habana) 1 (1969) pp. 117-163.
- 88 Martí, José. "Nuestra América". *Páginas escogidas*. I. Edición y prólogo de Roberto Fernández Retamar. (La Habana, 1971) pp. 157-168.
- 89 Martínez Estrada, Ezequiel. *Meditaciones Sarmientinas*. (Santiago, 1968).
- 90 ————— *Sarmiento*. (Buenos Aires, 1946).
- 91 Medina, José Toribio. *Vida de Escilla*. (México, 1948).
- 92 Méndez Plancarte, Gabriel. *Humanismo mexicano del siglo XVI*. (México, 1946).
- 93 Menéndez Pelayo, Marcelino. *Historia de la poesía hispanoamericana*. (Madrid, 1911-13).
- 94 ————— *Orígenes de la novela*. (Madrid, 1905-15).
- 95 Miranda, José. "La fraternidad cristiana y la labor social de la primitiva iglesia mexicana". *Cuadernos Americanos*. 4 (1963) pp. 148-158.
- 96 Miró Quesada y Sosa, Aurelio. *El Inca Garcilaso*. (Madrid, 1948).
- 97 Monterde, Francisco. "Balbuena y sus alabanzas de México". *Cultura mexicana. Aspectos literarios*. (México, 1946). pp. 27-44.
- 98 Morgan, Arthur E. *Nowhere was Somewhere*. (Chapel Hill, 1946).
- 99 Morison, Samuel Eliot. *El Almirante de la mar oceano*. Trad. de Luis A. Arocena. Prólogo de H. Ratto. (Buenos Aires, 1945).
- 100 Morison, Samuel Eliot y Obregón, Mauricio. *The Caribbean as Columbus saw it*. (Boston, 1964).
- 101 Moro, Tomás. *Utopía*. s. trad. (Lima, 1969).
- 102 Müller-Bergh, Klaus. "Entrevista con Alejo Carpentier". *Cuadernos Americanos*. 4 (1969) pp. 141-144.
- 103 ————— *Asedios a Carpentier. Variaciones interpretativas en torno a su obra*. (Santiago, 1972).
- 104 Navarro, Bernabé. "Vasconcelos, profeta de América". *Filosofía y Letras*. (México) 38 (1950) pp. 269-290.
- 105 Neruda, Pablo. "El mensajero". *Don Alonso de Ercilla, inventor de Chile*. (Santiago, 1971) pp. 11-12.

- 106 O'Gorman, Edmundo. *Fundamentos de la historia de América*. (México, 1942).
- 107 ———— *La idea del descubrimiento de América. Historia de esa interpretación crítica y de sus fundamentos*. (México, 1951).
- 108 ———— *La invención de América. El universalismo de la cultura de Occidente*. (México, 1958).
- 109 ———— *Meditaciones sobre el criollismo*. (México, 1970).
- 110 ———— y Fernández, Justino. *Santo Tomás Moro y la Utopía de Tomás Moro en la Nueva España*. (México, 1937).
- 111 Olschki, Leonardo. *Storia Letteraria delle scoperte geografiche*. (Florencia, 1937).
- 112 Ovalle, Alonso de. *Historia relación del reino de Chile y de las misiones y ministerios que ejercitan en él la Compañía de Jesús*. Edición y prólogo de César Bustier. (Santiago, 1969).
- 113 Pagés Larraya, Antonio. "Los premios". *La vuelta a Cortázar en nueve ensayos*. (Buenos Aires, 1968) pp. 63-73.
- 114 Parry, John H. *La época de los descubrimientos geográficos. 1450-1620*. Trad. F. Morales Padrón. (Madrid, 1964).
- 115 Patch, Howard Rollin. *El otro mundo en la literatura medieval*. Apéndice de María Rosa Lida. Traducción de Jorge Hernández. (México, 1956).
- 116 Paz, Octavio. "El caracol y la sirena. Rubén Darlo". *Cuadrivio. Darlo. López Velarde. Pessoa. Cerrada*. (México, 1963) pp. 11-63.
- 117 ———— *El laberinto de la soledad*. (México, 1967).
- 118 ———— "Literatura de fundación". *Puertas al campo*. (México, 1966) pp. 11-19.
- 119 Pérez Bustamante, Ciriaco. "El lascasismo en *La Araucana*". *Revista de Estudios Políticos*. (Madrid) 64 (1952) pp. 157-168.
- 120 Prescott, William. *Historia de la conquista del Perú. Con observaciones preliminares sobre la civilización de los incas*. Traducción de Rodríguez de Rivera. (Madrid, 1847-48).
- 121 Real de Azúa, Carlos. "Ambiente espiritual del Novecientos". *Número*. (Montevideo) 6-7-8. (1950) pp. 15-36.
- 122 Reyes, Alfonso. *Última Tule. Obras completas XI*. (México, 1960).
- 123 ———— "Utopías americanas". *Ser*. 40 (1958) pp. 7-16.
- 124 Rodó, José Enrique. *Ariel*. Prólogo y edición de José Percira Rodríguez. (Buenos Aires, 1966).
- 125 ———— *Obras Completas*. Introducción y edición de Emir Rodríguez Monegal. (Madrid, 1957).
- 126 Rodríguez Fernández, Mario. "Tres mitos de América en la poesía de Rubén Darlo". *Darlo*. (Santiago, 1968) pp. 99-114.
- 127 Rojas Garcidueñas, José. *Bernardo de Balbuena. La vida y la obra*. (México, 1958).

- 128 Romeo, Rosario. *La scoperte americane nella coscienza italiana del cinquecento*. (Milán, 1971).
- 129 Rosenblat, Angel. "Bases del español de América: Nivel social y cultural de los conquistadores y pobladores". *Boletín de Filología*. (Santiago) 16 (1964) pp. 171-230.
- 130 Sáenz Peña, Roque. *Escritos y discursos*. I. (Buenos Aires, 1914).
- 131 Salinas, Pedro. *La poesía de Rubén Darlo. Ensayo sobre el tema y los temas del poeta*. (Buenos Aires, 1957).
- 132 Salomón, Néel. "José Martí y la toma de conciencia latinoamericana". *Anuario Martíano*. (La Habana) 4 (1972) pp. 9-25.
- 133 Sánchez, Luis Alberto. *Balace y liquidación del novecientos*. (Santiago, 1941).
- 134 ——— "Sobre el pensamiento americano de José Martí". *Bolívar*. (Bogotá) 23 (1953) pp. 483-496.
- 135 Santander, Carlos. "Lo maravilloso en la obra de Alejo Carpentier". *Atenea*. (Concepción) 409 (1965) pp. 99-126.
- 136 Sarmiento, Domingo Faustino. *Argirópolis. O la capital de los estados confederados del Río de la Plata*. (Buenos Aires, 1916).
- 137 ——— *Conflicto y armonía de las razas en América*. I. Edición de A. Balín Sarmiento. (Buenos Aires, 1900).
- 138 ——— *Conflicto y armonía de las razas en América*. II. Edición de A. Balín Sarmiento. (Buenos Aires, 1900).
- 139 ——— *Civilización y Barbarie. Vida de Juan Facundo Quiroga*. Prólogo y edición de Alberto Palcos. (Buenos Aires, 1938).
- 140 Silva Cáceres, Raúl. "Una novela de Carpentier". *Mundo Nuevo*. 17 (1967) pp. 33-37.
- 141 Sola, Graciela de. *Julio Cortázar y el hombre nuevo*. (Buenos Aires, 1968).
- 142 *Studi Colombiani. Atti del Convegno Internazionale di Studi Colombiani*. (Génova, 1952).
- 143 Surtz, Edward. *The Praise of Pleasure. Philosophy, Education Communism in More's Utopia*. (Cambridge, Mass 1957).
- 144 Thacher, John B. *Christopher Columbus: His Life, His Work, His Remains*. (Nueva York, 1903-4).
- 145 Ticknor, George. *Historia de la literatura española*. Trad. de Pascual Gayangos. (Madrid, 1851-56).
- 146 Torres Bodet, Jaime. *Rubén Darlo. Abismo y cima*. (México, 1966).
- 147 Tovar, Antonio. "Lo medieval en la colonización de América". *Lo medieval en la conquista y otros ensayos americanos*. (Madrid, 1970) pp. 13-25.
- 148 Van Home, John. *Bernardo de Balbuena. Biografía y crítica*. (Guadalajara, 1940).
- 149 Vargas Llosa, Mario. "Cuatro preguntas a Alejo Carpentier". *Marcha*. (Montevideo) 1246 (1965) pp. 6-7.

- 150 ————— *Garcla Márquez: Historia de un deicidio.* (Barcelona, 1971).
- 151 Vasconcelos, José. *La raza cósmica. Misión de la raza iberoamericana. Notas de viaje a la América del Sur.* (París, S. f.).
- 152 Vega, Inca Garcilaso de la. *Comentarios reales de los incas.* Edición y prólogo de Aurelio Miró Quesada y Sosa. (Lima, 1959).
- 153 ————— *Comentarios reales de los incas.* Edición de Angel Rosenblat. Prólogo de Ricardo Rojas. (Buenos Aires, 1943).
- 154 ————— *Historia general del Perú. Segunda parte de los Comentarios reales de los incas.* Edición de Angel Rosenblat. Prólogo de José de la Riva Agüero. (Buenos Aires, 1944).
- 155 Verdugo, Iber. *El carácter de la literatura hispanoamericana y La novelística de Miguel Angel Asturias.* (Guatemala, 1968).
- 156 Vesputio, Américo. *El Nuevo Mundo. Cartas relativas a sus viajes y descubrimientos.* Edición y prólogo de Roberto Levillier. (Buenos Aires, 1951).
- 157 Vignaud, Henry. *Histoire critique de la grand entreprise de Christophe Colomb.* (París 1911).
- 158 Viñas, David. *De Sarmiento a Cortázar. Literatura argentina y realidad política.* (Buenos Aires, 1971).
- 159 Vitier, Medardo. *Del ensayo americano.* (México, 1945).
- 160 Zavala, Silvio. *Ideario de Vasco de Quiroga.* (México, 1941).
- 161 ————— "La Utopía de América en el Siglo XVI". *Cuadernos Americanos.* 4 (1965) pp. 130-138.
- 162 ————— *La Utopía de Tomás Moro en la Nueva España y otros estudios.* (México, 1937).
- 163 ————— "Letras de Utopía". *Cuadernos Americanos.* 2 (1942) pp. 146-152.
- 164 Zea, Leopoldo. *En torno a una filosofía americana.* (México, 1945).
- 165 ————— "Integración de la cultura latinoamericana a la cultura universal". *Temas.* (Montevideo) 12 (1967) pp. 7-12.
- 166 Zum Felde, Alberto. *Indice crítico de la literatura hispanoamericana. Los ensayistas.* (México, 1954).

INDICE

	<i>Pág.</i>
Introducción	7
1. Nuevo Mundo y realidad. Realidad y fantasía ..	11
2. La prosa de Cristóbal Colón y las primeras descripciones del Nuevo Mundo	21
3. <i>La Araucana</i> , historia y tradición arcádica	33
4. <i>Grandeza Mexicana</i> , grandeza del Nuevo Mundo	53
5. Garcilaso de la Vega: particular historiador del Nuevo Mundo	71
6. Domingo Faustino Sarmiento. Raza y destino de América	87
7. José Martí, pluma y espada de <i>Nuestra América</i>	101
8. José Enrique Rodó y el estado de las almas en 1900 ..	113
9. Rubén Darío, un canto por Argentina, por América ..	127
10. José Vasconcelos y la gran raza del porvenir	141
11. <i>Los pasos perdidos</i> : viaje al interior del Nuevo Mundo	153
12. <i>Los premios</i> , buscadores de hoy día	167
13. <i>Cien años de soledad</i> : quinientos años de historia americana	179
Bibliografía citada	193

INDICE

	<i>Pág.</i>
Introducción	7
1. Nuevo Mundo y realidad. Realidad y fantasía ..	11
2. La prosa de Cristóbal Colón y las primeras descripciones del Nuevo Mundo	21
3. <i>La Araucana</i> , historia y tradición arcádica	33
4. <i>Grandeza Mexicana</i> , grandeza del Nuevo Mundo	53
5. Garcilaso de la Vega: particular historiador del Nuevo Mundo	71
6. Domingo Faustino Sarmiento. Raza y destino de América	87
7. José Martí, pluma y espada de <i>Nuestra América</i>	101
8. José Enrique Rodó y el estado de las almas en 1900	113
9. Rubén Darío, un canto por Argentina, por América	127
10. José Vasconcelos y la gran raza del porvenir	141
11. <i>Los pasos perdidos</i> : viaje al interior del Nuevo Mundo	153
12. <i>Los premios</i> , buscadores de hoy día	167
13. <i>Cien años de soledad</i> : quinientos años de historia americana	179
Bibliografía citada	193

**Impreso en San José de Costa Rica
por Litografía e Imprenta LIL, S. A.**

Aportado 75 - Tibás

JUAN DURAN LUZIO. Chileno. Profesor de Castellano por la Universidad de Chile; estudios de posgrado por la de Cornell, Estados Unidos, donde obtuvo el doctorado en literaturas románicas. Ha sido profesor en la Universidad de Chile (1967–1972) y en la de Harvard, Estados Unidos (1972–1977). Desde 1978, profesor en la Universidad Nacional y en la de Costa Rica.

Creación y utopía. Letras de Hispanoamérica es un trabajo de investigación que busca y explora, con concepción unitaria, secuencias de identidad —y de intimidad de esta identidad— de la literatura hispanoamericana desde Cristóbal Colón a Gabriel García Márquez, a través de escritores representativos de cada época de los quinientos años de Hispanoamérica. El autor plasma el trabajo en una síntesis en que se funden lenguaje rigurosamente técnico, claridad de expresión y documentado aparato crítico. Investigación y síntesis que constituyen una empresa llamativa de tanto más valor cuanto que se inscribe en un tema que desde hace veinte años constituye labor preferencial en el ámbito culto de los estudiosos y especialistas de la literatura hispanoamericana. Mérito que se pule al descubrirse que, más allá de la inmediata teleología de la obra, en ésta se decanta y evidencia, en el pasado que estudia, rasgos que han devenido constantes del orbe actual de la literatura hispanoamericana. Además del presente título, Juan Durán es autor de **Literatura y utopía en Hispanoamérica** (1972) y de **Prosa y poesía renacentistas** (1978).